

CAITLIN MORAN

Cómo ser famosa



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

CÓMO SER FAMOSA

CAITLIN MORAN



ANAGRAMA

Panorama de narrativas

Título de la edición original:
How To Be Famous

Edición en formato digital: enero de 2020

© imagen de cubierta, Robert Wilson / Contour RA by Getty Images

© de la traducción, Gemma Rovira, 2020

© Caitlin Moran, 2018

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2020
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4043-8

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

*A Georgia, que no solo es mi mejor amiga y la mejor agente
del mundo, sino también la mejor fuente.
Hemos sido muy valientes.*

NOTA DE LA AUTORA

Esto es una obra de ficción. De vez en cuando aparecen músicos y lugares reales, pero todo lo demás —los personajes, lo que hacen y lo que dicen— es producto de mi imaginación. Provengo, igual que Johanna, de una familia numerosa, crecí en una vivienda de protección oficial de Wolverhampton e inicié mi carrera profesional como periodista musical cuando todavía era una adolescente. Pero no soy Johanna. Su familia, sus colegas, las personas a las que conoce y sus experiencias no son mi familia, mis colegas, las personas a las que yo conocí ni mis experiencias. Esto es una novela, y todo es ficticio.

La lista de reproducción que acompaña a la novela está disponible en www.caitlinmoran.co.uk.

PRIMERA PARTE

1

Cuando tenía once años renuncié oficialmente al sueño de mi familia.

El sueño de mi familia era sencillo y aparece en mis recuerdos más tempranos: algún día conseguiríamos dinero en algún sitio (nos tocaría la lotería, encontraríamos un cáliz medieval en un mercadillo o, lo menos probable, ganaríamos ese dinero) y nos marcharíamos de Wolverhampton.

«Cuando caiga la bomba atómica, mejor que nos pille bien lejos», decía mi padre, al final de nuestra calle, y señalaba más allá de los campos de cultivo de Shropshire, hacia las lejanas Black Mountains. Vivíamos prácticamente en el campo.

«Si se cargan Birmingham, la lluvia radiactiva no llegará a Gales, porque esas montañas son como un muro —añadía, convencido—. Allí estaremos a salvo. Si nos metemos en la furgo y salimos cagando leches, en dos horas nos plantamos en la frontera.»

Estábamos a mediados de la década de los ochenta, cuando sabíamos a ciencia cierta que, tarde o temprano, los rusos iniciarían una guerra nuclear contra las West Midlands. La amenaza era tan visceral que hasta Sting había escrito una canción sobre ella para advertirnos que iba a ser, a grandes rasgos, jodida. Así que estábamos mentalizadísimos.

Y planeábamos nuestra huida. La casa de nuestros sueños era un refugio de supervivencialista, con suministro de agua propio (un manantial o un pozo). Necesitaríamos un amplio terreno para poder ser autosuficientes («Cultivaremos fruta en invernaderos de plástico», decía papá) y tendríamos un sótano lleno de cereales y armas («Para disparar contra los saqueadores cuando vengan. O para suicidarnos», añadía con el mismo tono risueño, «si las cosas se ponen muy feas»).

Hablábamos tanto de la casa de nuestros sueños que todos dábamos por hecho que su existencia era real. Manteníamos apasionadas y largas discusiones sobre si era mejor tener cabras o vacas («Cabras. Las vacas son muy cabronas») y sobre qué nombre podíamos ponerle a la finca. Mi madre, que se había quedado un poco idiota después de tantos embarazos, era partidaria de una opción horrible: «La casa feliz». Mi padre no quería ponerle nombre («No quiero que ningún capullo nos pueda encontrar en la guía telefónica. Cuando llegue el Apocalipsis, no voy a estar para muchas hostias»).

Éramos pobres (bueno, eso era normal; toda la gente a la que conocíamos era pobre), así que por Navidad nos hacíamos regalos unos a otros, y esa Navidad (la Navidad de 1986) yo había dibujado un cuadro de La Casa de los Sueños del Supervivencialista para regalárselo a mis padres.

Como solo era un dibujo, no había escatimado en nada: había una piscina en el jardín y, en la

parte de atrás, un huerto de árboles frutales. La puerta principal estaba decorada como la cola de un pavo real, todos los niños teníamos nuestro propio dormitorio y el de Krissi contaba con un tobogán que salía por la ventana e iba a parar a su propio parque de atracciones. Era una casa cojonuda.

Mis padres contemplaban el cuadro con lágrimas en los ojos.

—¡Qué bonito, Johanna! —dijo mi madre.

—¡Debes de haber tardado una eternidad en dibujarlo! —comentó mi padre. Y era verdad. El tejado estaba cubierto de hadas. Me había llevado horas dibujarles las alas. Hasta se veían las venas. Razoné que las alas debían tener venas. Necesitaban un sistema vascular.

Entonces mi madre volvió a mirar mi dibujo y preguntó:

—Pero ¿dónde está tu cuarto, Johanna? ¿Se te ha olvidado dibujarlo?

—Ah, no —contesté con la boca llena de tartaleta de frutas navideña. La masa era muy densa; mi madre no era muy buena cocinera. Por suerte, le había puesto encima una loncha de queso cheddar, por si acaso—. Es que yo no viviré ahí. Yo me iré a vivir a Londres.

Mi madre rompió a llorar. Krissi se encogió de hombros: «Más sitio para mí.» Mi padre me soltó un sermón. «¡La vida en la ciudad es una muerte segura! —dijo en un momento de su discurso—. Si no te matan los rusos, te matará el IRA. ¡La civilización es una trampa de la que es imposible escapar!»

Pero a mí no me importaba que los rusos o el IRA lanzaran una bomba atómica. Por mí podían lanzar millones, yo seguiría negándome a vivir en la ladera de una montaña, con un rebaño de cabras y soportando la lluvia. Aunque Londres fuera radiactiva, estuviera llena de mutantes y significara una muerte segura, seguía siendo el sitio ideal para mí. En Londres era donde pasaban las cosas y yo quería que pasasen cosas y con la máxima urgencia.

Así que tengo diecinueve años y aquí estoy, en Londres, y resulta que Londres es el sitio ideal para mí. Tenía razón. Tenía razón cuando decía que era aquí donde debía instalarme.

Me vine a vivir a la metrópolis hace un año, a un piso de Camden, para iniciar mi carrera de periodista musical. Me compré suficiente ropa para llenar tres bolsas de basura, una tele, un portátil, una perra, un cenicero, un encendedor con forma de pistola y un sombrero de copa. Esa era la suma total de mis posesiones. No necesitaba nada más.

Londres proporciona todo lo demás, hasta las cosas que jamás habías soñado. Por ejemplo: estoy tan cerca del zoo de Regent's Park que por la noche oigo follar a los leones. Rugen como si quisieran que toda la ciudad se enterase de lo sexuales que son. Conozco esa sensación. Yo también quiero que toda esta ciudad se entere de lo sexual que soy. Los veo como otro de los *bonus tracks* de Londres: leones calentorros *en-suite*. Wolverhampton jamás podría haberte ofrecido nada semejante. Aunque hay un inconveniente: los leones calentorros vuelven majara a la perra. Ladra hasta que encargo una *pizza Meat Feast* y le doy a ella las albóndigas, y yo me como los bordes y el queso. Formamos un buen equipo. Es mi colega.

Si me imagino que la perra es un caballo (y es fácil, porque es enorme), mi vida, en rasgos generales, podría describirse como «la de Pippi Calzaslargas, pero con whisky y música rock». Vivir en una gran ciudad con diecinueve años, con la única compañía de una mascota, significa dedicarse a actividades adultas, pero con la actitud de una cría.

Me pasé tres días pintando mi piso de azul eléctrico, porque, en *Sound & Vision*, eso era lo que hacía David Bowie y no existe nadie mejor de quien recibir consejos de decoración de

interiores que David Bowie.

Luego intenté pintar nubes blancas en la pared, para hacerla más celestial, pero resulta que es muy difícil pintar nubes con una brocha enorme y pintura al agua blanca. Las nubes parecen bocadillos de tebeo vacíos; las paredes parecen llenas de espacios donde habría que decir cosas, pero todavía no sé qué cosas. Es lo que pasa cuando tienes diecinueve años. Todavía no sabes cuáles son tus frases memorables. Todavía no las has pronunciado.

Cuando tengo dinero, me compro espaguetis a la boloñesa preparados y me los como para desayunar, todos los días, porque son comida-golosina y los niños se compran golosinas, no comida. Cuando no tengo dinero, me alimento de patatas al horno, porque también son comidagolosina.

Me despierto a mediodía y estoy por ahí hasta las tres de la madrugada y, cuando vuelvo a casa, me preparo una bañera, porque puedo. No despierto a nadie. Esas bañeras me producen una gran felicidad. Todas y cada una de ellas. Vale la pena salir de casa solo para bañarte en la bañera de madrugada. En eso consiste la verdadera independencia.

Me cortan el teléfono a menudo porque se me olvida pagar las facturas, ¡llegan tan seguidas! ¿Quién abre las cartas el mismo mes que las recibe? Solo los imbéciles. Y cuando me cortan el teléfono, la gente llama al pub de al lado, el Good Mixer, y me deja el mensaje allí. El dueño se queja a menudo de eso.

—¿Qué te has creído? ¿Que soy tu secretaria? —me dice, y me entrega un montoncito de pósits de colores cuando entro con la perra a tomarme una birra.

—Ya lo sé, Keith. Ya lo sé. ¿Me dejas usar el teléfono? —le contesto—. Solo necesito devolver las llamadas más importantes. ¡Quieren que vaya a Madrid a entrevistar a los Beastie Boys!

Y Keith me pasa el teléfono desde detrás de la barra y suspira, porque es lo que tiene que hacer una persona responsable cuando una adolescente que vive sola necesita hacer una llamada. ¡Uno espabila rápido en un barrio así!

Dejo toda mi ropa sucia en el suelo, porque ¿para qué me voy a gastar el dinero en un cesto de la ropa sucia pudiéndomelo gastar en pollo asado y cigarrillos?

Una vez al mes, cuando toda la ropa ha llegado al suelo, la meto en mi petate y la llevo a la lavandería. Uno de Blur va a la misma lavandería que yo. Mola mucho ir a la misma lavandería que una estrella de la música pop. Nos saludamos con la cabeza, sin decirnos nada, y luego leemos la prensa musical y de vez en cuando salimos a fumar un cigarrillo. Una vez lo vi leer una mala crítica de Blur mientras hacía la colada de la ropa interior. Jamás había visto a nadie pasar sus calzoncillos de la lavadora a la secadora con una cara tan triste. No es nada fácil compaginar tu faceta de icono público y tu rutina doméstica. Hay un desajuste tremendo, algo que chirría. Grace Kelly nunca tuvo que desatascar el filtro lleno de pelusa de la secadora mientras Pauline Kael, la crítica de cine, la insultaba a voz en grito.

Y estas cosas me hacen comprender que Londres no solo es un sitio donde vives: Londres es un juego, una máquina, una lupa, el crisol de un alquimista. Gran Bretaña es una mesa inclinada de un modo que todas las monedas ruedan hacia Londres y nosotros somos calderilla. Yo soy esa calderilla. Londres es una máquina tragaperras y tú eres la moneda que introduces con la esperanza de que salgan todo cerezas o todo campanas.

En Londres no vives. En Londres juegas y juegas para ganar. Para eso es para lo que todos estamos aquí. Es una ciudad llena de concursantes y cada uno persigue uno del millón de premios

posibles: riqueza, amor, fama. Inspiración.

Tengo las páginas del callejero pegadas en la pared para poder así contemplar toda Londres e intento aprenderme cada pasaje, cada calleja y cada callejón. Y cuando retrocedo cuatro pasos, hasta que choco contra la cómoda, a lo que más se parece ese entramado de calles es a una placa madre de ordenador. Las personas son la electricidad que va de un lado a otro por él y ahí es donde nos encontramos, donde colisionamos y donde surgen las ideas, se solucionan los problemas, se crean cosas. Donde explotan las cosas. Yo, ese tipo triste de Blur y seis millones de personas más no hacemos otra cosa que intentar renovar la instalación eléctrica. Intentamos, en la medida de nuestras posibilidades, por pequeñas que sean, establecer nuevas conexiones entre las cosas. Esa es la tarea de una capital: inventar posibles futuros y ofrecérselos al resto del mundo: «Podríamos ser así. O así. Podríamos utilizar estas palabras o llevar esta ropa. Podríamos tener a personas así, si quisiéramos, ¿no?»

Somos instigadores de porvenir, intentamos que nuestro porvenir resulte lo más atractivo que sea posible, porque el secreto de todos los que vienen a Londres, de todos los que van a cualquier gran ciudad, es que han venido aquí porque en su casa no se sentían normales. Solo se sentirán normales si se apropian de la cultura popular con su extravagancia, si se infiltran a sí mismos en el sistema de circuitos y, recurriendo a los estimulantes eufóricos de la música, los cuadros, las palabras y la moda, hacen que, de pronto, el resto del mundo aspire a ser tan excéntrico como ellos. A encontrar la manera de ser mejor estrella de rock o mejor escritor. Hacer que el resto del mundo también quiera pintar las paredes de su casa de azul eléctrico... porque se lo dice una canción bonita. Quiero hacer que pasen cosas.

2

Intento explicarle todo esto a Krissi, que está sentado en el sofá de mi piso, en Camden, en agosto de 1994. Es difícil, por las siguientes razones: 1) Krissi odia Londres con toda su alma porque 2) a Krissi le encanta Manchester, en cuya universidad estudia, y 3) Krissi está tremendamente ciego porque 4) mi padre y él llevan dos horas fumándose una bolsa enorme de pan de molde Sunblest llena de marihuana.

Krissi y mi padre han venido a verme a Londres porque esta noche toca Oasis en el Astoria y quieren ir a verlos.

En cualquier otro momento, me habría sorprendido que los dos quisieran ir a ver a un grupo como Oasis: no son suficientemente jazzísticos para mi padre, que menciona tan a menudo a Charlie Parker que, hasta que tuve doce años, yo daba por hecho que el tal Parker era un parroquiano más del pub que frecuenta (la verdad es que tiene nombre de empleado de almacén de B&Q), y a Krissi, ahora mismo, le gusta tanto la música dance que, de vez en cuando, grita: «¡Vuelve a darle al BAJO!» en medio de cualquier conversación que le parezca aburrida.

Pero en otoño de 1994, Gran Bretaña está en pleno enamoramiento colectivo y homoerótico de Oasis. Oasis son como los chicos duros y guays del cole que, a pesar de pegarte, te gustan, porque son igual de guapos cuando te están propinando patadas. No hay nada más excitante que la llegada a la ciudad de un grupo de fanfarrones con un plan, y Oasis tiene un plan: «Ser el mejor grupo de rock 'n' roll del mundo.»

El último gran grupo de rock 'n' roll del mundo, Nirvana, desapareció cuando Kurt Cobain no pudo soportar la presión de la fama y se sintió tan desgraciado que decidió pegarse un tiro, sumiendo así al mundo en una grave depresión, la verdad.

En cambio, a Oasis se los adora porque da la impresión de que ellos no van a causar al mundo ningún otro trauma como aquel. Se acabaron las vigiliass bajo la lluvia; se acabó apagar la radio para no seguir oyendo una noticia tan triste.

Este auge del britpop, que a mediados del verano de 1994 va ganando fuerza, lo protagonizan grupos cuya promesa tácita es estar tan vivos como sea posible. Como reacción a las frías lluvias y las furiosas canciones *storm-front* del grunge del Noroeste de Estados Unidos, tratan sobre la vida sencilla y alegre en Gran Bretaña: jugar al fútbol en el parque, beber cerveza bajo el sol, ir en bicicleta, fumarse un pitillo, comer fritura en una cafetería, bailar en una boda en un club privado de clase trabajadora, poner un disco nuevo en bucle, emborracharse el viernes, colocarse el sábado, abrazar a tus amigos cuando sale el sol el domingo por la mañana. Han convertido la vida cotidiana en un jubileo. Nos han recordado que la vida, por encima de todo lo demás, es una fiesta. Han reparado la placa madre.

Y Gran Bretaña se ha enamorado de esta sencilla promesa. Celebrar lo glorioso de todos los días. De pronto se respira un tremendo optimismo. Todas las noticias son buenas: cae el muro de Berlín, liberan a Mandela y Europa del Este sale de la guerra fría y se pone al sol. Brilla mucho el sol. Cuando recuerdo esa época, es como si siempre hiciera sol, como si siempre saliéramos de casa sin abrigo, con solo las llaves, el dinero y unos cigarrillos. Todas las semanas, la radio desenterraba otro tesoro. Cada fin de semana había un nuevo y espectacular himno que cantar.

Podías alquilar un piso en Londres por setenta libras semanales; un café costaba veinte peniques en una cafetería y el paquete de veinte cigarrillos costaba 2,52 libras. Vivir era barato. Matarte lentamente era barato. ¿Podía haber mejor momento para ser una chica de diecinueve años?

—¡*Parklife!*— dice mi padre mientras lía otro porro y se recuesta en el sofá.

Y, curiosamente, ¿podría haber mejor momento para ser un hombre de cuarenta y cinco años? Porque mi padre se ha aficionado al britpop con el inesperado júbilo de un crío que se despierta en mitad de la noche con ganas de jugar.

—Es como si volvieran los años sesenta— dice con satisfacción mientras ve *Top of the Pops*—. El mismo pelo, los mismos pantalones, los mismos acordes. Todos hacen lo mismo: plagiar a Bowie, los Beatles, The Kinks, The Who. A los mejores. Son los mods contra los roqueros, otra vez. Yo, por supuesto—añade dándole una calada al porro—, siempre fui mocker.

No es verdad. Yo he visto las fotografías. Era un hippie de manual. Llevaba un peinado afro que le hacía parecer un girasol y pantalones de pata de elefante que debían de ser un peligro los días de fuerte viento.

Y, como le pasa a un crío que se despierta en plena noche, se ha convertido en un problema, porque este repentino terremoto cultural que recorre Gran Bretaña ha desatado sus tendencias latentes. Como el rey Arturo cuando lo despertaba el toque de una trompeta mágica, las tendencias roqueras de mi padre han resucitado. Mi padre, que siempre ha sido un bebedor habitual y caótico, al recuperar sus hábitos adolescentes, ha subido un nivel: vuelve a fumar marihuana. Ha empezado a comprar prensa musical otra vez y a enfadarse por ciertas cosas: «The Wonder Stuff, vaya hatajo de inútiles», grita agitando el periódico. «Creía que ya nos habíamos librado de esta mierda con Jethro Tull.» O: «The Lemonheads: vale, las canciones son bonitas, pero, joder, ese tío está enamorado de sí mismo. Que se calle un rato, por favor.» Me ha preguntado si puedo pillarle éxtasis: «Eso del éxtasis... mola, ¿no? Con ese nombre, tiene que molar», por más que le haya dicho mil veces que yo nunca lo he probado, que no tengo éxtasis en mi casa y que, si lo tuviera, ni se me ocurriría proporcionárselo a un padre con unos genes tan aficionados a las adicciones, él no para de insistir.

Sin embargo, lo más importante es que mi padre ha empezado a rebelarse otra vez contra la autoridad. En 1994, la figura de autoridad más importante de su vida es mi madre y se ha rebelado contra ella pidiéndole un crédito al banco para comprarse un deportivo MG de segunda mano para «darse unos paseítos por ahí».

Y mis padres llevan meses discutiendo por este tema (mi madre se queja a voz en grito de las cuotas y mi padre le contesta con el argumento inverosímil de que ha «mejorado» su solvencia crediticia) y el resultado ha sido el inevitable: mi padre se ha metido en el coche y ha venido a Londres a ver a Oasis.

Resumiendo: mi padre sufre la crisis de los cuarenta, provocada por el britpop.

—*¡Qué passssa, mulata!* —dice mi padre con un asombroso acento jamaicano mientras le da al porro—. Fuma un poco.

—¡Krissi! —digo con tono alegre—. ¡Ptarmigan!

«Ptarmigan» es nuestra palabra clave para decir: «El gabinete de crisis tiene que reunirse ahora mismo.»

Al cabo de un minuto, nos encerramos en el cuarto de baño. Yo me siento en el borde de la bañera y él en el váter.

—No me gusta ver a mi padre fumado y haciendo comentarios racistas en el salón de mi casa —le digo antes de encender un cigarrillo y empezar a tirar la ceniza por el desagüe—. No pago el alquiler para esto.

—Yo prefiero que esté fumado —dice Krissi, a estas alturas también ya bastante colocado—. Durante el viaje estaba sobrio y no ha parado de despotricar contra mamá y repetir cuánto la odia. No soporto a un hippie que no para de hablar de sus emociones. El racismo es un tema mucho más fácil. El racismo no le hace llorar. ¿Tú lo has visto llorar? Ha empezado en las afueras de Coventry. Es horrible ver llorar a un hombre de su edad. Le tiembla la papada. —Krissi se estremece.

—Joder —le digo, solidarizándome con él.

—Sí, tía. Y también ha intentado explicarme lo buena que es mamá en la cama. —Me tapo las orejas.

—No me pases tu trauma a mí, Krissi —le advierto—. No quiero que la sexualidad de mis padres se cuele en mi cabeza.

—Estoy demasiado traumatizado como para hacerte caso con eso, colega —dice Krissi—. Necesito compartir mi trauma haciéndote pensar en papá y mamá follando.

—No te oigo —le digo, y me aprieto más las orejas.

—Piensa en papá y mamá follando —dice Krissi moviendo los labios—. Lo estás pensando. Le tiro una toalla por encima de la cabeza y él no se la quita.

—Hmmm, esto tranquiliza —dice—. Me gusta, es un tanque de aislamiento sensorial barato.

—No quiero llevar a papá a ese concierto —me lamento—. No soporto que trate con gente a la que yo conozco del trabajo. ¿Te acuerdas de cuando conoció a Brett, de Suede?

He entrevistado varias veces a Brett. Cuando mi padre lo conoció, en un concierto, lo saludó diciéndole: «Te daría la mano, tío, pero acabo de mear y tengo las manos pringadas porque el grifo del lavabo no funciona.» No es el tipo de rollo que me gusta proyectar ante las estrellas de rock sexys.

—Ah, tranquila, no va a ir al concierto —dice la toalla, enigmática.

—¿Cómo?

—He llenado el porro de marihuana *skunk*. Se va a tirar una semana sin poder moverse —continúa la toalla.

Y, efectivamente, cuando volvemos al salón, encontramos a mi padre tirado en el suelo, escuchando *Abbey Road* a todo volumen y mirando fijamente el techo.

—¿Vas a venir al concierto, papá? —le pregunto con cautela.

—No, no, cielo —me contesta frotándose la barriga con aire soñador—. Voy a pasar la tarde en mi soleado cuarto de juegos. Deja a tu papi aquí, con sus sueños.

Krissi se agacha para recoger su marihuana. Una mano sale disparada con una fuerza y una

velocidad aterradoras, dignas de Terminator, y agarra la bolsa.

—Esos son mis sueños, colega —dice mi padre con un tono ligeramente afligido—. Déjalos aquí.

3

Camino del concierto, Krissi me explica que va «demasiado ciego» y que necesita «emborracharse mogollón» para contrarrestar el efecto de la hierba. Entramos en un pub y nos tomamos varios chupitos, en plan muy serio, pero el alcohol, contrariamente a la teoría de Krissi, no lo despeja mucho, sino que, tal como yo había previsto que sucedería, lo coloca aún más, si bien es un colocón alegre. No para de abrazarme, cosa que Krissi no suele hacer, y decirme que soy «un buen tío», lo que yo acepto sin protestar.

Cuando llegamos al Astoria, hay una cola larguísima de invitados. Nos ponemos en la cola; estamos fumando cigarrillos y hablando de la extraña forma de andar de Liam Gallagher («Es como un bebé agresivo en pañales») y, de pronto, Krissi me arrea un codazo en las costillas.

—¡Mira! ¡Mira!

En la cola, seis puestos por delante de donde estamos nosotros, está el cómico Jerry Sharp. Estamos en los años noventa, la comedia es «el nuevo rock 'n' rol», y Jerry es uno más del montón de cómicos jóvenes y enrollados que cuentan chistes sobre sexo, amor, muerte y su obsesión con The Smiths. Su programa, *Jerry Sharp Will Die Alone*, trata de su incapacidad para encontrar el amor en el mundo moderno. Todas las semanas conoce a una chica de la que se enamora y que al final lo manda a paseo. Lo que ha conseguido con eso es que toda una generación de adolescentes estén convencidas de que ellas podrían hacerlo feliz. Como es lógico, yo creo que sí podría hacerlo feliz. ¿Quién no iba a estar encantado conmigo? Si yo quisiera, podría salvarlo.

—¡Qué pasada! —exclama Krissi, y se queda mirando fijamente—. Me encanta. ¡No puedo creer que esté aquí!

Jerry tiene la piel muy clara (como le corresponde a cualquier joven atormentado) y el pelo rubio y lleva gafas de sol y, a pesar del calor que hace, una cazadora de cuero.

—Parece un nazi buenorro —dice Krissi con aire nostálgico.

Es la primera vez que Krissi me confiesa que le gusta alguien. Esto es novedoso y maravilloso.

—Como Rolf, el mensajero bobalicón de *Sonrisas y lágrimas* —continúa.

—Ah, pero ¿a ti te gustaba Rolf? —digo, sorprendida—. Habría jurado que te molaba más el capitán Von Trapp. A mí me molaba más el capitán Von Trapp. Me corría cuando silbaba —añado con nostalgia.

Krissi sigue mirando con total indiscreción.

—¿Tú no te lo tirarías? —me pregunta suspirando—. Yo sí.

—No está mal —reconozco—. Le pongo un siete.

Seguimos observando a Jerry Sharp cuando llega a la puerta donde está la chica con la lista de invitados y le da su nombre con falsa modestia.

—Jerry Sharp —dice, en plan: «Lo digo como si fuera un nombre normal y corriente, pero sí, soy famoso.»

La chica de la lista de invitados, sin embargo, no se deja impresionar.

—Lo siento, chico. No estás en la lista —le comunica. Jerry no se cree lo que está oyendo.

—Tengo que estar —dice esbozando una sonrisa peligrosamente autocrítica.

—No —replica ella, enérgica.

Jerry se sube las gafas de sol y se las pone en la cabeza.

—¿Y ahora? —Se señala la cara y sonrío.

La chica lo mira.

—No —insiste—. ¿Te importa apartarte, cielo, para que pueda atender a los demás?

Furioso, Jerry se aparta, saca un teléfono móvil y empieza a marcar un número mientras suspira ruidosamente.

Cuando Krissi y yo llegamos a la puerta, Jerry sigue allí de pie. Noto que Krissi vibra de la emoción de estar tan cerca de Jerry Sharp.

—Dolly Wilde. Tengo dos invitaciones más, pero solo voy a usar una —le digo a la chica.

Me busca en la lista para tachar mi nombre y, entonces, se me ocurre una cosa.

—Perdona... —digo volviéndome hacia Jerry Sharp. Él no me hace caso—. Perdona.

Me mira y pone cara de «¡Por favor, fans, que no estoy trabajando!».

—Mira, me ha parecido que tenías algún problema con la lista de invitados —le digo—. A mí me sobra una invitación. Si quieres, te la paso. Así habré hecho mi buena obra del día. Hoy me he levantado magnánima.

La expresión de Jerry cambia al instante: pasa de irascible y hostil a encantador, agradecido y educadísimo.

—Eres Dolly Wilde, ¿no? —dice como si acabara de darse cuenta de que soy un ser humano y no un animal de granja que se ha interpuesto en su camino—. ¿De *D&ME*? Eres esa tía tan positiva. ¡Todo te encanta!

Lo dice como dando a entender que eso de que te encante todo es una actitud excéntrica e imprudente, pero me sonrío abiertamente. Es bastante desconcertante.

—Sí, soy un rayo de sol de Jesús —le contesto.

—Pues menos mal que llevo las gafas puestas —dice sin dejar de sonreír.

La chica de la puerta hace un ruidito para expresar su impaciencia.

—Mira, le paso una de mis invitaciones al señor Jerry Sharp, ¿vale? —le digo.

—Vaya, me viene estupendamente —dice Jerry dibujando una sonrisa disoluta—. Porque me parece a mí que la madre superiora no es muy fan de la comedia.

Señala a la chica de la puerta y ella le dedica una sonrisa amarga.

Le doy su entrada. Hay una pausa. Él todavía tiene la mano tendida.

—¿Por casualidad no tendrás también un pase de backstage? —me pregunta en un tono ligeramente lastimero.

—¡Pues claro! —le contesto y saco al instante el otro pase del sobre.

—¡Nos vemos en la fiesta, Dolly Wilde! ¡Te debo una cerveza! —me dice antes de

desaparecer entre la multitud.

Supongo que Krissi me dirá: «¿También te ha pedido el pase? ¡Vaya jeta! ¡Qué maleducado!», que es lo que estoy pensando yo, pero se limita a repetir: «Qué buenorro», así que cambio de idea y pienso «Qué buenorro», igual que Krissi. Soy una mujer. Estoy abierta a las ideas de los demás. ¡Cuanto más seamos, mejor!

Es uno de esos conciertos en los que el grupo no se limita a tocar sus canciones mientras la gente disfruta con ellas, sino a los que la gente va para votar por un nuevo futuro. Esto son unas elecciones roqueras, un triunfo aplastante, una coronación.

El sonido es brutal: potente, arrollador; como si algo tratara de salir de un espacio reducido retorciéndose y arañando.

Oasis y yo provenimos de sitios parecidos, una urbanización pequeña y fea de una ciudad industrial en decadencia, y conozco esa sensación: suena exactamente igual que cuando coges el bus con tus amigos un viernes por la noche. Ya estáis medio borrachos y os gritáis unos a otros «¡Vamos!» mientras el autobús pasa a toda leche por delante de las casitas, todas iluminadas con la luz azul de los televisores, y acelera por la calzada de doble carril, bajo la luz anaranjada de las lámparas de sodio, y estás impaciente por explotar en las luces blancas de una discoteca y pasarte las cinco horas siguientes contoneándote como un rey o una reina del desgobierno.

A Krissi, borracho y eufórico, le divierte y se sumerge en la masculinidad del ambiente.

—¡Mola! —grita, y me abraza y se pone a saltar al ritmo de «Shakermaker».

Con «Live Forever» llora, pero, bueno, llora todo el mundo.

—¡Hostia, no llorabas desde que Harriet Vane rechazó a lord Peter Wimsey en los Misterios de Dorothy L. Sayers! —le grito acercándome a su oreja.

—¡Cállate! —me grita—. «*We're gonna live forever!*»

Da gusto verlo tan conectado con sus sentimientos buenos, con los sentimientos de Liam.

Cuando acaba el concierto (Liam se queda mirando al público con gesto inexpresivo mientras «I Am The Walrus» asciende en espiral hasta su conclusión), comienza el sudoroso arrastrar de pies hacia la fiesta posconcierto; todos enseñamos nuestros pases, «Ha sido alucinante», decimos, y todos los demás replican: «¿Qué dices? Lo siento, no oigo nada.»

—¿Vamos a la fiesta posconcierto? —Krissi se tambalea ligeramente por la cantidad de alcohol acumulado en su cuerpo.

—Pero si allí se congrega lo peorcito de la humanidad, solo es un corro de gilipollas que solo saben hablar de lo geniales que son —le digo.

—¿Quién ha dicho eso?

Me encanta que me lo haya preguntado.

—Tú —le contesto—. La última vez que te llevé a una. No estuviste muy simpático.

—Pero, Johanna —dice Krissi, mirándome muy serio—, *I done it with a doctor on a helicopter.*

En la fiesta posconcierto, en el piso de arriba, donde está el bar con el extraño nombre «Keith Moon Bar», me encuentro a un par de conocidos y Krissi desaparece.

Al cabo de una hora lo encuentro de pie junto a una ventana, con aire triunfante y, al mismo tiempo, ligeramente furtivo.

—¿Qué haces? —le pregunto.

—¡Hay barra libre! —me dice, pletórico—. ¡LIBRE! Les he preguntado cuál era la bebida más cara y he pedido «un bandejazo».

Se aparta y, entonces, veo que en la repisa de la ventana hay catorce vasos ordenados en filas.

—¿Qué es eso?

—Coñac doble con naranja, tres libras con veinte cada uno —me contesta con orgullo—. Soy una abeja y he recolectado mi néctar —añade con solemnidad antes de coger un vaso y bebérselo de un trago—. He almacenado provisiones. Estamos preparados... para el invierno.

Solo nos hemos bebido tres celdillas alcohólicas de nuestro panal cuando, a nuestro lado, una voz dice:

—¿Es una tienda? ¿De bebidas alcohólicas? ¿Recaudáis dinero para los boy scouts?

Nos damos la vuelta y vemos a Jerry Sharp todo sonriente.

—Hola, invitado —le digo.

—Hola, rayo de sol de Jesús. Iba a pagarte esa cerveza que te debo, pero veo que ya vas muy adelantada —dice Jerry señalando nuestra repisa, excelentemente surtida.

—¿Quieres probar nuestras provisiones? —le pregunta Krissi ofreciéndole un vaso. Es la primera vez que veo a Krissi poner cara de «me gustas». Es asombroso, parece que le estén saliendo arcoíris por los ojos.

—¿Qué es? —pregunta Jerry con educación.

—Es gratis, pero normalmente cuesta tres libras veinte —dice Krissi con orgullo. Jerry coge un vaso.

—Bueno, ¿qué os ha parecido? —Señala el escenario ya vacío.

Voy a contestar, pero justo entonces Krissi, que acaba de encender un cigarrillo y dar una calada, dice «Oh, no» en voz baja y echa un poco de vómito en su vaso.

—¡No pasa nada! —dice antes de vomitar un poco más.

—¿Es así como has llenado los vasos? —pregunta Jerry y examina el líquido del suyo.

Krissi se ríe y luego se tapa la boca con una mano. Se ha puesto pálido o, mejor dicho, verde, y suda profusamente. Hago ademán de ponerle un brazo alrededor de los hombros, como primer paso de una especie de triaje alcohólico, pero él se apresura a apartarme.

—Blanqui. A casa. Ya —dice echando ya a andar hacia la puerta.

—¡Tenemos las chaquetas en el guardarropa! —le grito mientras busco a tientas mi mochila—. ¡Tenemos que recoger las chaquetas!

—No puedo —dice Krissi abruptamente y baja por la escalera haciendo eses.

Saco el tique del guardarropa de mi bolsillo.

—Hostia, qué cola. —Debe de haber unas cincuenta personas esperando. La cola del guardarropa del Astoria es legendaria. Hacer cola para montarse en el último helicóptero de Vietnam debió de ser más fácil.

—Me parece que tu novio necesita llegar a casa —dice Jerry antes de pegar otro trago—. Deja que se marche. Tómate estas... —Contempla la repisa—. Doce copas conmigo, al terminarlas, ya no habrá tanta gente en la cola. Es lo más sensato que puedes hacer. Es lo que te recomendarían los boy scouts.

—No es mi novio. Es mi hermano. Yo no tengo novio.

—Ah, pues... —A Jerry se le ilumina la mirada—. ¡Por las chicas sin novio que esperan que les devuelvan la chaqueta!

Entrechocamos nuestros vasos.

Al cabo de veinte minutos, Jerry y yo estamos fumando, y ya le he preguntado cuáles son sus discos actuales favoritos, porque las normas son que el no famoso le hace las preguntas al famoso. El no famoso se ocupa de la difícil Administración de la Conversación; el no famoso le presenta el programa al famoso. Y la conversación debe versar, por supuesto, sobre el famoso. Funciona así.

A los dos nos entusiasma Julian Cope («¡Cómo me gusta “Safesurfer”!»). Jerry ha intentado explicarme que debería gustarme Slint, a lo que yo me resisto, porque para mí suenan como si estuvieran haciendo una música horrible a propósito para entristecer a sus madres.

—El álbum se llama *Spiderland* —le digo—. *Spiderland* es el peor sitio que podrías encontrar en *El árbol mágico* de Enid Blyton.

¡Y Jerry se ríe! ¡He hecho reírse a un cómico famoso!

Todavía estoy flipando con la risa de Jerry cuando empieza a explicarme que, a pesar de que yo los adoro, tendré que empezar a odiar a REM, porque «Están acabados, han fichado para Warner. Los hemos perdido».

—Pero cuatro millones de personas compraron *Green* y doce millones compraron *Out of Time*. Eso significa que mucha gente los ha encontrado —le contradigo. Estoy orgullosa de haberme acordado de esas estadísticas. Las vi en *The Chart Show*. Eran el primer «titular» del vídeo de «Shiny Happy People». El segundo era «una vez Michael Stipe se comió quince paquetes de patatas fritas». Me encantan los titulares de *The Chart Show*.

Pero Jerry descarta mi reflexión con un ademán.

—Son para madres cortas y tristes de Oklahoma —afirma, como si eso fuese malo.

Yo, personalmente, creo que hacer música para madres gordas y tristes de Oklahoma es algo maravilloso. ¡No sé, tienen que ser un público muy difícil! Solo tienen tiempo y dinero para comprarse un álbum al año. Si deciden comprar el tuyo, tienes que ser muy bueno.

Intento explicárselo a Jerry, pero él sacude la cabeza y dice:

—Hablemos de alguien bueno. De *Gentlemen*, de The Afghan Whigs. La Biblia que te explica que el amor y el sexo, si lo haces bien, son guarros y peligrosos.

Me enciende el cigarrillo y me mira fijamente.

—Aunque supongo que un rayito de sol de Jesús a quien le molan las madres gordas y tristes de Oklahoma no estará de acuerdo.

¡Ay! Ojalá pudiera volver allí y decirme al oído: «¡Johanna, nunca confíes en un hombre que afirma que el sexo y el amor son guarros y peligrosos! Nunca le sigas la corriente, porque hacerlo significa rellenar la casilla de “acepto los términos y las condiciones” de un hombre que te está diciendo que es guarro y peligroso. Te está diciendo claramente cómo es su mundo. Te está mostrando el contrato.»

Pero tengo diecinueve años, estoy sola en una gran ciudad, emocionada porque estoy hablando con un cómico provocador y hay un montón de pruebas que indican que tiene razón. La mitad de las canciones que me gustan. La mitad de los libros que me gustan. Aquel terrible episodio del año pasado con Tony Rich en *D&ME*, cuando intentó engatusarme para hacer un trío. Evidentemente, rebatir todo eso te delata como peligrosamente inocente e inmadura. Seguir afirmando, a pesar de todo lo que has experimentado hasta ahora, que el amor y el sexo pueden ser... ¿maravillosos?

Jerry quiere hablar con una chica espabilada, insolente y lenguaraz, así que... tengo que hacerla aparecer. Eso es lo que requiere esta situación.

—Las mejores noches son las que te dejan marcas de dientes en el alma —le digo con tono más siniestro.

Ese es el tono adecuado: Jerry se ilumina.

—Enséñame los dientes, tigresa —dice. Y, como yo ya había empezado a hacer eso que me está diciendo, lo hago. Le enseño los dientes.

—¿Otra copa?

Veinte minutos más tarde, cuando nos metemos en el taxi para ir a casa de Jerry (él no para de acariciarme la espalda), pienso tres cosas.

Uno: hace una eternidad que no follo, casi dos meses, y tengo como hambre, pero en las bragas. Mi vagina se parece a Audrey II en *La pequeña tienda de los horrores*, gritando: «¡Dame de comer!»

Dos: aunque la verdad es que este cómico no me entusiasma, a Krissi le encantará saber que me he acostado con él. ¡Voy a tener una anécdota sexual que contar! ¡Voy a hacerlo... por Krissi!

Y tres: como siempre, sueño, como los niños sueñan con que nieve, que este hombre al que estoy besando es John Kite, pero, como él no está todavía a mi alcance, esta será una de las cosas que haga hasta que sí lo esté.

4

Años después, un día, comiendo con unas amigas, cada una habla de los peores hombres del mundo y entre todas elaboramos una lista de cosas que, si las ves en el piso de un hombre, te indican que te encuentras ante un Mal Tipo.

Como señalan mis amigas mientras bebemos vino y gritamos, el piso de Jerry tenía el lote completo. Un póster de Coltrane enmarcado. Un póster de Betty Blue enmarcado. Una estantería llena de obras de Hunter S. Thompson, Nietzsche, Jack Kerouac, Henry Miller y libros sobre el Tercer Reich. Varios sombreros. Una levita de terciopelo. Un gato con cara de mala leche y un arenero lleno de mierda de gato. Unas cuantas vírgenes María «irónicas». Un bodhrán. Todos los discos de The Fall y de Frank Zappa, un montón de películas porno, una botella de absenta y una mesita de centro llena de arañazos de picar coca.

—Cualquier mujer en su sano juicio sale huyendo cuando ve esas cosas —concluyen, riendo y llorando a la vez, consternadas—. Todo eso indica que es la casa de un hombre que odia a las mujeres.

Y tienen razón.

Pero mira, yo solo tengo diecinueve años, y todavía tengo que aprender todo eso, así que pienso: «¡Guay! ¡Un intelectual ingenioso!»

—Esto es el escenario de mi corazón partido —dice Jerry. Me sirve una copa y nos sentamos en el sofá—. Este apartamento parece construido encima de una especie de boca del infierno que atrae a todas las jóvenes chifladas de Gran Bretaña. Cada vez que creo haber encontrado a alguna hechicera lista, guarrita y divertida capaz de hechizarme y la traigo aquí, ¡BANG!, se revela como una lunática con problemas derivados por la ausencia de una figura paterna.

Lo dice con tono cómplice, dando a entender que tanto él como yo despreciamos a esas chicas... y que yo no soy como ellas.

—¿Has venido a devolverme la fe en las mujeres? —me dice con tono burlón—. Porque yo busco algo imposible: una chica inteligente y perversa que quiera que un experto le folle el cerebro.

Me mira fijamente. Está dejando las cosas claras: basta con ser una chica inteligente y perversa que quiere que le folle el cerebro. ¡Y me siento totalmente identificada!

—Vaya, pues suena muy divertido —le digo.

—Lo es, lo es. —Empieza a desabrocharme el vestido y me besa en el cuello.

—Respecto a mis aptitudes de perversa, estoy convencida de que sé manejarme bien con un pene —digo con tono jovial—. ¡Aprobé el examen de conducción sexual con holgura!

Él sigue besándome en el cuello.

—Hasta puedo... ¡Mmmm, eso ha estado muy bien! Hasta puedo reducir una marcha antes de la curva —continúo, retorciéndome en el sofá. ¡Soy una fresca! ¡Y a Jerry le va a encantar mi sentido del humor! ¡Porque él es cómico!

Pero resulta que a los cómicos no les gusta el humor. Lo que les gusta son las mamadas. Me doy cuenta de eso porque Jerry no se ríe de mi chiste, sino que se tumba en el sofá y orienta su paquete hacia mí de una forma que, al cabo de un momento de perplejidad, comprendo lo que intenta decirme: «¡Hazme una mamada!»

Todavía estoy en plan magnánimo, así que le desabrocho la bragueta.

—A ver qué hay por aquí... —digo alegremente antes de liberar su miembro erecto de los calzoncillos bóxer—. ¡Un vehículo extralargo!

Lo digo por educación: el tamaño no es nada del otro mundo, está muy blanco y un poco... flaco. Parece un dedo de bruja. ¡Déjate de descripciones de penes, Johanna! ¡Concéntrate!

Me meto el pene en la boca y miro a Jerry con una expresión sexual propia de Alexis Carrington Colby en *Dinastía*, seguro que debe de ser muy bueno en la cama.

—Mmmmm —dice Jerry—. No pares.

Sigo con la felación (creo que ese es el término técnico) mientras Jerry empieza a buscar a tientas en la mesita. Al final, su mano encuentra el mando a distancia y pulsa un botón.

—¿Porno? —pregunto con el tono que me imagino que emplearía una hechicera guarra y graciosa—. ¡Genial! ¡Será una gran noche! —Porque yo no soy como las otras chicas.

Espero a que empiecen a oírse los típicos «sonidos de peli porno», los ¡oooohs! y los ¡aaaahs!

Pero se oye un chasquido, un zumbido y, entonces, oigo algo que al principio me desconcierta. Una melodía alegre. ¿Qué es eso?

—Jerry, ¿por qué haces lo que haces? —entona un coro de voces femeninas—. Jerrrrrry, ¿por qué haces lo que haces?

Es... Eso es...

—¿Es tu programa de televisión? —le pregunto después de sacarme su pene de la boca.

Él vuelve a metérmelo de inmediato sin dejar de mirar el televisor.

—Sí —dice escuetamente—. Y dentro de un minuto tienes que empezar a chupar más fuerte.

Lo dice con tanto apremio que, al principio, mi boca empieza a concentrarse de nuevo en el pene, pero entonces oigo aplausos y tengo que parar. Tuerzo la cabeza. En la pantalla, Jerry acaba de hacer su entrada en el piso donde representa su comedia y el público lo recibe con aplausos. Se está mirando a sí mismo mientras le hago una mamada.

—Oye —le digo.

—Ahora, nena —dice acercándose los genitales a la cara sin desviar la vista del televisor.

Inspiro hondo, me echo hacia atrás y le doy unas palmaditas en la pierna, como quien consuela a un caballo.

—Lo siento —le digo—, pero mi carné sexual no cubre esto.

Con cuidado, le vuelvo a meter el pene en los calzoncillos y me levanto.

—Esto es un trabajo para especialistas. Tú eres un trabajo para especialistas. Creo que voy a pedir un taxi. —Busco el teléfono—. Tengo que irme.

—¿Estás de broma? —dice Jerry; primero me mira a mí y, luego, incrédulo, se mira los genitales, que vuelven a estar dentro de su pantalón—. ¿No me dirás en serio que te marchas

ahora?

—Me temo que sí —le confirmo, muy satisfecha con mi actitud, tan adulta.

El año pasado rechacé el trío que me propuso Tony Rich y este año estoy rechazando la mamada con telecomedia de Jerry Sharp. ¡A ver si va a resultar que mi especialidad son los hombres famosos sexualmente decepcionantes!

—Joder. Mala leche —dice Jerry antes de guardarse su menguante pene en los pantalones y abrocharse la bragueta—. Pero ¿a ti no te gustaban los cómicos?

—Es que prefiero a Newman y a Baddiel —contesto tratando de conservar un tono gracioso.

—¿Te los has tirado? —me pregunta Jerry con tono desagradable. Acabo de encontrar el teléfono. Marco el número y pido un taxi.

—¡Todavía no! —le digo a Jerry con una gran sonrisa—. ¿Qué dirección es esta?

Los diez minutos que paso esperando a que llegue el taxi son diez de los minutos más incómodos de mi vida.

Durante la primera mitad, Jerry se queda en el sofá, pulsa *play* en el vídeo y me ignora por completo mientras se mira a sí mismo, con el volumen apagado y bebe whisky. Yo me quedo en una butaca, junto a la puerta, consagrada a mi cigarrillo.

—¡Esa parte era muy buena! —dice al cabo de un rato, señalando el televisor. Yo me río educadamente.

Al cabo de seis minutos, por lo visto, cae en la cuenta de la situación. De pronto se le despierta el orgullo. Se dirige a la estantería y coge una libreta.

—Mira, también escribo poesía —me dice.

En el futuro, cuando se lo cuento a mis amigas, ellas ríen a carcajadas y dicen: «¡Pues claro! ¡Claro que escribe poesía!»

Entonces me lee un poema. Seré sincera: no estoy muy concentrada en él. Estoy impaciente por oír el ruido de un taxi en la calle, pero lamentablemente no se oye nada.

El poema parece una furiosa meditación sobre el amor no correspondido, dedicado a una misteriosa y malvada mujer que ha utilizado el corazón de Jerry y lo ha pisoteado «como la capa de Raleigh».

Animado, supongo, por su enfado respecto a su pene a medio mamar, Jerry parece dedicarme la lectura de ese poema y se deleita especialmente al recitar los versos «Y ella, tumbada en la cama / miente» con una venenosa mirada de soslayo.

Que alguien te lea poesía mala, con rabia, resulta extrañamente siniestro. Me sorprende que la gente no incluya a más malos que lo hacen en las películas de terror: es espeluznante, la verdad. Y no tanto por el poder de la imagería, sino porque te dan ganas de reír; pero tienes que saber que, si te ríes, ellos se enfurecerán aún más y quizá te lean otro poema. Todavía con más rabia. Y eso sería lo peor que podría pasar.

—Muy profundo —digo de vez en cuando para calmarlo. O—: Exacto, no podrías haberlo expresado mejor.

Asiento mucho con la cabeza. Se ve que es lo mejor que puedo hacer para sobrevivir a este recital poético.

Cuando llega el taxi y le oigo tocar la bocina, me alegro como jamás me había alegrado de oír una bocina. Es la música de la libertad.

—Cuídate, Jerry. —Le digo adiós con la mano y me largo corriendo por la escalera.

Lo último que oigo cuando salgo por el portal es su voz flotando por el vestíbulo:

—¡Pero este poema no habla de ti, no te vayas a creer! —me grita—. ¡De ti no estoy enamorado!

5

Al día siguiente, cuando me despierto (muerta de sueño y con las botas puestas), me siento confusa por lo que sucedió anoche. Ese es uno de los peligros de conocer a famosos: cuando estás acostumbrado a verlos en la televisión o en las revistas, tus recuerdos de haberlos conocido en la vida real parecen un tanto irreales: ¿de verdad viste el pene del tipo que salía en la portada de *Time Out* el mes pasado?

Me miro en el espejo y veo el chupetón que Jerry me ha dejado.

—Sí, Johanna —me dije bajándome ya de la cama—. Sí, viste ese pene. Y él te vio a ti. Pero fue muy breve.

No te desanimes, me consuelo mientras me visto: piensa en lo bien que te lo vas a pasar contándole a Krissi este descabellado encuentro. Se va a quedar impresionado cuando se entere de que te ligaste a ese cómico que a él le gusta y se va a partir de risa cuando le expliques cómo acabó todo. ¡Será muy divertido!

Subo a toda prisa y me encuentro a mi padre en la cocina.

—Anda, ya ha aparecido la golfá —dice. Ya está cieguísimo y solo son las diez de la mañana. El viaje de mi padre a Memory Lane se está convirtiendo en la Larga Marcha.

Krissi está sentado a la mesa con cara de resaca, zampándose un desayuno enorme. Por lo visto, mi padre ha utilizado todos los utensilios de la casa para prepararlo y el fregadero está lleno de platos sucios.

—¿Té? —dice Krissi ofreciéndome una taza.

Cojo la taza, me siento y preparo mi mejor cara de «Tengo noticias».

—¡No te lo vas a creer! ¡Lo hice! ¡Me ligué a Jerry Sharp! ¡Pregúntame lo que quieras!

Krissi se queda mirándome. Hay una pausa larga y desconcertante.

—¿Quién es Jerry Sharp?

—¡Jerry Sharp! ¡Ese cómico que tanto te gusta! ¡Lo hice por ti! ¡Me lo ligué! ¡Puedes preguntarme lo que quieras!

—¿Jerry Sharp? —dice Krissi otra vez—. No tengo ni idea de quién es Jerry Sharp.

—¡Ese cómico, el tipo con quien coincidimos en el concierto de anoche! ¡Ese que te molaba tanto!

—Ah —dice Krissi—. Hostia. ¿Ese era Jerry Sharp? Pero si a mí no me gusta Jerry Sharp. —Me mira con cara de perplejidad—. Lo vi una vez en *Have I Got News For You*, me pareció un poco gilipollas, la verdad. —Se encoge de hombros—. Creía que ese tipo de ayer era Denis Leary. Él sí que me gusta. Uf, estaba muy borracho.

—¿Te apetece una salchicha, Johanna? —me pregunta mi padre acercándose el plato.
Me quedo mirándola.

De pronto, todo lo que pasó anoche parece una gran equivocación. De hecho, todavía no tengo ni idea de lo grande que fue esa equivocación.

Pero la vida sigue, ¿no? Sí, la vida siempre sigue. Ya lo creo que sigue. Lo digo en el buen sentido, por supuesto. Por mucho que la cagues, la vida sigue adelante, sigue llevándote río abajo, aunque tú solo estés allí flotando, como un objeto inerte e indiferente, sin hacer ningún esfuerzo, murmurando «Dios mío, Dios mío» boca abajo, con la cara en el agua. La corriente te arrastra hasta que, al poco tiempo, esos sucesos horribles quedan reducidos a motitas diminutas que dejas muy atrás y puedes decir: «Bueno, solo fue un revolcón que se torció. Ya casi ni me acuerdo.»

Hoy tengo que trabajar: tengo que ir a *D&ME* a hacer una entrega. Me como eso que, inevitablemente, tengo que llamar la «Salchicha de Consolación después de un Mal Polvo», me doy un baño, me pongo algo que no huela a Jerry, ni a tabaco, me calo el sombrero y subo al autobús.

Por suerte, no tengo resaca. La verdad es que a los diecinueve años no tienes resacas. Tienes un hígado y unos riñones jóvenes y bien fuertes, capaces de procesar el alcohol de manera muy eficiente. Puedes acusar la falta de sueño y quizá te comerías una barra de pan entera, pero eso no es una resaca de verdad, como las que tienen los mayores: no hay dolor, ni sufrimiento, ni náuseas, ni terror.

En muchos aspectos, nuestras leyes relativas a la venta y el consumo de alcohol están mal hechas. Los adolescentes son los más indicados para consumirlo, porque a ellos no les perjudica tanto. Cuando alcanzas la edad legal para beber, ya solo te quedan unos años antes de que el alcohol empiece a destruirte. Si fuera por mí, prohibiría el consumo de alcohol a partir de los veintiún años. A los adolescentes no les hace daño; a partir de los veintiuno, ya no puedes procesarlo tan bien.

Así que... no, no estoy sufriendo físicamente.

Lo que estoy experimentando es remordimiento.

Y si tienes un remordimiento (que no es más que un pensamiento), lo único que tienes que hacer para sentirte mejor es aplastar el remordimiento con otro pensamiento más potente que no sea un remordimiento.

Sin embargo, mientras busco un pensamiento más potente que el remordimiento que siento por el encuentro con Jerry Sharp, me tropiezo con el pensamiento más potente que tengo en la cabeza: John Kite.

¡Ay, John Kite! ¿Sabes lo mucho que pienso en ti? A veces me digo que sí y eso es lo que me da esperanzas y, al mismo tiempo, lo que me mata. Eres el primer y el tercer pensamiento de cualquier secuencia; el quinto y el noveno. Pienso en ti, de media, cada siete minutos. El amor es eso, ¿no? Conocer a alguien tan emocionante e infinito que el mundo se reduce a «Cosas que son esa persona» y «Cosas que no son esa persona».

La ruta de este bus está llena de «Cosas que son John». Es como correr por un túnel lleno de fantasmas. Pasa por delante del pub Good Mixer, donde me senté con él y lloré, destrozada, después de romper con Tony Rich, y donde él bramó: «Si me entero de que algún capullo te ha hecho daño, ¡LO LAMENTARÁ!»

Por delante de la tienda de licores donde compramos licor de cereza antes de echar a andar

por la calle, mientras él me enseñaba a formar acordes en el cuello de la botella.

Por delante del músico callejero de la estación de metro (¡sí, es el mismo!), al que John le dio un billete de veinte libras, diciéndome «El dinero tiene que circular, nena»; luego le pidió al músico que le hiciera un favor: «No toques nada de Nirvana, tío, hace un día demasiado bonito para estropearlo.»

Y los árboles de Regent's Park... Regent's Park, donde besé a John. Yo lo besé a él; él me explicó que yo era demasiado pequeña para que él me besara a mí, pero me dijo que algún día me besaría, porque «Tú eres tú y yo soy yo».

Y con esta simpática y chistosa promesa (con estas palabras amables dirigidas a una niña triste), me vine a vivir a Londres, porque, algún día, seré lo bastante mayor para que él quiera besarme a mí y quiero asegurarme de estar a su lado cuando eso suceda. Por eso estoy aquí. Ese es el eje de mi vida.

Es un plan bueno, sólido y sensato.

Habrà quien lo llame «amor no correspondido», pero yo lo llamo «todavía está todo por hacer». Soy una curranta. No le tengo miedo al dolor. Me gusta estar aquí, colgada de mi cruz, por John. Además, a Jesús le funcionó. Le salió bastante bien.

No obstante, mi plan tiene un problema: cómo hacer que John se entere de que está enamorado de mí y cómo pasar el resto de nuestras vidas juntos.

Porque, en los tres años que hace que lo conozco, John Kite se ha hecho muy famoso. Su segundo álbum (que yo llamo, en secreto, *Desde que conocí a Johanna*, pero que todo el mundo conoce por su título, *Todos se equivocan menos tú*) ha sido el que le ha desabrochado la camisa y ha hecho salir volando todas sus canciones, como pájaros liberados de una jaula, de manera que aquellas han migrado por el mundo, se han posado en las ondas de radio y se han colado en los dormitorios. Han hecho algo lamentable, que es compartir a John con el resto del mundo.

Ahora lo conocen cientos de miles de personas y eso es lo peor que me podía pasar. Si ya es bastante duro estar perdida y oficialmente enamorada de alguien que cree que eres demasiado joven para que él te quiera, se hace muchísimo más difícil de sobrellevar si hay miles de chicas más que también están enamoradas del chico por el que estás colada.

A pesar de admirar su excelente gusto, odio a cada una de sus nuevas fans. En parte, me enamoré de John porque nadie más estaba enamorado de él: John era un ídolo improbable y yo aplaudí mi original buen gusto al sentirme atraída por él, al tiempo que calculaba fríamente que mis posibilidades de conseguirlo eran mayores, dados sus andares de oso, su cara aplastada y su desaliñada vestimenta.

Pero ahora se ha hecho famoso precisamente por ser un ídolo improbable. Salió en la portada de *i-D* con la cara llena de marcas de carmín y con el titular «TU NUEVO AMOR» y, cada vez que John aparece en la portada de una revista, me dan ganas de quedarme en el quiosco, furiosa, e interrogar a cualquier chica que la compre: «¿Tú lo querías en 1992, cuando nadie le hacía caso? ¿Lo querías cuando llevaba aquel abrigo que le quedaba un poco pequeño y cuando todavía llevaba aquel peinado de mierda? ¿Lo querías? No, ¿verdad? Pues entonces tu amor no es válido. QUE PASES UN BUEN DÍA, NENA. HASTA NUNCA.»

Lo verdaderamente fundamental de ser famoso, de ser conocido por cientos de millares de personas, es que de pronto estás muy atareado. Cuando John solo era ídolo de minorías, llevaba la placentera y sencilla vida de un vagabundo. Durante semanas enteras no hacía nada salvo

«escribir», una actividad con carácter de festividad móvil: nos pasábamos el día en el pub, deambulando por ahí, yendo a conciertos o, cuando llovía, viendo la televisión: él con la perra, enorme, atravesada en el regazo; de vez en cuando, el animal se sobresaltaba cuando John gritaba a pleno pulmón «¡CANDIDATO!» en respuesta al acertijo de *Countdown*.

Pero desde que salió este álbum, John está que no para. Siempre por ahí: de gira, dando entrevistas, en el estudio de grabación grabando los interminables singles de la cara B, imprescindibles en los años noventa.

Al principio, John se lo tomó como un soldado raso de la primera guerra mundial: «Soy una nube de verano», dijo, jovial, cuando apareció por primera vez en *Top of the Pops*. «En Navidad ya habrá pasado todo.»

Pero el álbum llega a Italia, Australia, Suecia... y el final de la campaña de publicidad se aplaza una y otra vez. Se añaden destinos al final del itinerario, así que no terminará hasta septiembre, noviembre, marzo. Primero paso semanas y luego meses sin verlo.

Veo *Countdown* yo sola. Tengo las llaves de su casa: voy de vez en cuando, riego las plantas, le dejo las cartas amontonadas junto al teléfono, me tumbo en su cama con la cara hundida en su sucia almohada, me tiro veinte minutos suspirando «Los restos de tu grasa capilar son como el opio para mí» y me marcho.

Ahora somos amigos por teléfono: suena a las once de la noche, a las dos de la madrugada, a las tres... y al otro lado hay un John borracho que dice: «Lo siento, Dutch, nunca sé qué hora es allí. ¿Puedes hablar?»

Y claro que puedo hablar y claro que estoy libre, ¡porque no estoy con él! Lo único que podría tenerme suficientemente ocupada para no hablar con él sería estar con él. ¿No entiende que el resto del calendario está en blanco y negro, que solo son horas con cosas apuntadas y que todo lo que tiene que ver con él está iluminado como un manuscrito medieval, con grifos de pan de oro y santos cerúleos que se desplazan por los márgenes y saltan y ocupan la habitación?

Apoyo la cabeza en el cristal de la ventana del autobús (para enfriarme la cara) y pienso en John. Hace poco leí una cita de Carson McCullers: «Necesitarte es una soledad que no soporto.»

Cuando lo leí, rompí a llorar. Cuando sientes que has encontrado a tu media naranja, a la persona con la que estabas destinada a hacerlo todo, cada momento que pasas sin ella es eso: una soledad insoportable.

Lo más cerca que he estado de rezar ha sido por John Kite.

«Por favor, mundo», digo en voz baja mientras miro por la ventana el banco donde nos besamos. «Dame a John, por favor. Si me lo das, seré buena. Trabajaré.»

Caigo en la cuenta de que estoy llorando. Quizá sí tenga resaca.

En las oficinas de *D&ME*, todo sigue como siempre. El paisaje: una sala llena de periódicos viejos y discos. El ambiente: un saloon del Lejano Oeste, lleno de vaqueros del rock.

Cuando empecé a trabajar aquí, a los dieciséis años, era una cría inocente con cara de pan, alucinada, que acababa de conseguir un empleo *donde vivía la música*. En una oficina llena de bichos raros (en *D&ME* trabajan expunks, drogadictos, góticos), yo solo era un bicho raro más: una chica de dieciséis años sexualmente voraz con sombrero y con un extraño idiolecto victoriano. Daba por hecho que todos aceptaríamos las excentricidades de los demás y que nos trataríamos como apreciados colegas y como iguales. Mis aventuras de Pirata Sexual no se prestaban más a

las críticas que el feroz consumo de anfetaminas de Rob, la costumbre de Armand de inventarse entrevistas enteras o la convicción de Kenny de que, en el fondo, todos somos gais, y su tendencia a convertir esa convicción en el subtexto de todos sus artículos.

Sin embargo, a lo largo de este último año he sintonizado más con ciertas... corrientes que circulan por la oficina. Seré más concreta: desde que tuve un breve flirteo con el redactor estrella del periódico, Tony Rich, que terminó cuando rechacé participar en un trío con él y vomité desde la ventana de la casa de sus padres, me he convertido en el objetivo número uno de indirectas, juegos de palabras y especulaciones abiertas sobre mi desenvuelta actitud sexual.

No completé mi misión. Mi boca extendió un cheque sexual que al final mi vagina se negó a hacer efectivo y, ahora, como consecuencia, me he devaluado. Soy de esas personas que traicionan sexualmente a los hombres. Soy una rajada. No me importa largarme y dejar plantada una erección. Y he descubierto que esa clase de chicas enfurecen a los hombres. Los ponen de muy mala leche.

Eso lo descubrí en una fiesta posconcierto. Estaba borracha y decidí contarles a todos la historia de lo mío con Tony Rich. Creí que lo encontrarían... divertido.

—... y cuando me llamó su «energúmena» —dije, apoyada en la barra del Astoria—, me di la vuelta, como un mosquetero, me envolví en mi dignidad como si fuese un abrigo de pieles y les di plantón a él y a su trío. «Adiós, muy buenas, caballero. ¡Que pase usted un buen día!», le dije.

Esperaba que los chicos reaccionarían como lo habrían hecho las chicas: «¡Pues claro! ¡Bien hecho! ¡Que se joda!»

Pero se limitaron a reírse un poco y entonces Kenny dijo: «Me sorprende, dada tu reputación, querida. Creía que tu lema, en honor a John Lewis, era «No dejes pasar la ocasión de echar un polvo».

Y me reía, porque todos se reían y porque era un buen chiste y porque, en casa, si Krissi hace chistes a mi costa es solo porque me quiere. Así lanzamos los chistes horribles en casa, pero tengo la impresión de que aquí quizá no sean lo mismo.

Así que formo parte de la banda, aunque no del todo. Es algo que a las chicas nos pasa a menudo. Por ejemplo: María Magdalena y los discípulos; Madame Cholet en *The Wombles*; Carol Cleveland en Monty Python. En realidad, no formo parte de la banda ni mucho menos. Solo soy... «la chica».

—Bueno, manos a la obra. ¿Qué tenemos esta semana? —pregunta Kenny en la reunión de redacción.

Como siempre, la reunión de redacción no parece en absoluto una reunión de redacción. La gente fuma, cuenta anécdotas, está de bajón. Si pasara por aquí alguien que no estuviese familiarizado con los métodos de trabajo de *D&ME*, pensaría que esto era un hospital de campaña de la guerra del rock.

Rob tiene la cabeza apoyada en la mesa y come galletas saladas Krackawheat «para aliviar el fuerte ardor de estómago y las náuseas».

Tony Rich contempla su reflejo en la ventana y se toca el pelo mientras hace pucheros. Como sabía que lo iba a ver, llevo semanas practicando una «cara aristocrática», por si en algún momento establecemos contacto visual. Cuando por fin levanta la cabeza, esboza una horrible sonrisa de complicidad que significa, sin ninguna duda, lo siguiente: «Puedo acordarme de

haberme acostado contigo cuando me dé la gana» y pienso que es injusto que los demás puedan conservar sus recuerdos de ti aunque tú los hayas borrado de tu vida. Ojalá, al romper con ellos, pudieras extraerles de la cabeza, de alguna manera, todo lo que quisieras. Coger una gran bolsa de basura e ir recitando: «Y me llevo esta imagen en la que estoy haciéndote una mamada y esta estampa en el asiento trasero de un taxi y exijo que me devuelvas hasta el último fotograma de cuando perdí la virginidad contigo.» Ojalá tuvieras el *copyright* de tus recuerdos. Si yo pudiese cobrarle cinco libras cada vez que piensa en mí, se haría justicia. Y podría pagarme una buena comilona.

Se suceden los acuerdos y los desacuerdos habituales sobre el reparto del trabajo. A Tony Rich lo envían a redactar el último de su larga serie de destripamientos de la gira de U2. Rob se ocupa de Oasis, lo que explica que esta mañana esté hecho unos zorros.

—De repente, Liam se puso a discutir consigo mismo —nos cuenta Rob, maravillado—. Dijo que Oasis era la mejor banda del mundo y luego dijo: «¡Al cuerno todos los que piensan que somos la mejor banda del mundo! ¡Somos la mejor banda de todos los tiempos! ¡Que les den por culo!» Se puso furioso de verdad. Alucinante.

Entonces alguien menciona a John Kite, cuyo último sencillo acaba de entrar en la lista Top Ten.

—No te molestes en levantar la mano, Dolly —dice Kenny y, antes de que yo haya podido levantar la mano, suspira y añade—: Creo que ya nos has deleitado suficiente con tus ideas sobre el lánguido de Kite.

El primer artículo que escribí para *D&ME*, hace tres años, era una entrevista a Kite. Flipada después de haber pasado una noche en Dublín hablando con él, era, en esencia, una carta de amor y estuvo a punto de costarme el despido por ser «una adolescente sobreexcitada». Desde hace dos años, el chiste interno de la oficina es que estoy enamorada de él y que su compañía de discos ha exigido que me mantenga a un mínimo de cien metros de él, para no tener que llamar a seguridad. Una vez intenté explicarles que somos amigos, amigos de verdad, y que cuando está de gira le riego las plantas, y Kenny se puso a chillar: «Mark Chapman tenía las llaves de la casa de Lennon! ¡CORRE, JOHN, CORRE!» Así que ya no digo nada.

—Un público muy variado —iba diciendo Kenny—. Participarán The Kids. ¿Qué opinamos del asunto?

—Me ofrezco voluntario —dice Tony Rich levantando la mano con languidez—. Creo que tengo alguna idea que podría servir.

—¡ADJUDICADO! —dice Kenny—. ¿Hemos terminado? ¿Al pub?

Todos hacen ademán de levantarse para salir.

—Es que... —digo yo.

Me miran y vuelven a sentarse a regañadientes.

—Estaba pensando en escribir algo... sobre lo masculino que es el britpop.

Creo que no me equivoco si afirmo que la reacción de todos los presentes es, fundamentalmente, de irritación.

—Adelante, Gloria Steinem. —Kenny suspira.

—Es evidente que en el ámbito del britpop hay muy pocas artistas femeninas —expongo con entusiasmo—. Lisa y llanamente, Louise, de Sleeper, tiene que representar a todo el género. ¿Sabéis en cuántos de los grupos que participaron el año pasado en el Reading Festival había

mujeres? En ocho. De sesenta y seis. Elastica, Echobelly, Lush, Hole, Sleeper, Transglobal Underground, Tiny Monroe y Salad. Y ya está. Es muy de tíos. Es muy «Las chicas no pueden subir a la casa del árbol».

—Pues tiene parte de razón —dice Rob. Rob es lo más parecido a un aliado feminista que tengo en la revista, aunque él es feminista a su manera. Ese día, haciendo gala de una gran consideración, añade—: En la revista casi no hay chochos.

Empieza a hojear el número de esta semana, que está encima de la mesa, y va repasando las páginas una a una.

—Ningún chocho, ningún chocho, ningún chocho, ¡chocho! Ah, no, eso no es un chocho. Es Richey de los Manics. Córtate el pelo, cielo. Me confundes.

—¿Y qué hacemos? —pregunta Kenny con un tono ligeramente agresivo. Él lo que quiere es ir al pub.

Lo malo es que no sé exactamente qué podemos hacer. Me pasa muy a menudo: no sé exactamente lo que pienso hasta que empiezo a hablar y de repente mis labios dicen lo que yo estaba cavilando de forma subconsciente. Confiaba en que, cuando hubiera lanzado el tema, todos aportarían algo y tendríamos una conversación sobre eso y sacaríamos conclusiones, pero, como no entablamos ninguna conversación, no puedo dar ninguna respuesta.

Me encojo de hombros.

—Una aportación importante, Wilde —dice Kenny, impaciente—. Sigue dándole vueltas y, si se te ocurre algo, nos lo dices, ¿vale? Y ahora... al pub cagando leches.

Todos se levantan y yo me digo: no sé si debería seguir trabajando aquí. Me siento... sola. Me siento como todas esas fotografías de los jefes de Estado del mundo: ochenta y nueve hombres con traje y, entre ellos, la reina, la única mujer, sola. Me siento como la reina, pero sin su defensa de castillos.

Mientras me peleo con una correa rota de mi mochila, Kenny se me acerca.

—¿Sabías que Tony sale con Camilla, de Polydor? —me pregunta regocijándose en su malicia.

Camilla es una mujer muy pija, muy rubia y muy delgada en cuyo pasaporte, debajo de «profesión», creo que pone «cocainómana puta». A pesar de ser ella horrible y él un hijo de puta, y a pesar de que mi madre reaccionaría ante eso con un hermético «Bueno, al menos no están arruinando a otra pareja», esta información me produce náuseas. Cuando rompes con alguien, siempre hay una parte de tí que espera que el otro se pase seis semanas llorando y que luego se suba a un caballo y diga: «Ninguna mujer estará jamás a tu altura. Me voy a las Cruzadas, ser extraordinario, y moriré por Jesucristo en tu nombre.»

Tirarse a Camilla de Polydor es exactamente lo contrario.

—Les deseo todo lo mejor —digo con dignidad—. Si comparten las cosas de manera equitativa, le tocan dos centímetros de pene a cada uno. Suficiente para una orgía.

La verdad es que Tony Rich tiene un pene de tamaño medio, pero lo suyo, en cuanto cortas con alguien, es contarle a todo el mundo que tiene un pene diminuto. Tienes que dar la impresión de que, cuando rompisteis, te llevaste casi todo su pene. Supongo que se trata de algo atávico, algo relacionado con la brujería. A mí me parece buena idea.

Kenny todavía se está riendo cuando me marchó; tengo que largarme de aquí, me digo. La reina no toleraría eso.

6

Una semana más tarde voy al Good Mixer, donde he quedado con Zee. Zee ya ha llegado y está en la barra y, como de costumbre, a su alrededor se ha generado cierta confusión. Zee no bebe alcohol; eso era tan poco habitual en los noventa que los bármanes de toda Londres se volvían majaras ante su presencia.

Cuando llego adonde está Zee y lo abrazo, el barman, muy cabreado, le está diciendo:

—¿Qué quieres decir? ¿Zumos de grosella solo? ¿Sin nada más?

—Sí, una pinta de Ribena, por favor —contesta Zee parpadeando nervioso. Le disgusta armar jaleo o provocar cualquier tipo de alteración y, como sabe lo problemático que suele resultar que pida bebidas no alcohólicas, siempre me pide que no quedemos en un pub. Y yo, muy a mi pesar, tengo que contestarle que eso nunca podrá ser, porque el pub es el templo de la felicidad.

—¿Ni siquiera... un poco de vodka? —insiste el barman, incrédulo—. ¿Solo con... agua? Es que no sé ni cuánto tengo que cobrarte.

Se pone a manipular la caja registradora de mala gana. Por lo visto, no hay ningún botón donde ponga «pinta de Ribena». Da un suspiro, el hondo suspiro de un hombre a quien han puesto contra las cuerdas.

—¿Diez peniques?

Zee desliza una moneda de diez peniques por la barra. Aunque ha sido él quien se lo ha pedido, el barman coge la moneda como si se degradara al aceptar una cantidad tan pequeña.

—Gracias, gracias —dice Zee parpadeando antes de dar un sorbo de Ribena. El barman sigue muy nervioso.

—No sé, es que por diez peniques ni siquiera vale la pena mojar el vaso —sigue quejándose, y entonces me mira—. ¿Y a ti qué te pongo?

—Tres chupitos de Jack en un vaso de una pinta, con una Coca-Cola por encima —le contesto con decisión. Es mi bebida: el «Wilde». Te lo puedes tomar a sorbos como si fuese una pinta, pero sube como si fuese licor. Estoy impresionadísima con este invento.

—Vale, eso sí es una bebida —dice el barman con sorna, mirando a Zee.

No me olvido de coger el recibo y me lo guardo en mi monedero especial. Puedo incluir todas las copas que pago como «gastos». Esta es una de las insólitas circunstancias de mi vida. Puedo emborracharme gratis (y viajar gratis por el mundo, entrevistando a grupos), pero no tengo dinero para comprarme ropa, ni puedo permitirme un piso de un tamaño un poco decente. Llevo una vida en la que los lujos son elementos esenciales, pero en que las cosas más prácticas están fuera de mi alcance. Eso aporta una perspectiva curiosa. Podríamos decir que llevo la vida de un

playboytrotamundos y borracho, pero arruinado.

Nos llevamos las bebidas a una mesa vacía y nos sentamos. Miro a Zee y sonrío. Me encanta verlo. Doy un sorbo que, como sucede siempre con la primera copa, sabe a comienzo de aventuras, y enciendo un cigarrillo que, como sucede siempre con el primer cigarrillo, sabe a comienzo de conversación.

La luz de tarde de verano entra, sesgada y cobriza, por las ventanas y, por la puerta, abierta, llegan flotando las voces masculinas de Arlington House, el refugio para indigentes; están sentados fuera, en el portal, y discuten. Detrás de mí, dos miembros de Blur juegan al billar. Siento una oleada de amor por Londres. Ser Londres tiene que ser todo un curro. ¡Ay, sí, este es mi sitio, no cabe duda!

—¿Qué, cómo estás? —le preguntó a Zee—. Qué jersey tan chulo.

—Sí, es otro regalo de mi madre. —Su madre le compra toda la ropa. Va vestido de los pies a la cabeza con prendas de Marks & Spencer's que ella le compra en las rebajas. Zee es la única persona que conozco que lleva la ropa planchada. Su madre va a verlo una vez al mes y le hace la colada—. Con las madres iraníes no se puede discutir —añade suspirando.

Nos ponemos al día sobre nuestras respectivas vidas. Zee lleva meses haciendo afirmaciones crípticas sobre algo que está haciendo; se refiere a ello como «esa cosa» o «ya sabes».

Al principio, yo asentía con la cabeza y hacía como si supiera de qué me estaba hablando, aunque no tenía ni idea. Entonces me enteré de que estaba montando su propio sello discográfico, pero le daba mucho corte hablar de ello. Le daba corte, sobre todo, porque el personal de *D&ME* lo encontraba hilarante.

La última vez que estuve en la oficina, cuando Zee entró para entregar el trabajo, Rob Grant lo saludó con un «¿Qué tal, Richard Branson? ¿Has aparcado el globo fuera? Ten cuidado con los guardias de tráfico, no le vayan a poner una multa a tu zepelín. Eso te perjudicaría mucho».

Cuando hablaban del sello discográfico de Zee, los chicos de *D&ME* parecían ociosos aristócratas horrorizados de que un conocido suyo los hubiera traicionado y se hubiese puesto a trabajar.

—¿Para qué coño quieres hacer más discos? —le preguntaba Rob y, extendiendo un brazo, señalaba alrededor.

En las oficinas de *D&ME* había discos por todas partes, amontonados en los estantes, esparcidos por las mesas, formando pilas en el suelo, clavados en la pared y con un «A LA MIERDA» garabateado.

Justo en ese momento, llegó el cartero y corroboró las palabras de Rob entregándoles otro saco lleno de discos.

—Se están replicando, como los putos *tribbles* —continuó Rob con desesperación.

Aquella tarde terminó, como terminaban muchas tardes en *D&ME*, con Kenny abriendo las ventanas y lanzando discos, de uno en uno, al cielo londinense, mientras Rob Grant les disparaba con una carabina de aire comprimido.

—¡Que te follen Yoghurt Belly! ¡Y a ti, African Headcharge! ¡Land of Barbara! ¡Mr Ray's Wig World! ¡Huge Baby! —gritaba Rob mientras les disparaba balines y los discos explotaban sobre el Támesis.

Zee, sin embargo, sigue adelante con serena determinación.

—¿Qué tal va Zee Records? —le pregunto.

—Todavía no se llama así. Todavía no se llama de ninguna manera.

Nos pasamos diez minutos pensando y proponiendo nombres para el sello: Unisex, Test Pressing... A mí me gusta The Vinyl Solution, pero Zee lo veta. Pedimos más bebidas.

—¿Y tú qué planes tienes? —me pregunta Zee.

No quiero explicarle que estoy intentando por todos los medios no volver a mi piso, porque mi padre y mi hermano están allí fumando porros, así que me pongo a hablar de trabajo.

—¿No crees que *D&ME* es demasiado... de tíos? —le digo—. El año pasado, por estas fechas, era todo Riot grrrl y PJ Harvey. Esta semana, la única foto de una mujer que hay en toda la revista es una foto del *Titanic*.

Zee me mira con cara de no entender.

—En inglés, «barco» es un sustantivo femenino —le explico. Él hace una mueca de extrañeza y, entonces, con una insistencia nada habitual en él, se inclina sobre la mesa y me dice:

—Y por eso esta noche tienes que venir a ver a este grupo. Acabo de descubrirlo. Creo que los voy a contratar. Me parece que te gustarán —dice Zee—. Creo que... *ella* te gustará.

Hacer una entrada es un arte infravalorado. Empleamos esa expresión con excesivo desparpajo, la utilizamos para referirnos a alguien que, sencillamente, ha entrado por una puerta. La mayoría de la gente... entra por esa maldita puerta y punto. Pero los que de verdad saben hacer una entrada entran como si acabaran de abandonar un campo de batalla napoleónico, la Mesa Redonda del Algonquín o una orgía romana y llegaran a tu mundo. Se diría que, hace solo unos segundos, han dejado una espada, un cóctel o a un hombre y que tienen intención de regresar enseguida con ellos. Hacer una entrada es su trabajo.

El resto del grupo ya estaba en el escenario: un batería, que era solo «el batería»; un personaje anodino a quien supongo que hasta el grupo llamaba «el batería». El bajo era una chica morena con una corona inmensa de pelo que llevaba botas de agua y un impermeable amarillo. Tenía la misma cara de mala leche que Chris Lowe de los Pet Shop Boys; me encantó su malhumor anti-britpop. Daba la impresión de que, en cualquier momento, podía mirar la hora, suspirar y largarse del escenario. Su actitud nada roquera resultaba muy roquera. El batería y ella mantenían un ritmo de fondo básico, incesante, mientras esperábamos a que llegara la vocalista.

Y entonces apareció. Con un cigarrillo en los labios, vestida con ropa de segunda mano, rollo glam (abrigo de piel de leopardo, perlas, leggings, botas de ante azules), cruzó el escenario a grandes zancadas, como si fuese a empezar una pelea. El grupo alcanzó un tenso *crescendo*; entonces ella tiró el cigarrillo, le dio la vuelta a la guitarra con un ostentoso ademán, gritó «¡VENGA!» y tocó el primer acorde.

—Es Suzanne Banks —me gritó Zee al oído.

La mayoría de los mortales están contruidos alrededor de un corazón y un sistema nervioso. Suzanne, en cambio, parecía construida alrededor de un torbellino y atrapada en una campana de cristal negra. Parecía que nunca pensara antes de hablar, de beber de su vaso o de abrir un tarro de pastillas. Se diría que ya vivía tres horas más allá, en el futuro. Era como una bomba que explotaba una y otra vez.

Me di cuenta de que tenía la boca abierta, como un personaje de dibujos animados. Fui hacia el escenario, hasta la primera fila, para estar lo más cerca de ella que fuese posible.

—¡BUENAS NOCHES! —bramó—. Somos The Branks, y tenemos tres canciones alucinantes, dos muy guapas y tres supermierdosas. A ver si sabéis distinguirlas. Yo no sé.

Y, sin parar de reír, se puso a cantar.

Madre mía. Solo llevaba allí diez segundos y yo ya estaba convencida de que era lo mejor que había visto jamás.

Cuando terminó el concierto (amenizado, en un momento determinado, cuando Suzanne baja del escenario, camina entre el público y le pega un puñetazo en la cabeza a un tipo que no para de gritar «¡ENSEÑAME LAS TETAS!»), Zee me pregunta «¿Vamos a saludarla?» y yo le contesto «¡Claro!».

Entramos en el camerino. Me quedo diez segundos allí plantada, sin saber qué hacer, hasta que Suzanne me ve, viene corriendo, me coge la mano y grita: «¡Dios mío! ¡Pero si eres Dolly Wilde! ¡Dolly Wilde de *D&ME!* ¡Tía! ¡Yo estaba igual de gorda que tú! ¡El secreto está en no comer queso!»

En cuestión de segundos comprendo que hablar con Suzanne es como ponerse a ver una película que lleva veinte minutos empezada. Te has perdido las primeras escenas, fundamentales, donde se presenta a todos los personajes y se establece la trama y te sitúas, y tú llegas cuando alguien a quien no has visto nunca conduce un coche marcha atrás por una calle y te grita: «¡Súbete! ¡Hemos de tener los planes hechos antes de medianoche! ¿Dónde está Adam?»

Suzanne jamás empezaba una conversación diciendo «¡Hola! ¿Cómo estás?» o «Vaya, todavía no ha parado de llover». Ella iba directamente al Ragnarök.

—¡Dolly! ¡Ven aquí, Dolly! —Está clarísimo que Suzanne va colocada de algo. Con un brazo me rodea los hombros y me estrecha contra sus senos. Es mucho más alta que yo—. Tenemos que hablar. Tenemos un interés común. ¡Me han dicho que somos Primas de Polvo!

Yo no tengo ni idea de qué me estaba hablando.

—Bueno, vengo de una gran familia, es verdad... —empiezo—. Pero mi tío...

—¡No, no! —me corta Suzanne—. Primas de Polvo. No tenemos parentesco de sangre, sino de semen. No me gusta hablar de esto en público... —continúa sin bajar la voz ni un ápice—, pero tengo entendido que has pasado por la cama de...

Y, moviendo los labios, pero sin articular ningún sonido, dice «Jerry Sharp».

No sé cómo se las ingenia, pero consigue gritar moviendo los labios. Varias personas se dan la vuelta y se quedan mirándonos.

—¿Verdad que es un perro? —dice, furiosa—. Un cacho perro.

—¿Sí? —digo yo en voz baja—. Sí, yo he... estado con Jerry Sharp. ¿Cómo lo sabes?

—Ah, porque es un bocazas. Se lo cuenta a todo el mundo. No te preocupes. Todo el mundo se ha acostado con Jerry, chica. —Coge un cigarrillo de mi paquete y lo abre—. Es como el Comité de Bienvenida para Chicas Apetecibles. No puedes entrar en Londres sin pasar por su polla, su polla como un torniquete. Él está allí esperándote. ¿Sabes a quién más se ha tirado? A Justine. A AnnaMarie. A Rachel.

Yo no tenía ni idea de quiénes eran esas tías.

—Contigo ¿cómo se portó? —me pregunta, muy solícita—. ¿Te propuso alguna... cosa rara?

Se queda mirándome fijamente. Acabo de conocerla y me encuentro en una sala llena de gente, incluido Zee, tan amable y asexual él que siempre he dado por hecho que, si tiene pene, debe de

ser de punto, como sus chaquetas. No estoy dispuesta a compartir la historia de la Catástrofe Sexual con Cómico con toda aquella gente. Sacudo la cabeza.

—Ven aquí —me dice Suzanne en voz baja antes de tirar de mí hasta meterme debajo de la mesa. Nos sentamos en el suelo—. Cuando conocí al señor Sharp —prosigue—, me llevó a su casa e intentó obligarme a ver su programa... mientras follábamos.

—¡A mí también! —le digo—. ¡Lo mismo! ¡Joder! ¡No me lo creo! ¿Y tú qué hiciste?

—Bueno, no era mi primer rodeo con un perverso. Tengo bastante experiencia. ¡Tengo veinticinco años!

—Más el IVA —dice una voz lacerante. Miro hacia arriba. Julia, la bajista enfurruñada, nos miraba fijamente.

—Cállate, Julia —replica Suzanne.

Suzanne la mete también debajo de la mesa.

—Dolly, Julia. Julia, Dolly.

La saludo con la cabeza. Julia tiene el aire cansado y paciente de un cuidador de zoo. Suzanne es el ganado.

—Por lo que respecta al rock 'n' roll, tengo veinticinco —aclara Suzanne mientras Julia, sentada a su lado, mueve los labios: «Treinta y uno.»

—¿Y qué hiciste? —le pregunto.

—Lo que habría hecho cualquier mujer en su sano juicio: me levanté, me envolví con mi abrigo de piel, como si fuese una capa de dignidad, y le dije «Lo siento mucho, acabo de acordarme de que necesito largarme ahora mismo» y me piré. ¿Te imaginas? —Suzanne me mira con los ojos muy abiertos—. ¡Follar viendo su programa! Es como si Picasso intentara follarte mientras te pintaba un ojo en la barbilla.

—¿Crees que hace lo mismo con todas?

—No lo sé, pero siempre apunta al mismo tipo de chica —me contesta Suzanne—. Acaban de llegar a Londres, son ambiciosas, no conocen a mucha gente... Y siempre son... brillantes. Chicas valientes que hacen cosas. Se las folla y, luego, se come su alma... Jerry Sharp es un vampiro.

—Lo que es es un gilipollas, Suzanne. No hace falta que lo embellezcas —dice Julia con mucho sentido común.

—¡Cuando lo dije estabas de acuerdo!

—Quería que te callaras. Te estaba oyendo todo el autobús y te estaban tomando por loca.

—Es verdad —Suzanne me mira, muy seria—. Las historias de vampiros son reales. Están entre nosotros. Hay tíos a los que les gustan los pies. A otros les gusta que te sienten encima. Y hay tíos... a los que les gusta hacer que las chicas se sientan pequeñas. Follar con niñas. Empequeñecerlas. Aspiran su confianza en sí mismas como si esnifaran crack.

Pienso en la noche que pasé con Jerry. No fue un... encuentro sexual equilibrado.

La cabeza de Zee se asoma debajo de la mesa.

—¿No podemos tener un poco de intimidad? —protesta Suzanne—. Esta zona está reservada. Para mujeres.

Zee se queda un poco cortado.

—Lo siento —dice—, pero me gustaría hablar contigo, Suzanne, si puede ser.

—¿Tienes algún cotilleo sexual que contarme? —pregunta ella—. ¿Conoces a algún vampiro sexual?

—No —contesta Zee, muy cohibido—, pero me gustaría ofrecerte un contrato discográfico.

Si a Suzanne la animaban los chismes, hablar de contratos discográficos la vuelve majara. Mete a Zee debajo de la mesa y su lenguaje corporal crea un espacio secreto donde están solos Zee y ella y donde una luz intensa y directa le ilumina toda la cara. Está muy guapa.

—Cuéntame, señor Zeigfield. ¿Qué me propones?

Zee le explica, balbuceando mucho, que su sello discográfico es nuevo, pero que ofrece un trato de cincuentacincuenta a los grupos («Me parece justo») y que los grupos tienen todo el control de la parte artística. Mientras le explica los detalles a Suzanne, pienso que Zee no se toma nada en serio sus conocimientos sobre música. En todas mis acaloradas conversaciones con él sobre Erasme o sobre Crowded House, él nunca ha dejado entrever, ni por un segundo, que sepa más que yo de música. Habría podido aplastarme en cualquier momento y, en lugar de eso, escucha todas mis teorías y comparte conmigo mi entusiasmo.

Curiosamente, de repente, al darme cuenta de eso, me parece diez veces más impresionante que hasta ese momento. Nunca había conocido a nadie con «profundidades ocultas». El resto de las personas que conozco (mi padre, John Kite y yo misma) exhibimos todo el bufé de nuestra personalidad sin reparos, como si lleváramos los pasteles de carne y las tartas grapadas en el pecho. Zee, por lo visto, solo lo muestra si alguien comenta que tenía hambre.

Cavilando sobre esta novedosa idea, salgo reptando de debajo de la mesa con la intención de marcharme, pero Suzanne me agarra del brazo.

—¿Te vas?

Miro a Zee. Es evidente que todavía tiene mucho que decir.

—Sí.

—El jueves. Ven a mi casa el jueves. Tú y yo vamos a ser amigas —dice, como si eso no fuese discutible—. Julia, dale a Dolly mi dirección. Tengo que hablar con El Hombre.

Y sale de debajo de la mesa y se marcha con Zee.

—¿Yo puedo opinar sobre esto? —le pregunto a Julia mientras ella anotaba la dirección de Suzanne en un trozo de papel—. ¿Puedo decidir si quiero ser amiga suya?

—No —me contesta, tajante—. Te elige ella a ti. Como le dice la princesa Leia a Luke, «Buena suerte».

Yo sigo mirando el trozo de papel (me fijo en que Suzanne vive en Kentish Town, muy cerca de donde yo vivo), cuando la oigo gritar en la otra punta de la sala: «¡Dolly, haremos una lista de todas las tías a las que se ha tirado! ¡Y ACUÉRDATE! ¡NADA DE QUESO!».

7

Se da por hecho que una persona que forma parte de un grupo de música es socialmente superior, aunque se trate de un grupo del que nadie haya oído hablar. Tiene que ver con el hecho de que hayan formado un grupo, le hayan puesto un nombre y hayan decidido que representan ciertas cosas y no representan otras. Suzanne es «Suzanne Banks, de The World Of The Branks». Yo solo soy... yo, sin más. Su rango es superior al mío.

De modo que no me siento muy cómoda, al día siguiente, cuando llego a su casa a la hora acordada y Suzanne abre la puerta en alboroz. Es evidente que se acaba de despertar y, a pesar de que todo esto fue idea suya, me mira como si yo estuviera loca.

—¿Hola? —me dice.

—Hola. Me dijiste que viniera hoy, ¿no? Llevo mi mejor sombrero de Cotilleos Sexuales. — Me señalo la chistera; en lugar de la etiqueta del sombrero donde pone «10/6», yo he escrito, para ayudar, «COTILLEOS SEXUALES».

—Hoy... ¿Qué día es hoy? —me pregunta, confusa.

—Jueves —le recuerdo, solícita.

—Jueves... Jueves... —dice, como si «jueves» fuese algo de lo que hubiese oído hablar, algo que le pasa a los otros, pero que ella no ha experimentado nunca.

—He comprado un Rolodex —le anuncio antes de sacarlo de mi bolso por si verlo le ayuda a recordar—. Para ordenar alfabéticamente los nombres. De las chicas a las que se ha tirado Jerry.

Estar plantada delante de una puerta en Camden, bajo el sol de primera hora de la mañana, con un fichero Rolodex en las manos para archivar historias sexuales parece una grave equivocación.

—Me ha costado diecisiete libras con noventa y nueve —añado, por si necesita más información—. Puedo incluirlo en «gastos» y recuperarlo. —Suzanne parece afligida—. Creo que deberías dormir un poco más... —le digo dando ya unos pasos hacia atrás—. Lo siento. Ya nos veremos.

Empiezo a andar, pero Suzanne emite un sonido raro, una especie de «nargh».

—No, no. Vuelve. Aunque sea jueves —dice haciéndome señas para que entre por la puerta—. Ven, entra, vamos —añado, como si hablara sola.

Entro en la sala de estar y veo a Julia sentada a la mesa, comiéndose el contenido de un táper de *dhal* y leyendo un libro.

—Ah, hola —digo, un poco desconcertada.

Julia levanta la cabeza y me mira.

—Hola —me saluda.

—¡No sabía que vivíais juntas! —digo alegremente—. En el concierto, Suzanne me dijo que esta era «su» casa.

Julia se queda mirándome con cara de pocos amigos.

—Normal, ¿no?

—Siento haber tocado el timbre tantas veces —añado—. Os debe de haber molestado.

—Julia nunca abre la puerta. Nunca es para ella —dice Suzanne con despreocupación—. Voy a prepararme.

Desaparece. De vez en cuando, le oímos gritar algo desde su habitación: «¡Prepárate un té!», «¡Ve a comprar tabaco a la tienda de la esquina!», «Abre la puerta, ¿quieres?» y «Mierda, se me han abierto los poros. Parecen pequeñas almejas abriendo la boca», mientras Julia se concentra en ignorarme.

Yo me lanzo a ello...

—Me ha parecido detectar... ¿que tienes acento de los Midlands? —digo alegremente tras el primer minuto de silencio, porque Julia sigue comiendo y pasando las páginas de su libro—. Porque... ¡yo soy de Wolverhampton!

—Cuánto lo siento —dice Julia; eso es lo que suelen decir los de los Midlands. Tras otro minuto de silencio, añade, seguramente por pena—: Sí, has acertado, tengo acento de los Midlands. Soy de Kidderminster.

—¡De Kiddy! ¡Qué pija! —Eso es lo que se suele decir en los Midlands de la gente de Kidderminster.

—Ya, eso es lo que dice todo el mundo —reconoce Julia sin levantar la vista del libro—. Pero si te fijas, Kiddy es exactamente lo mismo que Wolvo, solo que con un río. Y un río no es en sí pijo, ¿no? No es más que... un desagüe natural.

—Nunca me lo había planteado así —concedo.

Como Julia deja muy claro que no tiene ningunas ganas de hablar, me distraigo husmeando por el piso. Salta a la vista que lo ha decorado Suzanne.

Las paredes están pintadas de azul cerceta, un color poco común en esa época. «Tuve que pedirle a un tipo que trabaja en el teatro que me lo mezclara», me contó más tarde. Por todas partes hay montañitas de números de *Vogue* de los cincuenta y los sesenta, delicados abanicos de seda chinos, chales bordados y volúmenes hechos polvo que parecen combinar las dos cosas favoritas de Suzanne: la poesía romántica y los clásicos del feminismo radical. Keats y Yeats se disputan el espacio con el *Manifiesto SCUM* de Valerie Solanas y con Andrea Dworkin. La combinación produce un efecto de exuberancia: como el melocotón perfecto, al cabo de una hora empieza a pudrirse.

La casa se convierte inmediatamente en mi ideal de cómo debería ser la vivienda de una mujer adulta. Da la impresión de que, instintivamente, Suzanne ha buscado las cosas más puras y extremas. No hay nada vulgar, nada sencillo en la casa: ni tazas baratas de color beis del mercado, ni un cojín normal y corriente de BHS. Todo tiene peso, historia, objetivo, impacto. Todo significa algo.

Rápidamente, hago una lista de toques chulos que quiero copiarle para mi piso: los velos de color rosa con cuentas que cubren las pantallas de las lámparas; la fotografía de una anciana golpeando a un nazi con su bolso... Y entonces Suzanne grita desde su habitación: «¡JULIA! ¿Dónde están mis PASTILLAS AZULES?»

—Encima de tu tocador —contesta Julia sin subir la voz.

—¡JULIA! ¿Dónde están mis PASTILLAS AZULES? —vuelve a bramar Suzanne—. ¡Mis PASTILLAS AZULES TRIANGULARES!

—¡ENCIMA DE TU TOCADOR!

Se oye un fuerte estrépito, como si se hubieran caído un montón de cosas, y, al cabo de un momento, sale Suzanne, por fin, perfectamente maquillada, con pantalones y botas de montar, una recargada blusa victoriana y un raído abrigo de piel de carnero. Parece Virginia Woolf entrenando a un equipo de fútbol. Se le da bien eso de la ropa, así de simple. La ropa la ama. Sabe hacer que las prendas queden divertidas y elegantes al mismo tiempo. Tiene un don.

—No las encuentro. Me voy a tomar las rojas —dice Suzanne y, al instante, se toma las pastillas que tiene en la mano.

—Joder —dice Julia.

Suzanne se traga las pastillas con un ademán muy teatral.

—Fase uno completada. Ahora viene la fase dos —anuncia. Se pone a preparar café con la típica cafetera italiana y enciende un cigarrillo.

Nunca llegué a enterarme de qué eran todas aquellas pastillas. Las «azules triangulares» eran sus favoritas y la ponían elegante y táctil; las rojas, más pequeñas, hacían que se «animara»; las blancas y amarillas tenían, por lo visto, un efecto aleatorio sobre su estado de ánimo, lo que sin duda añadía emoción a la jornada. Cuando me enteré de que la madre de Suzanne era norteamericana, lo entendí todo. Ya me había fijado en que a los estadounidenses les encantan los medicamentos. Suzanne había heredado de su madre el amor por las pastillas, como quien hereda una barbilla o determinada tendencia religiosa.

—Bueno, seguro que tú lo entiendes. —Se sienta y bebe café mientras se fuma un cigarrillo—. Lo que yo quiero hacer es escribir canciones para chicas feas.

No sé muy bien cómo tomármelo. Veo que Julia pone los ojos en blanco y sigue leyendo, pegándose un poco más el libro a la cara.

—¿Te has fijado en que todas las canciones tratan sobre chicas guapas? —dice Suzanne—. Todas. Todas son cautivadoras. Cuando entran en una habitación, la iluminan. Son todas la hostia de... hechizantes. Pero las chicas así no necesitan que escriban canciones sobre ellas. Todo el puto mundo escribe canciones sobre ellas. Dadles un respiro, joder. Dejadlas en paz. Escribid canciones sobre las chicas feas, que son las que las necesitan. Y eso es lo que voy a hacer yo. Quiero que las feas lo peten. Quiero hacer que las zorras más cutres triunfen. Voy a ir a buscar a esas chicas y les voy a comer el tarro. Voy a liderar la carga.

Es la una y diez de un jueves. A mi parecer, esta clase de discurso no encaja mucho en un jueves a la una y diez. A mí no me encaja, desde luego. Pero tengo el vello de los brazos erizado.

—Mira cuántas mujeres se matan a pajas pensando en Gérard Depardieu —continúa Suzanne—. ¡Y es un auténtico cerdo! ¡UN PUERCO! ¿Y por qué lo encuentran tan sexy? Te voy a decir por qué: porque es famoso. Haz un millón de pósteres con una cara fea y, de repente, el tío se forra. ¡Oh, Depardieu!, decimos cuando lo hemos visto cincuenta veces. ¡Tu cara ha acabado enamorándome! Porque es famoso, porque lo vemos todos los días. El repertorio de hombres que molan es mucho más amplio. ¡Mira cómo mola él ahora! ¡Con una cara que parece que hayan pintado unos ojos encima de una polla y unos huevos! ¡Los tíos como Gérard Depardieu no necesitan cirugía plástica ni odiarse a sí mismos! ¡Tienen tías a patadas! Pues eso es lo que

tenemos que hacer nosotras, las mujeres. Tenemos que hacer que las chicas feas también sean famosas. Ampliar nuestro repertorio. Tenemos que conseguir que las monstruas molen tanto como los cerdos. Ser famoso es un atajo al poder. Es la forma de hacerle un puente a la revolución. Voy a conseguir que las cerdas también sean sexys. Y, entonces, como nosotras somos más... como somos la mayoría... las feas vamos a dominar el mundo.

Miro a Suzanne. Supongo que podría decirse que es «fea», aunque esa es una palabra que no me gusta pensar, y menos aún decir, porque, junto con la palabra «gorda», se utiliza muy a menudo como arma y, cuando oigo que la usan como un simple calificativo, se me ponen los pelos de punta. Pero sí, es fea: podría ponerse un casco de centurión romano en el puente de la nariz y, ahora que la veo desde cerca, tiene los ojos muy pequeños; con una hábil y teatral aplicación de maquillaje y rímel logra que parezcan intensos y penetrantes. Tiene los hombros anchos, los pies enormes y se le nota un poco que la operaron de labio leporino. Resumiendo: no es la clase de mujer a la que una niña dibujaría como una princesa.

Y, sin embargo, es tan efervescente y deliciosa que me dan ganas de nadar dentro de ella, como un delfín.

—¿Cómo piensas hacerlo? —le pregunto.

Suzanne hace una pausa teatral, una pausa que tiene toda la pinta de haber ensayado un montón de veces y que, precisamente por eso, aún es más divertida.

—Sé el cambio que quieres ver a tu alrededor. *Yo soy la revolución*. Hazme famosa y te comerás el mundo. Yo... Me cago en la puta. ¿Sabes por qué nos llamamos «The Branks»?

—No.

—Porque así es como se llamaba la máscara de castigo que les ponían a las mujeres en Escocia para que no pudieran hablar —me explica, hace una pausa—. Por eso es el mejor nombre que ningún grupo ha tenido jamás.

Suzanne es la fan número uno de Suzanne. Es entrañable. Mira la hora y dice:

—¡Madre mía, pero si son las dos! La revolución tiene que ir a trabajar.

—¿En qué trabajas?

—Publicidad —dice Suzanne—. Vamos, Julia.

Se aplica lápiz de labios sin quitarse el cigarrillo de la boca; jamás había visto hacer algo semejante y no lo he vuelto a ver.

—Es mi día libre —protesta Julia.

—¡La revolución no tiene días libres! —grita Suzanne.

—Yo no soy la revolución —replica Julia—. Yo llevo la administración de la revolución. Y a ello me he dedicado hasta las dos de la madrugada. Ahora quiero disfrutar de mi tiempo libre.

Suzanne abre la puerta de par en par y, en la misma línea teatral, se queda en el umbral y grita:

—¡JULIA! ¡VAMOS!

Julia suspira, se mete una *dosa* en el bolsillo y sale por la puerta detrás de Suzanne.

Nos pasamos dos horas deambulando por Camden. El mercado está muy concurrido y, en 1994, vivía el apogeo de su chaladura. Aquí están todos los detritos del imperio perdido de Inglaterra, montañas de detritos: miriñaques, gramófonos, excedentes militares, vestidos de puesta de largo y, además, toda la provocadora economía del mercado negro actual: cachimbas, cedés de contrabando y camellos que venden hachís o pastillas de caldo, dependiendo de tu astucia y / o tu

suerte. Y, paseándose entre todo ello, chicos con gabán; chicas con enaguas y estolas de piel; góticos; grebos; skaters; indies con leotardos a rayas, y la incipiente explosión de britpop con sus Adidas y sus collares de madera.

—¿Qué estamos haciendo? —le pregunto a Suzanne, que está sentada en el puente, fumando un cigarrillo y contemplándolos a todos.

—Buscar a los míos —me contesta y, de repente, se baja del puente y se dirige a una chica con el pelo teñido de verde.

—¡Hola! —la saluda alegremente—. Me encanta tu estilo.

La chica le sonrío, contenta pero desconcertada.

—Ah, gracias —dice.

—¿Te importa que te pregunte qué has venido a buscar? —le pregunta Suzanne.

—Bueno, solo estoy curioseando... —contesta la chica.

—Porque... ¡acabas de encontrarlo! —continúa Suzanne antes de cogerle una mano y apretársela con algo.

La chica está tan sorprendida que no dice nada y se mira la mano. En el dorso, ahora lleva estampado con tinta: «Esta chica pertenece a The Branks. 12/9/94. 9 p.m., Electric Ballroom, Camden.»

—Somos The Branks. Bienvenida —dice Suzanne con un ademán teatral.

La chica sigue mirándose la mano.

—Es nuestro próximo concierto. Dentro de dos semanas. ¡Ven! ¡Díselo a tus amigas! ¡Que vengan también!

Suzanne empieza a irse.

—¡Eh! ¿Quiénes son The Branks? —le grita la chica.

—¡Son el resto de tu vida! —le contesta Suzanne sin darse la vuelta.

Durante una hora nos dedicamos a eso: buscamos a chicas con el aspecto idóneo (las de los piercings; las del pelo teñido de colores fluorescentes; las de las Doc Martens; las gordas; las del perfilador de ojos; las de mirada ávida y chispeante) y les estampamos un sello de The Branks en la mano.

Algunas protestan («¿Qué haces?») y, entonces, Suzanne les dice: «¡No puedes combatir una fuerza invencible! ¡Cuando sea famosa, se lo contarás a todo el mundo!» o, malhumorada, a las que más protestan: «Solo es tinta, joder. Se va con agua. No seas tan cursi.»

—Fue idea de Julia —me explica al cabo de un rato; estamos junto a la entrada de The Stables escudriñando la multitud—. Mejor que repartir folletos de papel.

—Odio la basura —dice Julia—. Atasca los desagües. Provoca pequeñas inundaciones.

Asiento y tomo nota de esto: a Julia le dan miedo las pequeñas inundaciones.

Todavía estoy asimilándolo cuando veo que Suzanne sufre un contratiempo unos metros más allá.

Julia y yo corremos hasta ella y la encontramos rodeada de cuatro chicos (dos con camisetas de Oasis) que discuten con ella.

—¿Por qué solo se lo haces a las chicas? —le pregunta uno.

—Sí, nosotros queremos tu sello. ¿Para qué es? —dice otro.

Tienen el típico aire amenazador de los jóvenes sin nada que hacer que siempre buscan una

razón para ponerse bordes. Como las ballenas barbadas cuando abren la boca y filtran todo el océano para conseguir una cucharadita de krill.

—Lo siento, pero es un concierto para mujeres —dice Suzanne alegremente—. No puedo ponerlos el sello.

—No debería haber cosas solo para mujeres. Somos iguales. Hacer cosas solo para mujeres es sexista —dice el más bajito con arrogancia—. ¿Eres sexista?

—Uy, sí, muy sexista —dice Suzanne, radiante.

Eso hace saltar al más bajito.

—Entonces, odias a los hombres, ¿no? —dice, convencido de que Suzanne dirá que no.

—Bueno, todavía no los he conocido a todos —dice Suzanne, muy razonable.

El más alto da un paso adelante y se dispone a seguir discutiendo. Suzanne suspira, saca una pequeña bocina roja de su mochila y pulsa el botón. El volumen es tan fuerte que temo que me estallen los tímpanos. Es una auténtica arma de defensa.

De pronto, todo Camden se para en seco y la mira.

Al final, suelta el botón. Los últimos ecos del bocinazo resbalan por las paredes.

—¿Vamos al pub? —dice antes de darse la vuelta y echar a andar hacia el Mixer.

—¿Por qué has...? —le pregunto.

—No hablo con gilipollas, cariño —dice sin detenerse—. No hablo con gilipollas. No tengo tiempo para eso.

8

Pero a veces sí hay conversaciones con gilipollas.

—No lo entiendo.

Son las tres de la madrugada y John está al teléfono. Desde Polonia, creo.

—¿Yo soy gilipollas? ¿John es gilipollas?

John está medio borracho y yo estoy medio despierta, así que, intelectualmente, ambos estamos poco capacitados para lidiar con esta pregunta.

—Quiero decir, ¿me tiré a la mujer de ese tipo sin saberlo? ¿He atropellado a su hijo? ¿He hecho algo abominable y no me he enterado?

Ayer salió el nuevo *D&ME* y contiene una entrevista en profundidad con John, dirigida por Tony Rich. Tal como Rich había prometido en la reunión de redacción, tiene unas «cuantas ideas» sobre el éxito reciente de John y su nuevo público. Resulta que esas ideas se basan en la opinión de que John es gilipollas.

La pieza empieza con un odio enérgico y luego continúa en esa línea durante otras dos mil palabras: «Siempre es interesante descubrir qué “artistas” insisten en que lo que les importa es la música, en que ellos están aquí para ampliar los límites, hacer estallar nuestra mente, sacudir las cosas o simplemente hablar desde lo más profundo de su afligido corazón, pero que lo abandonarán todo de inmediato en cuanto oigan el ruidito de la hucha de una adolescente. Hace tan solo dos años, cuando John Kite era el desastrado y venerado cronista de las zonas más oscuras de la noche, ¿quién habría podido adivinar que, en 1994, estaría sacando unos sencillos que harían que “Shiny Happy People” de REM sonara como el álbum de Skin *Shame, Humility, Revenge* y que las chicas adolescentes mojaran los vaqueros cuando apareciera en *Top of the Pops*?»

La premisa básica es que John es un cobarde, un oportunista y un gilipollas que se ha vendido.

«Ibas por buen camino, tío —escribe Rich—. Todos creíamos que eras auténtico, que a lo que aspirabas era a convertirte en el Tim Buckley, en el Nick Drake, en el Mark Eitzel de este decenio. Y ahora resulta que solo querías ser los Herman’s Hermits de esta década.»

John está sorprendentemente dolido por todo esto. Yo siempre pensé que él estaba lejos de los francotiradores de bar de la prensa musical («Son solo cómics para críos que no follan»), pero es que antes lo trataban bien. Ahora que se han vuelto contra él, me doy cuenta, por primera vez, de que, en el fondo, bajo todas las fanfarronadas hemingwayanas, los cigarrillos, el whisky, los abrigo de piel y los anillos de sello, no es más que un chico indie de Gales que creció con esas revistas y que no puede entender que, de repente, lo rechacen.

—¿Saben lo difícil que es escribir canciones pop? —se enfurece—. Todos lo intentan.

Pregúntaselo al maldito Kevin Shields, de My Bloody Valentine, o al puto Public Enemy. Todos intentan escribir una canción pop. Public Enemy es pop, eso está claro. Todo el mundo puede cantar «Fight The Power». ¡Eso es ser pop! ¡Eso es una canción pop! El sistema Decimal Dewey lo clasificaría como música pop! —suspira y dice—: No lo entiendo. Creía que estarían... ¡Ja, ja, ja! Creía que estarían orgullosos de mí.

Es obvio que se avergüenza de haberlo dicho, así que le pregunto cómo es su habitación, para cambiar de tema.

—Reservé antes de que se vendieran todas las entradas, cariño. Es una auténtica mierda, está al lado de una autopista. En la nevera hay una salchicha enorme que estaría mucho mejor aquí, contigo.

—Qué va —digo alegremente mientras archivo ese comentario en la caja de los tesoros de mi cabeza, donde guardo todas las cosas adorables que me ha dicho John. Mi plan es que, cuando llegue a las cien citas, se las recitaré todas seguidas y todo habrá terminado: «¡Mira! ¡Cien cumplidos! ¡Esto significa que estás enamorado de mí! ¡Aquí está el inventario de tu amor, nunca revelado!»

El caso es que, tan pronto como leí el artículo de Tony, supe exactamente lo que estaba haciendo: estaba usando a John para vengarse de mí. Tony es exactamente el tipo de hombre desabrido y rencoroso capaz de destrozar la carrera de un hombre en público, solo para llegar a una mujer que una vez lo rechazó sexualmente. He sido la animadora de John y, ahora, en la silenciosa y fría guerra entre Tony y yo, John debe ser derribado, como un bastión estratégico. Este tipo de cosas suceden continuamente en la prensa musical: es un mundo tan pequeño e incestuoso que las revistas se utilizan a menudo como un buzón de cartas sin entregar, donde los escritores se disparan unos a otros empleando un lenguaje codificado, frente a ochenta mil lectores desconcertados. Tony ni siquiera está siendo sutil en su intento: en un párrafo habla de «cierto tipo de chica adolescente: la chica marimacho que busca atención en el autobús nocturno, escandalosa, borracha, llena de chupetones; no para de recitar títulos de libros que ha leído y que no ha entendido con la esperanza de impresionar a los chicos, que se sienten secretamente intimidados por ella. Tal vez conozcáis a alguna chica así, ¿eh, lectores?»

No puedo evitar sentir que la última línea, sobreentendida, de este artículo de Kite podría ser «Factura por rechazo sexual, expedida a nombre de Dolly Wilde. Cuenta cerrada».

John empieza a sonar somnoliento, así que damos por terminada la conversación.

—De todos modos, no quiero ser pesado, nena —dice cuando nos despedimos y acordamos en quedar cuando él regrese y nos mandamos besos—, pero ¿y si es verdad que soy gilipollas?

Y entonces el hombre que ha hecho cantar y llorar a dos mil seiscientas personas esa noche y que se siente mejor con el mundo, cuelga.

Me quedo un rato quieta, ardiendo de furia porque Kenny, mi editor, ha dejado que Tony use esa referencia de una chica como yo. Ha intentado avergonzarme. En el trabajo.

Me fumo un cigarrillo y luego le escribo un fax a Kenny.

«Seguramente, una de las funciones del director es eliminar los ataques de histeria que intentan colar como periodismo, ¿no?» le digo. «Tony Rich acaba de utilizar una publicación nacional como una pared de lavabo para escribir “Dolly Wilde es una putilla”. ¿Qué hago, responder con un artículo de dos mil palabras en *Pulp*, en el que, encubiertamente, lo acusaría de ser un viejo verde que se acuesta con chicas adolescentes? ¿Así es como funciona esto?»

Por la mañana, me llega la respuesta de Kenny: «Personalmente, lo encontraría tremendamente

divertido.»

Sé perfectamente qué sonrisa dibujaban sus labios cuando escribió eso. Lo llamo.

—¡Kenny! —le digo cuando contesta—. Quiero trabajar en un lugar donde no me acosen en la prensa. ¿Crees que es posible?

—Me temo que somos como somos, Wilde. Mi gente funciona así. Si no puedes aguantar la presión, ya sabes dónde está la puerta.

—¿Me estás pidiendo que dimita?

—¿Me estás ofreciendo tu dimisión?

Y yo estaba tan furiosa que respondí:

—Sí.

9

Eso fue el viernes por la mañana temprano. El sábado por la mañana descubrí algo muy importante.

Estaba hablando por teléfono con Krissi, que había vuelto a Manchester. Estábamos haciendo lo de siempre: ver *Live & Kicking* juntos, mientras comíamos cereales. Esa era nuestra rutina de los sábados por la mañana.

Acabábamos de analizar el último «Singing Corner» de Trev y Simon (era uno especialmente bueno) cuando me sorprendió un pensamiento:

—¿Kriss? —dije sin dejar de masticar copos de maíz y trozos de plátano—. Creo que papá se ha venido a vivir conmigo.

Miré por la ventana. Papá estaba en el jardín, cavando un huerto.

—Tenemos que plantar las habas —dijo a las ocho en punto de la mañana—. Hay que ser autosuficiente, nena. El fin de la civilización está a la vuelta de la esquina, ja, ja, ja, ja. ¿Y quién sobrevivirá? El labrador, porque sabe hacer injertos él mismo. Habilidades campesinas: eso es lo que hay que tener. Tienes que saber cultivar tus propias hortalizas.

Me encantó que recitara esa oda a la autosuficiencia de la clase trabajadora mientras sostenía una pala que les había robado a mis vecinos de al lado, que son unos pijos.

Cuando Krissi se marchó, hace cuatro días, mi padre se negó rotundamente a irse con él. Dijo que quería quedarse a hacer un par de cositas en la casa. ¡Ayudar a su encantadora hija!

Colocó un cerrojo enorme en la puerta principal, «por seguridad», pero utilizó unos tornillos demasiado largos que sobresalían y me destrozaban las medias. Había observado que la moqueta del pasillo no dejaba de arrugarse y la clavó al suelo, lo que casi con toda seguridad incumplía mi contrato de alquiler; colocó una línea de teléfono secundaria ilegal en mi dormitorio —«Así no tendrás que levantarte para mandar a la gente a la mierda, ja, ja, ja»— e hizo una «mesa de centro» para el salón con un carrito de cable de madera vacío, robado de un contenedor: le sacudió las arañas y lo llevó rodando hasta ponerlo delante del sofá.

Ahora es muy difícil llegar al sofá. Tienes que trepar por el carrito de cable para llegar a él. Además, las arañas supervivientes se han instalado en el rincón superior izquierdo de la sala de estar, en un complejo de telarañas atterradoramente grande. Eso significa que tengo que mantener el contacto visual en todo momento cuando voy allí a encender el televisor, por si se les antoja hacer eso que hacen las arañas y saltan sobre mí y escarban en mi pelo. Por eso ya no voy casi nunca a la sala de estar. Por eso y porque mi padre duerme desnudo en el sofá.

Esto supone un deprimente regreso a un lugar común de mi infancia: los huevos de mi padre siempre me han perseguido. Una de las cosas que más anhelaba cuando me marché de casa era no

volver a ver nunca más los genitales de mi padre descansando en su muslo como un triste gatito de peluche. Pero aquí están de nuevo. ¿Me libraré alguna vez de ellos? Las bolas de mi padre son el lastre que llevo alrededor del cuello. ¿Por qué siempre tengo que enfrentarme al lugar de donde salí? ¿Nunca podré dejar mis raíces? ¿Qué es esto, una metáfora gigantesca de lo que significa ser de clase obrera?

Cuando le pregunté si quería que le prestara uno de mis camisones (¡son muy amplios!), me contestó: «No, nena, gracias. Sudo mucho», un comentario innecesario, ya que la sala de estar apestaba al sudor de su Guinness.

En las mañanas calurosas, el miasma se podía palpar. Como la niebla de las selvas tropicales. Adentrarse allí te hacía sentir borracho. Dejaba en el sofá una huella de su cuerpo, como la de la Sábana Santa de Turín.

—Se me acaba de ocurrir... —le digo a Krissi ahora, al ver a papá apoyado en su pala, fumándose un pitillo—. Es que no piensa marcharse. Está empezando a *cultivar*. Una persona que se va no se pone a cultivar, ¿verdad? Está planeando la cosecha de primavera.

—Es su crisis de la mediana edad, Johanna —dice Krissi, con rencor—. Ha dejado a mamá por una mujer más joven: tú.

—Cállate.

—No en el sentido sexual, solo quiere que lo cuides.

—¡CÁLLATE!

—Tú eres su *sugar baby*.

—KRISSI. PARA.

—Johanna, sé que no te va a gustar lo que te voy a decir...

—¡No!

—Pero ya sabes lo que tienes que hacer...

—¡No!

—Vas a tener que hablar con mamá.

Diez minutos más tarde, después de prepararme escuchando «Debaser» de los Pixies tres veces seguidas, llamo a mi madre desde el teléfono ilegal de la habitación, para que mi padre no pueda oírme.

—Oh. Hola, Johanna. ¿A qué debo el honor? —dice ella con su habitual mordacidad. Tiene esa extraña costumbre: está deseando que la llames, pero, luego, cuando la llamas, te hace sentir culpable. No lo entiendo. Cuando me llama alguien que me cae bien, grito: «¡HOLA, HOLA, HOLA, HOLA!» Me gusta que el inicio de una llamada telefónica se parezca al inicio de una fiesta, no al inicio de un caso destacado del Tribunal Europeo de la Culpa.

—¿Cómo estás? —le pregunto para liquidar todo el trabajo pesado al principio de la conversación.

Me dice que todavía está deprimida, que Lupin está insoportable, que los gemelos han pasado de «los terribles dos» a «los salvajes cinco», que le duelen los pies todo el rato, a pesar de esas sandalias especiales que calza, que la lavadora no funciona bien y que le parece fatal que Sue Lawley presente *Desert Island Discs*: «Es demasiado severa, Johanna. Es como si los hubiera puesto en esa isla a propósito.»

—¿Recibiste mi último cheque? —le pregunto. Le envió a mi madre un cheque de cincuenta libras todos los meses, para ayudar. Eso significa que no puedo comprarme ropa nueva, pero,

como mi madre señaló una vez: «Así ahorras para cuando adelgaces, y luego podrás comprarte algo mono.»

La primera vez que me dijo eso, cuando yo tenía trece años, decidí tener anorexia, para que se sintiera mal. Duré hasta las seis de la tarde. Había patatas asadas para cenar. Me encantan las patatas asadas.

—Sí —dice, de pasada. Yo voy al grano.

—Así que papá... ¿Qué tal os van las cosas?

—Bueno, como sabes, Johanna, las cosas han cambiado —sueno disgustada.

—Sí. Cambiado. Ya. Cambiado. No he podido evitar darme cuenta de que... papá sigue aquí, conmigo.

—Hmmm —dice ella. Nada más. Espera a que hable yo.

—Y... verás, yo no sabía... que se iba a quedar aquí.

—Es tu padre. ¿Tanto te molesta que tu padre esté contigo? Te está ayudando, ¿no?

¡Lo sabe! ¡Mi madre lo sabe! ¡Esto era un plan!

—El caso es que...

El caso es que no lo quiero aquí. Me tomé la molestia de buscarme otro techo donde vivir para poder hacer, por fin, lo que me diera la gana, cuando me diera la gana y con quien me diera la gana, sin que nadie me controlase. Anoche volví de un concierto a medianoche y me fui a la ducha para quitarme de encima el pestazo a tabaco (en los noventa, todo el mundo fuma en los conciertos; ir a uno es como bailar desenfrenadamente durante dos horas dentro de un humidificador ardiendo) y él asomó la cabeza por la puerta, con el pelo de punta, y me dijo: «Tengo la caldera al lado de la cabeza, Johanna, y hace mucho ruido. ¿Te importaría dejarlo para mañana?»

¡Y obedecí! Me rocié con Chanel Nº 5 (el regalo de Navidad de John Kite; yo finjo que es su amor embotellado) para no darme tanto asco a mí misma y me fui a la cama con todo el tufo.

Nick Kent no se metió toda esa heroína para que los periodistas musicales viviésemos así.

—Es lo que hacen las familias, Johanna —dice mi madre con firmeza.

—Pues yo no conozco a ninguna familia que haya hecho esto —respondo—. Ni a una sola.

—Bueno, eso dice mucho de todas ellas, ¿no? —replica mi madre, con ternura—. Es bueno saber que somos mejores que los demás.

Ahora me doy cuenta de que he cometido un error fundamental: debería haber cogido una libreta y un bolígrafo y haberme pasado una hora planeando con antelación esta llamada telefónica intentando adivinar todo lo que diría mi madre y preparándome para ello. Debería haber hecho como Bobby Fischer, que debió de analizar la técnica de juego de Borís Spaski durante meses, antes de decidir competir. Me ha derrotado en menos de un minuto y encima pago yo. Soy tonta.

—¿Sabes durante cuánto tiempo... tendré que ser mejor que los demás? —pregunto, a sabiendas de que esto es la agonía de un partido que mi madre ya tiene ganado.

—Bueno, eso depende de lo bien que se te dé hablar con tu padre —dice mi madre antes de presentar algunas quejas más sobre los vecinos de al lado («Su jardín me provoca alergia») y colgar el teléfono.

Después de otros diez días de convivencia con mi padre, me hice el favor de decirle que me iba a Bélgica a hacer la crítica de *The Shamen* y que me llevaba a la perra.

—¿Se puede llevar a los perros en avión? —me preguntó.

—Es Bélgica —respondí con desparpajo. Pareció que lo aceptaba.

Preparé una mochila, le silbé a la perra y me fui caminando hasta la casa de John, en Hampstead.

Estábamos a mediados de octubre y a casi veintiún grados; era uno de esos días cálidos de otoño en los que el rugido dorado de los árboles te hace sentir que el sol de tu planeta está muriendo con aplomo. Se retira con todo su esplendor, como una vieja gloria del teatro; desciende por la escalera con un vestido de tafetán rojo y con anillos de ojo de tigre, sosteniendo una copa de burdeos y cantando «*Non, je ne regrette rien*» tan dulcemente que la muerte parece magnífica.

Tengo tres razones para venir aquí. La primera es, obviamente, alejarme de mi padre, ya que me está volviendo completamente loca. El primer día de su llegada, entró en la sala de estar y dijo: «Y ahora damos paso a Kelly, que nos trae la previsión del tiempo», levantó la pierna y se tiró un pedo. No me habría importado, pero estaba haciendo una entrevista telefónica con Tori Amos en ese momento y ella estaba llorando y explicándome la agresión sexual que había sufrido, de manera que el pedo fue totalmente inapropiado.

La segunda (una razón nada despreciable) es pasear por el piso de John, cogiendo y dejando sus cosas con reverencia, memorizando los libros que tiene en los estantes para poder leerlos yo también y tener los mismos recuerdos que él y olfateando cualquier cosa que pueda oler a él: una mezcla de Rive Gauche, cigarrillos, whisky, abrigos de segunda mano y sexo.

Esto no es siniestro (aunque entiendo que cualquier frase que empiece con «Esto no es siniestro» suena, inmediatamente, bastante siniestra), pero, en realidad, John me ha pedido formal y legalmente que le «vigile» la casa y seguramente el tercer trabajo de un cuidador de casas, después de regar las plantas y apilar el correo, es mantener la casa como si estuviera «habitada» y conservar su ambiente hogareño. ¿Y acaso hay algo mejor para que una casa resulte hogareña que ronde por ella un enamorado que vaya dejando un aura de adoración débil y grasienta en las tazas, los jerséis, los libros y los discos del dueño de la casa? Solo me comporto como una buena amiga.

La tercera es la más importante: comenzar una nueva etapa profesional. He dimitido de *D&ME*, y debo actuar con rapidez. Mi límite de descubierto de doscientas libras es puramente simbólico y las cartas sin abrir del felpudo cada vez tienen peor pinta. Ahora debo ser increíble deprisa. Necesito la pasta.

Obviamente, «ser increíble» ha sido mi principal cometido autoimpuesto estos últimos dos años, pero he decidido que ahora necesito hacer algo concreta, contundente y certeramente increíble. Algo sonado. Necesito subir un nivel, porque eso es lo que ha hecho John, y siempre juzgas lo que es normal, o posible, en tu propia vida, por comparación con las vidas de tus compañeros. Necesitas mantenerte en una relación medianamente igualada con ellos o te quedarás atrás. Eso es lo que son, en realidad, todos los movimientos artísticos: un grupo de personas que se incitan unas a otras. Que dicen: «Caray, no sabía que podías salirte con la tuya pintando un reloj derretido. Ahora veo que yo podría pintar una manzana con un bombín. Venga, va. ¡Vamos a ser todos surrealistas!»

Bueno, pues mi plan. He estado pensando en la fama de John y en que ya llevo dos años observando las apretadas filas de los famosos. Me he fijado en que la fama parece un mundo metafísico colocado sobre el mundo físico, donde las reglas son diferentes y donde los famosos son iguales, pero no del todo, al resto de los mortales. Y lo más extraordinario es que nunca he

leído nada sobre este proceso. Todos sabemos qué es la fama, pero no lo sabemos: nadie ha escrito ninguna guía sencilla sobre cómo se llega a ser famoso, por qué se llega a serlo, las consecuencias prácticas de pertenecer a esa otra categoría (ser una celebridad) y, lo que es más importante, lo angustioso y, al mismo tiempo, lo divertido que es todo. A los famosos se los trata como a dioses, pero dioses que deben esconderse en armarios para huir de los fans. Son deidades que deben aparecer en los programas de televisión de los niños, hablando con títeres, o posar en las portadas de las revistas, fingiendo que un plátano es un teléfono. En cualquier momento, en un pub, puede haber mil personas hablando de por qué odian a una celebridad y, solo pensando en ellas, otras mil tiemblan o lloran. Si la fama no existiera y de pronto la inventaras y le explicaras a la gente en qué consiste, pensarían que estás chiflado.

Pero aquí estamos hoy, a finales del siglo xx, con miles de personas famosas en el mundo, dando vueltas, siendo famosas y sin que nadie esté criticando, ni tratando de averiguar cómo funciona ese fenómeno. No hay diccionario, enciclopedia ni manual práctico sobre la fama publicado por la editorial Haynes. Y creo que una persona indicada para escribir esas cosas podría ser... yo.

Creo que podría escribir cosas sensatas y reveladoras sobre eso que domina nuestras revistas, televisores y películas. También creo que podría escribir un montón de chistes atrevidos sobre la estremecedora ridiculez de ser famoso. En suma, creo que podría aportar el «anal» del «análisis cultural».

Y lo mejor de esta idea, que por sí sola ya me encanta, es que, tangencialmente, estaría escribiendo sobre John. Él ha entrado en el mundo de la fama y yo voy a escribir a través de cartas dirigidas a él, en su soledad y confusión, para que se sienta como si tuviera a alguien de su lado, para que las cosas tengan sentido. Serán como las epístolas de Pablo a los corintios. Yo seré como el Pepito Grillo de Pinocho. Seré la vela en el agua, como en *Pedro y el dragón Elliot*. Así es como me lo voy a ligar. Seré una Doctora de la Fama.

En este mundo, en general, los hombres no aman a las chicas por lo que hacen. Las aman porque son amables y hermosas.

Pues bien, voy a reinventar el enamoramiento. No voy a cazar a John por ser amable y hermosa, porque no lo soy. No: voy a cazarlo a base de esfuerzo y le voy a dar la vuelta a la tortilla. Voy a escribir una serie de piezas tan divertidas, lúcidas, sabias y, por qué no, sexys, que John se enamorará locamente de mí, de la misma manera que sus canciones me hicieron enamorarme de él. Esto, ahora, es una batalla artística. Lo voy a derrotar con mi prosa. Voy a usar mi talento para demostrar que soy lo suficientemente mayor y lo suficientemente inteligente como para estar con él. Quizá Suzanne crea que el arte es solo una cuestión de venganza, pero yo creo que el arte consiste en lograr que alguien se enamore de ti. Esa es la gran diferencia entre nosotras.

Me siento a la mesa de la cocina de John, con la perra acurrucada a mis pies, saco mi posesión más preciada (mi portátil Mackintosh PowerBook: me costó el sueldo de todo un mes, pero es el ordenador que utiliza Douglas Adams, no tenía otra opción), enciendo un cigarrillo y me pongo a escribir una «carta a John», dondequiera que se encuentre. Una misiva alegre, llena de mensajes secretos que solo él sabrá captar.

10

Diez cosas que he observado durante los dos años en que me he relacionado con Gente Famosa,
por Dolly Wilde.

Desde 1992, no paro de conocer a gente famosa. De media, diría que me reúno con dos o tres famosos por semana. A algunos los entrevisto: una hora surrealista en un hotel, donde les haces preguntas que no quieren contestar, pero muchas veces te emocionas más que por sus respuestas por ver, al entrar en su cuarto de baño, qué productos hay sobre el lavabo (¡crema contra el acné!, ¡valium!, ¡interesante!) que con cualquier declaración que hayas podido registrar con tu grabadora.

Otras veces, solo veo a famosos en el pub o en las fiestas (vivir en Londres significa que estás rodeado de famosos; como las ovejas en Gales, forman parte del ecosistema). Solo esta semana, he visto a Alan Bennett encadenando su bicicleta enfrente de Marks & Spencer, a Graham de Blur golpeando un secador de manos en los baños del Good Mixer y a la estrella de *Men Behaving Badly*, Neil Morrissey, de pie bajo la lluvia frente a la ventana de una agencia inmobiliaria, fumando un cigarrillo y mirando el anuncio de un apartamento en venta de Belsize Park.

A continuación, expongo las observaciones sobre los famosos después de dos años de tratar con ellos:

1) Los famosos no tienen abrigo. ¡Nada de abrigo! Así me lo explicó la estrella joven y sexy de *Gente de barrio*: «Te subes a un coche para ir al estreno, así que no necesitas abrigo. Luego recorres la alfombra roja, donde el abrigo ocultaría tu modelito. Y luego entras en el local, donde no necesitas un abrigo. Al final de la velada, otro coche te lleva a casa. No usamos abrigo. Nosotros usamos coches.» Los famosos no tienen abrigo. No les compres una trenca por Navidad, porque no les servirá de mucho.

2) Los famosos, incluso los grandes héroes de acción, son muy bajitos. Arnold Schwarzenegger, en realidad, mide un metro cincuenta. En persona, parece un crío hecho de pelotas de críquet. Al entrar en una fiesta de celebridades, te sentirás como un gigante con unas manazas del tamaño de palas, capaz de derribar a los diminutos y famosos OompaLoompas. La mayoría de los grandes estrenos podrían celebrarse en una casa de muñecas o en una caja de zapatos. ¿Cuántos famosos caben en un Mini? Más de un millón. Y no es ningún chiste: es un hecho.

3) Todos los famosos se conocen. Puede que no se hayan visto nunca, pero todos se conocen. Al entrar en una fiesta o en cualquier tipo de reunión y ver a otro Famoso con el que no han tenido encuentros previos, hacen «La Cabezada», lo que significa: «Yo, un Famoso, te reconozco a ti,

otro Famoso. Tú y yo, en este momento, vivimos en una realidad compartida, diferente a la del resto de personas presentes en esta sala.» No intentes, como no Famoso, hacerle La Cabezada a un Famoso. La rechazará, moviendo la cabeza hacia arriba y hacia afuera, como un caballo que rechaza el bocado: «Quédate tu Cabezada.» Solo un cabeceador puede ser cabeceado.

4) Pese a ser bajitos, como ya hemos comentado en el punto 2, los famosos tienen una cabeza enorme, pero ENORME. Esto no es ninguna metáfora: tienen la cabeza más grande, en serio. Muchas veces, al conocer a un Famoso, tienes que reprimir una exclamación inicial («¡Dios mío, eres igual que Frank Sidebottom!»). He meditado mucho sobre a qué puede deberse esa circunstancia. He llegado a la conclusión de que se debe a que vivimos en una era predominantemente visual (televisión, cine, sesiones fotográficas) y la selección natural favorece genéticamente a los ejemplares con cabezas grandes y expresivas y cuerpos que no «estorban». Si acabas de tener un hijo que parece un moái de la isla de Pascua, ¡muchas felicidades! Hay muchas probabilidades de que, dentro de veintidós años, salga en la portada de una revista.

5) Los Famosos no usan nombres. Prescindieron de ellos hace años. «Cielo», «macho», «tesoro», «colega», «jefa»... Se dirigen a los demás empleando algún descriptor universal. Eso se debe a que conocen a tanta gente que es imposible que recuerden sus nombres. Si un Famoso tuviese que dibujar la Tierra en el espacio, habría una flecha señalándola y pondría «ahí viven siete mil millones de tesoros». La única excepción se produce cuando se refieren a otros Famosos, a los que siempre se dirigen por su nombre de pila: Bob, Joni, Bruce. A ti eso te confunde y, cuando vuelves a escuchar tu entrevista, te oyes a ti mismo preguntar: «Te refieres a... Forsyth?» y a ellos contestar: «No, Springsteen» y entonces tú dices: «Ah, sí. ahora sí», porque Bruce Forsyth no grabó *Ne-braska*. Eso sí que lo sabía.»

6) Cuando haces un chiste, no se ríen. Nunca. Se limitan a decir: «Qué gracioso», a veces con perplejidad; otras, con decisión. Pero nunca riéndose. Eso sucede, sobre todo, con los estadounidenses. Los cómicos dicen, por ejemplo, «Bueno» y punto. Pero nunca se ríen. No te molestes en ser gracioso: no tienen tiempo para eso. Tienen la cabeza en otro sitio. Reírse de tu chiste les costaría un tiempo valiosísimo y, además, alteraría el equilibrio de fuerzas.

7) Todos están «¡trabajando en un proyecto muy emocionante!» del que todavía no te pueden comentar nada. Los dos primeros años, yo suponía que eso era por el carácter precario de las colaboraciones creativas, por no querer vender la leche antes de ordeñar la vaca o por disputas sobre los contratos, etcétera. Entonces, una noche, emborraché muchísimo a un actor famoso y volví a preguntarle cuál era su siguiente proyecto. «¡Me voy a hacer un jardín en la azotea! ¡Estará lleno de jazmín! ¡Será precioso!»

8) Si, inesperadamente, haces buenas migas con un Famoso (después de la entrevista salís a tomar unas copas, acabáis pidiendo un taxi, vais a bailar, acabáis en su casa y os hacéis confianzas hasta las dos de la madrugada), volverás y escribirás un fragmento en el que explicarás que has conocido a uno de los pocos famosos de la historia que son reales, normales, sencillos y con los pies en el suelo. Alguien que es un ejemplo brillante para todos los demás; la marca de agua que te servirá para juzgar, en el futuro, si alguien es «fiel a sí mismo». Dos semanas más tarde, la prensa sensacionalista publicará que esa celebridad acaba de entrar en rehabilitación después de darse cuenta de que su consumo de alcohol está fuera de control y de que está sufriendo una crisis nerviosa. «Vaya», piensas. «Por eso era tan divertido. Porque estaba loco.» Entonces, te das cuenta de que esa noche el Famoso en cuestión se comportó como tú te comportas siempre. «Yo también estoy loca?», te preguntas. «¿Necesito ir a rehabilitación?» Y la

respuesta es la siguiente: «No, porque tú eres pobre y no puedes permitirte.» En caso de un ataque de nervios, solo tienes que hacer lo que sugería Blanche de *Coronation Street*: «Quédate en casa, emborráchate y muerde un zapato.»

9) Están todos aterrorizados. En la infancia o en la adolescencia les pasó algo de lo que huyen (algo que les hizo desear no volver a ser normales, tentar a la suerte, vencer la gravedad) y temen que, en cualquier momento, se acabe la carretera y vuelvan a encontrarse en el lugar de donde se marcharon. Por la noche, cuando se acuestan, se acuerdan de las camitas diminutas de su infancia (el sudor, el moho, el miedo) y de la sensación de estar atrapado en una ciudad pequeña y no pueden dormir. Saben que, si tienen que regresar allí, estarán admitiendo el fracaso; ellos rechazaron y traicionaron a sus familias y a sus ciudades natales, pero ahora tienen que regresar, destrozados, con el rabo entre las piernas. Un ex-Famoso. Un Famoso fracasado. Un triste Ícaro en el pub, envejecido, barrigudo, huraño y cubierto de cera. Por eso trabajan, trabajan y trabajan.

10) Casi siempre que conoces a un Famoso te marchas compadeciéndote de él. No te lo esperabas. Pero descubres que no eres un Salieri celoso. Te alivia comprobar que su vida no es tu vida. Te alegras de no ser una Famosa.

Acabo de escribirlas y las he vuelto a leer. Tengo la sensación de que le he escrito a John una carta que lo divertirá y, por otra parte, le hará ver que entiendo qué tipo de vida lleva ahora. Pulso «guardar», me regalo cinco minutos de contemplar todas las tazas de John y tratar de averiguar cuál es su favorita (me parece que es la más grande, muy suya). Le doy un beso a la taza y me llevo a pasear a la perra por Hampstead Heath.

11

—¿Por qué quieres trabajar para *The Face*? —me pregunta el director.

Ha pasado un mes y le he enviado mi artículo «Lo que he aprendido de los famosos» a *The Face*, junto con otros dos artículos titulados «En defensa de la groupie: por qué querer follar con famosos es, de hecho, bastante sensato» y «Por qué no me gustaría ser famosa». Son las tres primeras de lo que espero que se convierta en mi colaboración mensual en la revista. He diseñado todo un plan para la siguiente etapa de mi vida y ahora estoy concentrada en llevarlo a cabo. Para desarrollar mi nueva carrera profesional, me he limitado a copiar la estrategia de otro escritor de clase trabajadora, Keith Waterhouse, el autor de *Billy Liar*. Una vez leí que, siendo un periodista adolescente, decidió para qué periódico quería trabajar y les envió una columna, todos los días, por correo, con una nota de presentación que rezaba: «Esto es lo que os habría entregado hoy si trabajase para vosotros.» Al cabo de seis días y seis columnas, le dieron el empleo.

Como no se me ocurre ningún modelo mejor que Keith Waterhouse, yo he hecho lo mismo. La única diferencia es que solo he escrito tres columnas, porque soy más impaciente que Keith Waterhouse. Él tenía dieciséis años cuando llevó a cabo su plan. Yo tengo diecinueve. El tiempo vuela.

El director mira mis columnas; las tiene en las manos, impresas.

—¿Que por qué quiero trabajar para *The Face*? —repito antes de apoyarme en su mesa con aire despreocupado—. Bueno, te voy a ser franca.

He decidido que hoy voy a canalizar a Brunhilde Esterhazy, la taxista sincera y segura de su sexualidad, de *Un día en Nueva York*. La que intenta acostarse con Frank Sinatra, que interpreta a un marinero. Una mujer que consigue lo que se propone.

—Tengo diecinueve años. Ya soy demasiado mayor para trabajar para *D&ME*. —Él ríe, sorprendido. Me gusta su risa.

—Además, me acosté con alguien que trabaja allí y eso fue un error. Entonces me di cuenta de lo sexistas que son y eso me dio muy mal rollo. Por si no hubiera suficiente con el error y el mal rollo, han puesto a parir a un amigo mío, de modo que tenía que dimitir a lo grande. Normalmente, en estos casos, les gorreas a tus padres un tiempo, pero ahora mismo me gasto cincuenta pavos cada vez que hablo con mi madre y resulta que mi padre tiene un follón mental considerable y se ha venido a vivir a mi casa para fumar hierba y criar arañas. Como verás, todo eso son estímulos excelentes para buscar trabajo en la mejor revista del mundo.

Eso de que *The Face* es la mejor revista del mundo es verdad. En los noventa, significa, ni más ni menos, «todo lo que mola de este mes». Lo que no sale en *The Face* no es, por mucho que se empeñe, tan guay como algo que sí sale en *The Face*.

Por esa razón, me emociona mucho estar en estas oficinas, pero también me intimida estar aquí. Estoy acostumbrada a *D&ME*, cuyas oficinas, llenas de gente en vaqueros y camisetas de grupos musicales dando vueltas, parecen un pub.

Esto, en cambio, son unas oficinas de verdad, y aquí va todo el mundo mucho mejor vestido que en *D&ME*. Llevan zapatillas de deporte que deben de ser muy especiales, porque, de vez en cuando, alguien hace un comentario sobre las zapatillas de otro («Chulas. ¿De dónde son?», «De Nueva York»), cazadoras deportivas con cremallera, y... cosas originales. Aquí trabajan mujeres, concretamente, cinco. Y todos son mucho más jóvenes que el personal de *D&ME* y llevan «cortes de pelo», no pelo «así o asá».

Esta ha sido mi gran preocupación sobre la posibilidad de trabajar para *The Face*: que no tengo pinta de persona que trabaja para *The Face*. Sigo sin tener dinero para comprarme ropa, aunque eso es irrelevante, porque de todas formas en las tiendas no venden ropa que a mí me quepa. Dorothy Perkins, la marca que compran todas las adolescentes, solo llega hasta la talla 42. No sé qué talla tengo, pero os aseguro que no es una 42. Ni siquiera he intentado jamás ponerme algo de Dorothy Perkins, porque los probadores son compartidos, no individuales: son unas cabinas en las que entras si quieres tener inmediatos e intensos pensamientos suicidas.

Hace poco adopté este lema: «Si no te entra, salte.» Eso significa que llevo ropa que deja muy claro que no intento tener el mismo aspecto que nadie. Hoy, por ejemplo, llevo una falda de sari roja y dorada con lentejuelas que me llega hasta los pies (me la compré en un mercadillo de Wolverhampton por cincuenta peniques), un jersey de cuello cisne negro y una chaqueta de falsa piel de leopardo y, en la frente, llevo varios *bindis* pegados, como los que lleva Björk en la portada de *Debut*. Parezco la *drag queen* Divine intentando entrar en el *casting* de una película de Bollywood.

—¿Y qué tal te ha ido en *D&ME*? —me pregunta el director con desenfado—. ¿Te has pegado muchos viajes?

Eso me descoloca. En *D&ME*, las drogas preferidas son la cerveza, el *speed* muy barato, los porros y, si hay por ahí un jefe de prensa generoso, la cocaína. La mayoría de las conversaciones que tienen los hombres tratan sobre resacas o sobre cómo les duelen los dientes de tomar *speed*, pero está claro que aquí van más fuertes. Creo que necesito explicarme.

—Mi padre siempre decía que a mi carácter no le van nada bien los ácidos —digo, y es verdad—. Él fue camello en su día y, cuando yo tenía once años, me dijo que ni se me ocurriera probarlos. «Te crees que te estás tomando un ácido, pero en realidad el ácido te toma a ti —me dijo—. Quedas atrapado en un grito silencioso.» Así que no, nunca me he pegado ningún viaje, pero creo que, si tienes una imaginación muy rica, no hace falta, ¿no? Puedo imaginarme cualquier cosa. Por ejemplo: unos policías a caballo... son prácticamente centauros, ¿no? Si lo piensas bien, las manifestaciones las vigilan unos héroes de Narnia. En cambio, creo que sí me gustaría el éxtasis, que tiene mejor reputación.

Hay una pausa.

—Me refería a si has viajado a muchos sitios, a si has ido al extranjero —dice el director, un poco cortado—. ¿Tokio? ¿Nueva York? ¿A entrevistar a alguien?

—Ah, no —le digo alegremente—. He estado en Dublín, me gustó mucho. Y también me gusta Manchester. Cualquier viaje hacia el norte es emocionante, ¿verdad? Y cuanto más al este vas, más aburrido es. Norfolk, por ejemplo, es... una plantación de remolacha azucarera.

Llegado este punto decido parar un momento, sobre todo porque el director me mira con cara

de desconcierto total, aunque da la impresión de que le resulta graciosa.

—Dolly, si no te importa, voy a hablar un momento con unos colegas —me dice antes de levantarse.

—En ese caso, ¿puedo hacer mi discurso de un minuto? —le digo, intuyendo que pronto tomará una decisión, porque temo haberlo estropeado todo con mi charla sobre drogas—. Trabajo mucho y soy rápida y te prometo que, si me contratas, ficharé temprano todos los días, todos los meses, y que todos mis artículos te harán reír al menos tres veces. Y si no es así, me puedes despedir. Ah, y no me acostaré con nadie de la plantilla. A menos que parezca muy buena idea. Eso es algo que he aprendido. Soy una persona muy... instruida.

—Vale —dice el director—. Lo tendré en cuenta. Vuelvo enseguida.

Va hasta la mesa de uno de sus colegas y empieza una conversación muy intensa con él. Veo que el colega me mira y rápidamente adopto una expresión con la que intento transmitir que desbordo grandes palabras. Más adelante me enteraré de que, en este momento, lo que parece es que estoy tremendamente hambrienta. Y la verdad es que me muero de hambre. Esta mañana mi padre se ha comido los cereales que quedaban. Cuando he cogido el paquete, solo quedaba el polvillo del fondo, que cuando le he añadido la leche se ha convertido en una asquerosa papilla de maíz. Además, la leche estaba pasada, así que nada.

El colega empieza a leer las columnas que le ha dado el editor y cruzo los dedos de las manos y los de los pies y repito «conejo blanco, conejo blanco» muchas veces, porque si lo primero que dices, el primer día del mes, es «conejo blanco», puedes pedir un deseo y yo llevo desde julio ahorrando todos mis conejos blancos. Tengo una granja de conejos blancos y ha llegado el momento de intercambiarlos por deseos.

Después de leer durante treinta segundos, se ríe; entonces, me mira otra vez, sonrío y me saluda con la cabeza y yo doy un suspiro, descruzo los dedos y me digo: «Mira, creo que a lo mejor te puedes comprar unos cereales por el camino de regreso, para celebrarlo. ¡A lo mejor, incluso unos Crunchy Nut!»

—Vamos al Groucho —dice el director cuando regresa—. Tenemos que hablar de unas cuantas cosas. Estamos intrigados. Quiero saber más sobre ti.

12

El día ya era increíble, pero esto es la guinda del pastel. He oído hablar del Groucho Club. Leí un artículo sobre él en *The Sunday Times Magazine* cuando tenía trece años; había un plano del club, una especie de mapa, donde estaban señaladas todas las mesas y quién se sentaba en cada una: la mesa de al lado de la barra es la de Stephen Fry; a Emma Thompson le gusta la del centro; Melvyn Bragg prefiere el taburete del rincón. Si Londres es el corazón de Gran Bretaña, el Groucho Club es el corazón de Londres. El núcleo. El eje a cuyo alrededor gira todo. Es adonde va todo dios. Tuve aquel plano colgado en la pared durante cuatro años y solía pensar en qué mesa me sentaría si algún día iba. Cuando fuera. Porque todavía no habías llegado a Londres hasta que ibas allí. Y, ahora, por fin, estoy aquí.

Son las cuatro de la tarde de un martes. Hay gente, pero se está tranquilo. La barra reluce como la barra del *Titanic*. Hay un piano, donde un hombre toca suavemente «Life On Mars». Otro hombre está apoyado en el piano y canta. Es Keith Allen. Guardo eso en mi cabeza para contárselo a Krissi. Hemos visto todas las películas de *Comic Strip*. ¡Keith Allen!

Un hombrecillo moreno con un traje con estampado de cebra saluda al director.

—¡Bernie! —dice el director.

—Querido, han venido todos los capullos de siempre —dice Bernie a modo de saludo—, pero no he dejado que ninguno de esos chorizos ocupe tu sitio.

Nos lleva a una mesa junto a la ventana y yo trato de tener un aire legendario, mientras él nos trae las bebidas. El director, por lo visto, conoce a la mitad de los parroquianos. Pienso lo maravilloso que sería que yo conociera a esta gente: entrar, como Norm de *Cheers*, y saludar en plan: «Hola a todos», a lo que todos responderían: «¡Qué tal, Norm!»

—Bueno, déjame explicarte un par de cosas —dice el director— sobre lo que significa trabajar para *The Face*. Ya he oído cómo se trabaja en *D&MEy* con nosotros las cosas son un poco... diferentes.

—Vale. —Saco un bolígrafo de mi bolso y adopto un aire de diligencia y seriedad—. Estoy preparada para la formación.

—A ver, no sé cómo decirlo... No puedes limitarte a... inventarte cosas. Tienes que documentarte. Por ejemplo, en ese artículo tuyo, «Por qué no me gustaría ser famosa», mencionas una canción de la ELO titulada «Bruce». Y no hay ninguna canción de la ELO que se titule «Bruce».

—¡Claro que sí! —lo contradigo, indignada—. ¡Si la conoces! ¡«Don't let me down, Bruce»!

—Esa canción se titula «Don't Let Me Down», Dolly. ¿No verificas los datos de tus artículos?

Me río.

—¿Cómo se hace eso? —le pregunto, como si me hubiese pedido que escribiera sobre piezas de fruta.

—Pues en la biblioteca de consulta —me contesta, perplejo—. Los datos se verifican en la biblioteca de consulta de la revista.

—¿La biblioteca de consulta de la revista? —repito, confusa. Un vago recuerdo se estremece en mi memoria. Sí, creo que en *D&ME* teníamos una biblioteca de consulta, pero no pisarla era una prueba de valor. Allí Rob guardaba todo el alcohol de repuesto.

—Me parece que he crecido en un entorno periodístico donde los datos son... maleables —confieso—. Kenny dice que él nunca graba una entrevista, que simplemente «recuerda las mejores partes». —El director hace una mueca. En 1992, *The Face* publicó un artículo sobre la estrella del pop Jason Donovan, donde se insinuaba, incorrectamente, que era gay. La demanda por libelo estuvo a punto de obligar a cerrar la revista. Los datos no verificados le salieron caros a *The Face*.

—¡Pero ahora estoy totalmente de acuerdo con la verificación de datos! —digo alegremente—. ¡Pienso verificarlo absolutamente todo! ¡Te lo verifico!

Acabo de hacer este inquebrantable juramento de integridad periodística cuando oigo que alguien dice: «Bueno, esa es una oferta que nadie puede rechazar.»

Me doy la vuelta y veo a Jerry Sharp. El director se levanta y le da la mano. Yo también me levanto.

—¡Jerry! —dice el director—. ¡Hola, tronco! —En 1994 todos se llaman «tronco» unos a otros.

—¡Cuánto tiempo! Mira, Jerry, te presento a Dolly Wilde. Se está planteando venir a trabajar con nosotros —dice el director, encantador.

—Conozco a Dolly —dice Jerry, y me besa en la mejilla—. Ya tengo ese placer. Me alegro de oír que te va a verificar.

No puedo evitarlo: me pongo colorada cuando dice eso. Miro alrededor y veo que la presencia de Jerry ha causado cierto revuelo en el local. Varias personas miran con curiosidad a la adolescente gorda con sombrero que está hablando con él. Y esa adolescente gorda con sombrero soy yo.

—¡Bueno, somos dos jóvenes fantasmas, amantes del rock, sueltos por la ciudad! —digo atropelladamente, consciente de que nos observan—. Despiertos hasta el amanecer.

—Sí, despiertos hasta el amanecer —dice Jerry, despacio, sin dejar de mirarme fijamente. Y me vuelvo a sonrojar. Qué raro. Está coqueteando conmigo, delante de todo el bar.

Está más... equilibrado que la última vez que lo vi. Sobrio y afeitado, viste traje con una camiseta. Se parece más al famoso de la tele que al borracho del sofá que me apuntaba con la entrepierna en un piso lleno de basura.

En la barra hay un par de personas que están hablando de Jerry y de mí, porque, mientras él está aquí de pie, hablando conmigo, existe el concepto «Jerry y yo». Aquí hay alguien que me conoce.

—¿Y qué? ¿Has visto algo bueno últimamente en la tele? —le suelto mirándolo con sorna.

Y él se ruboriza. ¡Tengo poder sobre él!

—Bien jugado —dice asintiendo con la cabeza—. Estableces una narrativa. Muy bien.

Y me sonrío, con cariño.

De pronto creo que lo entiendo. Lo de los hombres y las mujeres solo es una guerra de palabras. Si eres insolente y chistosa, al final, acaban respetándote. Solo tienes que demostrarles que eres lo bastante fuerte... y este pensamiento hace que me sienta increíblemente poderosa. ¡Llevo las riendas! ¡Puedo ganar! ¡Las palabras son mi especialidad!

Bebo un poco de whisky con la pajita e intento transmitir descaro. Jerry me mira fijamente.

El director nos mira a los dos; ya se ha dado cuenta de que aquí está pasando algo.

—¡Me encanta ver a dos artistas compartiendo sus trucos! —dice para interrumpir un silencio que se está cargando más de la cuenta—. ¿Quieres beber algo, Jerry? ¿Qué te apetece?

Pese a todas mis reservas hacia Jerry, se me acelera un poco el corazón. Un tipo que puede ser tan gracioso y adorable en la televisión también tiene que ser gracioso y adorable en la vida real. Solo tienes que dar con la conversación correcta, ¿no? Solo necesitas un poco de... magia. Pero Jerry niega con la cabeza.

—Lo siento, chicos. Me encantaría, pero no puedo dejar solo a Michael Stipe. —Lo deja caer y el director y yo saltamos:

—¿Qué coño vas a estar aquí con Michael Stipe.

Y:

—Pues sí, como lo oyes.

Jerry sonrío y señala una mesa del fondo de la sala. Y allí, en efecto, con el típico gorrito de lana que llevan los famosos cuando no quieren que los reconozcan, pero que hace que sean fácilmente reconocibles, porque los únicos que llevan gorritos de lana en un local pijo son los famosos, de modo que es como si llevaran un casco donde reza «FAMOSO», está Michael Stipe.

—¿Has venido con él? —le pregunto. Y añado—: ¿No decías que estaba acabado?

—No —dice Jerry, impasible—. Es fan del programa. Le encanta verlo.

Y me lanza otra mirada desafiante.

—*Eres ese del rincón* —digo, porque la mesa de Stipe está en el rincón, y porque es una referencia a la letra de una canción de REM.

—Muy bueno —dice Jerry. Le ha hecho gracia o, al menos, toda la gracia que le puede hacer a un cómico el chiste de otra persona.

Vuelve a darle la mano al director, a mí me da otro beso en la mejilla y se despide:

—Buena suerte con tu... trabajo. No lo jodas —dice con picardía.

Me siento y no sé muy bien qué pensar.

—Así que lo conoces —me dice el director.

—Nos conocimos en un concierto —le digo. Y entonces, con el fin de parecer una chica de mundo y aparentar que sé lo que hago, añado—: Es un personaje bastante atormentado, pero bueno, todos los que valen la pena lo son, ¿no crees?

Me siento muy ingeniosa. Tengo diecinueve años.

El director va a buscar más bebidas y me pide que le hable de mí.

—Eres tan... diferente.

Así que le cuento que crecí tirando de ayudas sociales, preocupada por si nos las quitarían, y prometiéndole a Jesús que, si nos protegía, no me masturbaría, pero incapaz de mantener esa promesa durante más de veinticuatro horas, «porque era verano y hacía calor», y que decidí que lo mejor que podía hacer era ganar dinero y que así fue como empecé a escribir y a enviarle

artículos a *D&ME*.

El director sigue pidiendo más copas y riéndome los chistes, porque se lo estoy contando de la manera más divertida que sé y soy muy feliz. Estoy en un bar acogedor y maravilloso y, por lo visto, he conseguido un empleo nuevo, cuyo director es muy agradable, y de vez en cuando Jerry me mira desde la otra punta de la sala y tengo la impresión de que todo el mundo se da cuenta, así saben que formo parte de esto. Si Londres es un juego, esta noche estoy ganando. Tengo una línea entera de cerezas y la máquina está llena de monedas de oro.

Cuando voy a los lavabos (tropezando un poco con las cosas, porque he bebido mucho whisky), voy tarareando de felicidad. Y cuando vuelvo a la mesa, tropiezo con Jerry, que ha ido a la barra a pagar.

—Dolly, ¿puedo serte sincero? —me dice, y tira de mí hacia él—. No puedo dejar de pensar en ti. Me muero de vergüenza. La última vez que nos vimos no era mi mejor día y quiero que me perdones. Acababa de salir de una relación muy tóxica, y creo que fui poco caballeroso contigo.

—Te portaste como un animal —le confirmo con desparpajo. Cuanto más descarada eres, más te respetan.

—La vida es una putada, pero tú... no sé, parece que tengas un don para ver el mundo como algo maravilloso. ¿Cómo lo haces?

Es muy impresionante que alguien haga una observación sobre ti y que a continuación diga que le encantaría ser como tú.

—Ah, tengo mi lado oscuro —le digo, porque parece un comentario apropiado, digno de Dolly la Fresca, y no quiero que Jerry se sienta mal por tener un lado oscuro. Todos deberíamos sentirnos comprendidos.

—¿En serio? —me dice acercándose más a mí.

Justo entonces Michael Stipe viene a despedirse de Jerry.

—Mañana empiezo pronto —dice; sí, lleva puesto su gorrito de ¡FAMOSO! ¡FAMOSO! ¡FAMOSO!

—Michael, te presento a Dolly —dice Jerry rodeándome los hombros con un brazo. Stipe nos mira.

—Formáis muy buena pareja —dice antes de dar una cabezada y marcharse.

Hay una pausa.

—¿Acaba de casarnos... Michael Stipe? —pregunto.

—Ha sonado bastante oficial —dice Jerry y me besa la mano—. Y ahora que ya estamos casados creo que debería conocer mejor el «lado oscuro» de mi mujer.

Lo pienso: ¿tengo un lado oscuro? Supongo que todos lo tenemos. Lo que pasa es que yo todavía no he encontrado el mío, porque tengo diecinueve años. Pero no quiero que él piense que soy... convencional. Dolly la Fresca no es una chica convencional. Y, de momento, Dolly la Fresca lo está haciendo muy bien.

—Bueno —digo, despacio—, creo que estoy pensando demasiado. Y la única forma que sé de parar de pensar es... follarse.

Jerry vuelve a besarme la mano con suavidad.

—Tesoro —me dice—. Me siento muy mal, porque la última vez prometí follarte a lo bestia y no lo hice, pero me gustaría hacerlo ahora, me gustaría mucho. Si a ti te interesa.

Se queda mirándome. Vuelvo a pensar. Estoy dudosa, no consigo decidir si debo ir o no.

Evidentemente, la última vez fue horrible. Acabé pensando que Jerry era un tipo muy chungo.

Pero al final vence mi optimismo. ¡Siempre hay que darles una segunda oportunidad a las personas! ¡A lo mejor solo tenía un mal día! ¡A lo mejor hoy le hago tener un buen día! Y darse un revolcón es más emocionante que volver a mi casa, donde mi padre está preparando patatas de siembra para plantarlas.

Por eso, cuando Jerry me pregunta: «¿Nos vamos?», hago una pausa y le contesto: «Sí.»

Esta es la lista completa de los motivos para volver a acostarte con alguien con quien no te lo pasaste nada bien intentando follar la primera vez (además de, en general, ser optimista): 1) ¡no eres una rajada!; 2) a lo mejor es que solo necesitabais conoceros un poco mejor y aquel primer polvo de mierda fue vuestra primera cita imprevista, de la que surgirá algo asombroso; 3) no tienes nada más que hacer; 4) no conoces a nadie más aquí; 5) ¡hay que estar siempre abiertos a la aventura!; 6) te gusta que te besen, y 5) las chicas hacen estas cosas, ¿no? No sé, a todas nos ha pasado.

Volví a casa de Jerry a que me follara a lo bestia, tal como me había prometido.

A las diez y treinta y siete de la noche ya me había dado cuenta de que no, mira, no me iba a follar a lo bestia, porque estaba tumbada en la cama pensando «Sigue sin saber besar y sin buenos besos no puede haber un buen polvo».

Y a las diez y cuarenta y siete de la noche Jerry estiró un brazo, encendió la cámara de vídeo y dijo:

—Bueno, bueno, Dolly Wilde. Vamos a ver ese lado oscuro tuyo.

SEGUNDA PARTE

13

Me parece que no le voy a contar esta anécdota sexual a Krissi, pienso en el coche de mi padre, camino de Wolverhampton, donde vamos a pasar las Navidades. Aunque estoy segura de que, con el tiempo, esta historia madurará y se transformará en algo divertido que explicaré en las fiestas y que causará sonoras carcajadas, ahora mismo no sé muy bien cómo interpretarla. No sé qué opinión tengo de ella. De momento, lo mire como lo mire, creo que mi «opinión» es que eché un polvo de pena que grabó en vídeo un tipo con el que ya he pasado dos noches lamentables, pero es un pensamiento triste y no me gusta adónde me lleva.

Así que, de momento, mi política es no hablarle de eso a Krissi y, de hecho, ni siquiera pensar en ello. Jamás. Voy a encerrar ese recuerdo en una caja, como si fuera radiactivo. Voy a esperar a que los isótopos disminuyan un poco antes de volver a abrirla. Creo que, como sucede con los residuos radiactivos, todavía no se ha inventado la tecnología para procesarlo, de modo que voy a sepultarlo en cemento y esperaré hasta que la humanidad haya encontrado una forma nueva y eficaz de procesar los recuerdos sexuales vergonzosos. Cada vez que tengo un flashback (y son unos flashbacks horribles y pesadillescos que me hacen romper a sudar), sospecho que eso podría llevarnos siglos. Así que no voy a pensar en ello.

Mi padre, sin darse cuenta, me está ayudando mucho, porque no calla.

—Lo que no entiende tu madre —dice mientras lía un cigarrillo con una mano, como un camionero, y adelanta una caravana— es que no se puede estar en misa y repicando, ¿vale? No te puedes arrejuntar con el Joker Cósmico y, luego, mosquearte cuando se pone a hacer el friki por ahí.

—Me parece que lo que le pasa es que está un poco enfadada porque te has comprado este... coche deportivo tan... bonito, eso sí —digo con diplomacia toqueteando ya la radio para darle a entender que no me interesa su respuesta.

Una emisora ha puesto la canción de John (últimamente la ponen mucho); va por el trozo donde canta «Well I survived this / Well I survived us!» y entran el coro y la orquesta y no oigo lo que me contesta mi padre. Tengo el subidón de adrenalina que me da cada vez que lo oigo de improviso, la sensación de que su espíritu está conmigo y de que, si pudiese sintonizar mejor la radio, de pronto me gritaría, aquí mismo, a mi lado: «¡DUQUESA!», y saltaríamos de este coche en marcha y huiríamos a algún otro sitio mejor.

Hace mucho que no lo veo. El éxito de esta canción es lo que se está interponiendo entre nosotros. Cada vez que suena, él se aleja un poco más de mí; si no sucede algo pronto en mi carrera profesional para que me equilibre con él, quizá ya nunca lo alcance. No puedo esperar hasta que salga mi primera columna en *The Face*. Cuento los días. 8 de enero: ese es el día que se

activa mi plan. ¡Espérame! ¡No te olvides de mí! ¡Estoy hecha de la misma pasta que tú! ¡Pronto te lo demostraré!

Ya estoy harta de mi padre. Cuando digo «harta» quiero decir «en un estado de fastidio tan extremo que he tenido que aplastar todas mis emociones». Es como vivir con un adolescente, la verdad. Hace dos semanas, salió a «visitar unos lugares que solía frecuentar» y... ¡no regresó! No me di cuenta hasta la una de la madrugada y me quedé despierta hasta las seis, imaginando que lo habían asaltado unos ladrones o que el IRA lo había reclutado por fin, lo que por lo visto sucede cada vez que entra en un pub irlandés y se quedan con su apellido y con la cantidad de Guinness que está consumiendo.

—Siempre dejo que me inviten a un par de cervezas antes de decir que no —me decía cuando volvía a casa con un pedo—. Tienen pasta los del IRA. Son muy hospitalarios. Buena gente.

Esta vez vuelve a casa a mediodía apestando a alcohol y a marihuana y, con solemnidad, me cuenta que ayer conoció a una «muñequita preciosa» y que acabó yéndose a su piso.

—¿Y no se te ocurrió llamar por teléfono? —le digo imitando a Maureen Lipman en los anuncios de British Telecom—. ¡No he pegado ojo en toda la noche, preocupada por ti!

—¿Y cómo se te ocurre preocuparte por mí, cariño? —me pregunta, tambaleándose, con un ojo mirando en cada dirección, igual que el oso Nookie.

Le digo que se duche y se meta en la cama y, cuando voy a decirle que me dé la ropa sucia para poner una lavadora de color, me doy cuenta de que estoy actuando como una madre de diecinueve años con un hombre de cuarenta y cinco que una vez confesó haber aporreado a un hombre con un palo de billar hasta matarlo en un aparcamiento. «Bueno, supongo que estaba muerto, porque ya no hacía comentarios graciosos sobre mi pelo. El hippie asesino, me llamaban, ¡ja, ja, ja!» Y hago lo que ya constituye toda una costumbre esos días: sumido en su propio y horrible miasma, lo dejo dormir en el sofá y me voy a casa de John a consolarme abrazando sus pantalones y poniéndolos en montones ordenados por colores: los más oscuros abajo, los más claros arriba. A veces beso los botones de la bragueta, pero prefiero que olvidéis que os he contado este detalle.

Cuando mi padre y yo llegamos a casa de mi madre para pasar las Navidades, Krissi ya está allí, sentado con cara triste en la rama de un árbol del jardín, con David, de cinco años, sentado en la falda, intentando fumar «a escondidas».

—Me está volviendo loca —le digo señalando la casa y a mi padre—. No vuelve conmigo a Londres ni en broma. Yo ya he hecho mi parte. Tenemos que conseguir que se quede aquí.

—Me temo que eso no va a pasar —dice Krissi, compungido, y le da otra calada al cigarrillo—. Mamá le ha hecho la cama en la caseta, es decir, ha tirado un saco de dormir encima del cortacésped y no ha comprado el solomillo.

—¿Que no ha comprado el solomillo?

—No, no ha comprado el solomillo.

Esto sí que es una noticia bomba, un suceso insólito. Por razones que nunca nos han aclarado, para mi padre la Navidad consiste, esencialmente, en un gran homenaje al filete. Mi madre compra una pieza de solomillo y mi padre se pasa días marinándola con cariño, hirviéndola, cubriéndola de miel y especias y, por último, asándola. Es lo único que cocina en todo el año, la veneración del filete. Lo mimas como se mimas a un bebé. De hecho, como siempre señala mi madre con un

odio alegre y festivo, «le ha dedicado más tiempo a esa carne del que jamás os ha dedicado a ninguno de vosotros».

Eso nos lleva a Krissi y a mí a confesarnos mutuamente que, cuando dijo eso, nos la imaginamos pariendo a cinco filetitos, todos con sus gorritos y sus peúcos de ganchillo, y que esa es una de las numerosas razones por las que nunca comemos del solomillo de mi padre: sería como comernos a un hermano.

La principal razón por la que no comemos de ahí es que nuestro padre no nos deja.

—Está demasiado rico, no es para cuervos —nos dice mientras lo envuelve delicadamente con papel de aluminio y lo mete en la nevera antes de gritar—: ¡Que a nadie se le ocurra tocar mi puto filete!

A lo largo de las fiestas, mi padre vive casi únicamente para el solomillo (que va acompañado de un surtido de *chutneys*) y, si entras en la cocina en cualquier momento del día, te lo encuentras encorvado sobre él, cortando una loncha, como un dragón encorvado sobre sus cerditos. Dado que el otro pilar de la dieta de mi padre es la fritada de beicon, salchichas y morcilla, podríamos afirmar que, en el mundo de los cerdos, viene a ser como Hitler: el responsable de un holocausto porcino a lo largo de décadas de monodieta a base de cerdo. Ah, y de chicharrones. También le encantan los chicharrones. Para él, «Los tres cerditos» no era un cuento infantil, sino un menú. Dios mío, cómo le llega a gustar el cerdo. El año que se me olvidó darle de comer a la perra y entró en la cocina y robó la carne que estaba en la encimera fue un año aciago.

«¡MI SOLOMILLO! ¡SE HA ZAMPADO MI PUTO SOLOMILLO!», gritó mi padre, tan colérico que se le saltaban las lágrimas y se puso a pegarle a la perra con una escoba. Como era el segundo día de Navidad y las tiendas estaban cerradas, tuvo que coger el coche e ir a casa de mi tío Steve a pedirle un poco de su filete de Navidad. Todos los Morrigan tienen un filete de Navidad. Es una tradición familiar.

Como podréis imaginar, la Navidad no despierta mucho entusiasmo. Mis padres siguen sin hablarse, el ambiente es muy tenso y mi padre constituye un riesgo considerable, porque no tiene nada que hacer. Mi madre ha requisado el televisor («Como soy yo la que vive aquí, ahora el televisor es mío») y está viendo *Jules y Jim*, de modo que mi padre no puede ver *El submarino* con el volumen a tope como solía hacer. Y como no tiene ningún solomillo al que mirar, no tiene ningún entretenimiento. Le propongo que se lleve a Lupin afuera y le enseñe a montar en bicicleta y entonces se levanta y se marcha al pub.

Krissi y yo hacemos todo lo posible para que sean unos días mágicos para los pequeños: nos inventamos un juego que consiste en salir por la puerta del dormitorio, trepar al tejado del porche y saltar desde allí al jardín, y eso nos mantiene ocupados durante un par de horas, pero la cena de Navidad deja mucho que desear: mi madre se ha pasado asando el pavo (unas dos horas de más) y está duro como una suela de esparto. El día siguiente, San Esteban, estamos tan agotados de intentar camuflar el odio intenso que se tienen mi padre y mi madre que Krissi y yo también decidimos irnos al pub.

—Al fin y al cabo —dice Krissi bebiéndose la primera cerveza—, que tus padres se peleen también forma parte de la tradición navideña.

—Tienes razón, no debemos impedir esa tradición —asiento antes de entrechocar mi cerveza con la suya.

Es muy emocionante poder salir de casa por Navidad e ir al pub.

—No cabe duda de que esto supone un hito evolutivo —le digo a Krissi después de la tercera

birra; más o menos por entonces es cuando empiezo a pensar que, la primera vez que suene «Fairytale of New York» en la máquina de discos, le regalaré al local mi interpretación de Kirsty MacColl—. Poder huir de una casa deprimente e ir al pub.

—Ahora entiendo por qué lo hace papá —dice Krissi.

—Aunque... el que hace que la casa sea deprimente es él —puntualizo. Durante unos instantes, los dos cavilamos sobre eso.

—¿Crees que deberíamos invertir esa polaridad e invitar a mamá a venir al pub? —me pregunta Krissi... y reflexionamos—. Lo primero que diría sería «¡Vaya, qué suerte tengo de que estos chicos tan enrollados me inviten al pub!» —dice Krissi.

—Y se metería conmigo si me viera comiendo estas patatas fritas —añado yo señalando el paquete abierto encima de la mesa—. «¿Qué, preparando la capa de grasa de reserva para el invierno, como un osito?»

Los dos nos estremecemos.

—Pues que le den por saco —dice Krissi levantando su vaso para brindar.

—¡Eso, que le den por saco! —coincido—. A tomar por culo la Navidad. Ni filete, ni diversión, ni nada. Una miseria.

—Solo petardos de Navidad y un pavo viejo y reseco. —Krissi suspira—. Lo que, por cierto, es la descripción perfecta de nuestros padres.

Al día siguiente, cuando me despierto (con un poco de resaca), veo a Lupin encima de mi saco de dormir, en el suelo, mirándome fijamente.

—¿Cuánto rato llevas ahí? —le pregunto, pero me quedo tan quieta y tan plana como puedo, como un tejón atropellado.

—Horas —contesta—. No hay nada más que hacer.

Recuerdo ese nivel de aburrimiento de cuando era pequeña, antes de poder salir a follar, a fumar y a oír tocar a grupos modernos. Krissi y yo jugábamos a un juego que llamábamos «Mirar fijamente»: nos tumbábamos en el suelo, contábamos hasta tres y abríamos los ojos y, entonces, mirábamos fijamente por la ventana, mirábamos los cables del teléfono que entraban en nuestra casa, sin pestañear, hasta que no podíamos más, hasta que llorábamos. Consistía en mirar fijamente tanto rato que, al final, llorabas. Eso era lo gracioso. Nos molaba llorar. Era lo más emocionante que podíamos hacer.

—¿Podemos hablar un momento? —dice Lupin, poniéndose muy serio. Ya tiene once años, ha crecido tanto desde que me marché que empiezo a entender a esas tías o tíos que vienen de visita a tu casa y solo saben decir una cosa: «¡Madre mía! ¡Cuánto has crecido! ¿Cómo puede ser? ¿Dónde está aquel bebito que yo cogía en brazos?» Yo todavía no he llegado a esa fase, pero empiezo a verla, no falta mucho.

—Por supuesto —le digo sin moverme un milímetro. Espero que, trate sobre lo que trate esta conversación, yo no tenga que moverme en ningún momento. El resto de la casa está superfría y yo he conseguido acumular suficiente calor corporal dentro de este saco de dormir para que la idea de salir de él me resulte sumamente desagradable.

—No tengo nada —dice Lupin sin dejar de mirarme fijamente.

—¿A qué te refieres? ¿No tienes qué?

—Nada. Nada de todo lo que pedí en la lista de regalos de Navidad. No tengo nada.

—¿Y qué pusiste en la lista, cielo? —le pregunto—. ¿Un Action Man? ¿Una pistola?

—Un abrigo —dice Lupin—. Necesito un abrigo. Y unos zapatos. Y una cama.

—¿Cómo que una cama? —le digo. Estoy tumbada en el suelo, al lado de su cama. Lupin tiene su cama.

—Eso no es una cama. Mira. —Aparta el edredón y el colchón y me enseña cuatro montones de directorios telefónicos, envueltos en film, que sirven de soporte a tres planchas de madera. El colchón está puesto encima de esas planchas.

—Se desmonta todo el rato —dice Lupin y, para demostrármelo, baja el colchón y se sienta encima. En cuanto se mueve un poco, se oye un ruido sordo, el colchón se hunde entre las planchas y Lupin desaparece.

—¿Qué le ha pasado a tu otra cama? —le pregunto.

—Se rompió —me contesta—. Mamá me dijo que tú me comprarías una nueva.

Ya veo que a mi madre le ha llegado la noticia de que es posible que me contrate *The Face* y que ha hecho algunos cálculos. Por lo visto, el concepto de que algo sea «una buena noticia para Johanna, sin más» no existe.

—Me dijo que ahora tienes un trabajo nuevo y que estás forrada. Ella también tiene un trabajo nuevo.

—¿Ah, sí? ¿Qué trabajo?

—Repartir eso —dice Lupin señalando los directorios telefónicos sin repartir. Nos quedamos mirándolos durante un minuto. Todos los directorios que mi madre no ha repartido por el barrio.

—Es que llovía —me explica Lupin y, después de una pausa, me pregunta—: ¿Estás forrada?

Me lo pienso un momento. La respuesta corta es «no» (tengo un descuberto de 158,97 libras), pero mi primera columna para *The Face* sale dentro de dos semanas y me pagarán doscientas cincuenta libras.

De todos los libros que he leído, uno de mis fragmentos literarios favoritos es uno de *La princesita*, cuando Sara, la huérfana desgraciada, se despierta en su gélido desván y descubre que, de la noche a la mañana, un benefactor anónimo lo ha transformado y que está acostada bajo un lujoso edredón, calentada por el fuego de la chimenea, y que, colgado del respaldo de una butaca nueva, hay un abrigo nuevo. Creo recordar que también le regalan un loro o un mono. Es un cambio de vida drástico.

¡Imagínate poder hacer eso realidad!

—Ven. —Salgo de mi saco de dormir y le aplasto los mofletes a Lupin con una mano—. Nos vamos de compras.

Tres horas más tarde, Lupin y yo volvemos a casa en taxi. ¡En taxi! Ni siquiera sabía que en Wolverhampton existieran taxis, pero el dependiente de la tienda de segunda mano nos ha propuesto coger uno cuando le he comprado una cama individual de madera de pino por veinticinco libras.

Lupin lleva una enorme chaqueta Puffa («¡ESA!», ha gritado cuando la ha visto en C&A) y unas zapatillas de deporte nuevas por las que hemos discutido muchísimo. Él las quería blancas y yo (con la sabiduría de mis diecinueve años) le he dicho que se le enguarrarían enseguida, pero entonces se ha puesto serio y ha hecho como si no le importara llevarse las negras que yo había escogido y, de pronto, me ha dado una alegría enorme solo de pensar en la posibilidad de mandarlo todo a la mierda y comprarle las zapatillas de sus sueños.

Cuando yo tenía once años, nunca tenía las zapatillas de mis sueños. Mis padres se empeñaban en comprarme «zapatos de chico» (zapatos marrones con cordones, resistentes, que a mí me parecían horribles), unos zapatos que creo que eran la principal razón de que yo creyera que era una niña fea que nunca podría tener unos zapatos bonitos y brillantes, como los que llevaba Leanne Parry, unos zapatos que muy probablemente contribuyeron a que, ocho años más tarde, tuviese la autoestima tan por los suelos que me pareció buena idea echar una mierda de polvo con Jerry Sharp. Si crees que no te mereces unos zapatos bonitos, no crees que te mereces a chicos guapos. El mundo, con sus zapatos feos, te ha puesto la marca «encaja bien las decepciones».

Mientras contemplaba la carita triste de Lupin, me sentía como Mr. Blunden en *Moriremos hace cien años*: de repente podía remediar un daño histórico terrible. En *Moriremos hace cien años*, el argumento es que Mr. Blunden viaja en el tiempo para impedir que dos huérfanos mueran quemados. En la vida real, el argumento es que le compro a Lupin los zapatos tan poco prácticos que a él tanta ilusión le hacen. Le gustan. Para mí, las dos historias son muy parecidas.

—Nunca te acostarás con nadie que no te valore —digo en voz baja mientras Lupin va brincando por el camino delante de mí hacia la casa, rebosante de Alegría de Zapatos Nuevos—. Ya me he ocupado de eso, comprándote tus zapatillas mágicas. Siempre pensarás que eres estupendo.

Krissi y yo montamos la cama nueva de Lupin mientras escuchamos a Massive Attack y nos bebemos un whisky que Krissi compró «para emergencias». Y, como ha comentado Krissi, «no puede haber mayor emergencia que tener que montar muebles».

Cuando vamos por la mitad (por la fase más dura, en la que todos los tornillos se empeñan en clavarse en extraños ángulos, y yo tengo problemas para cantar los agudos tan bien como Shara Nelson), viene nuestra madre y se apoya en una de las dos jambas de la puerta:

—¡Anda! ¡Veo que Doña Millonetis ha estado muy ocupada! —exclama antes de empezar a quejarse de que su cama también es muy incómoda—. Pero eso es lo que tiene ser madre —concluye y suspira—. Nadie te ve como una persona con necesidades.

Entonces, se me acaba la magnanimidad, termino de montar la cama de Lupin, meto mis cosas en la mochila, cojo el autobús y voy a la estación a coger el tren para volver a Londres. Krissi viene conmigo («No pienso quedarme aquí si tú te vas. Si algún día me juzgan por asesinar a mamá, quiero tener testigos fiables») porque quiere coger el tren para volver a Manchester.

—Dice mi amiga Suzanne que nuestros padres no tienen límites —le digo a Krissi mientras esperamos nuestros respectivos trenes en el gélido andén.

—Claro, porque tú no se los has comprado —dice Krissi—. Esta familia no tiene nada que tú no hayas comprado, Jo. Tú tienes toda la culpa.

14

Más tarde, en el tren, pienso que lo mejor de volver a mi casa antes de lo previsto es que me he librado de mi padre. Cuando me he largado, él estaba en el pub. Lo he dejado tirado. ¡Bien!

—Ahora tendrá que espabilar él solito —le digo a la perra, que está sentada a mis pies masticando un paquete de patatas fritas vacío.

No habría podido escoger mejor momento, porque necesito tener el piso para mí sola un tiempo: John Kite ha regresado de su gira europea y va a dar un concierto único en Londres, así que ya no podré ir a esconderme a su casa para huir de mi padre.

Solo de pensar que John ha vuelto a Londres, el corazón se me hincha hasta ocupar todo mi cuerpo y sentir la cabeza como un feliz ventrículo de color rojo. Este tren va a toda velocidad hacia una ciudad en cuyo centro está la fuente de toda felicidad: John. John: la mejor palabra que existe. La ciencia puede demostrar que la letra jota es la letra más bonita; la letra jota avergüenza al resto del alfabeto, porque es la inicial de «John». Todos los John de la historia son más fascinantes, porque son los precursores de este. Todos los hombres que fuman Marlboro y tienen el pelo enmarañado son más maravillosos que el resto de los hombres, porque se parecen un poco a mi John. Si ha vuelto a Londres, Londres es como Narnia cuando regresa Aslan: ¡todo júbilo y alegría! ¡Contemplaremos el amanecer desde el balcón mientras charlamos! ¡Las calles se iluminarán y resplandecerán, mientras paseamos por ellas! Pasaremos días enteros juntos. Conversaremos, muy juntitos, mientras suenan nuestras canciones en la máquina de discos, con una botella entre los dos, a modo de palo de mayo a cuyo alrededor bailar, y entraremos y saldremos, serpeando, el uno de las frases del otro, hasta que las cintas entrelazadas de nuestros pensamientos se queden cortas y cese la música y nos levantemos y, mirándonos a los ojos, nos hagamos una reverencia.

Paso el resto del trayecto en tren pensando cómo debería ir vestida la primera vez que John me bese como es debido. Al final me decido por el terciopelo verde. La próxima vez que me bese, quiero parecer el musgo húmedo de las orillas de un río. Quiero parecer recién salida de una leyenda.

Llego a casa y me tiro cuatro horas limpiando hasta no dejar ni rastro de mi padre. Friego el váter, tiro a la basura todo el beicon pasado que hay en la nevera e intento eliminar la mancha de sudor con su contorno, su sudario de Turín, del sofá de piel artificial. Al final, me rindo (su sudor es más potente que el multiusos Flash): tapo el sofá con una colcha y enciendo una varilla de incienso.

Me paseo por el piso tratando de recordar qué hacía antes, cuando mi padre aún no había

invadido mi casa. Lleva tanto tiempo poniéndole trabas a mi estilo de vida que ya no me acuerdo. Al final, me preparo una bañera, porque un baño caliente siempre sienta bien, e intento masturbarme con la alcachofa de la ducha, porque he visto en esas novelitas guarras baratas que eso mola mucho y hace tiempo que lo tengo en la lista de «Cosas para mí», pero dudo que las mujeres de las novelitas guarras baratas tengan la instalación de fontanería cutre de Camden que tengo yo. De repente, el agua sale caliente, y luego fría, con arranques repentinos, y eso asusta a mi vagina y hace que se encoja como un erizo aterrorizado que ve acercarse un camión a toda pastilla. Además, parte del chorro me entra por el culo y eso ya no me resulta nada erótico: solo hace que me den ganas de cagar.

Al final, salgo del baño y me masturbo a la antigua: con mis dos fieles dedos, en la cama. Me encanta que sean estos dos dedos los que hacen que las chicas se corran; cuando los usa la gente para imitar una pistola, me imagino que no están haciendo ese signo, sino que me están proponiendo que me haga una paja. Es una situación que me hace reír a carcajadas unas cincuenta veces al año.

Me estoy haciendo una paja porque es importante correrte cuando has pasado un tiempo fuera y llegas a tu casa: así, la casa y tu cuerpo se enteran de que has vuelto. Además, hace casi una semana que no puedo correrme, porque estoy gorda y el saco de dormir del cuarto de Lupin era muy estrecho y, después de esperar pacientemente durante horas a que mi hermano se durmiera, resulta que no podía formar el ángulo necesario con la mano, porque el saco me apretaba demasiado y en esa posición se me cansaba enseguida, así que al final me rendí, no sin antes decirle «lo siento» en voz baja a mi frustrada libido.

Aquí, con la libertad que me ofrece mi cama, puedo poner la mano donde se me antoje, así que aprovecho y me masturbo a mis anchas pensando en los dedos de John acariciando las cuerdas de la guitarra cuando toca los vertiginosos acordes de «Cuenta hasta diez». No me olvido de gritar su nombre cuando me corro, «¡John!», porque eso es como decir «conejo blanco» el primer día de cada mes. Correrse es maravilloso (raya la magia) y, cuando pronuncias el nombre de una persona, es como si pronunciaras un pequeño conjuro que te une a ella. Creo que, dondequiera que se encuentre esa persona, cuando te corres, piensa en ti, aunque solo sea un segundo.

Un día, cuando estemos juntos, se lo contaré a John y nos pasaremos largas y eróticas horas registrando todas las veces que él, de repente, misteriosamente, pensó en mí a lo largo de los años y gritaré: «¡Fue porque pronuncié tu nombre cuando me tocaba el chochete!»

Mientras pienso en eso (tumbada en la cama, muy relajada), me doy cuenta de que, seguramente, esta creencia deriva del fragmento de Jane Eyre en que el señor Rochester pronuncia el nombre de Jane y ella, que está a cientos de kilómetros de distancia, muriéndose de aburrimiento con el ñoño St. John, lo oye y va corriendo a reunirse con él.

Me gusta pensar que eso es una especie de mensaje en clave de Charlotte Brontë para contar que ella también gritaba nombres cuando se corría. Me juego algo a que todas las hermanas Brontë se hacían un montón de pajas. Sus libros son muy sexuales y, seamos sinceros, en aquella casa parroquial no había gran cosa que hacer, aparte de chasquearle la lengua a Branwell. Todas las Brontë hablan de secretas lagunas musgosas, de fuertes lluvias que descargan sobre su piel, de acariciar conejitos o caballos asustados que, poco a poco, se calman con sus caricias. Estoy segura de que esa es su forma secreta de escribir sobre la masturbación. No tengo ninguna duda de que hay mensajes secretos en todos los libros, solo hay que buscarlos. Varias generaciones de chicas han intentado transmitirles información a otras chicas de forma clandestina.

Si ahondo en esta idea es porque estoy metiendo mensajes secretos para John en mis columnas. Me estoy obsesionando con el concepto de los mensajes secretos en el arte. Hace poco leí *Moby Dick* y las *Obras completas* de Oscar Wilde, el primero porque lo recomendó Courtney Love en una entrevista, y el segundo, porque Morrissey no para de hablar de Wilde y, si algún día me lo encuentro en el minisupermercado Europa de la esquina, quiero asegurarme de que capto cualquier referencia a Wilde que pueda hacer cuando esperemos juntos en la cola de «Máximo de cinco artículos», intercalada en sus inevitables quejas porque lo correcto es decir «Máximo cinco artículos».

Me da mucha pena no haber leído *Moby Dick* hasta ahora. Siempre pensé que en realidad no era más que una aburrida novela hemingwayana sobre la pesca y por eso me la salté. Resulta que es el libro más gay del mundo: en las cincuenta primeras páginas, Melville se enamora locamente del guapísimo Queequeg e intenta pegarse cuanto puede a él en la cama; el resto del libro trata sobre un hombre que está atrapado en otro siglo e intenta comunicarse con los habitantes de un futuro que él imagina más libre y más espléndido. Esas páginas largas y brillantes están repletas de todo lo que él sabe, de todo lo que ha observado sobre las olas, el viento, los hombres, el aceite de ballena, los cuchillos, los barcos, el amor y el miedo. Expresan un deseo ferviente de registrar todo lo que él es y lo que sabe, en las páginas del libro, únicamente para demostrar que existió. Únicamente para demostrar que podías ser Herman Melville y que no había en el mundo nadie más que pudiese serlo. Una carta a un lector al que nunca podrá conocer.

Miro la fotografía de Melville de la contracubierta, un oficinista con barba que murió sin haber recibido ningún reconocimiento, y rompo a llorar al instante. ¡Tengo tan claro que seríamos amigos, si nos conociésemos ahora! Estoy convencida de que iríamos a un bar con Queequeg y beberíamos cócteles y bailaríamos y hablaríamos de grandes teorías sobre la humanidad tumbados boca arriba en el parque, estrujando flores de lavanda con las manos, y ellos se besarían y yo les cantaré «Astral Weeks», que ellos no habrían oído nunca, y que les parecería mágica.

Y a Melville le habría encantado Wilde, que también estaba atrapado en un país más pequeño, más apretado, sin amor, tratando de encontrar formas de hablar de los chicos a los que ama y de los mundos con los que sueña, sin que lo descubran. Tratando de contar la verdad y, al mismo tiempo, disfrazando de arte los murmullos de su corazón, utilizando las florituras más elaboradas y las frases más afiladas como armas y como camuflaje, tratando de pasar la verdad de contrabando hasta el futuro y siendo otra vez atrapado, vencido y destrozado. Los invitaría a los dos a cenar, juntos, y hablarían con tanta emoción que sus rostros se iluminarían como faroles y planearían una docena, un centenar, un millón de libros nuevos antes incluso de que el camarero trajera la cuenta.

—¡Herman Melville! ¡Oscar Wilde! ¡Este mundo os encantaría! —pienso—. ¡Aquí os habríais sentido como en casa! Y lo único que podíais hacer vosotros era imaginarlo, escribirlo en vuestros libros y esconderos dentro de esos libros y venir a hablar conmigo cien años más tarde. Ahí es donde vivís. Un libro es un precioso mausoleo de papel o una tumba, donde almacenar ideas... para que los huesos de tus pensamientos se mantengan eternamente. Yo solo quiero decir: «Hola. Os estamos oyendo. Vuestras palabras sobrevivieron.»

Pensar estas cosas me hace llorar, así que me hago otra paja (más triste y reflexiva, en honor a los genios desaparecidos) y me quedo dormida.

15

Hoy es 8 de enero. Suzanne ha venido a mi piso y ahora está sentada junto a la ventana, fumando un cigarrillo y tocándose un grano que tiene en la barbilla. Hoy se ha publicado mi primera columna para *The Face* y Suzanne me ha llamado a la una de la tarde y me ha dicho: «Voy ahora mismo, tenemos que hablar de esto.» Y me ha colgado.

Ya lleva veinte minutos reflexionando sobre el primer punto.

—Mi reacción a este tema tiene cinco puntos —me ha dicho nada más entrar en el piso dejando la revista encima de la mesa con un golpe—. El tercero es bastante largo, así que presta atención.

Mi columna se titula «En defensa de las groupies» y es mi explicación de por qué no entiendo por qué se censura y se menosprecia tanto a las groupies, pues creo que en realidad es positivo y saludable que las adolescentes quieran ponerse junto a la entrada de artistas e intenten follar con hombres guapos, famosos y con talento. Que yo sepa, nadie había escrito sobre esto.

Allá va el artículo:

Vale, eres una adolescente y vas más caliente que una plancha. Se supone que estás revisando tus deberes de Geografía, las capas sedimentarias y todo eso, pero tus bragas no paran de gritar: «¡SÁCAME DE AQUÍ Y LLÉVAME DE FIESTA!», y no puedes parar de mirar la fotografía de los brazos de Jeff Buckley que tienes colgada con un pegote de Blu-Tack en la pared. Quieres echar un polvo con alguien y estás harta de que ese alguien seas tú. Quieres que entre otra persona en esta relación.

Llegados a este punto, solo tienes dos opciones. La primera es hacer de tripas corazón y follar con algún chico de clase, que es lo que se supone que tienes que hacer. Es lo más normal, lo que está «bien visto» que hagas, pero ¿por qué? ¿Por qué la mejor opción es que me tire a un tal Herbert con el gatillo más rápido que Lucky Luke, un chico tímido, con verrugas en los dedos, a quien conozco desde que tenía once años y que, estadísticamente, es muy probable que al día siguiente se presente en el instituto fardando como Danny Zuko en las primeras escenas de *Grease* («*She got friendly / Down in the sand*») y me convierta en el tema de cotilleo de los próximos seis meses?

Por eso creo que la segunda opción, follar con estrellas del rock, es mucho más útil. Puedes decir lo que quieras de Robert Plant y sus groupies adolescentes, pero: a) nunca he visto ninguna foto en la que se vea que tiene verrugas, b) sin ninguna duda, era mejor en la cama que nadie que viva actualmente en la zona de Whitmore Reans de Wolverhampton, y c) estaba demasiado entretenido cantando «Immigrant Song» para escribir «Dolly es una puta» en los lavabos del Instituto Highfields o para pasearse por la cafetería diciendo: «Oledme los dedos. A ver si

adivináis a quién me he pasado por la piedra» mientras la gente intenta comer bizcocho y unas extrañas natillas de color rosa.

¿Por qué no pueden ser ambiciosas las adolescentes respecto a quién se llevan al huerto? ¿Por qué no van a poder apuntar a las estrellas, nunca mejor dicho? A mí, instintivamente, me cae bien una chica que aspira a trajinarse a una estrella del rock. Eso indica que tiene unos niveles saludables de autoestima e inquietudes culturales, busca lo mejor para sus bragas, preferiría follar en la suite de un hotel bonito que en lo alto del tobogán grande del parque infantil y quiere aprender sobre polvos de alguien que tenga un poco de experiencia. ¡Todo eso es bueno! ¡Tiene muchos puntos para ser un experimento positivo! Al fin y al cabo ¿qué otras opciones hay para «follar con alguien con un poco de experiencia»? ¿Ligarse a uno de esos tipos raritos que merodean por fuera del instituto o al padre de alguna amiga? Mira, cuando yo termino un rollo de una noche, prefiero que sea con un amante que, con todo el cinismo, me diga: «Cielo, gracias por ofrecerme tu chochete adolescente, pero ahora tienes que irte. Hay tres groupies más haciendo cola fuera y a las siete en punto de la mañana cojo un avión para Denver», antes que alguien que me diga: «La próxima vez que veas a tu padre, dile que ya puede pasar a buscar esa grava que me pidió de Wickes.»

—¡ME ENCANTA! —grita Suzanne señalando ese párrafo—. ¡SÍ! ¡SÍ! Bueno, evidentemente hay un montón de estrellas del pop asquerosas y abusadoras que se aprovechan de las chicas jóvenes, pero eso pasa en todas las profesiones. Donde más proposiciones me han hecho ha sido en la Agencia de Licencias para Conductores y Vehículos. Tienes que calcular que, estés donde estés, un veinte por ciento de los hombres son violadores de perros. El veinte por ciento de todas las conversaciones consiste en que un hombre dice: «Si viviésemos en 1642 y estuviésemos solos en un prado, ahora mismo te estaría follando.»

Aunque a mí me parece un dato dudoso, Suzanne no duda en absoluto de esas estadísticas, así que se lo dejo pasar. Empieza a leer el siguiente fragmento de mi columna en voz alta:

La mayoría de las estrellas del rock son hombres y la mayoría de la gente que escribe sobre las estrellas del rock son hombres. Ellos, evidentemente, no creen que sea bueno que las adolescentes quieran tirarse a las estrellas del rock. Eso no es lo que ellos ven cuando las miran. Supongo que les fastidia un poco que sus héroes tengan toda una vida que no los incluye a ellos, una vida dedicada únicamente a sus fans. Algo de lo que están completamente excluidos y donde no los aceptan. Algo que no pueden conseguir. Algo que se pierden. El sexo. Eso queda entre las estrellas del rock y las groupies. Desde un punto de vista masculino, puede parecer que a esas chicas las están «utilizando» unos tiroleseos con pantalones de cuero. Y esos hombres quieren proteger a las chicas jóvenes. Lo que ellos no ven (la información que no aparece en la gráfica; eso, para ellos, es invisible) es tan obvio que me dan ganas de chillar mientras lo escribo: las chicas jóvenes QUIEREN follar con las estrellas del rock. Sencillamente, han tomado una decisión («Quiero eso») y tratarán de conseguir esa cosa. Y la cosa las quiere a ellas.

«Proteger» a las mujeres de las estrellas del rock significa impedir que las mujeres intenten conseguir algo, que es una de las luchas más frecuentes y tediosas de los hombres. Solo es un ejemplo más de la infinidad de veces que, a diario, a las jóvenes les dicen qué tienen que hacer y que sus ideas y sus deseos están equivocados, y eso sucede tan a menudo, está tan normalizado («Tú no quieres ser bombera, hacerte un tatuaje, emborracharte, estudiar Física, cortarte el pelo,

comerte ese pastel, llevar esos pantalones, tirarte a esa estrella del rock»), que no me extraña que el estribillo que más repiten las mujeres modernas sea «¡No sé quién soy, ni qué quiero! ¡No sé quién soy!».

Las chicas jóvenes sí saben quiénes son. ¡CLARO QUE LO SABEN! Lo que pasa es que les recuerdan tan a menudo que no les está permitido serlo y no dejan de decirles que deben eliminar sus sentimientos, que poco a poco pierden el instinto de ser felices y de realizarse personalmente y se convierten en esos seres asustadizos a los que ves en las fiestas, que bailan frenéticamente cuando suena «I Am What I Am» y luego se pasan el resto de la noche llorando.

Y este, sin duda, es uno de los grandes objetivos de la cultura y de los héroes. De los famosos. Se supone que ellos son objetos de deseo, eso que nosotros queremos, eso que queremos ser. Negar la mitad de su propósito significa estar ciego al cincuenta por ciento del arte y dejar a la gente emocionalmente destrozada. Y todo esto podría evitarse si, cuando con dieciséis años, las chicas dijese: «Esta noche salgo. Voy a ponerme en la entrada de artistas del Civic Hall de Wolverhampton, a ver si puedo enrollarme a ese bajista de ensueño de Teenage Fanclub», y sus padres les dijese: «Me parece una actitud muy saludable, tesoro. Dale un buen meneo de mi parte.»

Suzanne se parte de risa con sus fragmentos favoritos.

—Esto tiene mucha relación con lo que estoy haciendo yo ahora. —Coge la guitarra y empieza a afinarla. Suzanne no tiene ni idea de afinar guitarras. Cuando acaba, suena peor que al principio y, entonces, dice—: ¡Punk rock! —Y se pone a tocar de todas formas—. Con la idea de que los deseos de las mujeres son peligrosos para ellas y hay que guiarlos y controlarlos constantemente. ¿Has leído *Mi jardín secreto*, de Nancy Friday?

—He leído *El jardín secreto* de Frances Hodgson Burnett —le digo—. Pobre Colin, tan pálido él —añado, compasiva.

—El jardín secreto de Nancy Friday es un jardín muy diferente, Dolly. Es una recopilación de las fantasías sexuales más secretas de las mujeres —dice Suzanne mientras rasguea su desafinada guitarra—. Son basura. Se transforman en robots enormes y aplastan a los hombres con sus pies de robot o los rocían con la leche de sus pechos. Es muy fuerte. Espeluznante y repulsivo y, por eso mismo, asombroso. Las mujeres somos espeluznantes y repulsivas, ese es uno de nuestros grandes secretos. ¿Cuál es la fantasía sexual más asquerosa que has tenido?

—Cubrir a Keanu Reeves de Cadbury's Caramel derretido —contesto sin vacilar.

—¡Anda ya! —dice Suzanne—. Eso no es una fantasía sexual. Eso solo es lo que cuentan en la sección de cartas de *More!* ¿Para qué quieres a un hombre cubierto de chocolate? Piénsalo bien.

Lo pienso. Suzanne tiene razón. En realidad, no quiero a Keanu Reeves cubierto de chocolate. Estaría pegajoso y marrón y, cuando llevara treinta segundos comiéndome su corteza, empezaría a marearme. Además, tardaría como mínimo cinco minutos en cubrir a Reeves de chocolate y ¿de qué hablaríamos mientras vaciaba diligentemente un cazo tras otro de Cadbury's Caramel por encima de las partes más aburridas, como las rodillas o los dedos de los pies? ¿«Estoy impaciente por lamerte todo el chocolate (y resolver el problema que con tanto esmero estoy provocando) y empezar a pasarte por la piedra»? ¿Por qué no voy al grano y me lo cepillo directamente? Pero solo al Keanu de *Las alucinantes aventuras de Bill y Ted*. No al de *Le llaman Bodhi*. En esa está demasiado serio.

—Yo sueño que me follan lobos —dice Suzanne con desparpajo interrumpiendo así mis

reflexiones—. Y perros. Unos perros que están desesperadísimos. Debajo de la mesa de una cafetería, con un montón de gente mirando. Si follo muy bien con los lobos, puedo follar con hombres.

Me mira.

—Te toca a ti. Por ejemplo: ¿alguna vez has querido follarte a una mujer?

—Tía, pero si yo soy hetero.

—No creas, chica. Estamos en 1995. Todos somos bisexuales pasadas las once de la noche.

—Creo que yo no —digo, compungida—. Una vez redacté una lista de todas las mujeres que me gustan: Brunhilde Esterhazy, Elizabeth Taylor, Ava Gardner y Doris de *Fama*, y entonces caí en la cuenta de que todas eran mujeres a las que creo que me parezco un poco. Creo que solo me gusto yo. No soy lesbiana, soy *yobiana*.

—Bueno, prepárate para hablar de eso. Ahora eres una mujer que escribe sobre sexo en una tribuna pública. La gente querrá hablar de ello. Te harán preguntas extrañas. Se supone que las chicas no hablan de sexo: las chicas follan y cierran el pico. Vas a incomodar a mucha gente.

16

Suzanne tenía razón: la gente quería hablar de eso. Por la tarde me llamaron tres veces de *The Face* para decirme que otros tantos programas de radio querían que fuese a hablar sobre eso de ser una groupie adolescente.

—Pero ¿ya han entendido que yo no soy una groupie adolescente? —les dije las tres veces—. ¿Y que solo defiendo la idea en general, que no estoy abriendo mi diario sexual? Solo me he acostado con un famoso de verdad y él había leído mis artículos, así que, en realidad, aquello fue, más bien, un polvo entre colegas, ¿vale?

Así es como concibo a Jerry Sharp ahora. Un polvo entre colegas.

—Estoy seguro de que les encantará que expliques esa diferencia —dijo el director con ironía—. Aunque sin emplear la palabra «follar». Estamos hablando de la cadena LBC en horario diurno. Vas a tener que usar un eufemismo, a ser posible decimonónico.

—Podría referirme a él como el «estimado cofrade que desordenó mis enaguas». Decir que lo que hicimos fue «retozar respetuosamente en el pajar» o quizá «intercambiar galantes zalamerías».

—Vas a triunfar —me dijo.

—¿Puedo serte sincera? —le pregunté mientras contemplaba la fotografía que acompaña mi firma en la revista.

Me la hizo un fotógrafo de *The Face* en el despacho del director un día que pasé por allí, hace varias semanas. El flash era tan potente que casi no se me ve la nariz: soy solo dos ojos enormes y una boquita que me concentré mucho en fruncir,

A mediados de los noventa, estaba de moda hacer fotos con un flash tan intenso que casi no veías la nariz del sujeto. La cantante y compositora Cathy Dennis aparece sin nariz en la carátula de sus cinco últimos sencillos. La de Björk viene y va, al parecer, a su antojo.

Yo tenía sentimientos encontrados respecto a esa foto. Por una parte, no me gustaba lo sexy, cachonda y guay que parecía en ella. Mi instinto me hace temer que una foto tan... arrogante haga que la gente me odie. Prefería salir con cara de payasa. Mi instinto me dice que mi alma es así, un poco payasa.

Por otra parte, me encantaba eso de no tener nariz, porque creo haber heredado la nariz de mi madre y cada vez que la veo en una fotografía me la imagino plantificada en medio de mi cara lanzándome reproches que comienzan con «Johanna» formulado con un tono con el que pretende hacerme sentir culpable. Heredar partes del cuerpo de los padres es muy duro. Siempre me he preguntado si sería por eso por lo que Michael Jackson se hizo tantas operaciones. Quizá no fuese una negación del hecho de ser negro, sino que simplemente no quería ver la nariz de su infame padre en el espejo todas las mañanas. Debe de ser un palo monumental tener una cara que, todas

las mañanas, está a punto de ponerse a gritar «¡Baila! ¡Otra vez, Michael! ¡MEJOR!

¡DATE PRISA Y GRABA *THRILLER!*».

En fin, me estoy yendo por las ramas.

—Dispara —me dijo el director.

—Me da miedo ir a la radio —le dije.

Le conté que, cuando tenía catorce años, salí en la televisión local para leer un poema sobre mi perro, pero que me puse muy nerviosa y se me fue la olla y acabé gritando «¡Scooby dooby doooooo!», el presentador me cortó como pudo y me convertí en el hazmerreír del colegio.

—Me da miedo tener otro... accidente retórico como aquel.

Al director le dio tanta risa que tardó más de un minuto en recobrar el aliento.

—¡No tiene gracia! —protesté, pero me reí también—. Me quedé traumatizada de por vida. Ya no puedo ver entrevistas en directo por la tele sin ponerme muy nerviosa por si algún participante pierde los nervios y hace algo parecido a lo que hice yo.

—Algún día tienes que escribir una columna sobre eso —dijo el director.

—¿Otra columna? Entonces, ¿me vais a contratar? —Se me aceleró el corazón.

—A las revistas les encantan los columnistas que comentan en la radio sus columnas más polémicas —dijo el director.

—¿Aunque acaben aullando «Scooby dooby dooo»?

—Yo, personalmente, aún más si hacen eso.

Lo pensé un momento.

—Vale, iré —dije.

—Felicidades por tu nuevo empleo —dijo el director—. Creo que nos vamos a divertir. —Y colgó.

Creo que las entrevistas de radio salieron bien. En la presentación, me describieron como «la nueva *enfant terrible* de Fleet Street», «la nueva Julie Burchill» y «Dolly Wilde, la *groupie* adolescente confesa», pero luego tenía mucho tiempo para corregirlos.

—Preferiría «*enfant adorable*», creo. Nadie quiere ser terrible —le dije a un DJ.

Al que me llamó «*groupie adolescente confesa*» le expliqué que me he acostado más veces con hombres que se llaman «Russell» (dos) que con hombres famosos (uno), de modo que, en teoría, tengo menos de *groupie* que de «miembro del Grupo Russell».

Pero él no pilló esa referencia a la organización ligeramente opaca que representa a las diecisiete universidades líderes del Reino Unido, así que, una vez más, vi cómo mi humor pasaba desapercibido. Hacía tiempo que pensaba que debería registrar en una libreta todos los chistes que hago y que nadie capta, para que, en el futuro, generaciones humorísticamente más avanzadas puedan apreciarlos. Yo sabía que John captaría todos esos chistes. Esa era otra de las razones por las que sabía que tenía que casarme con él. Continuamente ideaba chistes para él, aunque tuviesen que esperar para que John se riera al escucharlos o leerlos.

Ningún entrevistador entendió lo esencial. Todos dijeron, en mayor o menor medida, lo siguiente: «Entonces, ¿lo que insinúas es que las colegialas adolescentes deberían cerrar sus libros de texto y salir a acostarse con estrellas del rock?» y yo, con mucha paciencia, les explicaba que no les estaba proponiendo hacer eso, sino que únicamente estaba constatando que

unas cuantas querían hacerlo y que se trataba de un deseo muy sensato, en la medida en que los deseos pueden ser sensatos.

Uno se puso en plan Bill Grundy y me preguntó con qué famosos me había acostado y, cuando yo ya iba por la mitad de una lista que incluía a «todos los de *The Goodies* menos Graham Garden, pero incluido el gato gigante», se dio cuenta de que me estaba cachondeando de él y se puso muy borde.

Antes de cada entrevista, sentía una especie de ansiedad que no había experimentado en ninguna otra situación: sentía una maraña de nervios en el estómago, todos burbujeando y cortocircuitando, pero después me sentía tan bien y tan triunfante, porque todo había salido fenomenal (¡Lo había conseguido! ¡No la había cagado! ¡Hasta había hecho un par de comentarios graciosos! ¡Había sido fácil! ¡Podía volverlo a hacer! ¡Solo hay que hablar!), que quedaba con Zee en el pub, porque las oficinas de su nueva compañía discográfica estaban muy cerca de la BBC y hacía tiempo que no lo veía y quería tomarme una copa de celebración conmigo misma en su presencia.

—¡Eres famosa! —exclamó entrechocando su vaso de leche contra mi whisky con Coca-Cola—. ¡Ahora sales en todas partes!

Me enseñó un artículo del *Evening Standard* de ese día, en el que Martin Amis me ponía verde por «hablar de sexo como un hombre». Yo no daba crédito.

—¿Qué se cree, que solo los hombres hablan de sexo? —dije—. Está quedando como un imbécil. Lo que viene a decir es que ninguna mujer le ha hablado nunca de sexo. Y eso es muy bochornoso para Martin Amis.

—Eres famosa —insistió Zee—. Antes hablabas de Martin Amis. Ahora Martin Amis habla de ti.

—No soy famosa. Solo soy... no famosa. Soy... cero coma cero uno por ciento famosa. Homeopáticamente famosa.

—En *The Face* deben de estar encantados —dijo él—. Eres una empleada encomiable.

—Hablando de empleados encomiables —dije encendiendo un cigarrillo—, ¿cómo va el álbum de The Branks?

Suzanne ha fichado por el sello de Zee, que ahora se llama Jubilee, para cinco meses, y está previsto que su álbum de debut salga a principios de primavera. Sin embargo, cuando lo mencioné, Zee puso cara de preocupado.

—Tiene ideas muy buenas —dijo—. Viene a la oficina y nos cuenta lo que quiere hacer y nos vende que va a cambiar el mundo, pero todavía no nos ha dejado escuchar nada.

—Estoy segura de que será espectacular. A mí me encanta. Es una revolucionaria. Me vuelve loca.

—Yo no sé si me vuelve loco o me da miedo —dijo Zee—. Mis padres han rehipotecado su casa para tirar adelante este sello. De momento, el tiempo que ha pasado ella en el estudio equivale al salón de la casa de mis padres y medio porche. Si esto fracasa, tendrán que vivir en la cocina.

—Yo creo que es la apuesta más segura que podrías hacer —lo tranquilizo—. No conozco a nadie con tantas ganas de ser famoso como Suzanne. Es una estrella.

—Sí —asiente Zee de mala gana—, pero no sé si se ha dado cuenta de que las estrellas tienen que hacer algo para ser famosas. Y, por cierto, ¿nos movemos?

Esta noche, después de ocho meses, John Kite actúa por primera vez en el Reino Unido y pondrá fin a su gira mundial con una actuación en el Astoria. Las entradas se agotaron el mismo día que salieron a la venta; sí, es el gran concierto del mes. John es el héroe que regresa a casa y esta noche sale todo Londres y con todo Londres me refiero a «algunos músicos más, algunos cómicos y yo». Me ha emocionado muchísimo poder llamar a John por teléfono y proponerle quedar antes para ir juntos al concierto. Hemos quedado en el bar que hay enfrente del Astoria, un bar pequeño que está debajo del Phoenix Theatre, al que, no sé por qué, todos llamamos «Shuttleworths».

He de admitir que imaginar este momento ha sido el sueño motivador de estos dos últimos meses. El modelito que llevo (blusa de seda verde musgo, leotardos, pantalones cortos, botas y abrigo afgano) está minuciosamente calculado y es el perfecto atuendo «¡Pues claro que voy con el héroe!». Voy a sacarle mucho partido a este recuerdo. ¡Voy a ver a John!

—Vamos —dice Zee—. Andando tardamos diez minutos.

17

Cuando llego al bar, John ya está allí y ya está bastante borracho y, claro, ya está con otra gente. Eso es lo peor de conocer a alguien famoso, aparte del hecho de que siempre están ocupados: nunca están solos. Siempre están rodeados de gente. Es muy fácil saber dónde hay una persona famosa: la encontrarás en el epicentro del grupito de gente sobreexcitada que hace cola para hablar con ella.

No me gustó nada la pinta que tenía la gente con la que estaba, porque identifiqué rápidamente el aura de los consumidores de cocaína. Me costó mucho aprender a reconocerlos, hasta que un día me di cuenta de que todos me recordaban al Capturador de Niños de *Chitty Chitty Bang Bang*. Cuero negro, gafitas estilo John Lennon, cabello grasiento, tic en la nariz.

Sentí una emoción que nunca había sentido al mirar a John: decepción. ¿Quiénes eran aquellas personas? No eran sus amigos de siempre: el bibliotecario amodorrado; Rob, el hombre del jersey; el *roadie* que sabe poner una moneda de diez peniques en equilibrio sobre la rodaja de limón que flota en un vaso de cerveza, y yo.

—Voy a la barra. ¿Te pido algo? —dice Zee.

—Whisky —le contesto.

Saludo a John con la mano, en plan «Estoy aquí, pero, tranqui, no te voy a molestar», pero él se levanta (tambaleándose un poco) y grita: «¡DUQUESA! ¡DUQUESA!

¡DUQUESA! ¡NO SABÍA QUE PODÍAS PEDIR QUE UN MENSAJERO TE LLEVASE EL CIELO AL INFIERNO!» No sé si se refiere a mí o a la cantidad de drogas que, evidentemente, ha pedido que le traigan.

Me abro paso hasta él entre la gente y, como no quedan asientos libres, John me sienta en su regazo y me fijo en que sus piernas vibran con una frecuencia diferente a la de costumbre, una frecuencia que no me gusta nada, pero cuando beso su sudada, grasa y adorada frente, compruebo que sigue oliendo a John. Y entonces... entonces la avalancha. La misma sacudida, la misma descarga de amor. Es inexplicable. Soy un perro y él es la campanilla.

—Dutch, Dutch. Tienes que conocer a Mike. Mike, te presento a Dutch. Dutch: Mike.

Un tipo andrajoso me mira y le leo la mente en un instante: «Mira, una cría gorda que no me interesa para nada porque no es ningún pibón.»

—Mike tiene una teoría muy interesante sobre el asesinato de JFK —dice John—. ¡Dale, Mike!

Sospecho que Mike, con unas cuantas copas en el cuerpo, podría interpretar erróneamente esa

frase, así que, para aclarar las cosas, le digo:

—¡Hola, Mike! ¡Cuéntame esa teoría empleando palabras!

—Vale —dice Mike. Tiene una voz odiosa. Parece una rata imitando a un poli infiltrado—. Piénsalo, ¿vale? Nos han vendido un montón de películas sobre quién mató a JFK. Que si la CIA, que si una conspiración de la derecha, que si un chiflado, pero ¿quién iba a beneficiarse más de su muerte?, ¿qué vidas cambiaron inmediatamente en cuanto a él le volaron la tapa de los sesos? Hay que seguir la pista del dinero. ¿Quién se benefició? ¿Quién? ¿Quién?

—¡No lo sé, Mike! —digo mostrando interés. John me pasa su whisky. Doy un sorbo.

—¡Los Beatles, coño! —dice Mike, exultante—. Si se muere JFK, Estados Unidos se queda sin héroe y, cuatro semanas más tarde, aparecen los cuatro melenudos esos y triunfan. ¡Piénsalo! ¡Ellos mismos se delatan! Todas esas sacudidas de cabeza... ¿a qué te recuerdan? A alguien a quien le vuelan la tapa de los sesos. Igual que su víctima. ¿Y qué dicen mientras sacuden la cabeza? «*Yeah, yeah, yeah.*» ¡Es una confesión! ¡Lo mataron ellos!

Suena a teoría que Mike se inventó un buen día, para bromear, y que, tras contarla durante años, mezclada con las drogas, se ha calcificado y se ha transformado en algo que Mike se cree. Porque es muy corto.

—Es un planteamiento interesante —le digo tratando de parecer positiva. John me levanta un poco y me cambia de postura para ponernos más cómodos.

—¡Alehop! —dice alegremente.

Al ver eso, a Mike le brillan los ojos. Aún me recuerda más a una rata.

—¿Has podido? —le pregunta a John y a mí me ignora como si fuese una niña sordomuda o la muñeca de un ventrílocuo.

—¿Cómo? —dice John, atontado por el alcohol.

—Pues eso. Si se la has metido.

John y yo nos damos cuenta al mismo tiempo de que lo que le ha preguntado Mike es si ha podido meterme la polla dentro mientras yo estaba sentada en su regazo.

Todavía no he tenido tiempo de reaccionar cuando John se levanta, me abraza por la cintura y dice dirigiéndose a todos y tirando de mí ya hacia la puerta:

—¡Tenemos que irnos!

—¡Eso, al callejón de atrás! ¡Es el mejor sitio! —le grita Mike con complicidad—. ¡Déjamela calentita!

—Perdóname un momento, Dutch —me dice John en voz baja. Se da la vuelta, va hacia Mike, le acerca mucho la cara (Mike sigue sonriendo como un gilipollas) y le dice—: Mira, amigo. Si alguna vez vuelvo a oírte decir algo parecido sobre esta chica o sobre cualquier otra, te vas a pasar el resto de la vida meando por una pajita.

Vuelve a mi lado y me saca del bar.

Al salir de golpe a la oscuridad y al aire fresco, hay un cambio de humor repentino. De repente no sé qué decir.

—Lo siento mucho —digo al cabo de un minuto, porque es lo que las chicas decimos automáticamente cuando nos pasa algo desagradable.

John me sujeta los brazos y me mira a los ojos.

—No pienso permitir que nadie te hable así, tesoro —dice con firmeza—. Si alguien vuelve a hablarte así, quédate con su nombre. Me lo cargo.

—No sé si tendrías tiempo. Hay montones de noches como esta —le digo. Pretendía ser un comentario desenfadado, pero suena muy triste. John me levanta la barbilla.

—¿Estás bien, pequeña? —me pregunta, preocupado.

—Sí, sí. —¿Por qué malogro este momento? ¡Este momento tendría que ser fabuloso! Sacudo la cabeza y cambio de tema—: ¡Esta semana ha salido mi primera columna en *The Face*! ¡Ya soy columnista de la prensa nacional!

—¡Joder, ahora ya eres una experta! —Me coge en brazos y se pone a dar vueltas, luego me deja en el suelo y me da un beso—. ¡Esto hay que celebrarlo! ¡Con champán!

Se pone delante de un cajero automático que tenemos al lado y teclea su clave.

—¡No! ¡Con champán, no! Dolly, ¿has probado el martini? Mira, funciona así: le prende fuego al mañana y hace que la noche sea espectacular. Ahuyenta a los vigilantes de la mente. Es, sin ninguna duda, el camino más rápido para llegar a la cárcel. Te lo recomiendo encarecidamente.

Y de pronto se queda callado contemplando la pantalla del cajero.

—¿Qué pasa? —le pregunto, porque se ha quedado muy pálido.

—Mira —me dice en voz baja.

Me acerco y miro la pantalla. Leo lo que pone con pequeñas letras verdes sobre el fondo negro: «Saldo disponible: £1.203.833,00.»

18

Si hasta ese momento John estaba borracho (y estaba *muy* borracho), a partir de ahí, más o menos en una hora, prácticamente se evapora. Cuando Zee, un poco desconcertado, sale del bar para ver adónde hemos ido, encuentra a John llevándome a caballito por la calle y gritando «¡ESTOY FORRADO! ¡GASTÉMONOS LA PASTA! ¡RÁPIDO!» mientras busca desesperadamente algún local abierto en Charing Cross Road donde comprar algo a las siete de la tarde (una calle donde no hay muchas tiendas, aparte de las librerías de viejo).

—Pero ¿qué quieres comprar? —le pregunto yo, agarrada a sus hombros.

—¡LO QUE SEA! ¡CUALQUIER COSA! ¡SOY EL REY MIDAS!

Entra en el WHSmiths y coge un Toblerone gigante, una calculadora («¡¡¡Para calcular lo PODRIDO DE PASTA QUE ESTOY!!!»), un estuche de cintas VHS de *Seinfeld* y una botella de dos litros de Fanta.

—Un millonario ha de tener cosas —dice mientras paga, antes de salir volando de la tienda y entrar por la puerta de atrás del Astoria.

En el camerino (antes de nada, se cascó un trago), va a mear y deja la puerta del lavabo abierta y grita:

—¡Escuchad el sonido de mi orina millonaria!

—Acuérdate de lavarte las manos —le digo, remilgada, y él mete una mano en cada uno de los dos secadores de manos disponibles y se queda plantado con las piernas abiertas, como Enrique VIII secándose las manos en sendos secadores de manos y gritando: «¡MIRAD! ¡SOY COMO UN DIOS!»

Estoy sirviéndole un vaso de whisky a John, a petición suya (bueno, a petición suya no: él me ha pedido que le sirva whisky en mi zapato, pero yo he optado por la opción más prosaica del vaso), y pegándole cariñosamente en el brazo cuando aparece Andy Wolf, el nuevo relaciones públicas de John.

—¿Podemos hablar un momento? —me dice Wolf antes de hacerme señas con la mano indicándome que salga al pasillo. Siempre está malhumorado. Parece de esa gente que siempre le encuentra pegas a todo.

—¿Qué pasa? —digo cerrando la puerta del camerino. El chasquido de la cerradura activa un resorte latente y Andy se enfurece.

—¿Qué coño haces emborrachando a mi artista? —me susurra.

—¿Cómo?

—Sale al escenario dentro de media hora y está tan pedo que no se aguanta de pie.

Me quedo tan sorprendida que no sé qué contestarle.

—Mira, voy a darte un consejo, nena —continúa—. Si quieres quedarte en la industria, no te dediques a ir a los camerinos a emborrachar a los artistas, jugar con ellos y hacerte la triunfadora, ¿vale?

—Es que... somos amigos. Solo bromeábamos. Siempre lo hacemos.

—Ya, pero estoy seguro de que, como eres amiga suya, no quieres complicarle más las cosas —dice Andy—. Está trabajando. Si quieres jugar a las peleas con él para que te hagan caso, puedes hacerlo en el taxi cuando vuelvas a casa con él.

Joder. Lo dice con un desprecio tremendo, dando por hecho que no voy a volver a casa en un taxi con John y que no lo conozco tan bien como creo e insinuando también que soy una putilla. Me pongo colorada. Me siento como una niña problemática que pone las cosas difíciles a los adultos.

John asoma la cabeza por la puerta y se da un golpe contra una de las jambas.

—¡Mierda! —dice—. ¡Maldita puerta!

—John, voy a prepararte un café bien cargado —dice Andy y, después de lanzarme una mirada de odio, entra en el camerino.

—Sí, y yo me marcho —digo, obediente.

John sale al pasillo y cierra la puerta.

—¿Te marchas? —dice, sonriente pero desconcertado.

Estoy a punto de contarle lo de Andy, pero al final decido callarme. Al fin y al cabo, John está a punto de salir al escenario. Y, con solo diecinueve años, ya tengo interiorizado que a las mujeres nos corresponde tragarnos las groserías que nos sueltan los tíos capullos. Si dejásemos de hacerlo, si revelásemos cuánta grosería tenemos que soportar, a los tíos que no son unos capullos les provocaría tristeza y ansiedad pensar en nosotras y, entonces, en el mundo solo habría tíos capullos y tíos tristes y nada sería divertido. Solo tardas unos segundos en tragarte tu infelicidad y dejar que el mundo siga siendo un lugar más alegre. ¡Apenas requiere esfuerzo!

—Quiero asegurarme de que consigo un buen sitio en primera fila —digo.

—Pero nos vemos luego, ¿vale? —se apresura a decir Kite cogiéndome las manos—. Tenemos que celebrar que soy más rico que Dios.

—Ya sabes que yo no me pierdo una fiesta ni loca —le digo.

—No. No será una fiesta. Estoy harto de fiestas. Solos tú y yo. Vámonos a algún sitio tranquilo y hablemos hasta el amanecer.

Se queda mirándome, borracho y tierno.

—Te he echado de menos —me dice—. Mucho.

—Yo también te he echado de menos.

Se inclina hacia delante y, por segunda vez en mi vida, me besa en los labios. Es un beso de despedida, pero también es algo más; la boca cerrada, el corazón abierto; un beso que transforma por completo el pasillo y lo convierte en el sitio más importante del mundo, mejor que el Taj Mahal o que... cualquier otro monumento construido por amor que se me ocurra.

—Toco catorce temazos seguidos y soy todo tuyo —me dice.

El concierto empieza bien. Me encuentro a Suzanne en los lavabos: ella sale de un cubículo, borracha, y, como va riéndose a carcajadas, deduzco que estaba allí dentro con alguna amiga.

—No —me dice cuando miro dentro y veo que el cubículo está vacío—. Es que me estaba

acordando de lo divertido que es el sombrero de Ian Astbury.

Cogemos bebidas y le enseñamos nuestros pases de backstage al técnico de sonido para que nos deje subir a su pequeña tarima y ver todo el concierto desde allí. John sale al escenario y estalla una fuerte ovación. Todos estiran el cuello para ver qué pinta tiene: expansivo, con su traje andrajoso, el pelo sudado y pegado a la frente ya antes de empezar. Abre los brazos como si fuese un oso bonachón o como si confesara la cantidad de alcohol que ha ingerido.

—¡Buenas noches! Resulta que, sin querer, me he emborrachado. ¿A alguien más le ha pasado? El público aplaude. Suzanne y yo alzamos nuestros vasos.

John empieza a colgarse la guitarra.

—Pero, por suerte, me he dado cuenta de que, con los años, mis manos son como el caballo del héroe de las películas: saben volver a casa solas. Vamos a ver si esta noche encuentran el camino. ¡Arre, manos!

Toca los primeros acordes de «Count to Ten». El público aplaude y, feliz, John se mira las manos.

—¡Muy bien! —grita antes de empezar a cantar—. ¡Muy bien!

La primera mitad del concierto es una gozada: John va tocando los temas del nuevo álbum y, entre canción y canción, como es su costumbre, hace monólogos humorísticos.

—¡Míralo! —le digo a Suzanne. John acaba de conseguir que todo el público haga una ola mexicana coincidiendo con la primera frase de una canción—. Es el mejor.

Suzanne se vuelve y me mira.

—¿Te gusta?

—No —le contesto, roja como un tomate. Suzanne me mira de reojo. Sí, estoy segura de que me ha calado.

Termina la canción.

—Os podéis aplaudir a vosotros mismos por esa estupenda ola mexicana —dice John—. En México siempre tenemos muchos problemas para hacer la ola mexicana, porque no sabemos cómo llamarla. Acaba saludando todo el mundo con la mano. Lo que tampoco está mal. Me recuerda a «Hands Across The Water» y demás. En fin, ha llegado el momento del giro emocional —continúa antes de volver a afinar la guitarra—. Esta canción trata de la muerte de mi madre.

Como John ha estado muy jocosos toda la noche y como es un comentario muy inesperado, un grupito de chicas que están en las primeras filas se echan a reír. Inmediatamente, un grupito de chicos un poco mayores que ellas las abuchean.

—Eh, no —dice John dirigiéndose a ellos—. Nada de abuchear. Hay gente que no conoce mis canciones más antiguas, mi trágica historia de fondo, pero no pasa nada. Me gusta hacer nuevos amigos. Aquí todo el mundo es bienvenido. Hola, chicas. Vosotras debíais de tener... diez años cuando compuse esta canción. No sabéis nada de mi atormentado pasado. Tenéis la suerte de desconocer los conflictos que sufrí en mi periodo de formación.

John bebe un trago de whisky, toca otro acorde, mira a las chicas de la primera fila y se interrumpe.

—Hmmm. No sé, igual la canción sobre mi difunta madre nos deprime demasiado —reflexiona—. ¿Y si dejamos los fantasmas del pasado fuera del escenario, de momento, y tocamos un temazo? ¿Una canción nueva? ¿Un exitazo, según *Top of the Pops*? ¿Os apetece bailar, chicas?

Las chicas gritan de alegría. John les hace una señal con los pulgares pero, desde el fondo,

alguien grita, muy fuerte: «¡JUDAS!»

El público no entiende qué pasa. Unos abuchean al que ha gritado «¡JUDAS!»; otros ríen y los apaciguadores natos que hay entre el público se ponen a aplaudir para intentar calmar las cosas. Las chicas de la primera fila, entretanto, esperan a que haya una pausa y, entonces, chillan:

—¡TE QUEREMOS, JOHN! ¡TE AMAMOS!

El que ha gritado «Judas» responde: «¡TE QUEREMOS... CUANDO TOCAS ALGO BUENO!»

Entonces el público empieza a dividirse en fans nuevos y antiguos. Tipos indie de cierta edad y chicas adolescentes.

John, borracho como está e incapaz de distinguir quién grita qué, está confundido.

—Vaya —dice mirando su guitarra—. Por lo visto, esta noche el público no se pone de acuerdo en lo que quiere. ¿Vosotras qué queréis tocar, manos?

Sus manos permanecen quietas un momento, pensando, y entonces tocan la intro de su primer single, «Wine Teeth». Enardecidos, los fans más veteranos se ponen a gritar. John levanta la cabeza, sonrío y pisa con fuerza el pedal de sonido, provocando una potente retroalimentación.

Yo sé qué está haciendo John: demasiado borracho para pensar, ha recurrido al ruido: es una Reina de las Nieves conjurando la ventisca para detener una batalla. Toca la versión larga y, luego, sin interrupción, empieza a tocar otra canción de las antiguas, muy ruidosa, «Castling», sin levantar la cabeza y moviendo las manos a toda velocidad.

Cuando termina la canción (la retroalimentación se prolonga y recuerda al ruido del motor de un avión que sigue rugiendo después de estrellarse en el mar y hundirse poco a poco), enciende un cigarrillo, bebe otro trago de whisky y empieza, en tono relajado:

—No sé si alguno de los que estáis aquí habrá visto el *D&ME* de hace un par de semanas.

—Oh, no. No, no, no. No lo hagas —murmura Suzanne. El público se pone a silbar cuando oye que John menciona a *D&ME*.

—Hablaban de mi nuevo público —continúa, frotándose la frente como para hacer que le llegue la sangre—. Presentaban una visión bastante... cáustica de mi carrera e insinuaban que me he «vendido». A ver... Dejando a un lado el dato de que las entradas de este concierto se han agotado, ¿vosotros creéis que me he vendido? —le pregunta al público.

—¡NO! — responde la gente.

—Ay, Tony Rich. Qué pena que no estés aquí esta noche, porque estoy tocando todas tus canciones favoritas. Las viejas canciones —continúa John, que sigue fumando—. Viejas canciones y chicas jóvenes. Lo que a ti te gusta, según tengo entendido. Este repertorio y la primera fila de este público son tu idea del paraíso.

—¡Se refiere a mí! —le digo a Suzanne, emocionada—. ¡Se refiere a mi relación sexual inapropiada y seguramente abusiva!

—Estoy orgullosa de ti, chica —dice, perpleja, Suzanne.

—La verdad es que esta noche ha sido muy rara —continúa John, apoyado en el micro—. Somos todos amigos, así que puedo compartir esta noticia con vosotros: esta noche he metido mi tarjeta en el cajero automático, he mirado mi saldo y me he enterado de que ahora soy millonario. ¡MILLONARIO! Creo que eso se merece un brindis. Invito a una copa a toda la primera fila.

Coge su botella de whisky, va hasta el borde del escenario, se arrodilla y empieza a verter whisky en los vasos de la gente. El público aplaude. Una chica muy joven le tiende su vaso.

—Lo siento, pero voy a tener que pedirte el carné —dice John.

Risas. Luego dice:

—¡Qué coño! Cuando yo tenía tu edad, también bebía en los conciertos. —Y le llena el vaso. Más aplausos y vítores—. Bueno, tengo que admitir que esta noche me he pillado una buena curda —añade—. ¿Queréis pillaros una curda conmigo?

—¡SÍ!

—¡PUES VAMOS ALLÁ, MALDITOS!

Toca los cuatro primeros acordes de «Everyone's Wrong Except You», que el público recibe con gran júbilo, ¡el temazo!, y a continuación toca una vieja cara B. Eso es justo lo que no quería una gran parte del público. Hay cierto revuelo, seguido del lento pero notorio éxodo hacia el bar y los lavabos. El concierto estaba funcionando, pero de repente todo se va al carajo. Ya no hay buena onda.

—Joder, se lo está cargando —dice Suzanne, horrorizada y, al mismo tiempo, admirada—. Pero ¿qué hace? Solo toca los temas viejos. Está tocando... un repertorio dedicado a Tony Rich. Esto no tiene ningún sentido.

Miro a John, que se tambalea por el escenario, cabizbajo, sin darse cuenta de que la mitad del público ha desaparecido ni de que está echando a perder una partida que tenía ganada.

—Jo, necesita que alguien intervenga —dice Suzanne—. Necesita una Charla Bono.

—¿Qué demonios es una Charla Bono?

En los noventa, todos queríamos una Charla Bono: Bono dejaba un momento aparcados los temas relacionados con la música, repartía unas cuantas verdades fundamentales y transformadoras y se largaba en un Trabant.

—Si yo conociese a Bono —continúa—, lo llamaría por teléfono y le diría: «¿Puedes ponerte las gafas de sol nocturnas y acercarte un momento al Soho? Aquí hay alguien que te necesita.»

John termina la canción y mira al público. La gente le aplaude, pero los aplausos suenan raros. No me explico cómo es posible que unas simples palmadas suenen tan diferentes, si solo son palmadas, pero estos aplausos suenan... a compasión. A pena.

—No lo soporto más —dice Suzanne bajando ya de la tarima de la mesa de mezclas—. Esto es una especie de suicidio profesional. —La sigo.

—Luego hablaré con él —digo, camino de los lavabos—. Es que ha tenido un año complicado.

Siento que debo proteger a John.

—Creo que solo necesita un poco de tiempo para procesar todo.

—No me jodas, yo podría procesarlo en menos de un minuto —dice Suzanne, exaltada—. «Vaya, tengo mogollón de fans nuevos, estoy en las listas de éxitos y ahora soy millonaria. ¡Toma ya!» Hala, procesado. Sigo tocando los temazos.

—Es que él no funciona así —trato de explicarle—. Tú quieres ser famosa. Él nunca ha querido ser famoso.

—Y un cuerno —dice Suzanne—. Todo el mundo quiere ser famoso.

—Creo que John no, en serio. Para él, la fama solo es... un subproducto de su trabajo.

—¡Exacto! —dice Suzanne, furiosa—. Es un trabajo y hay que tratarlo como tal. Hay que esforzarse y luchar.

Me sorprende que esté tan cabreada.

—Esto es... lamentable —continúa Suzanne, vehemente—. Es ser un desagradecido. Yo nunca desaprovecharía una oportunidad así. ¡Jamás!

Pienso en Zee, que está histérico porque Suzanne no se presenta a las sesiones de grabación y que ha tenido que rehipotecar la casa de sus padres... Pero no digo nada.

19

Nos quedamos en los lavabos hasta que termina el concierto y luego vamos a la fiesta posconcierto. Es evidente que John necesita hablar con alguien, pero yo no quiero volver a su camerino para que Andy Wolf se pase conmigo. Prefiero esperar en la fiesta hasta que llegue John. ¿Qué puede pasar, aparte de que pille una curda? Pero es lo malo de ser amiga de alguien famoso: tienen que hablar con tanta gente antes de llegar hasta ti que, cuando por fin aparecen, tú ya estás completamente borracha.

Suzanne y yo estamos ocupadas haciendo todo eso que se hace en una fiesta posconcierto (fumar, hablar por los codos, esperar a que llegue John); de pronto, miro hacia la barra, le doy con el codo a mi amiga y digo:

—¡Mira! ¡Soy yo hace un mes!

Allí está Jerry Sharp, con cara de mala hostia, como siempre, esperando a que le sirvan. ¡No tenía ni idea de que fuese fan de John Kite! Va con una chica con la cara redonda, piercing en la nariz y minifalda. No puede tener más de diecisiete años.

Jerry está muy pegado a ella, con actitud posesiva, y ella lo mira como si pensara: «¡Creo que esta noche voy a acabar follando con este cómico famoso! ¡Uau!»

—¡A mí me engatusó en una fiesta posconcierto! ¡Eso es exactamente lo mismo que me pasó a mí! ¡Es como si *Crimewatch* estuviese recreando el incidente! —le digo a Suzanne—. ¡Menudo flashback! A ver si, al final, sale Nick Ross y dice: «Que duermas bien y no tengas pesadillas.»

—Vamos a observar su técnica de seducción desde lejos y a criticarla —dice Suzanne, risueña, antes de dar un sorbo de su vodka con zumo de arándanos.

Observamos un rato el partido de pimpón de la seducción. Él dice algo y ella devuelve tirando un globo. Él se le acerca más.

—Ahora el depredador ha acorralado a su presa —dice Suzanne imitando la voz de David Attenborough, mientras Jerry enciende un cigarrillo y echa el humo por encima de la cabeza de la chica.

Resulta extraño observar a alguien que no hace mucho ligó contigo ligando con otra persona. Cuando me estaba pasando a mí (cuando Jerry me miraba a los ojos y hablaba conmigo, en una fiesta igual que esta), tenía la impresión de que estábamos improvisando una magia sexual única, como si fuésemos unos lujuriosos genios del jazz. Como si fuésemos los primeros en ser tan sexys y tan increíbles.

Sin embargo, la misma escena, vista desde unos cinco metros y sin poder oír el diálogo, parece mucho más... insulsa. Más obvia. Jerry y su amiga solo son dos borrachos que van calientes e interpretan una escena que ya se ha representado un millón de veces. Desde lejos, el

brillo trémulo y dorado de la lujuria se convierte en deslustrada hojalata.

Aun así, contemplar la escena es entretenido y Suzanne y yo aportamos los diálogos de nuestra propia cosecha, hasta que Jerry le dice algo a la chica y ella parece incómoda y tira de su falda como si quisiera taparse los muslos. Jerry se ríe y, entonces (ella todavía está cortada), se inclina hacia ella y le toca la cara. La chica parece confusa.

Ese pequeño detalle me produce una profunda desazón. Me acuerdo de una cosa.

—Me juego algo a que acaba de decirle que tiene los muslos gordos —digo—. A mí me lo dijo. «Me encantan las chicas robustas que llevan ropa que no les sienta bien.»

—¡Uf! —dice Suzanne.

—Luego me dijo: «Lo bueno es que esa falda tan incómoda estará en el suelo dentro de poco. Solo falta decidir si en tu suelo o en el mío.»

—¿Crees que, después de ese vilipendio táctico, se aprovechará de la merma de seguridad en sí misma de la chica para intentar practicar sexo anal con ella? —me pregunta Suzanne.

—¿Fue eso lo que te hizo a ti?

—Sí. Yo le dije que parara. Le dije: «Si mi clítoris estuviese ahí arriba, ya me habría enterado.»

—¡Ja, ja! ¿Sabes qué hice yo? —digo, exaltada. Estoy tan borracha que, de repente, me apetece mogollón contarle. Se me antoja el mejor chiste que jamás podría contar. ¡A Suzanne le va a encantar!—. Bueno, ya sabes lo horrible que fue la primera vez, ¿no? —le digo—. Pues bien, el mes pasado volví a encontrármelo. ¡Y me acosté con él!

Abro las manos con las palmas hacia arriba para enfatizar la noticia.

—¿CÓMO? —exclama Suzanne.

—¡Ya lo sé! ¡Absurdo! Pero Michael Stipe creyó que éramos pareja y... no quise decepcionar a Michael Stipe.

—¿Y? —dice Suzanne, lo que en realidad quiere decir: «Venga, léeme toda la entrada de la enciclopedia sobre ese polvo sin ninguna duda funesto.»

Me preparo para articular las palabras. Por primera vez.

—Bueno, nos besamos un poco y luego... él empezó a grabarlo.

Confiaba en que el hecho de decirlo en voz alta lo convertiría, por arte de magia, en una anécdota divertida.

—¿Que te grabó? ¿Follando?

Digo que sí con la cabeza.

La cara de Suzanne me deja muy claro que esto no es ninguna anécdota divertida.

—Oh, no. Es horrible —dice Suzanne—. ¿Hiciste porno con él? ¿Y tú querías?

De pronto me sorprende comprobar que me tiemblan un poco los labios. Decirlo en voz alta ha hecho que todo sonara mucho más cutre de lo que yo creía, de lo que yo he creído durante meses. Me ha hecho parecer muy... insignificante. Una mierdecilla insignificante. Suzanne me abraza.

—Me temo que mi debut no fue el de una actriz revelación de gran talento —digo procurando parecer animada—. Dudo mucho que se considere el nacimiento de una estrella, como en el caso, por ejemplo, del cameo de Debbie Reynolds en *Tres palabritas*.

Suzanne suspira.

—Creo que hubo un momento en que... sorprendida por un ángulo de pene... mugi, Suzanne. Me grabó mugiendo mientras follábamos.

—¿No se te ocurrió decirle que apagara la cámara?

—¡Es que no quería aplastar su creatividad! Además, ¿cómo vas a saber si te mola que te graben, si no lo pruebas? Yo, de entrada, no me opongo a nada, Suzanne. Me opongo a la gente que se opone a todo de entrada, precisamente.

Nos quedamos un rato observando a Jerry y a la chica.

—Supongo que, en el futuro, seremos amigas de esa chica —digo al cabo de un rato, sin dejar de mirar con lástima a la nueva enamorada de Jerry—. La próxima vez que nos la encontremos, acabaremos chismorreando con ella sobre Jerry en los lavabos. Comparando nuestros polvos chungos.

—No, esa no tendrá su polvo chungo —dice Suzanne, muy decidida.

Jerry ha ido a los lavabos y ha dejado a su amiga sola y Suzanne me coge la mano, tira de mí y vamos hacia donde está ella.

—¿Qué haces? —le pregunto, asustada.

—Voy a darle cierta información relevante —dice Suzanne.

—¡Suzanne, no! No, por favor. Estoy demasiado borracha, no quiero armar un follón. No es asunto nuestro. Además, seguro que tengo un recuerdo distorsionado de lo que pasó.

Esto no me gusta nada. Tengo la sensación de pánico que tenías en el patio del recreo, de pequeña, cuando de repente aparecían los profesores y comprendías que te habías metido en un buen lío.

Me retuerzo para soltarme, pero Suzanne tira de mí, literalmente, hacia la chica.

—¡Hola! —la saluda Suzanne, y la chica nos mira con recelo—. ¿Podemos hablar un momentito?

—Yo he venido contra mi voluntad, solo para decirte «¡Hola!» —aclaro.

—Hola —dice la chica. Suzanne le tiende la mano y la chica se la estrecha sin entender qué está pasando.

—Me llamo Suzanne y ella es Dolly y somos de la Liga Feminista Vengadora contra los Depredadores Sexuales —dice Suzanne—. Ofrecemos un servicio nuevo. Proporcionamos información sobre tipos chungos —continúa desenfadadamente—. Y a ti, ahora mismo, te está intentando camelar el Número Uno de la lista de tipos chungos. Jerry Sharp es un tipo chungo, sexualmente hablando.

—Yo, en cambio, sigo creyendo en la libertad total de elección. ¡Follas con quien te da la gana! —le digo intentando alejarme de allí.

—Las dos hemos tenido experiencias sexuales con el señor Sharp y lo único que hacemos es transmitirte los frutos de nuestras investigaciones, en nombre de la solidaridad entre hermanas —añade Suzanne—. Te aconsejamos que no te acuestes con ese tipo.

Veó que Jerry sale de los lavabos y vuelve al bar y estoy tan desesperada por huir de aquella situación que le doy una patada a Suzanne en la espinilla. Desgraciadamente, ella lleva botas de motero hasta la rodilla y no nota nada.

—Pretendía ver su propio programa de televisión mientras yo le hacía una mamada y grabó en vídeo a mi amiga, sin su permiso, durante el coito —sigue diciendo Suzanne, tan tranquila, mientras Jerry se acerca.

Jerry nos mira a las dos sin comprender nada y, entonces, nos reconoce (yo sigo tirando del brazo de Suzanne e intentando largarme de allí).

—Hola, Dolly —dice—. ¡Uau! Espera, ese sería un título estupendo para una película. Me rindo. Ya no hay escapatoria.

—¿Qué hacéis vosotras aquí? —pregunta Jerry con tono cordial.

—Dicen que eres un tipo chungo —interviene la chica—. No lo entiendo, la verdad.

—Todo se acaba sabiendo, Jerry —dice Suzanne arrastrando un poco las palabras, pero firme todavía—. Le estábamos explicando a esta chica de qué vas.

Jerry nos mira a las dos y entonces lo pillá.

Mira a su amiga.

—Lo siento mucho —dice—. ¿Has visto *Atracción fatal*?

Eso era lo peor que podía hacer.

—¡No te atrevas a compararnos con Glenn Close! —le grita Suzanne—. ¡No te atrevas a comparar esta situación con la de Glenn Close, puto Michael Douglas de mierda! Yo podría conceder una entrevista la semana que viene y contar toda esta puta historia.

—¿Y qué historia contarías? —dice Jerry, que sigue con ese tono frívolo—. ¿Que tu amiga y tú mantuvisteis relaciones sexuales estupendas y totalmente consentidas conmigo? ¡Menuda exclusiva! No creo que salga muy mal parado de esa historia. Venga, no me jodas.

—¿Le diste permiso para que te grabara, Dolly? —me pregunta Suzanne.

Me tiene fuertemente agarrada por la cintura.

—Uf, no lo sé. Creo que no. Bueno, nunca he querido que me grabasen. Pero no importa. Ya sabes, mi lema es «Agua pasada... no mueve molino».

—Creo recordar que Dolly estaba deseando acostarse conmigo —dice Jerry—. Se metió en el taxi de cabeza, ¿no es así, cielo?

—Pero no te pidió que la grabaras —insiste Suzanne.

—No, porque estaba demasiado ocupada gritando «¡Más fuerte, más!» —dice Jerry sin abandonar su cordialidad—. No paraba de decirlo, así que lo di por hecho.

Retrocedo, asqueada.

Hay una pausa.

—¿Estás disfrutando de la copa? —dice Suzanne señalando el vaso que Jerry tiene en la mano.

—Estaba disfrutándola más antes de que llegaraís vosotras, la verdad —replica Jerry sin alterarse.

Suzanne lo mira y le vacía su copa en la cara.

Le chorrea zumo de arándanos por el pelo. La gente que está a nuestro alrededor deja de hablar y se queda mirándonos. Se produce un silencio.

—¿Qué coño haces? —pregunta Jerry, aturdido.

—Bueno, como ya estás bebiendo —dice Suzanne—, he pensado que te gustaría que te echara una copa en la cara. No hace falta que te pida permiso. Se da por hecho.

Jerry permanece inmóvil un momento y, entonces, monta en cólera.

—¡Hija de la gran puta! —grita—. ¿A qué coño te crees que juegas? ¿Qué coño te has creído?

Se nos acerca un segurata.

—Esto es una metáfora del consentimiento, Jerry, ¡una puta metáfora del consentimiento! —grita Suzanne y el segurata le pone una mano en el brazo.

—Vámonos de aquí —le digo.

—Buena idea, querida —dice el segurata llevándonos ya hacia la puerta—. Fuera.

Me entra pánico. Yo quería ver a John. ¡He quedado aquí con John!

—¡No queremos irnos! —grito—. ¡Tenemos pases de backstage! ¡Hemos venido a la fiesta posconcierto! —Le enseño mi pase al segurata, pero él nos empuja hacia la puerta—. ¡No puedes echarnos! ¡Soy amiga de los músicos! —insisto mientras me retuerzo e intento soltarme.

—Estáis borrachas. No podéis consumir más alcohol —dice el segurata antes de quitarme el pase—. Lo dice la ley.

—Da igual, no me interesa esta fiesta de mierda —dice Suzanne, camino de la puerta.

—¡A mí sí! —digo yo pensando en John—. ¡Me interesa mucho!

—Estáis acabadas, zorras. ¡Daos por muertas! —dice Jerry antes de darse cuenta de que todo el mundo lo mira, instante en que trata de controlarse un poco—. Me cago en las ex, ¡ja, ja! —disimula—. Te tiras meses sin ver a ninguna y de repente aparecen dos a la vez.

Hay risitas nerviosas.

Mira a su amiga, pero ella ya no lo mira a él. Me mira a mí. De pronto se ha dado cuenta de algo.

—Espera un momento. ¿Tú no eres Dolly Wilde? —dice—. Escribiste un artículo en *The Face* en el que decías que las adolescentes deberían acostarse con famosos.

Mira a Jerry y luego me mira otra vez a mí.

—Sí, las adolescentes deberían acostarse con famosos —digo mientras el segurata nos arrastra hacia la puerta—. Totalmente de acuerdo. ¡Pero con él no!

Nos echan a la calle.

—¡Es más complicado de lo que parece, ya lo sé! —digo desde la escalera—. ¡Quizá tenga que escribir mil palabras más sobre el tema! ¡Busca en el próximo número y encontrarás la aclaración!

Lo último que veo es a la chica allí plantada, muy sola. Jerry la rodea con un brazo y nos mira con odio.

—Tengo la cinta —dice moviendo los labios y, al instante, sonrío. No me gusta nada su sonrisa.

Tardamos mucho en encontrar un taxi, porque, de lo mal que lo he pasado, vomito en una papelera y los taxistas procuran no coger a pasajeros que puedan vomitar en el asiento.

Cuando llego a casa, después de dejar a Suzanne en la suya (ella: «¿A que ha sido genial?»; yo: «Bueno...»), veo que tengo tres mensajes de John en el contestador automático.

El primero (de fondo se oye barullo de fiesta) dice: «¿Dónde estás, nena? Estoy en la fiesta posconcierto y no te encuentro. ¿No íbamos a emborracharnos juntos y hablar por los codos? Necesito desahogarme un poco.»

En el segundo arrastra mucho más las palabras: «Nena, no sé dónde estás. Estoy demasiado borracho para irme a casa. Vamos a ir al Groucho. Odio a todos estos gilipollas. ¿Por qué no estás aquí?»

En el tercero solo se oye reír a la gente y a John respirar y, luego, suspirar. «¿Dutch? ¿Dutch?», pregunta como desorientado antes de colgar.

TERCERA PARTE

20

A la mañana siguiente me despierto muy agobiada.

Me parece muy bien que Suzanne se enfrente a Jerry en un bar, sin cortarse ni un pelo, delante de toda la industria musical, pero mi problema es que no entiendo suficiente de sexo como para afirmar con absoluta certeza: «Lo que hizo Jerry estuvo mal.»

El sexo es tan misterioso (no sé, la mayor parte pasa dentro de ti, ¿no es flipante?) que ni sé si «un hombre grabando tu polvo de mierda» está mal. Solo he tenido relaciones sexuales seis veces y nunca he leído ninguna lista que incluya lo que se considera «normal» en el sexo. No existen pautas oficiales. No puedes buscarlo en la biblioteca, como suelo hacer con todos los demás aspectos de mi vida. A lo mejor resulta que todo el mundo echa polvos de mierda tipo Jerry y lo único que hago es revelar mi inexperiencia si protesto y me lamento diciendo: «¡Pues mira, no me moló nada lo que hiciste!»

No quiero decir que no me gustara follar con Jerry, porque quizá ese tipo de polvos sean como las aceitunas: primero te dan náuseas y no entiendes cómo puede ser que a la gente le gusten, pero, si sigues probándolas, al final lo entiendes. Se te recompensa por tu tenacidad ¡y te empieza a gustar grabarte cuando follas con Jerry! (o comer aceitunas). ¡Ahora eres una adulta sexualmente sofisticada, que huele a aceitunas y a atrevimiento sexual!

Eso es lo que yo quiero: ser una adulta sexualmente sofisticada que huele a aceitunas y a atrevimiento sexual.

Pero también quiero follar como a mí me guste. Y os aseguro que ese polvo no me gustó nada.

El gran problema con Jerry es que no consigo decidir cuál de las dos verdades posibles sobre nuestro polvo me jodería más:

- 1) que he sido sexualmente ingenua y me ha sorprendido algo que, al fin y al cabo, es perfectamente normal, o
- 2) que he sido víctima de un caso flagrante de abuso sexual.

No quiero ninguna de esas dos cosas, pero son mis únicas opciones y por eso me he propuesto olvidarlo todo.

Y ahora, en medio de toda esta confusión, Suzanne ha empezado una guerra y ha convertido mi vagina en un terreno de batalla feminista. Eso no tiene nada que ver con lo que yo había planeado para mi vagina. Siempre he aspirado a algo así como «un adorable espacio público, con aparcamiento limitado».

Toda esta situación me está angustiando mucho. Decido llamar a Suzanne y decirle que tenemos que disculparnos. Solo para calmar las cosas. Es lo correcto. No debes provocar una Guerra de Géneros nuclear en toda regla si te sientes un poco floja.

Marco y marco su número y el teléfono suena durante horas hasta que finalmente lo coge, lo deja caer y, antes de que yo pueda decir nada, grita: «Quienquiera que seas, que te jodan hasta el mediodía» con una voz muy ronca antes de colgar.

Aunque sea una respuesta típica de Suzanne (solo son las diez de la mañana), no me ayuda a remediar la ansiedad o la paranoia, así que llamo a Zee para tranquilizarme. Hablar con Zee es como comerse una agradable patata al horno. Es el carbohidrato humano.

—¿Qué tal? —le pregunto, sentada en la cama, algo pachucha.

—Un poco estresado —dice Zee—. Ahora mismo Suzanne tendría que estar en el estudio grabando las voces. Cada vez que la llamo, dice «Que te jodan hasta el mediodía» y cuelga. Hasta ahora, su silencio me ha costado doscientos setenta pavos. El sofá de mi madre, mira.

—¿Puedo pedirte un consejo? —le pregunto.

Le pongo al día sobre lo de anoche: sobre lo de Jerry y la chica y aquello de llamarlo perverso.

—Y ahora hay como muy mal rollo y creo que debería pedirle perdón a Jerry, para que todo vuelva a la normalidad.

—Y, exactamente, ¿por qué le pedirías perdón? —me pregunta Zee, confuso—. ¿Por darle un consejo a una víctima sexual en potencia?

—Dicho así, ¿suena tan razonable!

—Bueno, es que es razonable. Está permitido hablar, decirle cosas a la gente —dice Zee—. Puedes decir cómo te sientes. Puedes compartir tu conocimiento. Es una característica propia de los seres humanos.

—Pero es que se está armando un lío —me lamento—. No me gusta.

—A veces, sin necesidad de que hagas nada, solo por estar vivo, ya armas líos —me dice—. La vida ya es complicada. Mira, tengo que dejarte, tengo que hacerle de despertador a Suzanne. Cúdate. Llámame luego si estás preocupada, pero no le pidas perdón a Jerry.

Me paseo un rato por el piso pensando qué puedo hacer. Tengo la impresión de que todo está... mal. John, Suzanne, Zee, yo: nadie está en el lugar correcto. Estamos todos atascados. La vida empieza a pesar. Londres, la gran máquina tragaperras, se ha jodido. ¿Cómo podríamos arreglar todo esto?

Me preparo una bañera para la resaca y contemplo mis pechos flotando en el agua.

—¿Qué me aconsejáis que haga, tetas? —les pregunto.

Ellas siguen flotando, parecen un poco desconcertadas. Supongo que es porque normalmente no ven nada: están tapadas, dentro de mi sujetador, como aves de presa. ¡Deben de sorprenderse tanto cada vez que salen! Ya sea en la bañera o cuando me las soba un pavo. ¡Sorpresa!

—Algún día os contaré todo lo que pasa entremedias —les prometo—. En resumen, estoy yo sola escribiendo.

Mientras meneo perezosamente mis pechos y les prometo una vida mejor, me doy cuenta de que lo que necesitamos es ¡una fiesta! Una fiesta para todos los que estamos jodidos, porque seguro que, si reunimos a un grupo de personas con problemas, algunas ya relacionadas entre ellas o peleadas entre ellas, y las emborrachamos, las cosas mejorarán inmediatamente. Si la máquina

tragaperras se atasca, solo hay que... golpearla un poco. Dale un porrazo en un lado para que vuelva a funcionar. Una fiesta es eso: un porrazo en un lado de la máquina. Voy a darle un par de hostias.

21

Dos semanas más tarde, me pongo a limpiar mi apartamento de arriba abajo. La verdad es que últimamente parece un vertedero.

Esta mañana he tirado seis bolsas podridas a punto de explotar de la cocina. Me he dado cuenta de que algunas hasta han goteado un poco de jugo de basura por el suelo y, cuando las he levantado, he visto varias pandillas de gusanos flotando por ahí y nadando entre la porquería; aquello parecía la piscina de bichos de una pesadilla. Me he avergonzado de mí misma.

—Tu objetivo en la vida no era acabar teniendo una granja de gusanos, Johanna —me digo mientras los recojo con un trapo y los echo al jardín—. Tú puedes hacerlo mejor.

Decidida a mejorar, espero hasta que no pasa nadie por la calle, robo unos tulipanes del jardín del vecino y los pongo en una botella de leche encima de la mesa.

—¡Eleváis el espíritu y deleitáis la vista! —les digo mientras aspiro las seis toneladas de pelo de perra mohoso que recubren la alfombra.

Cuando he invitado a mis amigos a la fiesta, les he explicado que, por el carácter del colectivo y, fundamentalmente, porque estoy pelada, yo pondré el local y, a cambio, ellos tienen que traer alcohol (John), comida (Suzanne) y refrescos (Zee). *The Face* aún no me ha pagado y la semana pasada me cortaron la luz y tuve que ir a pagar con dinero en metálico a una oficina en la calle Bond para que volvieran a darme de alta.

Me llevé a la perra conmigo, pero le da pánico el metro e intentó bajar por la escalera mecánica de subida y luego no paraba de gimotear mientras yo hacía cola para pagar. No entiendo cómo puede ser que una gran compañía como la compañía eléctrica no disponga de una vía rápida para los consumidores y usuarios que son dueños de un perro. Teniendo en cuenta lo molesta que parecía la gente, sería lo mejor para todos, especialmente para los perros.

Pero volver a tener luz en el piso tuvo sus inconvenientes. Cuando no tenía luz, iluminaba el apartamento con velas y puse unas cuantas encima del televisor. Al tener luz de nuevo, me di cuenta de que la cera de las velas había goteado por detrás del televisor y se había colado dentro. Me di cuenta porque la tele explotó. Fue bastante dramático.

Hoy, mientras ordeno y preparo el salón, intento tirar el televisor destrozado en el contenedor de mis vecinos, pero está demasiado lleno y no cabe. ¿Cómo pueden ser tan vagos? ¡Vacíad vuestro contenedor, tíos!

Así que lo dejo en la acera, junto al contenedor. Poco a poco, voy resolviendo temas.

Zee es el primero en llegar. Era de esperar que así fuera. Trae una botella de Ribena, una de

Dandelion & Burdock y una de refresco de vainilla.

—¡Qué bueno todo! —digo—. Rápido, antes de que llegue Suzanne: ¿cómo va el álbum?

—Madre mía. Va a acabar conmigo —se lamenta Zee—. Dice que ha cambiado todo y ha empezado desde cero. El estrés me está provocando gingivitis. Se me concentra todo en las encías.

Nunca lo había visto tan afligido.

—Te voy a servir una copa para que recuperes las fuerzas —digo antes de verter el Dandelion & Burdock en una taza—. La necesitas. ¿Quieres empezar a fumar? Yo creo que ayuda.

—El cáncer de pulmón sería menos estresante que esto, desde luego —dice Zee con tristeza—. Me está volviendo loco. Yo creo que no entiende lo que significan las fechas de entrega. Ni el dinero. Da la impresión de que nada... la asusta. Nada. No sabe lo que es preocuparse por algo.

—Supongo que eso es lo bueno que tiene Suzanne —especulo sin mucha convicción.

Suena el timbre y voy a abrir.

Es Julia. Está plantada en el umbral con sus botas de agua y su impermeable amarillo y no parece que le apetezca mucho estar aquí.

—Suzanne me ha dicho que venga —dice al ver mi cara de desconcierto.

—¡Ah!

—No puedo dejar que se beba más de cinco copas y tengo que meterla en un taxi a medianoche —recita Julia con resquemor—. Ahora va de «profesional».

—Me alegro mucho de que hayas venido —digo con cordialidad.

—Me está poniendo de los nervios —continúa Julia—. En serio, que le den a todo. Yo estudié arquitectura. Podría dejar esto cuando me diera la gana.

Finalmente entra y mira alrededor buscando una copa.

—Lo siento mucho, la bebida aún no ha llegado —digo señalándole una silla para que se siente—. No creo que tarde mucho.

Julia ve a Zee.

—Ah, vale —dice—. Ahora lo entiendo. «Profesional», los cojones. Por eso quiere que la meta en un taxi a medianoche: porque está el jefe.

—Hola, Julia —la saluda Zee.

Julia suspira.

—¿Podemos ser sinceros? —dice Julia mientras se sirve un vaso de refresco de vainilla—. Ahora que estamos todos. Es una capulla, ¿no?

Vuelve a sonar el timbre.

—¿Es Suzanne? —pregunta Zee y Julia se ríe.

—Estás de broma, ¿no? —Le da una calada al cigarrillo—. Suzanne siempre llega tarde, ya lo sabéis. Mira, yo todavía estoy esperando a que se presente en una comida a la que la invité. Hace dos meses.

Es John. Lleva un abrigo de piel enorme y destrozado y en sus dedos brillan varios anillos de sello. Veo que en las dos últimas semanas ha engordado: tiene la cara un poco hinchada y está orondo y reluciente como una botella de champán Ruinart (hago esa comparación porque, de repente, saca seis botellas de Ruinart de su bolsa y las pone encima de la mesa; son preciosas: parecen un grupito de pequeños reyes). John ya está borracho. Era de esperar que así fuera. Y creo que también colocado. Veo el frío de la cocaína en sus ojos.

—¿Sabes lo fácil que es empezar a fundirse un millón de libras? —dice señalando la colección de botellas—. Fabulosamente fácil. Es lo más fácil que he hecho en mi vida. El dinero sale solo. ¡Vuela! La verdad es que es increíble.

Después de dejar las botellas encima de la mesa, me coge por la cintura y empieza a darme vueltas.

—Me alegro de verte, cariño. Me sentaré a tu lado, estoy en mi derecho —añade. Se quita el abrigo, se sienta, enciende un cigarrillo y estira un brazo por encima de la mesa, hacia Julia y Zee.

—Soy John —dice sonriéndoles—. Voy un poco colocado. Abro una botella, ¿vale?

El champán está tan delicioso y Zee, John y, después de una copa, Julia son tan majos que se nos olvida por completo que todavía tiene que llegar Suzanne, hasta que, una hora más tarde, oímos jaleo en el recibidor. Suena el timbre, pero poco y, luego, se oye un golpazo.

—¡Eh, ese... hombre! ¡No sé qué quiere! —La voz de Suzanne nos llega por la ranura del buzón.

Fuera, Suzanne está doblada por la cintura y sigue hablando por el buzón. Detrás de ella veo un taxi y a un taxista que parece bastante cabreado.

—Dinero, quiere dinero... —dice Suzanne. Julia pasa a mi lado, sale y va a pagar al taxista.

Suzanne me coge y me dice al oído:

—No me voy a emborrachar delante del jefe, ¿vale? Buena táctica. Chica lista, Suzanne, pero ya voy cargadita. —Se da unos toquecitos en la nariz.

Está rara, tensa. No sabría decir qué se ha tomado, supongo que un surtido de su cuenco de pastillas. Pero va muy arreglada, eso sí: lleva unas babuchas rojas puntiagudas, un mono de seda negro desabrochado que deja entrever un sujetador vaquero y sombra de color morado oscuro en los párpados. Como de costumbre, se diría que las prendas de ropa hubiesen ido corriendo hacia su cuerpo, gritando «¡Solo queremos vivir sobre ti! ¡Tú nos harás espectaculares!».

Si Suzanne supiera tocar la guitarra tan bien como llevar los pantalones, sería la Número Uno del mundo.

—¡Pues aquí estamos, para hacer el gamberro por todo lo alto! —grita cuando entra en el salón. Deja el maltrecho estuche de la guitarra en el sofá y abre los brazos—. ¡Como me habían pedido, me he encargado del *catering*!

Nos enseña una bolsa azul de plástico, la típica bolsa de licorería o de gasolinera. La cojo y pongo el contenido en la mesa.

—Un paquete de seis salchichas y ochenta Marlboro Lights —digo. Pese a mis mediocres aptitudes para lidiar con el trabajo doméstico, me sorprende—. ¿Y esto es «el *catering*»?

—Aquí hay cuatro personas, de manera que sale a salchicha y media por persona. Eso son cuatrocientas cincuenta calorías, la cantidad recomendada para una comida. Pero no creo que... —Suzanne abre un paquete de Marlboro y hace una pausa para encender un pitillo— tengamos tanta hambre. Vamos a fumar. ¡Esto es una fiesta! Estaremos demasiado ocupados hablando y no queremos usar la boca para comer.

Se vuelve hacia John.

—Y tú... ¡eres John Kite! —dice antes de acercarse a él, cogerle las manos, besárselas y hacer una reverencia.

—Casi siempre —responde John sin emocionarse.

—Te quiero, tío —dice Suzanne, tajante—, pero por otra parte... ¡te odio! ¡Te odio, joder!

Has conseguido un Número Uno antes que yo y eso me mata. ¡Eres un crack! ¡Me estás ganando!

—Bueno, tengo la ventaja de ser un hombre muy, muy viejo —dice John con mucha calma—. Tengo veintisiete años. ¿Y tú debes de tener...?

—Veinticinco —contesta Suzanne, demasiado rápido.

—Sí, en años de perro —dice Julia en voz baja; ha ido a la cocina a poner las salchichas al fuego y ha vuelto.

Estoy aprendiendo a toda velocidad qué pasa cuando juntas a varios artistas. Los artistas son seminómadas y semisalvajes. No saben comportarse en un ambiente doméstico.

Durante la primera hora, solo nos concentramos en beber champán. Suzanne las va contando: «Esta es la copa Número Uno, ¡solo quedan cuatro!» «Copa Número Dos, ¡a mí solo me quedan tres, que trabajo mañana por la mañana!», para que la oiga Zee.

Me doy cuenta de lo doloroso que esto resulta para Zee, de pronto convertido en el guardián de Suzanne, cuando en realidad lo que ha hecho ha sido regalarle cincuenta mil libras únicamente porque creyó en ella y en su música.

Hasta ahora, no me había dado cuenta de que eso es lo que son las pequeñas discográficas independientes: comerciantes de amor y de fe. ¡Menudo invento! Y Suzanne se está cagando en ese maravilloso invento.

Aun así, este no es mi mayor problema. Desde que los conozco, siempre he creído que, cuando reuniese a Suzanne y a John, se harían íntimos amigos. Eran las personas más potentes, vitales, divertidas y despreocupadas que conocía, de manera que parecía obvio que, en cuanto estuviésemos todos juntos, formaríamos una pandilla. Nunca he tenido una pandilla y la idea de formar, por fin, parte de un grupo parecía la solución a toda mi infelicidad y mis dudas. Tenía la certeza de que ya no volvería a estar triste en cuanto tuviese a mi lado a mi fraile Tuck, mi Potsie y mi Goose.

Al final, esa certeza resulta errónea.

Tras diez minutos en compañía de Suzanne, John me lleva a la cocina con la excusa de ir a buscar un cenicero, se bebe dos chupitos de whisky de un trago y me pregunta:

—¿Está tan loca como parece? ¿Se ha escapado de un psiquiátrico o de la cárcel? ¿O es que se ha dado un golpe en la cabeza hace poco?

Miro hacia el salón y veo que Suzanne lleva puesto el abrigo de piel de John. Está chafando pastillas en la mesa con el tacón de su zapato y espolvoreándolas en un porro, mientras recita un largo e ininterrumpido monólogo sobre cómo, de adolescente, se tiraba por las escaleras del WHSmith de su barrio: «Se creían que me había desmayado. Me llevaban a un despachito y me daban té, cigarrillos y ejemplares gratuitos de la revista *Vogue*. Era increíble.»

—¿Por qué lo hacías? —le pregunta Zee, preocupado.

—Para que me dieran té, cigarrillos y ejemplares gratuitos de la revista *Vogue* —contesta Suzanne con paciencia.

Hace dos semanas, cuando planeé esta reunión de jodidos, decidí que el tema de la fiesta sería un salón informal del siglo XIX. Empezaría la velada proponiendo temas de conversación controvertidos que darían pie a un intenso y edificante debate. Supuse que sería algo completamente normal.

Como ya he dicho, nunca había organizado ninguna fiesta.

Al ver que Suzanne se dispone a relatar otra anécdota («¿Terapia? Os voy a contar mi experiencia. Estaba tratándome el trastorno narcisista de la personalidad y llegué media hora tarde a la quinta sesión. Me distraje haciendo un test de *Cosmo*, “¿Estás muy obsesionada contigo misma?”...»), decido que ha llegado el momento de que dé comienzo la parte intelectual de la noche.

Como suele suceder, no es una buena elección.

Golpeo una taza con una cuchara («¡Atención, por favor! ¡Atención!») y formulo la primera pregunta: «Un tema facilito: ¿cuál es vuestra mayor ambición?»

La respuesta de Julia es «Dejar The Branks» y la de John, especialmente jocosa, «La ambición que hay en el fondo de todo hombre, cariño: cambiar el mundo por medio del arte y adelgazar doce kilos».

Zee ha empezado a explicar por qué encontraba tan atractiva la idea de montar una discográfica («Es como un sindicato. Pagas tu cuota, 1,99 libras por un sencillo, para que unos chicos como tú puedan hacer canciones sobre chicos como tú»), cuando Suzanne, personificando la idea de que, en realidad, no existen las conversaciones, sino solo personas que esperan a que otras dejen de hablar para poder soltar su perorata, da un palmetazo en la mesa.

—Pues yo creo que, como artista, tu trabajo es hacer el ridículo —dice Suzanne, hecha un saco de nervios—. Tienes que lanzarte. No has de tener miedo. Debes creer que eres un proyecto del futuro. «Esta vida no es más que el borrador de un borrador.» Eso es de *Moby Dick* —añade sin dirigirse a nadie en particular.

—Ya sé que es de *Moby Dick* —responde John con fastidio.

—«Los vientos contrarios están haciéndome un buen revoltillo en la barriga» —continúa Suzanne—. Un buen lema para la vida. También es de *Moby Dick*.

—Me alegro de que te hayas leído el libro —dice John—. Yo también me lo he leído. Ahora estoy pensando en él, pero lo hago en silencio.

—«No hay nada más fácil para un hombre que aparentar que esconde un gran secreto» —dispara Suzanne.

Yo no entiendo mucho de drogas, pero da la impresión de que Suzanne se ha tomado algo que te hace citar *Moby Dick* sin parar. Nunca había visto nada parecido.

—¿Siempre es así? —me pregunta John. Le digo que sí.

—Por cierto... —dice Suzanne antes de apoyarse en la mesa y darle unos golpecitos en el brazo. Le sonrío como si la noticia que está a punto de contar fuese tremenda—. Por cierto, he tomado una gran decisión: no me voy a enamorar de ti.

—Muy amable por tu parte —dice John. Es la primera vez que lo veo desconcertado durante una conversación.

—Sería demasiado obvio —continúa ella—. ¿Tú y yo? Demasiado Taylor y Burton. Quiero decir, estás bueno, de eso no cabe duda. Y en la cama fliparíamos, por supuesto. Pero nos tiraríamos el día discutiendo. *Nos parecemos demasiado*, tío. Y lo que yo necesito es un poco de paz. Así que te deseo lo mejor, pero... no.

Lo dice como si John le hubiese propuesto matrimonio y ella, sintiéndolo mucho, estuviese aplastando sus sueños.

—Gracias por descartarme con tanto cariño —dice John. Me coge la mano por debajo de la mesa y continúa—: Dime, Suzanne, ¿nunca te has planteado ir a rehabilitación? ¿A recibir

tratamiento para no hablar tanto de ti misma?

Suzanne ignora por completo ese comentario.

—John, me alegro de que tengamos esta oportunidad para hablar —replica. Adopta la pose de directora ejecutiva inconformista de empresa multinacional que está a punto de despedir a todos sus empleados—. Porque, voy a serte sincera: he aceptado la invitación a esta fiesta por una razón muy concreta.

Dios mío. Tengo la sensación de que esto no va a acabar bien.

—He venido aquí con una misión —continúa Suzanne—. Y te lo digo ahora porque no te lo va a decir ninguno de estos bordes, porque no quieren ser unos bordes.

—A mí no me importa ser borde —dice Julia—. Yo soy borde.

—Pero... John Kite: tienes que ponerte las pilas, tío.

Suzanne da un puñetazo en la mesa. Julia, con gesto ensayado, aparta las bebidas que Suzanne tiene a su alcance y las pone en el otro lado de la mesa.

—Perdón —dice John con fría formalidad—, pero ¿me ha parecido oír que alguien que lleva unos zapatos como los de Mr. Claypole me ha dicho que me ponga las pilas?

Todos miramos los zapatos de Suzanne. Es verdad que parecen salidos de *Rentaghost*. Suzanne no le hace ni caso.

—Tu último concierto... —dice Suzanne alzando gradualmente la voz—. ¿Qué te pasó? Mataste emocionalmente a las veinte primeras filas de fans. Hiciste que todas esas adolescentes se avergonzasen de haber ido. ¿Sabes qué? Si no quieres a esas fans, pásamelas a mí. Dame a esas chicas. ¡No las desperdicies! ¡No las trates así! Ya me las quedo yo. Yo sí tengo algo para ellas.

—¿Nada más? ¿Ya te has quedado contenta? —murmura John, con tono cordial pero con una mirada fría y tensa.

—Permíteme pronunciar el lema de todos los corazones: «Déjame enseñarte lo que tengo» —dice Suzanne cogiendo ya el estuche de su guitarra. Suzanne tiene la habilidad (que le es muy útil en la vida) de ignorar completamente a quienes se ríen de ella. Saca la guitarra del estuche y yo me pongo tensa: Suzanne es una persona genial en muchos aspectos, pero «tocar la guitarra estando sobria» no es uno de sus fuertes y tiemblo al imaginar de lo que es capaz en este estado.

—Recuerda, las cuerdas delante —murmura Julia.

John suspira, estira un brazo por encima de la mesa y se sirve whisky en una taza. Su expresión, ante el comienzo inminente de una canción, recuerda a la de un bebé que examina su segunda cucharada de puré de zanahoria con los labios apretados.

Sin embargo, cuando Suzanne empieza a cantar, lo que suena no tiene nada que ver con lo que toca normalmente. Su voz sigue pareciendo el aullido de un gato en un tejado, pero hay algo nuevo, un dolor sincero que va directo al corazón. Me hace pensar en algo que leí hace años, en la biblioteca, sobre la cerámica japonesa (ya me lo había leído todo, solo me faltaba leer la cerámica japonesa): arreglan las tazas y los cuencos rotos uniendo los fragmentos con metales preciosos y las rajadas se consideran bellas. La voz de Suzanne era así: algo roto y reparado con platino. Una red de cicatrices de oro.

—Y si Dios fuese una chica / no te enviaría a ti, / no te dejaría hacer las cosas que me haces —canta Suzanne, triste. De repente, Zee presta atención (optimista, anhelante) mientras que John asiente de mala gana.

Solo ha cantado la primera estrofa y el estribillo cuando se hace un lío con un acorde, le pega

un fuerte golpe a la guitarra y se interrumpe, riendo.

—Se llama «Dios es una chica» —dice antes de volver a dejar la guitarra—. Hemos pensado que podríamos poner violonchelos, ¿no?

Zee calcula mentalmente, hace una mueca de dolor y asiente.

—¿Como «She's Leaving Home»? —pregunta.

—Como «She's Leaving Home» —confirma Suzanne.

John se levanta y apoya las manos en la mesa.

—Suzanne —dice, oscilando ligeramente—. Puedes... puedes quedarte con mis chicas. Quédate con todas mis adolescentes. Todo el puto zoo. Son tuyas. Haz lo que quieras con ellas.

Suzanne hace una reverencia y John se vuelve a sentar (se deja caer y está a punto de no acertar y darse una hostia). John suda profusamente, parece Enrique VIII intentando abrir un tarro de mermelada. Una mermelada que le apetece mucho.

—Las cargaré en un puto camión y te las enviaré mañana mismo —continúa él—. Un camión de imbéciles. Con mis mejores deseos.

—¿Alguien quiere postre? —pregunto alegremente. Tengo una Comtessa en el congelador. Pensé que tal vez John necesitara comer un poco para despejarse.

—¡John no quiere engordar más! —dice él, cabreado—. ¡John tomará su sustitutivo de comida! —Pone una bolsa de coca en la mesa y empieza a preparar unas rayas—. Una en lugar del desayuno, otra a mediodía y, por la noche, una comida bien sana. ¡Vais a ver cómo caen los kilos!

A John siempre le ha gustado beber, siempre ha sido un alegre vikingo borracho, pero es la segunda vez que lo veo así: convertido en esa clase de borracho que empieza temprano y fuerte y que luego va bajando lentamente hacia la oscuridad. Antes bebía para hacer que el mundo fuese más grande, las noches más largas, las historias más jugosas. Bebía para volar.

Ahora parece que beba para ahogarse.

Cuando esnifa la primera raya, contiene un momento la respiración al tocarse la nariz. Siempre me ha intrigado la cara que pone la gente justo después de esnifar coca. Es como si se sorprendieran de lo que acaban de hacer. Como si, hasta el último segundo, hubiesen creído que no iban a hacerlo pero, al instante de hacerlo, se dan cuenta de que no, de que lo único que quieren es ponerse hasta arriba.

—¿Cariño? —John me ofrece el billete enrollado y señala la raya que hay en la mesa.

—No, gracias —digo, sonriente.

—Desperdiciar estas cosas está muy feo —dice Suzanne, que de repente ha aparecido a mi lado y aspira una raya como una experta. Se frota la nariz y vuelve a sentarse.

—Qué bien que no tomes cocaína, ¿sabes? Muy bien —dice encendiendo un cigarrillo—. Es uno de los productos menos éticos del planeta.

—Sí —coincide John—. No sirve de nada boicotear Nestlé si luego te pasas la noche metiéndote farlopa. No hay cocaína orgánica. No hay cooperativas sostenibles de lesbianas que cultiven buena mierda. Cualquiera que participe en el proceso de producción es un asesino.

Mientras da este breve discurso sobre la coca, va preparando dos tiritos más.

—Para empezar, Colombia está jodida. —Se apoya en la mesa, esnifa y se recuesta en la silla. Suzanne esnifa su raya—. Y ahora estoy puesto de una combinación de cocaína e hipocresía —dice John, desconcertado, encendiendo un cigarrillo.

Echo un vistazo a mi primera fiesta. Zee y Julia charlan junto al tocadiscos, separados por una

montaña de discos. Suzanne y John se gritan el uno al otro al ritmo acelerado de la cocaína. Todos parecen personajes de unos dibujos animados de Europa del Este.

Me doy cuenta de que estoy cansada de mi fiesta. La tristeza cansa y, esta noche, John me ha puesto triste. No es la borrachera, ni la cocaína: a estas alturas, casi toda Londres está borracha y hasta arriba de cocaína. Si tuviese que emitir un juicio moral sobre todos los borrachos y drogados, aunque solo fuese algo breve como «¡Oh! ¡Qué comportamiento tan decepcionante!», apenas tendría tiempo para decepcionarme a mí misma.

No. Es por lo que ha dicho antes sobre sus fans adolescentes. Su amor le importa tan poco que se las ha regalado a Suzanne. Como si fuesen una mercancía que pudiese meterse en una caja y regalarse, no personas que sus canciones han llenado de magia. Como si el amor que sienten esas chicas ya no fuese suyo, sino de John. Como si se hubiese desvinculado por completo de quienes lo sintieron.

Está claro que, cuando John miraba al público, solo veía una masa sólida, no a miles de chicas que llevaban meses esperando a que llegara aquel día, que habían cubierto las paredes de su cuarto de fotos suyas y que cantaban flojito sus canciones cuando caminaban de noche, con miedo, por calles oscuras. Chicas como yo.

Por eso estoy triste. Porque sé que tal vez no sea la típica adolescente (me encanta la música, conozco a mis ídolos, escribo sobre ello), pero aun así, esencialmente eso es lo que soy: una adolescente. Y si mi mejor amigo, que además es el hombre al que amo, es tan poco cuidadoso y tan desconsiderado con sus fans adolescentes, también está ignorando y le está faltando al respeto a mis hermanas y eso no puedo soportarlo. Mi máxima lealtad se la debo a las chicas como yo.

Esta noche, por primera vez, hago lo que estoy destinada a hacer en las próximas cien fiestas de mi vida: me tumbo en el sofá y finjo que me he quedado dormida mientras el jolgorio sigue a mi alrededor. Y, mientras estoy tumbada (con los ojos cerrados, escuchando a todo el mundo), pienso: «Puedo escribir, se me da bien. Escribiré algo tan bueno sobre las fans adolescentes que John se convertirá en mejor persona. Mi prosa le hará subir de categoría.»

22

Por supuesto, escribir algo tan bueno como para provocar la evolución moral espontánea de la estrella del pop alcohólica y cocainómana que amas lleva su tiempo.

Seis días más tarde, me levanto temprano, porque sigo trabajando en mi artículo, cuando recibo una llamada de Krissi. Son las siete de la mañana, una hora bastante inusual para recibir una llamada de Krissi. De hecho, las siete de la mañana es una hora inusual para recibir cualquier llamada.

—Creo que papá está viviendo conmigo —dice Krissi, antes de que yo haya podido decir ni «hola».

—¿Qué?

—Creo que papá está viviendo conmigo —repite—. Vino «de visita» hace dos semanas y aún no se ha ido. ¿Puedes pedirle que vaya a visitarte? Finge que tienes algún problema y que necesitas su ayuda. Que tienes que colgar una estantería o... que quieres que te hable sobre jazz.

—¿Y qué pasa si vuelve a instalarse aquí?

—Tú tienes más espacio que yo, tampoco sería tan grave. La verdad es que sería lo mejor para él.

—¿Me estás pidiendo que adopte a papá?

—Venga, Johanna, dame un respiro. Vivo en un piso compartido, esto no es justo para mis compañeros.

—¿Qué sacan de él?

—Eso es lo peor —dice Krissi, compungido—. Los pasea en su MG, les consigue maría y les cuenta batallitas como aquella de cuando coincidió en un lavabo con Jimi Hendrix. Mis compañeros de piso creen que es genial.

Puedo entender que, si no tienes ningún parentesco con él, pienses eso.

—Dile que necesitas que vuelva, Johanna. Te lo suplico —insiste Krissi—. No aguanto más. Ayer amenazó con colarse en una de mis clases y «amenizarla un poco». A una clase de análisis vectorial y modelos matemáticos. Estoy en la universidad, Johanna. No quiero ir a la universidad con mi padre.

Lo siento mucho por Krissi, de verdad, pero, con lo que me ha costado volver a sentarme en pelotas en el sofá sin sentirme incómoda, ni loca voy a dejar que mi padre vuelva aquí.

—Parece que allí se siente como en casa, ¿no? —digo—. Como cuando un gato callejero decide mudarse contigo. No querrás molestar al gato, ¿verdad?

—El gato me está molestando a mí, Johanna. No me maté a estudiar para aprobar el

bachillerato y las pruebas de acceso a la universidad para seguir viviendo con mi padre. No hace más que ver *Grand Prix* con el volumen a tope y bañarse sin prisa. Ayer se pasó una hora en la bañera. Tuve que mear en un jarro y tirarlo por la ventana. Estoy empezando a vivir la vida de un ciudadano medieval. Necesito quitármelo de encima.

—Krissi, me encantaría poder ayudarte —digo con la vista fija en la pantalla de mi ordenador—, pero, primero, no puedo, segundo, es muy divertido, y tercero, por lo menos no es mamá.

—Eso es lo único que me consuela —comenta Krissi antes de colgar.

Eso pasó el 30 de enero. El 6 de febrero, Zee pregunta si podemos quedar en el pub y, aunque estoy a tope escribiendo el ensayo para John que se lo va a explicar todo y va a hacer de él una persona mejor, Zee parece tan estresado que, media hora después, estoy sentada en el Good Mixer, con la perra, mientras Zee intenta que el camarero le sirva un vaso de leche sin causar ningún conflicto internacional.

—Voy a ir directo al grano —dice Zee antes de sentarse—. The Branks aún van atrasadas con el álbum. La semana que viene vence el contrato de mi piso y, si no lo renuevo, me devuelven la fianza. Si le doy la fianza al estudio, puedo tenerlas allí hasta que acaben y contratar a un chelista, pero eso significa que me convierto en un sintecho.

—¿Y no puedes dormir en la oficina? —pregunto.

—Cielo, tuve que dejar la oficina cuando Suzanne quemó las primeras demos.

—Ya. —Me sabe fatal no haber estado al tanto de sus movidas, pero también es verdad que Zee tiene que aprender a entrar en los sitios gritando «¡NO TE VAS A CREER LO QUE ME HA PASADO!», como hace la gente normal. La gente que espera a que le pregunten si su vida es una catástrofe lo tiene chungo, en serio—. Ya —repito y, entonces, caigo en la cuenta de que todo esto tiene fácil solución—. ¡Quédate en mi casa! —digo—. Tendrás que dormir en el sofá y la perra se te tumbará encima, pero te prometo que abriré una ventana cuando fume y los ratones son muy majos.

—Me sabe fatal pedírtelo —dice Zee; los dos estamos un poco incómodos y, al mismo tiempo, aliviados—, pero solo será hasta que salga el álbum. Y te puedo compensar por las molestias: puedo darte acciones de la discográfica.

Yo le dejaría quedarse sin pagar nada, pero la idea de tener acciones de algo es tan de adulto y tan emocionante que doy un chillido.

—Pero no se lo digas a Suzanne —dice Zee—. No quiero que se sienta aún más presionada. El primer single sale el mes que viene y quiero que esté a tope.

—Ah, pero ¿tiene algún otro modo? —pregunto—. Porque yo nunca la he visto en «modo reposo».

El día que Zee se instala en mi casa (la perra no para de ladrar mientras él entra cajas y más cajas de vinilos: «Lo siento mucho. Te prometo que me iré en cuanto me entre un poco de dinero», se disculpa) pasa algo terrible: *Melody Maker* publica en su sección de cotilleos la historia de la discusión entre Suzanne, Jerry y yo.

Lo sé porque Suzanne me llama y, después de tres minutos en los que solo dice «¡El muy cabrón! ¡El muy cabrón! ¡El muy cabrón!», empieza a contármelo, a pesar de que yo intento evitarlo chillando «¡No! ¡No me lo cuentes! ¡No quiero saberlo! ¡No puedo soportarlo!».

Aunque intento interrumpirla y detenerla, deduzco que la columnista de la sección de cotilleos se dirigió a Jerry para que comentase el incidente y lo que dijo él (y creí que se me iba a parar el corazón) fue lo siguiente: «La verdad siempre acaba saliendo a la luz. Y, por citar a Jack Nicholson (con quien, por cierto, comparto el haberme tirado a un montón de tías) en *Algunos hombres buenos*, no todo el mundo soporta la verdad.»

—¿Me está amenazando? —le pregunto a Suzanne, con un hilo de voz—. ¿Me está amenazando con decirle a todo el mundo que follamos y lo grabamos?

—¡SÍ! —grita ella—. ¡SÍ!

No me hace ninguna gracia que Jerry vaya por ahí hablando de nuestro polvo. Sospecho que no voy a salir bien parada de esta. Me agobio mogollón. Jerry podría describir públicamente mi vagina; si lo hace, me muero.

—Esto es chantaje puro y duro —continúa Suzanne—. Está intentando hacerte callar. Se ha cabreado porque hemos hablado con su nueva chati.

—Mierda —digo antes de sentarme. En los libros, la gente siempre tiene náuseas cuando le dan una mala noticia. No lo entiendo. A mí no me pasa. Yo me quedo un poco sorda: oigo un fuerte pitido, como si me acabasen de pegar. No entiendo muy bien lo que está diciendo Suzanne. Cuando vuelvo a oír bien, Suzanne va diciendo, muy contenta:

—El karma es un hijo de puta. Un hijo de puta sin piedad.

Zee, sentado a mi lado, me acaricia la rodilla con cara de preocupado.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Creo que sí.

—¿Qué hago? —le pregunto a Suzanne, desanimada.

—Si algo he aprendido sobre el mundo, es que Jerry tendrá que pagar por esto —profetiza Suzanne—. Ya lo verás. Bueno, me largo. Tengo que grabar mi solo.

—Recuerda: las cuerdas van delante —digo automáticamente y Suzanne se ríe y cuelga.

23

El viernes es el último día de la gira de John por el Reino Unido. Ya han salido las críticas de la primera mitad y no son buenas: «desordenado», «incoherente», «borracho». Yo me había propuesto dejarlo en paz mientras estuviera de gira, pero el viernes a las once de la mañana, me llama:

—Por favor, ven. Es solo Eastbourne. Necesito acabar esta gira por todo lo alto y no tengo a nadie excepto al gilipollas de Andy Wolf.

—Sí, es gilipollas —coincido.

—¡Me alegro de que estemos de acuerdo! —dice John.

Oigo algo en segundo plano.

—Dice que no puedo llamarle gilipollas y que eres una gilipollas por llamarle gilipollas — dice John.

Deduzco que ya va borracho.

El concierto es vergonzoso. John toca los éxitos dos veces más rápido de lo normal, como si le horrorizaran y, entre un tema y otro, se enrolla tanto que el público se impacienta. De vez en cuando, algo le sale bien: la canción sobre su madre, «St Angelus Window», la canta con tanta delicadeza que vuelve a parecer aquel adolescente asustado que miraba por la ventana del hospital y se daba cuenta de que su madre iba a morir y él iba a tener que ocuparse de sus hermanos. Y ni siquiera John podría joder la jubilosa «Misericordia», («¡Pues he sobrevivido a esto! / ¡He sobrevivido a nosotros!», grita antes de aullar); aunque, por cómo la canta esta noche, me da la impresión de que ese «nosotros» se refiere a sus fans, que parecen amantes pacientes y decepcionados que ya han tenido suficiente y solo quieren marcharse.

Después del concierto, espero en el bar del hotel donde está alojado John, un edificio victoriano enorme y ruinoso, con ventanas gigantes con vistas al mar.

John llega con Andy Wolf. Andy parece un personaje de comedia que ha heredado un enérgico chimpancé de una tía excéntrica, pero que todavía desconoce qué supondrá introducir semejante caos en su vida.

—Andy, creo que ya he disfrutado bastante de tu presencia —dice Kite. Se sienta a mi mesa y me aprieta una mano—. Ahora esta duquesa cuidará de mí.

—Bueno, pero en la discográfica tenemos normas muy rígidas para dejar a nuestros músicos más destacados con niños —responde Andy sonriéndome con odio.

—Tráeme mi medicina —le dice John señalando la barra.

—Y un whisky con cola para mí, por favor, Andy —digo sonriente—. Gracias, eres un sol.

Cuando Andy va hacia la barra, miro a John. Está hecho un desastre. La inflamación ha empeorado: está abotagado, como Enrique VIII en sus últimos días. Tiene los ojos irritados y el leve y puntual estremecimiento de su mano se ha convertido en un temblor permanente, como si dentro de él hubiese pequeños terremotos.

—Estoy muy jodido, Dutch —dice con una sonrisa radiante y dolorosa—. Me va a dar la depre.

—¿Por algo en particular?

—Creo que soy alérgico al éxito —dice primero riéndose y luego a punto de llorar—. Estoy tan cansado. La semana pasada, me propusieron probar la heroína. Me dijeron que es como tomarse unas vacaciones sin interrumpir la agenda. Están intentando darme heroína para que sea más productivo, Dutch.

Me siento fuerte. Zee y yo llevamos semanas hablando de John y de lo que está pasando en Londres. El pop británico se ha convertido en una fiebre del oro fáustica; es la Klondyke de la cocaína. Ahora hay montones de músicos en la misma situación que John. The Good Mixer está lleno de gente superexcitada, gente amodorrada y gente simplemente hecha unos zorros.

—No creo que seas alérgico al éxito, para nada —digo—. Lo que te pasa es que estás cansado. Llevas casi un año de gira. Las caras B, los vídeos, las sesiones de fotos... Estás física y mentalmente agotado.

—Sí, físicamente sí —dice John, compungido, acariciándose la cara.

—Y te has tomado unas cuantas copas de más, ¿no? —digo con tacto.

—He bebido todos los días desde julio, excepto uno —responde John más animado—. A la mañana siguiente, me desperté y automáticamente me tomé un analgésico, sin acordarme de que la noche pasada no había bebido nada. No caí en la cuenta de que no tenía resaca. Ya no concibo despertarme y encontrarme bien. Estoy siempre enfermo.

Apoya la cabeza en las manos y, triste, dice:

—A lo mejor lo que necesito es un poco de heroína para relajarme.

—Mira, hace poco leí que tardamos cinco años en entender algo importante que ha pasado en nuestra vida —le digo—. Cinco. Para descubrir sus ventajas, para encontrarle sentido. Y tú... tú vives algo importante cada diez días. La mayoría de la gente no se planta delante de dos mil personas y les habla mientras ellas gritan. A la mayoría de la gente eso no le pasa jamás. Y tú lo haces todas las noches. Lo que te pasa es que sufres una sobrecarga cognitiva.

Me encanta estar diciendo «sobrecarga cognitiva» justo cuando Andy vuelve a la mesa con las bebidas. Es la cosa menos groupie adolescente que se me ocurre.

—¡Bueno, esto hay que celebrarlo! —dice John enderezándose—. ¡Mirad qué me han regalado mis fans!

Saca de su bolsa una botella de champán enorme y la abre.

—Pues yo te acabo de comprar un whisky con cola, John —dice Andy, afligido.

—¡Mezclémoslos! —John coge el whisky con una mano y el champán con la otra y va dando tragos de ambas cosas—. ¡Venga! ¡Último día de la gira! ¡Último concierto de John!

Nos mira. Intentamos sonreírle, pero estamos preocupados.

—Voy a poner algo en la máquina de discos —dice antes de desaparecer.

Andy y yo nos miramos con cautela, como una pareja que se va a divorciar pero que todavía está preocupada por su hijo.

—¿Una semana interesante? —pregunto, muy diplomática.

—Una semana interesante, sí —responde él. Me pasa una llave—. Me pidió que te reservara una habitación.

—Gracias —digo educadamente—. Es verdad, en algún sitio tendré que dormir.

También podría haberle dicho: «Gracias. No soy ninguna groupie.»

Andy va a decir algo, pero entonces mira por la ventana y se levanta.

—¡Joder! —grita y, al instante, sale corriendo del pub.

Miro fuera. Allí, en la playa, bajo la luz anaranjada de las farolas, está John quitándose la ropa. Ha dejado la botella de champán hincada en la arena.

—Mierda —digo y, al instante, sigo a Andy.

Cuando llegamos a la playa, después de cruzar la calle corriendo y sorteando coches, John ya está en el agua, a unos seis metros de la orilla; el extremo encendido del cigarrillo que tiene en la boca es como una boya que nos indica su posición. Se diría que va nadando hacia Francia.

—¡JOHN! —grita Andy—. ¡JOHN! ¡JOHN! Joder, ¿qué pretende este gilipollas, hacer un Reggie Perrin o qué?

John sigue nadando, ajeno a todo.

—Me cago en la puta. No me pagan suficiente, ¡lo que tengo que aguantar! —dice Andy quitándose ya los zapatos—. ¡Yo solo soy un relaciones públicas de oficina!

Mientras Andy se mete en el agua, gritando «¡JOHN! ¡JOHN! ¡VUELVE AQUÍ, CAPULLO!», John empieza a girar hacia la orilla. Todavía lleva el cigarrillo encendido en los labios. Para cuando Andy tiene el agua por la cintura, John ha salido del agua (sigue fumando), solo lleva puestos los calzoncillos.

—¿Qué coño haces? —le grita Andy cuando, tambaleándose, llega a la orilla.

—Disfrutar del mar —responde John, muy relajado. Recupera su botella de champán y va hacia su ropa—. Tomarme un descanso, como me han aconsejado. Aclarar mis ideas.

Por el camino de regreso al hotel, Andy insulta sin piedad a John, que sigue caminando impasible, prácticamente desnudo y fumando como si acabase de echar un casquete.

—Necesito que me jures que te vas a ir directo a la cama —dice Andy una y otra vez mientras John cruza la calle bebiendo champán a morro—. Ya basta. ESTOY HARTO.

—Me voy a ir directo a la cama —dice John con dulzura—. Ya he disfrutado de mis vacaciones. Ven, Dutch. Vamos a ver si podemos encontrar algún concurso en la tele. —Entramos en el ascensor (John todavía gotea). Andy nos mira fijamente, amenazante, hasta que se cierran las puertas.

En la habitación, John prepara una bañera y yo enciendo la tele. Busco algún concurso, pero a estas horas de la noche ya no dan ninguno. Al final, pongo el Teletexto, me quito las botas y me tumbo en la cama.

John se ha metido en la bañera y ha dejado la puerta del baño entreabierta. Su abrigo de piel está en el suelo, junto con sus pantalones y sus zapatos de cuero calado. Desde la cama veo su espalda, ancha y osuna, parece la ladera de una montaña galesa. El vapor de la bañera lo envuelve como la niebla de los valles al amanecer. ¡Es todo un paisaje!

Nunca había contemplado este mundo, así que me tumbo y disfruto de él. Estas vistas son mi recompensa por ser una buena persona. Me las ha regalado Dios. Gracias, Dios, por poner a este

tío bueno y grandote ante mis ojos esta noche. Hay algo tan increíblemente sexy en la grasa de sus caderas... Ahí sería donde pondría mis manos mientras folláramos, para empujarlo hacia dentro. ¿Por qué nadie habla de lo sexy que es tener a un hombre grandote encima, aplastándote con cuidado, como un oso? A mí me encanta y me encanta imaginármelo aplastándome.

Empuja un poco la puerta con una mano para salir de la bañera y yo finjo estar viendo el Teletexto.

John entra en la habitación con la botella de champán en la mano; lleva una camiseta limpia y unos calzoncillos. El baño de agua caliente le ha subido los colores. Se sienta al borde de la cama, sin fuerzas.

—¡Qué mareo! —dice antes de tumbarse—. ¡Popper natural! —Me pasa el champán y me mira—. Al fin solos.

Tomo un trago y me desplazo en la cama hasta que mi cabeza queda a la altura de la suya. Le doy un beso en la dulce y brillante frente.

—¿Estás muy borracho?

—Sí, mucho —me contesta sin dejar de mirarme—. Totalmente ajumado.

Lo miro: un chico borracho, con las mejillas coloradas, un poco ojeroso debido a un bajón, todavía dolido porque lo han abuchado, que acaba de salir del mar.

Me mira. No quiero ser egocéntrica ni presuntuosa, pero estoy bastante segura de que, si lo beso ahora, él me devolverá el beso. Está borracho y no ponen nada en la tele: así es como empiezan el ochenta por ciento de los besos en el Reino Unido. Estoy segura de que John se apuntaría sin dudar a cualquier beso que yo le propusiera.

Pero... no lo hago. Con lo borracho y dolido que está, si lo besara sería como besar algo que está derritiéndose o haciéndose añicos. Cuando besas a alguien, ese beso debería ser lo más grandioso y transformador que le pase ese año. Debería ser el punto de inflexión de la trama, el pico del gráfico.

Ahora mismo, la vida de John es un zoo en llamas. Hay animales corriendo por todas partes. Si le hubiese besado, ese beso solo habría sido otro pingüino desorientado, perdido entre un grupo de cebras aterrorizadas y de leones que intentaban comerse a las águilas. Y yo no quería ser un pingüino marginado. Quería ser el Arca entera.

Como soy lista, noble y muy buena haciendo metáforas, esa noche no beso a John Kite. Es un momento importante, ya que es el primer beso que tengo al alcance y que decido no dar. Esa cama, ese día de febrero de 1995, señala la primera vez que me controlo sexualmente. Hace dos años, no me habría creído capaz de haber actuado así por amor. La idea de que, a veces, el amor te impide besar a alguien es una lección que ni siquiera sabía que todavía tuviese que aprender.

—Cuéntame —digo apoyando la cabeza en la almohada, a su lado. Me aparto para no besarlo—. Háblame de... escribir canciones. ¿Cómo funciona?

—¿Escribir una canción? —pregunta él, un poco desconcertado. John también ha notado que había un beso rondando por aquí y, de repente, no sabe adónde ha ido a parar ese beso.

—Sí. —Bebo de la botella de champán y se la paso—. Quiero saber qué se siente. Tú eres increíble y quiero saber cómo haces lo increíble. ¿Qué se siente cuando se tiene una canción dentro? Yo nunca he tenido una canción dentro. ¿Qué notas? ¿Cómo te vienen?

Se lo piensa un buen rato. Yo también pienso, mientras oigo, en mi cabeza, mi canción favorita de John, «Misericordia», que empieza mediada lo que parece una larga noche de llorera, ese

momento en el que ya no te queda ni una gota de dignidad ni de orgullo, cuando de rodillas, destrozada, le suplicas a un cielo vacío. «Ya no me siento hombre», canta John, con su voz más desgarrada.

Y entonces hay un cambio radical con el estribillo, un repentino ascenso a tierras más altas («Pero si sigues con vida, / hay un mañana, y otro, / y ese día es tu ayer / y has sobrevivido a esto, / ¡has sobrevivido a nosotros!») entre tañidos de campanas, vientos y coros.

La tarareo (fatal, lo reconozco). Él empieza a cantarla en voz baja. Cantamos juntos. No me importa cantar así de mal con él. Con él me siento cómoda en cualquier situación. Vivimos en un mundo donde no existe la vergüenza. Jamás se me ocurriría cantar delante de nadie más.

Llega al final de la estrofa y, de repente, dice:

—Todas las canciones buenas están hechas del mismo material, Dutch. De algo lleno de luz, de energía, de... intención. De algo que... necesita existir. Y todo el mundo reconoce eso cuando lo oye. Todos reconocemos el buen material. El mejor material. El material mágico. Está hecho de una sustancia completamente diferente de todo lo demás. Tu cuerpo reacciona. Se te agudiza el oído, se te acelera el pulso, se te eriza el vello de los brazos. Todo tu cuerpo lo sabe y, además, lo sabe en los cuatro primeros segundos. Las grandes canciones entran en tu habitación y anuncian que te van a cambiar la vida. Se incrustan en esos treinta primeros segundos, se sientan y esperan y, cuando llegan al estribillo, explotan por dentro. Sientes el impacto y es cuando empiezas a llorar, a bailar o a cantar, o simplemente te quedas con la boca abierta diciendo: «Pero si esto es... lo más.» Las grandes canciones exigen que las reconozcas.

John bebe otro trago.

—Y entonces ya están dentro de ti para siempre. Ya no puedes librarte de ellas. Se convierten en parte de ti. Y ese es su método de reproducción: una vez que forman parte de ti, tienes que tocarlas una y otra vez, tienes que tocárselas a otros y así es como las propagas por el mundo. Así es como viven. Así es como alcanzan la inmortalidad.

»Y creo que esas canciones, las buenas de verdad, salen todas del mismo sitio. Estoy convencido, aunque no tengo pruebas, de que existe una especie de jardín del Edén comunitario en el subconsciente colectivo. Un lugar donde el agua es dulce y la hierba está cubierta de rocío y la tierra es fértil y rica como... el pudín de ciruelas.

—¡Esa descripción de un lugar mágico la has robado del Bosque entre los Mundos de *El sobrino del mago*! —le interrumpo—. Solo quiero que sepas que me he dado cuenta.

—Claro, querida. Ahí es donde están todos los lugares mágicos —dice John—. El jardín mojado por la lluvia de «Sweet Thing» de Van Morrison; las montañas de «River Deep, Mountain High»; el océano de «Til I Die» de los Beach Boys. Ahí es donde viven las grandes canciones, las que vibran, repletas de ese material mágico. Ya escritas. Perfectamente formadas. Rondando por ahí. Y lo que tiene que hacer el autor es conseguir entrar en ese sitio y sacar la canción, como haría un ladrón, para entregársela a la humanidad.

—¡Y no solo canciones! ¡Poemas! ¡Y libros! ¡Todo tiene que salir de allí! —aporto con entusiasmo.

John asiente.

—Exacto: poemas o libros. Y lo único que tienes que hacer cuando traes esas cosas casi perfectas a la tierra es asegurarte de no... quitarles el brillo. No puedes tocarlas demasiado, ni trajinarlas demasiado. Tienes que limitarte a... hacer de mensajero —dice—. Y mientras trabajas en una canción de esas y la grabas, la alimentas de algo que tienes en las entrañas. No sabes cómo

funciona, pero es lo que sientes. Es como si tuvieses una sustancia lechosa y azucarada en las entrañas y pudieses alimentarla con ella. Y sí, esa sustancia lleva tu ADN, le transmites tu fuerza, tus neurosis o tus bacterias. Le transmites lo que tú eres. Sin ti, esa canción no podría sobrevivir en el mundo. Huele a ti. Tú la vistes con los arreglos que quieres. Tienes ese privilegio, porque eres su creador, pero, al mismo tiempo, sabes que ella ya corría por ahí antes de nacer tú, en ese otro mundo, y que si no hubieses entrado allí un día, por accidente, o con alguna intención, y no la hubieses robado, o recuperado, algún otro lo habría hecho algún día. Tú no eres insustituible, ni mucho menos. Si te entretienes un momento, el puto Neil Young se te adelanta y te la birla, el muy cabrón.

—¿Y cómo entras en el jardín? —pregunto—. ¿Dónde está? —Sigo mirándolo. A John le brilla la cara mientras habla. Uf, cómo me gusta oírle hablar. En sus mejores momentos: más borracho, galés y entusiasmado. Es como sentarse bajo una cascada de palabras. Habla como si estuviera en la iglesia, ante una multitud arrodillada. Te dan ganas de abrir las puertas de par en par y hacer entrar a la gente que pasa. Te dan ganas de rezar.

—Bueno, luego nunca te acuerdas —dice—. Puedes tirarte meses dando vueltas, buscando desesperadamente una canción y... nada. Puedes tirarte horas en un estudio con una guitarra, suplicando que salga algo, aunque solo sea una frase, un acorde, y no sale nada, solo hay un silencio absoluto. Pero de pronto, cuando estás a punto de irte a dormir, estás en un tren o estás pedo, se te cuele una canción en la cabeza. Y sabes que viene de allí porque llega completa, aparece en tu cabeza mucho más deprisa de lo que tú podrías cantarla. Solo tienes que comprometerte a que, cuando llegue, dejarás lo que estés haciendo y empezarás a... ordeñarte las entrañas. Porque si tardas diez minutos, desaparecerá. Debes ser un sirviente fiel. Debes ser... digno de confianza.

Se ríe.

—En eso consiste el rock 'n' roll, chica. En ser digno de confianza.

Entonces se sujeta la cabeza con ambas manos y emite un sonido tremendamente triste.

—Y eso es lo que me está costando tanto ahora mismo —dice sin apartar las manazas—. No puedo escribir. No consigo entrar en el jardín. Llevo un año sin escribir nada. Ya no me acuerdo de dónde está el jardín ni de cómo se llega allí. No lo encuentro por ninguna parte. No está en el camión de la gira, ni en un lateral del escenario, ni en un hotel, ni en un bar a las cuatro de la madrugada. Y la semana que viene, tengo que ir al estudio a empezar a grabar un álbum nuevo y no tengo... nada. Estoy vacío.

Pienso en los últimos meses y en todo lo que ha estado consumiendo John de forma compulsiva: comida, alcohol, cigarrillos, drogas. Como si todas esas cosas formasen una piscina de bolas gigantesca de la que él pudiese sacar una canción.

Me alegro de no haberlo besado. En estos momentos, un beso solo sería otra cosa que él se comería con la esperanza de que se convirtiera en una canción. Cuando por fin lo bese, quiero que en ese beso me encuentre solo a mí.

—Tienes sueño —le digo. Cansado de hablar y de nadar, está desinflándose rápidamente.

—John tiene sueño, sí —admite.

Voy al cuarto de baño, lleno la botella de champán de agua del grifo y se la dejo en la mesilla de noche.

—Mira, esto es tu champán nocturno —le digo— y hará que te sientas mejor por la mañana. Y esto es un regalo mío.

Me saco del bolsillo seis folios A4 grapados por una esquina. Es la carta que llevo un mes escribiéndole a John para explicarle lo equivocado que está respecto a sus fans adolescentes. La carta que, con el sencillo y admirable optimismo de una chica de diecinueve años, espero que lo convierta inmediatamente en una persona mejor, más feliz y más sana que, luego, se casará conmigo.

—Léelo cuando te despiertes —le digo. Lo arropo, le doy un beso de buenas noches y salgo de su habitación—. Buenas noches.

Confío en que la carta surta efecto deprisa. El tiempo vuela. Si John no se pone las pilas pronto, yo cumpliré veinte años y seguiré esperando que empiece mi vida absolutamente perfecta y, para entonces, seré demasiado vieja.

24

Una semana más tarde, de nuevo en mi casa, suceden dos cosas, una detrás de otra.

La primera es que me pongo supercaliente. Es curioso, pero nunca he oído ni leído a ninguna mujer que hablara sobre lo que siente cuando se pone cachonda. A lo mejor dicen algo nostálgico a la par que jocoso, como «¡Cuánto tiempo! ¡Casi ni me acuerdo de cómo se hace! ¡Igual lo tengo todo precintado ahí abajo!» y, luego, suspiran y se comen un Twix y quizá se compren una falda nueva y esa es la dimensión de su lamentación.

Pero no es la dimensión de mi lamentación. Esto no se soluciona con un Twix.

No me he acostado con nadie desde aquella noche espantosa con Jerry, en diciembre. Estamos a mediados de marzo, lo que significa que no me han besado, ni acariciado, desde hace tres meses. No quiero parecer quejica, pero esto no se puede aguantar.

Para empezar, que te besen con regularidad es absolutamente necesario. No es un extra que mola, como un postre que uno puede tomarse o no. Es algo que te sustenta, como el pan o el vino.

Somos como perlas, pienso con pena. Si no las tocan a menudo, las perlas pierden su brillo. Se quedan mates, son como cuentas de color hueso ensartadas en un cordel.

Estoy perdiendo el brillo. Soy una cuenta de color hueso ensartada en un cordel. Necesito que me besen.

Lo que nos pasa a las chicas cuando estamos calientes es que tenemos hambre. Hambre «allí abajo». Nuestras bragas no paran de enviarnos telegramas utilizando una sintaxis cada vez más apremiante: «¡Que ya hace tres meses! ¡Estamos desesperadas! ¡Manda penes, por favor! ¡El pueblo os pide ayuda a gritos, Majestad!»

Estoy sexualmente muerta de hambre.

La noche en el hotel con John no ayudó mucho. Cada vez que la recuerdo, puedo eliminar con toda frialdad el detalle de que John estaba borracho y de que se sentía desgraciado y de que no habría sido apropiado que me acostara con él, y me regodeo imaginando que me meto en la bañera con él y lo beso mientras el agua se desborda. O que le hago subirse encima de mí, en la cama.

Imagino que, a la mañana siguiente, me despierto a su lado y follamos antes de haber abierto los ojos: nos volvemos el uno hacia el otro y echamos un polvo predesayuno, lento y perezoso y, luego, desayunamos y volvemos a follar.

En mi sueño, llevo medias y ligero. En sueños, puedo pasar por alto sin ningún problema el hecho de que la única vez que me puse medias con ligero, el ligero no cumplió su función y las medias se me cayeron. Eso me pasó en Euston cuando corría para no perder el tren de las 10.37 de Wolverhampton, y fui arrastrando las medias como si fuesen la sombra de Peter Pan. Es lo bueno

de los sueños: en ellos puedes hacer que las medias y los ligeros funcionen.

Imaginar que follaba con John en aquella habitación de hotel se había convertido en el mejor estímulo sexual de mi vida. Mejor incluso que la idea de follar con osos o con Paul McCartney en 1969, cuando tenía barba y un bebé dentro del abrigo.

Esta última semana, mi calentura y mi pajarismo han estado al borde de lo problemático, pero el pajarismo no ha resuelto la calentura. Es más: creo que está exacerbando el problema, porque cada vez que me corro, me dan ganas de correrme otra vez. Lo único que hago es verter gasolina en forma de pajas en la hoguera de la calentura.

La raíz del problema es que, ahora, mi calentura es tan profunda que ya no se trata de correrme. La era de las pajas ha pasado a la historia. Ya no me basta con eso. Necesito a un hombre, simplemente. Necesito que alguien quiera follarme. Esto está adquiriendo dimensiones existenciales, porque, si toda acción tiene su reacción igual y contraria y, si yo estoy así de cachonda (me salen chispas de las yemas de los dedos y mi piel tiene un brillo fosforescente a causa de la lujuria y mis bragas aúllan como un lobo cada vez que alguien medianamente guapo pasa a mi lado), y no hay una reacción igual y contraria por parte de ningún hombre, entonces, *ipso facto*, significa que no existo.

—Me temo que no soy real —le digo a la perra, compungida—. Estoy empezando a desaparecer.

Ella me ignora por completo.

La segunda cosa que sucede en plena Gran Tormenta de la Calentura es que Zee llega a casa con una chaqueta nueva.

—Una chaqueta muy chula —le digo cuando deja su mochila encima de la mesa y enciende el hervidor.

—¿Te gusta? —dice cuando vuelve a la habitación—. Sí, he ido de compras. Nunca había ido de compras, pero he pasado por delante de Gap, he mirado el escaparate y he pensado: «¡Eh! ¿Qué te parecería tener alguna prenda de ropa que no te hubiese comprado tu madre?»

No se parece a nada que haya llevado hasta ahora. Es azul marino, con cuello mao. Zee siente tanto orgullo como vergüenza con su chaqueta nueva. Como si supiese que es bastante molona. Y eso mola.

—Te he comprado una cosa —dice antes de darme una bolsita de papel. Es blanca y alargada y tiene una ilustración de una dama victoriana con miriñaque.

—¿Esto no es... —vuelvo a mirar para confirmarlo— la bolsa de los lavabos donde pones las compresas?

—Mira dentro.

Dentro hay... grava.

—He estado en Gales —dice— y, como sé que adoras Gales, te he traído un poco de Gales. Es grava del aparcamiento del Travelodge.

Es un regalo muy Zee: se supone que tiene que hacerme reír, pero al mismo tiempo es discreto, delicado y considerado.

Lo abrazo (¡qué adorable es mi Zee!) y le doy las gracias. Y entonces noto algo raro: cuando lo abrazo, percibo una inesperada torpeza en su cuerpo. Es como si su cuerpo tratara de gritar algo que Zee intenta silenciar por todos los medios.

Lo miro y estoy a punto de decir: «¿Estás bien? ¿Has comido?», y entonces lo veo en su

mirada. Solo dura un segundo y Zee hace un esfuerzo espléndido y lo disimula rápidamente diciendo: «¿Sabías que en 1969 el ejército de Estados Unidos paró las cataratas de Niágara para limpiarlas? Acabo de oírlo en Radio 4.» Hace un uso admirable de un dato desconcertante por su elevada aleatoriedad y obtiene una bomba de humo con forma de anécdota, pero yo ya lo he visto.

A Zee le gusto.

No sé si alguna vez, de repente, inesperadamente, habéis follado con un amigo vuestro un jueves a la una de la tarde estando completamente sobrios. Yo sí. Con Zee, ese día.

Follar con alguien que conoces es muy raro y esa era la primera vez que yo lo hacía. Sin duda alguna, diría que tiene muchos más puntos positivos que negativos. El punto positivo más importante, en este caso, es que a mí me gustaba Zee. Estar con él era muy agradable (aunque solo fuese para tomar una taza de té o fregar los platos), así que quitarle la ropa y ver qué pasaba a continuación también era agradable. No sé, yo sabía que, juntos, le sacaríamos el máximo partido a aquella situación y, además estaba casi segura de que, después, él ordenaría todo.

Si queréis que os diga la verdad, no entiendo por qué no lo hacen más amigos; a mí me pareció algo muy sencillo y tremendamente divertido, como organizar un pícnic con alguien o ir al cine. Una aventura. Con un amigo.

La parte negativa era que, como éramos amigos, Zee estaba muy preocupado por si estábamos haciendo algo que no debíamos hacer.

—Dolly, creo que ya sabes lo que siento por ti, pero... ¿no estamos yendo demasiado deprisa? —me dice, interrumpiéndose a medio beso, en el sofá.

Miro la hora. Llevamos seis minutos besándonos y he disfrutado un montón de cada uno de esos minutos. Además, nunca había besado a nadie en mi casa: esa es otra «primera vez». Desde luego, es mucho más relajante que besarse en una discoteca, en un concierto o fuera de un pub, bajo la lluvia. Aquí estamos secos y calentitos y es menos probable que algún borracho nos grite «¡BUSCAOS UNA HABITACIÓN!». Ya tenemos una habitación. Y resulta que «Buscaos una habitación» es un consejo estupendo.

—¿No deberíamos... ir un poco más despacio? —continúa Zee—. Me encantaría... no sé, invitarte a cenar, charlar un poco. Es que soy muy anticuado.

—Ya... —digo, muy razonable— o podríamos seguir con lo que estábamos haciendo.

Y lo beso hasta que deja de preocuparse y me besa él a mí, pero, cuando nos metemos en la cama, todavía está preocupado.

—¿Estás segura? —me pregunta mientras me desabrocho el vestido—. ¿No te estoy metiendo prisa?

—No, no. Tranquilo: yo te estoy metiendo prisa a ti —le digo. ¡Es tan educado! Es maravilloso. Me siento como una chica de vida alegre instruyendo a un chiquillo tembloroso.

Al otro lado de la puerta, la perra empieza a ladrar. Para que Zee no se distraiga con los ladridos, me monto encima de él.

—Dime qué te gusta —le digo.

—Me gustas tú —me contesta, sin más.

Le desabrocho la camisa y él me mira fijamente. Noto lo dura que se le ha puesto. ¡Ay! ¡El sencillo placer de ponérsela dura a alguien! ¡Nunca me cansaré de esa magia! Es como hacer aparecer un dragón o un reloj con forma de búho plateado. Una vez leí no sé dónde (en la revista

More!, seguramente) que la mejor manera de moverte cuando estás encima es haciendo un ocho con las caderas. En consonancia con lo novedoso de la situación y a modo de celebración de la erección, empiezo a probarlo, pero resulta mucho más difícil de lo que había imaginado. Consigo, como mucho, dibujar un cinco, pero entonces la costura de la entrepierna de mis medias se engancha en la bragueta de Zee y tengo que desenredarla. *More!* no tuvo en cuenta lo conflictivos que son los pantis.

En eso estoy cuando veo que Zee se ha quedado mirando fijamente el techo. Paro y le pregunto:

—¿Qué pasa?

—Es la primera vez que hago esto —le dice él en voz baja a la pantalla de mi lámpara.

—La primera vez que haces ¿qué?

—Esto.

—¿Nunca has...? ¿Nunca...?

—No. —Parece preocupado. Como si fuese a ponerme a gritarle por ser virgen.

¡Un hombre virgen! ¡Tengo a un hombre virgen en mi cama! ¡Qué maravilla!

Nunca he entendido por qué a tantos hombres les encanta la idea de tirarse a una chica virgen. Para las chicas, perder la virginidad suele ser doloroso; por eso no me explico que haya chicos tan interesados en apuntarse a ese polvo, en lugar de pasar más tarde, cuando ya está resuelto el desagradable asunto del desgarrar del himen, y todo es diversión. «Sí, mi polvo fetiche, por encima de todos los demás, es el que lleva consigo sangre y muecas de dolor. ¡Es lo que más me pone!»

Perdón, pero sospecho que esos tipos son asesinos en potencia.

En cambio, desvirgar a un hombre, ser la primera persona que le dice «Hola, guapetón» a su pene; la primera que lo deja sin poder articular palabra cuando se corre... parece una situación mucho más equilibrada, pues en ella todos ganan. ¿Por qué ninguna mujer flipa con follar con un hombre virgen? Yo flipo. Me siento como una Diosa del Polvo fabulosa. ¿Y si resulta que esta es mi especialidad? Seré escritora, musa y... ¡Desvirgadora Top!

—¡Oh, cariño! —digo, muy excitada—. Yo te enseñaré. Bienvenido al sexo, cielo.

Como comprenderéis, este tiene que ser el mejor polvo de la historia para mi queridísimo Zee. Tengo que ofrecerle todo mi patrimonio sexual. He sido nombrada su guía por el mundo del sexo. Soy como un Director del Juego de Dragones y Mazmorras. Intento imaginar qué me gustaría si fuese un hombre y estuviese a punto de perder la virginidad.

«A los hombres les encantan las mamadas», decía un personaje de Jilly Cooper en una novela. Y, desde luego, yo ya había comprobado que eso era cierto.

«Tienes que tratar su polla como si fuese la cosa más estupenda del mundo», había leído en otro sitio, no recuerdo dónde. Quizá en «El libro de lo evidente».

Por suerte, creo que las pollas son estupendas. Nunca he entendido a las mujeres que arrugan la nariz cuando hablan de ellas. Yo creo que son lo más. Bueno, tampoco quiero antropomorfizar los genitales masculinos, pero las pollas son como mascotas maravillosas. Son suaves al tacto, les encanta que juegues con ellas y saltan de alegría cuando parece que las vas a llevar a dar un largo y extenuante paseo por el campo. Son como spaniels, para entendernos. Si pudiesen vivir independientemente de los hombres y si yo pudiese tener una en una caja, encima de la mesa, la tendría. Cuando estuviese triste, charlaría con ella y jugaríamos y, cuando estuviese escribiendo y

me encallase, me la metería un rato en la boca y la chuparía, en lugar de comer montañas de *snacks* o de fumar. ¡Sería muy saludable! ¡Un pene mascota!

—Estás encallada en la fase oral —me dijo Suzanne cuando se lo conté—. Tu madre te amamantó demasiado tiempo.

—¿Qué fase viene después de la oral? —le pregunté.

—La anal —me contestó.

—Creo que me voy a quedar en la oral —le dije—. No quiero pasar pantalla. Los culos no me van.

Empiezo a hacerle a Zee la primera mamada de su vida. Para mí, esto de llevar las riendas en la cama es una novedad. Hacer lo que me gusta, en lugar de seguir el programa de otra persona. Todo es muy diferente. Para empezar, no hay ninguna prisa: nadie da por hecho que vayamos a seguir el patrón sexual habitual, según el cual un hombre intenta metérmela cuanto antes. Nada de eso: si quiero, puedo seguir haciendo esto durante horas, ¡porque ahora soy la Jefa Sexual! ¡Uau! ¿Por qué no son así todos los polvos? ¡Se me da muy bien esto de ser una Jefa Sexual!

Estoy pensando «¡Eh, podría pasarme todo el día haciendo esto!» cuando Zee dice:

—¡Lo siento! —Y se corre.

—¡No te disculpes! ¡Es lo normal! ¿Nadie te lo había explicado?

Y se pone a reír y a llorar a la vez.

—Dios mío —dice, y se tapa la cara con las manos—. Dios mío, Dios mío.

Me arrastro por la cama y lo beso en la frente. Él me mira.

—Eres increíble —dice. Y tiene razón: ¡soy increíble! Me mira como si estuviese hecha de estrellas—. ¡Se te da muy bien! Debes de haber practicado mucho. ¡Ay, no, no! No quiero decir que seas... —Está tan abochornado que no acaba la frase.

—Me gusta mi trabajo —digo. Y lo beso en los labios, porque siempre he querido besar a alguien que acaba de correrse en mi boca y nunca había podido hacerlo porque no era la Jefa Sexual. Me produce una sensación maravillosamente guarra, es como si acabase de inventarme el porno más lúbrico del mundo. Y, como Zee no tiene ninguna experiencia sexual, no sabe que a los chicos no les gusta que los besen después de una mamada, así que... le gusta.

—¿Y tú? —me pregunta en voz baja cuando paramos de besarnos.

—Mira. —Me quito los pantis y pienso: «¡Este va a ser un gran día para Zee! ¡Está a punto de ver cómo una mujer se regala un orgasmo!»

Estoy superexcitada. Todo resbala muchísimo, es como patinar sobre hielo.

—Lo más curioso —digo mirando a Zee— es que esto no tiene nombre.

—¿Qué es lo que no tiene nombre? —me pregunta.

—Esto. —Paro un minuto y le enseño mis dedos, húmedos y brillantes—. En los libros, siempre dicen «Está mojada», pero ¿mojada de qué? No tiene nombre. No se puede decir de otra forma. Vosotros, los hombres, tenéis leche, lefa, semen, esperma... pero nosotras no tenemos cómo llamar esto. No tiene nombre.

Sigo con lo mío.

—Eres tan instructiva —dice, y sigue mirando—. Esto parece el programa *Blue Peter*.

—Debería llamarse de alguna forma —digo mientras miro cómo Zee me mira a mí—. ¿Qué nombre le ponemos? ¿Qué te parece «Lágrimas de la Virgen María»?

—Muy católico —dice Zee—. Muy pecaminoso.

Compruebo, sorprendida, que la palabra «pecaminoso» hace que empiece a ponerse dura otra vez.

—«Vagelina» —propone Zee apretándose contra mí—. Como «Vaselina», pero en la... bueno, ahí abajo.

—Los franceses lo llaman *cassolette* —continúo en mi línea informativa—. Es como lo llamaba Napoleón Bonaparte.

—Yo nunca había practicado sexo con nadie, claro —dice Zee, acariciándome el pelo—, pero... ¿todas las chicas son como tú?

—¿Qué quieres decir? —le pregunto. Estoy a punto de correrme.

—Pues... ¿Todas hacen bromas mientras follan? ¿Como Roger Moore haciendo de James Bond?

La idea de ser una James Bond femenina me parece tan fabulosa que saco un condón del cajón de la mesilla de noche y se lo pongo a Zee.

—Lo siento mucho, pero estás a punto de perder la virginidad con un condón publicitario de Carter The Unstoppable Sex Machine —le digo mientras se lo coloco—. Es el único que tengo.

—Mira, ese grupo está empezando a caerme mejor —dice Zee y ahoga un grito cuando me subo encima de él.

Me pongo la punta de su polla en la parte más excelente de mi cuerpo y digo:

—Todavía eres virgen, todavía eres virgen, todavía eres virgen... ¡Ya no eres virgen! —Justo cuando digo «no», empujo hacia abajo y me meto su polla dentro—. ¡Follacidades! —digo y, despacio, muy despacio, empiezo a follármelo.

¡Estoy tan contenta de que sea conmigo con quien Zee está perdiendo la virginidad! Voy a hacer que este polvo sea de alto nivel técnico, pero, a la vez, una experiencia amable y relajada. Ojalá mi desvirgamiento hubiese sido tan agradable. ¡Siento tanta generosidad y tanta filantropía sexual hacia mi amigo! Siento que estoy siendo muy útil.

Zee se pone a reír.

—¡Lo siento! —dice antes de correrse otra vez.

—Vamos a tener que trabajar esto de pedir disculpas cuando te corres, ¿eh? —le digo, sonriente—. No tienes que disculparte por nada. Lo que tienes que hacer es aprender a hacer algunos ruiditos masculinos. ¿Sabes rugir, como si imitaras a un tigre en celo?

Decido que, mientras me tiro a Zee, voy a interpretar el personaje de la enfermera sexy de un internado para chicos que, por las noches, con cariño pero con firmeza, enseña a los niños a gozar en la enfermería. Me parece un papel entrañable.

—¡Grrrr! —ruge (lo hace bastante mal, pero es feliz)—. Ha sido... Nunca pensé que... Lo de hoy ha sido una sorpresa enorme.

—Entonces, ¿crees que te gusta follar?

Me besa y suspira.

—Me gusta aún más que las tiendas de discos —confiesa.

Nos pasamos una hora en la cama, comiendo pan y tazas de sopa y hablando por los codos. Toda una hora de amistad en estado puro.

Estamos hablando del single de los Afghan Whigs y, de pronto, Zee dice:

—No sé cómo llamarte.

—¿Qué?

—No sé, Dolly no es tu verdadero nombre, ¿no? Debe de sonarte raro que la gente te llame Dolly.

Lo pienso un momento. Supongo que sí.

—¿Cómo te llama la gente?

Lo que quiere decir es esto: «¿Cómo te llama la gente que te quiere?», pero no puede utilizar el verbo «querer», porque en este contexto resultaría completamente inapropiado, entre nosotros dos, y nos asustaría. Inmediatamente pienso en John: John me llama «Duquesa», pero eso también resultaría inapropiado. Aquí. Si me lo llamara Zee.

—No sé, si yo estuviese desnudo en la cama con Boy George, no lo llamaría «Boy George» — continúa Zee—. Es un nombre profesional. Yo no quiero pensar en el trabajo y Dolly es tu nombre profesional.

Me besa.

—No estoy en el trabajo.

Me vuelve a besar.

—Me llamo Johanna —le digo—. Mi familia me llama «Jo».

—Tienes una boca muy suave, Johanna —dice Zee—. Supersuave.

Me besa otra vez, con muchísima ternura, como si siguiera pensándolo. Como si pronunciara la palabra «beso» muy despacio, en mi boca.

—Johanna. Suave. Jo.

Y esta es la historia de cómo por fin, por primera vez, echo un buen casquete con alguien que me gusta. Un casquete sin dramas, cómodo, como un paseo por el parque o como instalarse en el sofá para ver una reposición de *Top Hat* con una taza de té en las manos. Tres años después de perder la virginidad. Siete hombres más tarde. Ningún hombre me había hecho tener un orgasmo: todo el placer que había experimentado me lo había procurado mi propia mano, a estas alturas ya toda una experta, pero tengo la certeza de que Zee y yo no tenemos futuro. Aunque lo adoro, no lo deseo y creo que a tus amantes tienes que desearlos con avidez. Tienes que querer abrazarlos y tumbarte encima de ellos y gritarles «¡Ya te tengo! ¡Te tengo! ¡Me ha tocado el primer premio!», una y otra vez. Y yo no siento eso por Zee, ni mucho menos, pero esa tarde que paso en la cama con él es el primer recuerdo sexual que tengo que no me hace reír, ni arrugar la cara, sino solo sonreír. No se valora debidamente lo que significa sonreír recordando un kiki.

Las chicas deberían sonreír cuando piensan en su vida sexual. Eso es lo mejor que se me ocurre desearles.

25

Claro que el problema de ser impulsivo sexualmente es que nunca piensas en las consecuencias. En plan, Zee era mi amigo más antiguo, mi inquilino y, si lo de las acciones de su empresa lo había dicho en serio, mi socio.

—Entonces, ¿qué significa? —le pregunto a Suzanne al día siguiente—. ¿Qué significa ahora que me lo he follado?

Es su día libre del estudio y estamos en un pub cerca de Holloway Road, el Black Horse. Fuera llueve a cántaros, pero aquí hay una chimenea, una máquina de discos y solo tres ancianos que, de brazos cruzados, se miran los pies. Es el ideal platónico de un bar.

Estaba deseando tener esta conversación con Suzanne, porque ella es mi Agencia de Pericia Sexual y mi Servicio de Consultoría (también) Sexual. Me he tomado cuatro whiskies, así que estoy lista para abordar este tema con ella, en aras de la aclaración.

—No me puedo creer que te hayas tirado al Jefe —dice Suzanne otra vez antes de encender un cigarrillo—. A ver, no te ofendas, pero te juro que creía que no tenía pene. Es una rebequita humana. O una trenca. ¿Estás segura de que no te estabas pajeando con uno de esos botones alargados? Es como si te hubieses follado al oso Paddington, tía.

A pesar de su rica imaginación, Suzanne está teniendo dificultades para aceptar mi verdad sexual.

—No sé —continúa—, es que no parece una Leyenda Sexual, ¿sabes? Si me dijeras que se ha presentado en tu habitación a las dos de la madrugada y te ha dicho «Ya no puedo seguir reprimiendo mis sentimientos: te he preparado una lasaña deliciosa», vale, eso sí que me lo imagino. Pero ¿empalmado?

Le da un ataque de risa.

—Pues tiene un pene bastante grande, la verdad —digo, ligeramente ofendida—. Y fue encantador conmigo. Me gusta mucho. Es adorable, Suzanne.

—Sí, sí, sí —dice Suzanne, agitando el cigarrillo—. Un bombón adorablemente sexy y cero amenazador. Lo pillo.

—El caso es que... —digo, inclinándome sobre la mesa—. El caso es que... ahora no sé qué hacer. ¿Esto qué significa? Quiero decir, ahora vivo con él. Y le gusto. Y lo pasamos bien follando. Nunca me lo había pasado bien follando.

—¿Quieres follártelo otra vez? —me pregunta Suzanne.

Cavilo un poco.

—Es que... pasó de verdad —digo finalmente—. Y fue muy guay, ¿sabes? Y me gustó

enseñarle cosas. Fue la primera vez que me acosté con alguien y las cosas salieron como yo quería. Estoy totalmente dispuesta a probarlo otra vez. Pero no sé si es buena idea o no.

—Pero a ver, ¿tú te lo quieres follar a muerte o no? —dice Suzanne sin remilgos. Uno de los ancianos se queda mirándonos desde un rincón. Suzanne lo mira fijamente, y él baja la cabeza—. En plan... cuando piensas en él, ¿empiezas a salivar y se te mojan las bragas, y crees que vas a explotar, y quieres casarte con él, tanto si él quiere como si no? ¿Quieres secuestrarlo y encerrarlo en un sótano? ¿Quieres convertirlo en tu esclavo sexual?

Vaya, es una buena definición. No es lo que siento por Zee, desde luego. Sin embargo, es exactamente lo que siento por John Kite.

—Vale, te voy a explicar cómo me siento. —Enciendo un cigarrillo—. Estoy intentando entender qué significa el sexo. Porque es muchas cosas, ¿no? Cuando empecé a venir a Londres, aspiraba a convertirme en Aventurera Sexual, a ser una heroína intrépida. Siempre he pensado que, para encontrarme a mí misma, tenía que salir a ligar y acabar en la cama con una serie de tíos. Es la única manera de estar con gente a solas. Es la única forma de descubrir cómo son realmente las personas.

—Tengo un problema con esta teoría, pero continúa —dice Suzanne, levantando un dedo para indicar que, cuando acabe de hablar, recuperaremos el tema.

—Pero me he dado cuenta de que, en realidad, el «sexo» no existe —prosigo—. No sé, desde mi experiencia, por lo que he hecho y lo que he observado, el sexo son un millón de cosas distintas, en momentos distintos. Hay gente que lo practica como un negocio. Hay gente que lo practica como venganza. Hay gente que lo practica para ejercer el poder, o porque es mala, o porque está vacía por dentro. A veces es un robo: a veces te roban el sexo.

—Jerry Sharp —dice Suzanne, asintiendo.

—Jerry Sharp —confirmando—. Y tú misma... a veces lo practicas porque te sientes increíble o porque te sientes mal contigo misma; a veces es un experimento o lo practicas por pena o por amistad o para consolarte o como un juego, una competición o un espectáculo. Otras veces, usas el sexo como arma, como ventaja o solo para presentarte. Así que no acabo de entenderlo como un proceso. Es como... aprender francés. Algo que tienes que practicar regularmente, cuando tengas la oportunidad, para ir mejorando, ¿me explico? ¿O es que somos todos tan distintos que no sirve de nada follar con mucha gente, porque en realidad no existe el concepto «ser bueno en la cama», porque todos queremos algo distinto y puede ser que hasta aprendas desde cero con «Esa Persona»?

Suzanne no deja de mirarme.

—¿Qué estás intentando decirme con esto? —me pregunta.

—Supongo... —digo, admirando la claridad y la concisión de la pregunta, y decido hacérmela a menudo a mí misma en el futuro—. Supongo que lo que quiero decir es que no conocía a nadie que se planteara el sexo como yo. Yo creía que era un juego divertido al que jugábamos todos, con la idea de pasarlo bien y mejorar. Pero ninguno de los tíos con los que me había acostado parecían interesados en mejorar. No querían aprender. Solo querían follar. Solo veían el sexo como algo donde... ganas. Como un deporte.

—¿Y...? —dice Suzanne.

—Pues que por eso ahora solo follo con mis amigos.

Me río.

Pero es cierto. Me he dado cuenta, así, de repente, de que ya no quiero ir follando por ahí. No quiero seguir experimentado sexualmente. Este experimento se ha terminado y la conclusión es que todo el mundo ha sido tremendamente... decepcionante. Me siento como George Harrison cuando fue a Haight-Ashbury, en el punto álgido del movimiento hippie, convencido de que allí conocería a infinidad de espíritus libres. Años después, explicó que esperaba encontrar a un montón de «hippies guays haciendo obras de arte y cuadros y esculturas en pequeños talleres», pero resultó que aquel barrio estaba lleno de marginados sociales, mugrientos y drogados, y se llevó un chasco enorme. A mí me ha pasado lo mismo con los candidatos sexuales de Londres. He intentado tener rollos de una noche de un nivel de campeonato (he llevado mi juego vaginal hasta un buen nivel, en serio) y ellos han llegado al campo arrastrándose, tarde, con la ropa sucia y se han limitado a mover un poco las bolas. No ha habido ni la más mínima profesionalidad en sus polvos. Han sido unos putos aficionados. He intentado impresionarles, pero a mí nadie ha intentado impresionarme. Han desperdiciado todo mi esplendor sexual.

Le cuento todo esto a Suzanne. Se ríe.

—Así, ¿qué? ¿A qué conclusión has llegado? —me pregunta—. ¿Qué es lo que de verdad quieres? ¿Cuál es tu sueño sexual?

Reflexiono.

—John Kite.

Suzanne da un chillido.

—¡Lo sabía! ¡Te gusta John Kite!

—No —la corrijo—. No me gusta: lo amo.

¡Nunca había dicho esas palabras en voz alta! Es increíble. Y suena ridículo.

—Desde hace tres años —añado—. Y con toda mi alma. —Ahora suena todo aún más ridículo. Pienso en cuando nos conocimos, en Dublín; nos pasamos doce horas hablando sin parar, armando jaleo en los pubs, hablando de cómo íbamos a cambiar el mundo. Sentados delante de la tele, gritando soluciones a los acertijos de *Countdown*. John amenazando con golpear al tío que me estaba molestando, John lanzándose al mar y luego durmiéndose con la cabeza en mi pecho, mientras yo escribía una redacción de tres mil palabras con la que esperaba reprogramar su corazón y hacer que se casara conmigo.

—Con él me siento normal —digo por fin.

Suzanne me mira. Soy consciente de que mi cara es La Cara del Amor: me arde. Debo de estar muy colorada y me duele de tanto sonreír. Suzanne sacude la cabeza.

—Dolly, no te compliques la vida. Tienes que volver y cortar con el pimpollo.

Cuando volví a casa esa noche, un poco borracha, encontré a Zee leyendo en el salón. Me estaba esperando. Se palpaba cierta incomodidad entre los dos: después de habernos acostado la noche anterior, no sabíamos cómo actuar. Me miró con los ojos muy abiertos, unos ojos que decían: «¿Qué pasa?»

—He preparado una lasaña —añadió, y me reí, obviamente, al acordarme del comentario de Suzanne, pero no se lo podía explicar.

—Me temo que estoy a punto de soltar esa frasecita: «Tenemos que hablar» —dije.

Fue horrible. Si desvirgas a uno de tus mejores amigos y al día siguiente le dices: «No deberíamos volver a hacerlo», es inevitable que os emocionéis.

En un momento dado, Zee se disculpó: «Lo siento. No debí hacerlo», y yo le grité: «¡Tú no hiciste nada malo!», y luego lo abracé, muy fuerte. Lloramos, los dos. Luego bromeamos: «Pero fue un polvo muy bonito. Te doy cinco estrellas, la puntuación máxima. ¡Eres un campeón!» Luego lloramos un poco más.

—Creo que me quedaré un tiempo en casa de mi madre —dijo Zee al final y se puso a recoger sus cosas—. Creo que es lo mejor. Si no, las cosas se podrían complicar. Adiós, Jo.

Y me besó en los labios por última vez.

Había tocado fondo. Siempre pensé que el sexo ampliaría mi mundo y resulta que lo ha hecho mucho más pequeño. John se ha ido al estudio. Zee ha vuelto a Birmingham con su madre. Yo aún tengo, teóricamente, a Krissi, pero procuro evitar sus llamadas, porque las cosas con mi padre se estaban complicando.

Ayer me llamó Krissi, chillando como un loco.

—¡El muy desgraciado nos ha pasado la tiña a todos!

—¡Dios mío! ¿Es una enfermedad de transmisión sexual?

—Joder, Johanna, ¡no! Es una infección micótica. Se contagia por las toallas mojadas. Ha infectado todas las toallas.

—¿Tienes gusanos? ¿Todos tenéis gusanos?

—No es ningún gusano, Johanna. Son hongos. Te salen círculos rojos que pican.

—¿Os han salido setas en la piel? ¡Dios mío!

—Tenemos que usar una puta crema y hervir todas nuestras toallas y parece que tenga la peste —se lamentó Krissi—. Jeffrey no quiere follar conmigo porque le da miedo contagiarse. ¡De una enfermedad de mi padre! No hay derecho. Te toca llevártelo a tu casa, Johanna. O te quedas la custodia o te llevo a juicio. Voy a sacarme la carrera de Derecho y te voy a demandar por mala hermana.

Cuelgo cuidadosamente. Ahora mismo no estoy como para adoptar a mi padre.

26

Así que entré en la Etapa Suzanne. Acababa de empezar la primavera, con todo el rollo ese de los narcisos, y Suzanne había terminado su álbum y había vuelto a entrar en mi vida con gran estrépito.

—Mira, me quedan unas semanas antes de ser famosa —me dijo, muy seria, un martes que se presentó en mi casa sin avisar—. Quiero disfrutar de mis últimas semanas de persona normal y tú has conseguido echar a todo el mundo de tu vida. Así que ahora vamos a divertirnos juntas, sin hacerle daño a nadie.

Y Suzanne sabía divertirse, vaya si sabía. Tenía un don. Me enseñó a jugar al «Polvobús», que consistía en lo siguiente: cuando subías al autobús, tenías que mirar a todos los pasajeros y decidir en qué orden follarías con ellos, si tuvieras que follar con ellos.

Había que hacerlo con discreción: señalabas a uno con la barbilla y te llevabas un dedo a la mejilla para indicar que ese sería el primero; luego señalabas al segundo y te llevabas dos dedos a la mejilla, y así sucesivamente.

También me enseñó a jugar al «Withnail», que se llamaba así en honor a la escena de la película en la que Withnail saca el cuerpo por la ventanilla de su coche y les grita «¡PELANDUSCAS!» a un grupo de colegialas.

—¡CÓSETE UNAS PIERNAS! —gritaba por la ventanilla de un taxi cuando pasábamos al lado de un tipo muy bajito.

—¡COGE UN TAXI! —gritaba al pasar por delante de una pija que iba haciendo footing.

Yo le descubrí el concepto del «Zumo de viaje», que consiste en que, cuando te desplazas a algún sitio donde vas a beber, como una fiesta, un concierto o un pub, te llevas tu «Zumo de viaje» para el camino: una botella reutilizable llena de vodka. Para «ahorrar tiempo». Ese era el mejor invento que Krissi y yo teníamos en Wolverhampton. Suzanne se apuntó al «Zumo de viaje» con desenvoltura. «¡Así el transporte público es mucho más soportable!», dijo en el piso de arriba del autobús de la línea 4, y, agradecida, dio un sorbo.

En las fiestas, Suzanne entraba como un vikingo, gritando «¡QUE EMPIECE LA JUERGA!», y siempre se peleaba con alguien de otro grupo porque consideraba que no la había tratado con suficiente respeto.

Por la mañana, nos despertábamos todos en su casa y Suzanne entraba tambaleándose en el salón con un kimono de seda, con una resaca del quince y, agitando una mano, decía: «Julia, envíales las disculpas habituales a los de siempre.»

Suzanne estaba en fase maniaca: grabar el álbum con unos plazos tan exigentes la había... revolucionado por dentro y ya no podía parar.

—Tengo la sensación de que me está creciendo un trozo nuevo de cerebro —solía decir—. Noto exactamente dónde. Aquí. —Y me hacía tocarle la parte de la cabeza donde creía que eso estaba sucediendo. Yo con los dedos no notaba nada, pero veía el brillo de sus ojos y a veces me asustaba.

—Dentro de poco me conocerá todo el mundo —me dijo un día, feliz, mientras se comía unas tostadas en una cafetería—. Cuando entre en un sitio, el ambiente cambiará. Me pregunto cuándo veré a la primera chica que vista como yo. ¿Cuánto tardará en pasar eso?

Hiciésemos lo que hiciésemos durante el día (ir a buscar botas a Camden Market; al British Museum, a enumerar los objetos que más nos gustaría robar; al refugio para animales Battersea Dogs & Cats, a elegir nuestro gato favorito), las noches siempre acababan igual: Suzanne, borracha, en mi casa o en la suya, golpeando la mesa con la palma de las manos y gritando: «¡Está a punto de llegar la revolución! ¡Ya verás cuando oigas el álbum! ¡El mundo va a cambiar!»

Y, en medio de todo eso, Suzanne hizo algo inesperado: descubrió que yo tenía un cuerpo.

Os explicaré cómo me sentía yo respecto a mí misma a principios de la primavera de 1995. Estaba bastante contenta con mi cara y me gustaba lo pálida y redonda que era; cuando me aplicaba delineador de ojos, creía hallarme ante el cuadro de una chica con la que había soñado y a la que me había inventado. Suzanne era una gran defensora del delineador de ojos. «Es el *look* de las chicas de clase trabajadora inteligentes», decía con aprobación mientras yo me dibujaba unas gruesas y negras alas en los párpados. «Es atrevido, es barato y le dice a la gente que te mire a los ojos, porque allí es donde pasa todo.»

También me encantaba mi pelo. Por fin había aprendido a cardármelo y formar con él una masa enorme y caótica. A Suzanne eso también le gustaba. «Una buena melena es un accesorio que nunca puedes perder», me dijo mientras me rociaba con su Chanel Nº 5. «A menos que se te desprenda la cabeza en el asiento trasero de un taxi.»

Así que, de cuello para arriba, me gustaba bastante. Allí era donde vivían mi pelo, mi boca, mis ojos y mi cerebro. Era donde estaba todo lo bueno.

Pero de cuello para abajo... ¡Ay! De cuello para abajo, todo era penoso. Jamás mencionaba mi cuerpo en una conversación, ni siquiera los hombros o los huesos.

Mencionaba mi vagina, por supuesto, porque eso sí tiene valor. Los hombres quieren tener relaciones sexuales con vaginas: se pasan la vida recordándonoslo. Hasta llaman a las mujeres simplemente «vaginas». «Mira cuántos chochos», dicen cuando tienen ante ellos a cientos de mujeres enteras, porque ellos solo ven el agujero. De modo que yo sabía que mi vagina era un tema candente y la mencionaba a menudo.

Pero el resto de mi cuerpo... no tenía ningún valor en el mundo exterior. Eso lo tenía muy claro.

Me producía un desánimo tan profundo que no podía ni reconocerlo, porque la pena que siente una chica adolescente que no es esbelta, ni sexy, ni guapa es tan intensa, tan completamente lo contrario de lo que debería sentir una chica adolescente, que no podía ni acercarme. Si lo hubiera confesado, me habría sentido vencida al instante. Eso habría significado admitir, por fin, que no soy como debería ser; que no he conseguido ser lo que hay que ser a los diecinueve años: hay que tener unas extremidades estilizadas y una cintura de avispa y hay que vivir en pantalón corto y tops que dejan el ombligo al aire. Así es como son las adolescentes que salen en la tele, las chicas californianas que pueden ponerse cualquier cosa, hacer lo que quieran e ir a cualquier sitio con esos cuerpos tan correctos que tienen.

Yo tenía que odiar a esas chicas. A las chicas gordas nos corresponde odiar a las delgaditas; las flacas son nuestro enemigo. Esa es la ley, basada en la creencia de que, como ellas están delgadas, yo tengo que estar gorda. Funciona así, qué le vamos a hacer. Todos los cuerpos de mujer están vinculados y, si las flacas pueden ir a patinar con falditas de volantes, es porque yo llevo todo su peso por ellas bajo este vestido enorme y no voy a patinar.

En mi encarnación actual, yo llevaba encima la gordura de muchas mujeres. Era mi deber. Mi destino. Me había correspondido cargar con ella como castigo por alguna transgresión que no entendía. Mi gordura era mi karma.

Y, paradójicamente, dado su tamaño, mi cuerpo vivía en un mundo muy pequeño. Podía sentarse y escribir, podía sentarse y beber, podía sentarse y fumar, podía follar y podía dormir. Y basta. Ese era su mundo. Era como una mascota desgraciada que nunca salía de casa. Y como no podía pensar en ello, ni reconocerlo (como podía hablar sin parar durante mil horas sin mencionar mi cuerpo ni una sola vez), no podía hacer nada para cambiarlo. Para resolver un problema, lo primero que hay que hacer es nombrarlo. Y yo no mencionaba mi problema, porque no tenía ni tiempo ni ganas de sentir vergüenza y pasarme mil años llorando. Así que la situación no cambió. Si no admites que estás gorda (seria, aterrada, orgullosa o desesperada), no puedes dejar de estar gorda. Como yo no decía nada, no podía transformarme. Estaba clavada. Solo había pensado en una forma de salir de allí. Solo una. Todos los días, cuando me desnudaba y me metía en la bañera de agua caliente, me miraba los blandos michelines (la barriga flotante, los muslos sin separación) y soñaba despierta que sufría un accidente de tráfico gravísimo y que mi cuerpo quedaba completamente destrozado. Y que, cuando por fin despertaba del coma, los cirujanos de la Seguridad Social lo habían reparado todo y habían eliminado toda la grasa y la piel sobrantes y yo volvía a nacer convertida en una chica delgada. Pesaba cincuenta y siete kilos, tenía una serie de pulcras líneas de puntos de sutura y por fin podía empezar mi vida de chica adolescente normal. Me habían reconstruido. Las autoridades habían tomado las riendas y habían solucionado el problema por mí. Pero nunca le contaba ese sueño a nadie. Nunca le decía nada a nadie sobre mi cuerpo. Era demasiado orgullosa. Tenía demasiado miedo. Estaba atrapada en una negación rígida y absoluta.

Y la gente notaba algo raro y nunca mencionaba mi cuerpo. Es increíble lo fácil que resulta no hacer ningún comentario sobre los noventa kilos de una chica si la chica en cuestión te mira como advirtiéndote que, si se te ocurre hacer algún comentario, el universo explotará inmediatamente.

Total, que mi cuerpo era invisible y no se hablaba de él. Era como si no existiera.

Y, de repente, Suzanne entró en ese silencio que yo creía que iba a durar toda la vida.

—Te gusta mucho bailar, ¿no? —me dijo una mañana. Estábamos en su casa. Se suponía que era un «Miércoles, laborable»: yo escribía mi columna mientras ella escribía su manifiesto, pero, como solía pasar, habíamos preparado té y nos habíamos puesto a charlar y ya nos habíamos zampado tres horas.

—¿Bailar?

—Sí. Siempre que te emborrachas en mi casa, bailas.

Yo no supe qué contestarle.

—En cuanto ponga Madonna, empiezas a bailar como una loca. Pareces una bailarina de estriptis profesional. El martes pasado te follabas a mi sofá.

Dios mío. No.

—Uf... Lo siento.

—¿Que lo sientes? ¿CÓMO QUE LO SIENTES? ¡Pero por favor! ¡Que alguien haga algo con esta chica! Me encanta verte bailar, Wilde. Dime, ¿por qué te gusta tanto bailar?

¡PROFUNDICEMOS EN EL TEMA!

Vi que la conversación era un poco peligrosa, porque trataba sobre mi cuerpo y me preocupaba hacia dónde pudiera llevarnos. No quería llorar delante de Suzanne.

—¿Porque solo cuando bailo me siento tan libre? —me aventuré.

Ante la duda, citar a Madonna.

—¿Sabes qué creo que te gustaría? —En anteriores ocasiones, cuando ha hecho esa pregunta («¿Sabes qué creo que te gustaría?»), sus respuestas siempre han sido muy variadas: «Barcelona», «chuparle el chocho a una tía», «el *steak tartare*» o «Jean Paul Sartre», así que no tenía ni idea de con qué me iba a salir.

—La adrenalina —dijo Suzanne—. Creo que te encantaría la adrenalina.

Antes de que a mí se me ocurriera algo que decir, me cogió una mano y dijo:

—Vamos a buscar un poco. —Y me sacó de casa.

—¿Adrenalina? —dije yo apretando el paso para alcanzarla; Suzanne caminaba muy deprisa por Kentish Town High Road hacia Parliament Hill Fields. Yo sabía cómo funcionaba mi amiga y supuse que íbamos a casa de su camello.

—¿De dónde vamos a sacar adrenalina? —le pregunté—. ¿Conoces a alguien que la venda? ¿Cuánto vale? ¿Coloca mucho? Ya sabes que no me gustan las drogas que te hacen alucinar. Es mi línea roja.

—No vamos a comprarla, vamos a fabricarla —me dijo antes de empezar a subir por la empinada y frondosa Swain's Lane.

Después miré en varios planos y mapas, pero, curiosamente, en ninguno mencionaban que Swain's Lane es la cuesta más empinada del mundo, pero lo es, os lo aseguro. Al cabo de cuatro minutos, estaba hecha polvo e hiperventilando. Me paré, como una mula, y tiré de Suzanne. Ella se soltó.

—Necesito... descansar... —dije apoyándome en una pared.

Me dolía la garganta. ¿Por qué me dolía la garganta? Lo único que se me ocurría era que mi cuerpo, que ya había utilizado y agotado todos los músculos de mis piernas, mi torso y mis brazos, estaba intentando utilizar mi cuello para escalar aquel puto Eiger.

—Cuando llegues arriba te puedes fumar un piti —me tentó Suzanne. Me cogió una mano y volvió a tirar de mí.

Al final iba a un paso tan lento y agonizante y la humillación que sentía era tan obvia que Suzanne se adelantó y me dejó detrás, con todos los músculos de mi cuerpo echando humo pero igual de patéticamente lenta y blandengue.

Cuando conseguí llegar arriba, vi que mi amiga había entrado en Waterlow Park y estaba esperándome en un banco.

—Tumbate ahí —me dijo señalando el suelo. Me envolví con el abrigo de piel de leopardo, me tumbé y me quedé mirando el cielo y respirando como una locomotora asmática.

—¿Y? —dije.

—Espera.

Estaba allí tumbada y, de repente, noté una especie de chorro helado en el vientre que se

extendió por todo mi cuerpo. Noté la cabeza como si acabara de meterla bajo un grifo de agua fría un día de mucho calor: despejada, casi vacía. Como si de un solo golpe hubiesen retirado de ella varias décadas de trastos acumulados.

Me incorporé para contárselo a Suzanne y entonces me di cuenta de que no me costaba nada moverme. Me pareció que mi cuerpo pesaba veinticinco kilos menos.

¡No me costaba moverme! Era una sensación que nunca había experimentado. Agité los brazos, pletórica, aquello era flipante. ¡De pronto molaba un montón tener brazos! Aquellos brazos eran una fuente de intenso placer.

Suzanne me miró.

—Eso es la adrenalina —dijo—. Has engañado a tu cuerpo para que se inunde de adrenalina. Acabas de pillar un colocón monumental y, encima, gratis. De nada.

—Hostia —dije. Y a continuación—: Ahora tengo ganas de cagar.

—Así me gusta —dijo Suzanne con orgullo.

Después del Día de la Adrenalina, que es como yo lo llamaba, Suzanne me obligaba, con regularidad, a cumplir objetivos cada vez más ambiciosos.

—Yo soy el camello —me decía, supercontenta, y me paseaba como si yo fuese un perro: por Hampstead Heath; de Camden al Soho; por el río, hasta Hammersmith... Y se alegraba mucho cada vez que, de repente, cuando llevábamos veinte minutos fuera, me enderezaba y gritaba: «¡La siento! ¡Me está viniendo!»

Esa primavera que nos pasamos paseando y charlando, percibí un cambio gradual en mi cabeza. Poco a poco empezó a gustarme mi cuerpo. Un poco. Solo un poco. Después de un largo día, me tumbaba en la cama y sentía algo completamente nuevo: un agotamiento físico total. Y era alucinante. Mis piernas estaban radiantes por efecto del dolor provocado por el esfuerzo. En la bañera, me miraba las piernas y sentía cariño por ellas, por el gran trabajo que habían hecho.

—Estoy orgullosa de vosotras, amigas —les decía dándoles palmaditas como si fuesen un caballo—. ¡Os felicito!

Le conté a Suzanne lo de las palmaditas. Lo del cariño. Le conté que había dejado de describir mi cuerpo como «el problema».

—El cuerpo es algo que nunca habría que describir —me dijo con firmeza—. Con eso no se consigue nada bueno. El cuerpo es una cosa que tiene que cumplir una función y punto.

Para mí era completamente nuevo mirarme el cuerpo y no verlo como un problema (algo vergonzoso que había que tapar e ignorar, como la estatua de un dictador caído en desgracia que le ha fallado a su pueblo), sino como una fuente de satisfacción. Una nueva cosa que hacer. Un mundo nuevo que empezaba allí mismo, debajo de mi cuello. De pronto me interesaba muchísimo a mí misma. Me interesaba a mí misma haciendo cosas. Me daban ganas de entrar desnuda en un sitio, señalarme el trasero y gritar: «¡Eh, mirad! ¡Aquí tengo un músculo! ¡Hace un mes no existía, pero ahora me puede llevar a pie desde Victoria hasta Richmond Park! ¡Soy la madre de los músculos de este trasero! ¡Los he creado yo! Ya sé que no podéis verlos, porque todavía estoy lujosamente acolchada, pero ¡apretad, apretad! ¡Tocadlos! ¡Tocad estos pistones secretos que estoy construyendo!»

El primer día verdaderamente caluroso de la primavera, a principios de abril, cuando yo me encontraba en pleno renacimiento físico, Suzanne se presentó en mi casa con un bañador años

cincuenta, de rayas marineras y lleno de alegres lazos y volantes, y me dijo:

—Hoy vamos a subir un escalón más. Vas a ser los zapatos de Kate Bush.

Me quedé mirándola sin comprender, así que me explicó:

—¡Te voy a tirar a un lago!

Fuimos en autobús a Hampstead Heath y Suzanne me llevó por un sendero entre la hierba hasta el lago para mujeres.

—No me gusta bañarme en sitios donde no se ve el fondo. No me gusta pensar lo que puede haber —gimoteé en la caseta donde nos metimos para ponernos los trajes de baño—. Podría haber peces. O anguilas. Podrían meterse dentro de mí. Te juro por Dios que, si me roza algo, gritaré.

—Según los arquetipos junguianos, el agua es tu subconsciente —dijo Suzanne subiéndose los tirantes de los hombros—. Lo que pasa es que te da miedo tu subconsciente. Todo lo que reprimes.

—Pues mira, si tengo anguilas en el subconsciente, sí, me dan mucho miedo —dije, temblando—. No quiero anguilas en mi cabeza. Por supuesto que voy a reprimirlas. ¿A quién se le ocurriría no reprimir las anguilas?

Nos subimos al pontón y contemplamos el lago desde allí. El agua estaba oscura, ligeramente verdosa, como el fertilizante líquido o la sopa de ortigas. Habría tres o cuatro mujeres en el agua, con unos gorros de baño fabulosos. Parecían doctas juezas del Tribunal Supremo. Aquel parecía el lago de las matriarcas.

Suzanne me cogió la mano.

—Mi consejo para la primera vez que te bañas aquí es que entres poco a poco para aclimatarte a la temperatura del agua —dijo antes de dirigirse hacia la escalerilla apretándome fuertemente la mano. Me miró un momento y, entonces, saltó y tiró de mí.

Cuando saqué la cabeza del agua, tosiendo y jadeando por el frío, tenía la cara de Suzanne a mi lado, radiante de alegría.

—Pero así es más divertido, ¿verdad que sí?

El frío era como una quemadura eléctrica, un extremismo transformador. Yo nunca había sentido un frío como aquel: un frío tan frío que parecía que tuviese vida propia.

—¡Nada! —me ordenó Suzanne, y se puso a nadar—. ¡Necesitas generar calor! ¡Si no, sufrirás un *shock* hipotérmico!

La obedecí. Me costaba respirar, porque el frío me aporreaba los pulmones y los estrujaba hasta reducirlos a unas cápsulas diminutas. Después de treinta segundos de crol salvaje, empecé a notar que se formaba una membrana cálida y fosforescente sobre mí, parecida al resplandor de los anuncios de cereales Ready Brek. Estaba flipando por todo lo alto. Tenía un auténtico colocón.

—Increíble, ¿a que sí? —dijo Suzanne mirándome por encima del hombro y comprobando que yo estaba completamente eufórica.

—¡Es como un colocón! —dije, quizá innecesariamente. Me relajé y me puse a nadar a braza. El agua parecía un océano de lubricante caliente.

—Conozco a un exheroínómano que dice que nadar en agua fría coloca tanto como el caballo —dijo. Suzanne se dio la vuelta y se quedó flotando boca arriba, contemplando el cielo. Una garza real pasó rozando el agua.

—Esto es mejor que pillar una *cogarza* —dije. En mi estado de expansión sensorial, creí que aquel era el mejor chiste que jamás había hecho. Suzanne lo ignoró.

Braceé lentamente por todo el perímetro del lago, cerca de los nenúfares y de las ramas de los

árboles que acariciaban la superficie del agua, mientras Suzanne recorría el centro del lago en ambas direcciones nadando de espaldas.

—¡Eres una escritora fabulosa! —me gritó—. Siempre merodeando por los márgenes, observándolo todo.

—Y tú eres una cantante fabulosa —le grité yo—. Justo en el medio, obligando a los demás a nadar alrededor de ti.

—Cómo lo sabes, nena —dijo y pasó nadando a mi lado.

—¿Cómo has descubierto... el deporte? —le pregunté más tarde, tumbadas en la pradera. Nos habíamos secado y vestido y estábamos descansando en la hierba primaveral, escuchando el canto de los pájaros.

Parecía una pregunta estúpida, pero estaba tan relajada después del baño que, por lo visto, había regresado a la infancia.

—La actividad física, vaya.

No conocía a nadie que subiera cuevas empinadas ni nadara en lagos helados. Con excepción de los festivales, la industria musical siempre desarrollaba su actividad en interiores. Todos vivían como vampiros indolentes.

—En el colegio, chica. —Suzanne se echó el abrigo de piel sobre los hombros y encendió un cigarrillo—. Mete a una chica gorda pero competitiva cinco años en un internado y saldrá convertida en capitana del equipo de *lacrosse*, del de *cross* y del de natación. Ah, y sé bisexual.

—¿Fuiste a un internado? —le pregunté, asombrada. Nunca había conocido a nadie que hubiese ido a un internado. La verdad es que ni siquiera estaba segura de que todavía existiesen. Había leído sobre ellos en las novelas de Enid Blyton, pero daba por hecho que habían desaparecido, como los muñecos negros de trapo, los gitanos y la limonada envasada en botellas de piedra.

De repente, Suzanne se puso un poco esquiva.

—Sí, fui a un internado —dijo; se dio la vuelta, se puso boca abajo y me lanzó una mirada torva—. Oye, no se lo puedes contar a nadie, ¿vale? Sería muy perjudicial para el negocio. No quiero tirarme cuatro años aguantando que algún imbécil de *Melody Maker* me pregunte si mis padres tenían sirvientes.

—¿Teníais sirvientes?

—No se llaman sirvientes, nena —me corrigió.

—Pues ¿cómo se llaman? ¿Esclavos?

—¡Son empleados! ¡Es un trabajo como cualquier otro!

Aquello era muy raro. Antes de convertirme en escritora, me había planteado muy en serio dedicarme al trabajo doméstico. Parecía uno de los empleos más viables para una chica de un barrio de viviendas protegidas que creía que le quedaría bien una cofía. Iba a la biblioteca y leía la sección de anuncios de *The Lady*: «Familia de Hampshire busca empleada del hogar alegre y trabajadora. Habitación propia. 100 £ por semana.»

Me había leído *Jane Eyre* nueve veces; convertirme en la gobernanta del propietario de un castillo, un tipo sexy pero reprimido, figuraba en mis «futuros posibles para una chica de clase trabajadora». Pero Suzanne... Suzanne había sido de esas personas que habrían podido contratarme.

—¿Cómo era? —le pregunté—. ¿Llevabais uniforme? ¿Te llamaban «señorita»? ¿Hacíais reverencias? ¿Dormíais juntas?

Suzanne suspiró.

—Mira, no puedes contárselo a nadie, ¿vale? Va muy en serio. Todo lo que te diga tiene que quedar entre nosotras dos.

Y entonces me contó qué significa crecer en el seno de una familia rica. Su padre viajaba mucho por negocios («Se dedica a los supermercados», dijo sin especificar más) y su madre estaba «completamente obsesionada con él, hasta el punto de no soportar estar lejos de él», así siempre lo acompañaba en sus viajes. Cuando Suzanne cumplió once años, no tuvieron más remedio que matricularla en un internado para darle un poco de «estabilidad».

—Hasta entonces había pasado por seis colegios en seis años —me explicó—, así que me gustó bastante quedarme más de un año en el mismo sitio.

Esa infancia ambulante explica muchas cosas sobre Suzanne: su costumbre de entrar en un sitio que no conoce, lleno de gente a la que no conoce y meterse en cualquier conversación como si llevara horas allí, por ejemplo. Supongo que, cuando era pequeña, debía de tener una sensación parecida: se la llevaban de un sitio y la metían en otro y tenía que adaptarse como fuera.

—Siempre he pensado que los internados son una salvajada —le dije mientras ella me tapaba con la mitad de su abrigo para que dejara de temblar—. La gente se cree que son algo normal o deseable, porque es algo que hacen los ricos. Si la clase obrera mandara a sus hijos lejos y los internara, los Servicios Sociales los cerrarían. No durarían ni una semana.

—Pues a mí me gustó bastante, la verdad —dijo Suzanne—. Bueno, me escapaba a menudo, porque me aburría, pero nunca me sentí sola. Y antes del internado me había sentido muy sola.

Me contó que, cuando sus padres viajaban con ella, no modificaban su estilo de vida y una de las cosas que les encantaba era ir a la ópera.

—Me dejaban en la *suite* presidencial del Hilton, por ejemplo, y le encargaban al chófer que me vigilase —continuó mirándome los pies, que se me habían puesto un poco azules por el frío.

—¿Llevaba gorra de chófer?

—Sí, llevaba gorra de chófer. —Suzanne encontró muy divertida mi pregunta.

En el hotel, Suzanne leía o veía películas antiguas, mientras el chófer, sentado en una butaca, se moría de aburrimiento. Me la imagino: una niña pequeña con la nariz pegada al cristal de un ventanal enorme con vistas a Tokio o a Manhattan.

Pensé en cómo había sido mi infancia: desordenada, histérica y repleta de olores repugnantes, pero nunca me había sentido sola. Siempre había alguien sobre quien me podía tumbar, con quien me podía pelear, meter en la bañera o trepar a un árbol. Siempre había alguien dispuesto a mirarte a los ojos y reaccionar a lo que hicieras.

Mi padre, en sus diatribas sobre la lucha de clases («Son unos gilipollas, Johanna. ¡Unos parásitos!») nunca me había advertido que algún día quizá conociese a alguien rico que me inspirase lástima.

—¡No sientas lástima por mí! —gritó Suzanne cuando puse cara de pena—. Tenía piscina, me cepillé a un conde y tenía acceso a toda la medicación de mi madre. No hay nada más maravilloso que tener quince años y estar flotando en una colchoneta inflable, en el jardín de tu casa, después de tomarte un valium. En verano invitaba a mis amigos y nos pasábamos el día tirados por el jardín, colocándonos con lo que tuviésemos a mano. Sé hacer submarinismo, esquí acuático y

montar a caballo. ¡Ni se te ocurra sentir lástima por mí!

Nos quedamos un rato más allí tumbadas, pensando en lo distintas que habían sido nuestras respectivas infancias. Al final, Suzanne se levantó.

—Vamos —me ordenó—. De tanto hablar de mi infancia me han entrado ganas de ir al restaurante favorito de papá.

La seguí sin decir ni pío por el prado. Todavía tenía el pelo mojado y me resbalaban gotas de agua por los hombros.

27

«El restaurante favorito de papá» resultó ser Scott's, en Mayfair. Habíamos vuelto a casa de Suzanne a cambiarnos: me prestó una elegante bata de seda, empeñada en que, si me la ponía con un cinturón, nadie se daría cuenta de que no era un vestido; ella se puso un vestido azul eléctrico y los zapatos planos de terciopelo rojo. Nada más poner un pie en Scott's (el portero saludó a Suzanne con una cabezada), comprendí que jamás había estado en un sitio tan pijo. Sentí, inmediatamente, que estaba en el lugar equivocado. Mi cuerpo era un coche de payasos y en cualquier momento se desmontaría en medio de fuertes bocinazos. Los manteles eran acolchados como edredones, los arreglos florales parecían de esos que ponen en las bodas y la gente se movía de una forma especial.

Los pijos tienen una forma de andar muy peculiar: caminan muy erguidos, con pasos largos que denotan seguridad en sí mismos; los ves y piensas que así es como se pasean por sus castillos. Para ir de una punta a otra del salón necesitan dar una serie de pasos; no como el resto de los mortales, que tenemos salones tan pequeños que nos basta con sentarnos en el sofá y cambiar los canales del televisor con un palo. Esa gente necesita las piernas de verdad. Quizá por eso las tienen tan delgadas.

Creo que la comida también contribuye a que estén delgados. Los ricos comen una comida diferente.

—Quiero algo consolador —declaró Suzanne... y pidió langosta.

Mi concepto de comida consoladora siempre había sido comida cremosa y con muchos carbohidratos: una fuente de puré de patata o de pasta. Cuando nos sirvieron la langosta (la primera que yo veía en mi vida), pensé que parecía una araña roja y enfadada con maracas en las patas. Un personaje salido de *Fantasia*. No entendía cómo a alguien podía parecerle «consoladora».

—Mmm, el sabor de mi infancia —dijo Suzanne, empuñando lo que parecía un instrumento de podólogo y aplastando con él las patas de aquella bestia.

A mí me había costado mucho pedir: había muchas cosas que ni siquiera sabía pronunciar. La carta parecía ejercer la doble función de Tamiz de Clase, porque estaba diseñada para identificar y descartar a la gente que no sabía decirle *tartar*, *carpaccio*, *focaccia*, *Béarnaise*, *turbot* o *bisque* al camarero. Además, las cifras que aparecían al lado de cada plato eran tan elevadas que no entendía qué podían significar. Por ejemplo: al lado del rodaballo estaba el número 24. ¿Qué quería decir? ¿Que te servían veinticuatro rodaballos? Tengo una ética profesional muy rígida cuando se trata de comer mucho (una de mis mayores habilidades es ignorar cuándo estoy llena), pero ni siquiera yo me sentía capaz de comerme veinticuatro rodaballos. Cuando caí en que el 24

se refería a las libras que costaba el plato, entré en una espiral de terror.

—Mira, Suzanne, no tengo mucha hambre. Creo que me comeré el pan y ya está.

En el pan ponía solo «2». ¡Dos libras! ¡Por el pan! Yo sabía hacer pan y sabía que un par de rebanadas no costaban más de un penique. ¿Sería pan mágico?

Sin embargo, para entonces Suzanne había pedido una botella de Chablis con toda naturalidad y, como no se me ocurría ninguna forma de explicarle que no podía permitirme pagar a medias aquella comida, me resigné, muy compungida, a firmar un cheque sin fondos que, cuando fuese devuelto, me costaría una multa de veinte libras. Me comí el pan tan despacio como pude para disfrutar al máximo de la guarnición más cara del mundo. Y cuando el *sommelier* nos sirvió el Chablis, no me corté y me lo bebí, ya que estaba pagando por mi mitad, aunque fuese contra mi voluntad.

—¡Oh, delicioso! —exclamó Suzanne tras dar el primer sorbo y, al deslizar la yema de un dedo por un lado de la copa, difuminó la película de condensación—. ¿Te gusta el Chablis?

—Sí, sí, mucho —contesté. La verdad es que lo encuentro amargo. Yo estaba acostumbrada a bebidas dulzanas, de críos: licor de melocotón, sidra con grosella, whisky con Coca-Cola... Eran bebidas deliciosas que te ponían de buen humor.

Pronto descubrí que el vino, y más si lo acompañabas solo con pan, era un tema más de drogata. Era como si te aporrearan: la mitad de tu cerebro echaba el cierre cuando solo ibas por la primera copa. Te hacía sentir... estúpida. Era como beberse una botella de estupidez líquida. La primera vez que me reí estando borracha de vino, me salió un extraño rebuzno que no había hecho jamás y era el mismo sonido que estaban haciendo otras personas que había allí y que también estaban borrachas.

«Dios mío —pensé mientras el *sommelier* me llenaba la copa otra vez y me la bebí con avidez—. Soy Pinocho. Estoy en la Isla de los Juegos. Me estoy convirtiendo en un asno.»

Resultó que ser un burro ebrio de vino es bastante divertido. Te vuelves líquida y borrosa; solo habían pasado veinte minutos y ya le había cogido la mano a Suzanne y le estaba diciendo lo maravillosa que era. Estaba desbordante de pasión. El vino había prendido todo en mí. El vino me hacía decir todo lo que yo nunca había pensado. Llenaba mi boca de palabras.

—Eres como... el ojo del huracán —le dije mientras le acariciaba los dedos y ella me sonreía encantada—. Cuando entras en un sitio, lo remueves y lo desordenas todo.

—Ya lo sé, cielo —me dijo ella, feliz—. Y tú también. Por eso te quiero tanto. ¿Sabías que eres mi inspiración? Eres mi musa. Este álbum huele a ti. ¿Sabes para quién lo escribí? Para ti. Cada vez que me quedaba atascada, escribía algo que pudiera imaginarme que a ti te gustaría bailar. Te adoro. ¡Eres mi musa!

No pasaba nada por hacer manitas con Suzanne en un restaurante, porque el vino reduce tu visión periférica y no ves a nadie más. Es como meterte en un reservado. Sentía como si la mirase con un telescopio puesto del revés: lo único que veía era su cara, el resto del mundo se alejaba flotando. De vez en cuando, veía que el *sommelier* me rellenaba la copa y que mi mano la cogía, pero Suzanne y yo nadábamos en nuestra pequeña piscina de vino, separadas de los demás por el frío cristal de la botella.

Cuando nos llevaron la segunda botella de vino (que no recuerdo haber pedido, pero que evidentemente pedimos), me levanté con mucho cuidado y le pregunté al camarero con mi voz más estable y correcta: «¿Dónde está la *toilette*?» Porque acababa de leer en *Class*, de Jilly Cooper, que así era como las clases altas llamaban a los lavabos y que, seguramente, si decías «lavabos»

te echarían de un restaurante como aquel.

Sentada en la *toilette* (que era exactamente igual que unos lavabos, la verdad), apoyé la cabeza en las rodillas.

—Joder, qué borracha estoy —me dije.

—Ya lo sé —contesté—. Por cómo has apoyado la cabeza en las rodillas.

—Este sitio es tan pijo —me susurré a mí misma— que me sorprende que no tengan manteles en el lavabo. Bueno, en la *toilette*.

Y entonces me reí un rato, porque tenía un sentido del humor increíble.

Estaba allí sentada, oscilando de un lado a otro y, de pronto, oí algo que me llamó la atención. Mi nombre. Alguien estaba diciendo mi nombre.

—Dolly Wilde —dijo una mujer—. ¿La has visto? En la mesa de al lado de la ventana. Es ella.

—¡Qué pasada, tía! —me dije en voz baja—. ¡Eres famosa! ¡Te reconocen en los restaurantes pijos! ¡Alguien admira los trabajos que publicas en *The Face*! Eres una escritora famosa, Dolly Wilde.

Y me quedé allí un rato, disfrutando de mi fama. Cosechando el éxito de tantos años de trabajo. Mis palabras me habían hecho famosa. Me sonreí a mí misma. Fueron treinta segundos maravillosos.

—¡Me felicito! —dije dándome unas palmaditas en las piernas.

—¿Crees que lo sabe? —le oí decir a una mujer.

—Ni idea —replicó la otra—. ¿Jockie lo ha visto?

—No, pero Phil sí. Dice que solo es... Bueno, dice que no sabía qué hacer. Los otros chicos se reían, pero ¿no te parece muy raro? ¿A quién se le ocurre invitar a casa a sus amigos y poner eso?

Aquello no me gustó nada. ¿De qué estaban hablando?

—¿Qué hacen los hombres en una situación así? ¿Están allí sentados, cada uno con su erección?

—Por lo visto es muy habitual. Al menos con el porno normal y corriente. Pero ¿te has enterado de lo peor?

—¡No! ¿Seguro que quiero saberlo?

—Es horrible. Por lo visto, ella no para de decir: «Fóllame más fuerte» pero con acento de Birmingham. No sé, a mí no me parece un acento muy pornográfico.

La otra mujer se rió y, entonces, mientras se lavaban las manos, las oí imitar una serie de acentos de las Midlands francamente ofensivos mientras hacían comentarios obscenos como «¡Métemela hasta el fondo!» o «¡Cómeme el chocho!» y seguían riéndose. «Están borrachas», pensé, horrorizada, con la cara ardiendo pegada a los fríos azulejos de la pared. «No distinguen el acento de Wolverhampton del de Birmingham.»

Y luego, cuando ya se iban:

—No es la única. Se ve que Jerry las colecciona. ¿Te has enterado de lo de Sara? Está cabreadísimo.

—Cabreadísimo.

Y se cerró la puerta.

Me quedé un rato allí, digiriendo todo lo que había oído. Me esforcé muchísimo (pero

muchísimo, como si de ello dependiera mi vida) en pensar qué otro significado podía tener aquel diálogo, pero siempre acababa en el mismo sitio, hasta que, tras describir círculos cada vez más pequeños y más dolorosamente certeros, llegué a esta conclusión: Jerry Sharp les había enseñado a sus amigos el vídeo en el que follaba conmigo.

Volví a la mesa y encontré a Suzanne en medio de una disputa con los comensales de la mesa de al lado.

—No, no nos importa que fuméis —decían ellos—. ¡Si nosotros también fumamos! — Señalaron su cenicero—. Lo que pasa es que vosotras, encantadoras jovencitas, fumáis tanto que no apreciamos a qué sabe nuestra comida, ¡ja, ja, ja!

Miré nuestro cenicero y la verdad es que llamaba la atención: una montaña de colillas con tres cigarrillos casi enteros clavados en lo alto; parecían aquellos soldados norteamericanos levantando la bandera en Iwo Jima.

—Ya he pagado, cielo —me dijo Suzanne—. Bueno, ha pagado papá. Lo he anotado en su cuenta. Brindemos por papá. —Alzó su copa y me miró—. Dios mío, ¿qué te pasa?

Me di cuenta de que estaba poniendo una cara rara: tenía la mandíbula inferior salida, porque me pareció que, si mantenía tensados los tendones que la conectaban con mis ojos, evitaría llorar.

—Acabo de recibir una mala noticia —dije señalando los lavabos.

—¡Oh, no! ¡Estás preñada!

—¡No! No, no. Bueno, sí, preñada... de horror. ¿Podemos irnos? —Me dolía la mandíbula de tanto tensarla.

Le pedimos las chaquetas al conserje y él nos las sujetó con mucha paciencia mientras nosotras, borrachas y hechas un lío, intentábamos meter cada brazo en la manga correcta.

—¡Menos mal que no tiene que ayudarnos a ponernos los pantalones! —dijo Suzanne, que había estado a punto de asestarle un puñetazo en el pecho con una mano descontrolada. El conserje miró al techo y se abstuvo de contestar.

Cuando salimos a la calle, Suzanne me cogió por las solapas de la chaqueta y me dijo:

—¿Qué?

Se lo conté. Tardé un buen rato, lloraba tanto que me dio hipo y las palabras me salían cortadas, como los espaguetis de los críos.

—¡Oh, nena! —dijo Suzanne cuando terminé y me abrazó muy fuerte—. Oh, mi nena. No pasa nada. Puedes llorar. Llorar, llora.

Me estrujó, yo intenté librarme de sus brazos.

—¡No! —dije—. ¡No estoy triste!

Suzanne me miró con cara de sorpresa.

—¿Cómo dices?

—¡No estoy triste! No estoy triste.

Porque lo que sentía era algo que no había sentido nunca. A lo largo de mis diecinueve años de vida, siempre que algo había salido mal, siempre que había pasado algo malo, me había puesto triste, había reprimido mis sentimientos o había intentado sobreponerme a ellos, como habría hecho Judy Garland en un musical.

Sin embargo, ese día, por primera vez, sentía otra cosa diferente, algo que hacía que me ardiera la cara y amenazaba con hacer explotar mi pecho, algo que me estaba provocando la

misma descarga de adrenalina que cuando Suzanne y yo subíamos a la cima de una colina altísima o saltábamos a las frías aguas de un lago. Una sensación abrumadora, nueva, terrible y alucinante.

—Estoy... enfadada —dije. Era la primera vez que lo decía—. Estoy ENFADADA. Lloro de lo enfadada que estoy.

Me señalé la cara.

—De enfadada —aclaré—. ENFADADA.

—¡Al bebé le han salido las Alitas de Enfadada! —gritó Suzanne y me abrazó otra vez—. Bienvenida al club, nena. Me alegro muchísimo por ti.

Sacó una cámara que llevaba en el bolso y me hizo una foto allí mismo, en la calle, llorando de rabia.

—Recordarás este momento toda tu vida —me dijo con cariño antes de guardarse la cámara—. El día en que, por fin, te permitiste estar enfadada. Te mandaré una copia cuando haya revelado el carrete. Cuéntame lo que piensas.

—Que me están castigando por follar, aunque yo no hice nada malo —dije mientras me sonaba la nariz con la manga—. No hice nada malo. Él quería sexo y yo le di sexo, que es lo que quieren los hombres. ¿A qué viene que ahora me haga esta putada?

—¡Claro, claro, claro! —Suzanne estiró un brazo para parar un taxi y me empujó hacia él—. Tienes toda la razón. Es lo que yo digo siempre: las mujeres tenemos que enfadarnos. Vamos a mi casa. Quiero convertir tu enfado en cólera. Y luego... ¡más allá, en asesinato!

En casa de Suzanne, Julia estaba en pijama delante del televisor mirando *Mastermind*. Llevaba la melena afro recogida en un turbante y unas gafas que le daban un aire de alguien que lo desapruaba todo automáticamente.

—Dolly está enfadada —anunció Suzanne. Soltó su bolso encima de la mesa y empezó a servir copas.

—¡Harold Wilson! —le gritó Julia al televisor y, luego, nos miró—. Joder, estáis las dos hechas unos zorros. ¿Qué ha pasado, han evacuado el centro de rehabilitación para alcohólicos?

—Cuéntaselo, Dolly —me ordenó Suzanne. Yo me dejé caer en el sofá.

Le conté a Julia toda la historia de Jerry, de cabo a rabo. Cuando iba por la mitad, por la primera mamada (abortada), ella también empezó a beber. «Perdón, pero sobria no puedo con esto.» Cuando llegué al final (después de que Julia me interrumpiera varias veces gritando «¡NO! ¡NO PUEDE SER!» y «¿MICHAEL STIPE?» y de que Suzanne protestara: «¡A MÍ ESA PARTE NO ME LA HAS CONTADO!»), Julia y Suzanne casi levitaban de indignación.

—Bueno, recapitulando —dijo Julia después de apurar su copa de vino tinto—: Mandas al tío a la mierda, él utiliza a Michael Stipe como arma para echar un polvo-venganza contigo, lo graba y ahora ¿se dedica a poner el vídeo en sus fiestas de pervertidos?

—Sí —dije haciendo una mueca de dolor—. Después de oír cómo lo resumes tú, ya entiendo por qué no he podido convertir esto en una anécdota divertida.

—¿Qué piensas hacer? —me preguntó Suzanne mientras le daba vueltas al encendedor.

Lo pensé. Llevaba media hora pensándolo.

—Bueno —empecé—. En *Lo que hizo Katy en la escuela*, la secuela menos conocida de *Lo que hizo Katy*, la señora Florence, la severa directora, acusa a nuestra heroína y exinvalida Katy Carr de coquetear con los chicos del internado vecino, a pesar de que la niña es completamente inocente. Y durante todo el trimestre la escuela y muchas compañeras de clase le hacen el vacío,

divulgan chismes sobre ella y la castigan, hasta que, al final, su bondad y su buen carácter los convencen a todos y le piden disculpas por haber dudado de ella. Katy sabe que no importa lo que los demás digan de ella, porque sabe que es buena persona. Sabe que los cotilleos pasarán, tarde o temprano. La rabia totalmente justificada y la indignación ante la injusticia son lo que la mantiene entera. Y yo voy a hacer lo mismo. Alimentada por mi rabia justificada, voy a superar esto con la cabeza bien alta y voy a capear la tormenta sin decir nada.

—¡Ese libro me encanta! —gritó Suzanne.

Y al mismo tiempo Julia dijo:

—Es una idea de mierda.

—¿Por qué es una idea de mierda? —pregunté.

—Porque Jerry no recibe ningún castigo y tú no tienes más remedio que sufrir y fortalecerte, y odio las historias donde la conclusión es que las mujeres tienen que sufrir y fortalecerse —me contestó Julia—. Esas son las peores historias.

Suzanne asintió con gesto sombrío.

—Tienes razón, pero es un buen libro, en serio.

—¡Cuando reciben las cajas por Navidad y están llenas de dulces y chucherías! —dije yo.

—¡Chucherías! —dijo Suzanne. Y al cabo de un momento añadió—: ¿Qué son chucherías?

—No lo sé —le contesté—. ¿Un tipo de galletas?

—Tiene que haber alguna otra forma de gestionar esto —dijo Julia, que estaba bastante más sobria que Suzanne y que yo—. Va, tenemos que preparar un plan, no podemos dejar que unas miserables chucherías nos arruinen.

Y nos pasamos dos horas hablando del tema y bebiendo vino cuando convenía, pero, al final, cuando Suzanne se tomó la pastilla y se quedó dormida en el suelo, boca arriba, yo seguía teniendo una única opción: ser fuerte y noble y superar aquello gracias a mi bondad y mi buen carácter. Es lo único que puede hacer una mujer y, por tanto, es el mejor plan.

28

Dos semanas más tarde, en la entrega de los NME Brat Awards, me di cuenta de que mi plan no podía funcionar.

Todo empezó bien. Tenía mi grupo, lo que siempre reconforta. The Branks habían terminado su álbum y el primer single («God Is A Girl», la canción que Suzanne nos había cantado en mi fiesta) ocupaba el puesto número duodécimo de las listas. Cada vez que alguien felicitaba a Suzanne, ella decía, casi ofendida: «Pero si ya sabíamos que iba a pasar, ¿no?» Ella nunca ha dudado que alcanzaría el estrellato.

Esa semana estaba en la portada de *NME* y eso la hacía increíblemente feliz. Antes de la ceremonia, cuando fui a recogerla a su casa, estaba emocionada como yo jamás la había visto, totalmente eufórica y subiéndose por las paredes.

—¡Acabo de TOMAR COCA! —dijo nada más entrar yo por la puerta. Su forma de consumir drogas me parecía entrañable. La gente normal era muy clandestina y misteriosa y se refería a eso con un código muy curioso basado en guiños y cabezadas. Suzanne se limitaba a gritar: «¡VOY A METERME UN POCO DE DROGA! ¿A ALGUIEN MÁS LE APETECE?» Eso ponía furiosos a los chicos que iban de guays. Casi todo lo que hacía Suzanne ponía furiosos a los chicos que iban de guays.

—¿Coca? Ah, ahora lo entiendo —dije y me fijé en que Suzanne abría y cerraba los puños tan deprisa que tenía los nudillos blancos.

—¡NO, NO! —me gritó—. ¡No lo has ENTENDIDO! Me la acaban de traer y, cuando el chico ha abierto la papela, ¡ERA YO!

Yo seguía sin entender, así que Suzanne me enseñó la papela de coca, ya vacía. Estaba hecha con la portada de *NME* y salía un trozo de su cara.

—¡SALGO EN UNA PAPELA DE COCA! —gritó—. ¡CUANDO PASA ESO, SIGNIFICA QUE LO HAS CONSEGUIDO!

—Cuando tengas la sobredosis y llegue la ambulancia, no te olvides de decirles que salías en la papela —dice Julia, sentada apaciblemente en el sofá y comiéndose un sándwich—. Que sepan que la sobredosis es de coca y de ego.

—Las ambulancias son para aficionados —dijo Suzanne alegremente.

Ahora que The Branks figuraban en las listas de éxitos, las habían invitado a los Brat Awards para animar un poco la fiesta. Suzanne enseguida se había hecho famosa por sus divertidas entrevistas. La semana anterior había aparecido en *The Word* y había repetido aquello que me había dicho a mí hacía unos meses, «Estamos en 1995. Todos somos bisexuales pasadas las once de la noche», y había besado a una chica que estaba en la primera fila del público. Y en su

primera entrevista en *D&ME* había acabado borracha y drogada en el pub, con Rob, charlando con una chica de la mesa de al lado, con la que se había empeñado en hacer un intercambio: se quitó la camiseta, le quitó la suya a la chica y se las cambiaron.

—Ahora perteneces a The Branks —dijo riendo a carcajadas. El titular rezaba: «High. Street. Branks.»

En otra entrevista le había pegado un puñetazo al periodista que la había llamado «la clásica feminista rabiosa» y le había gritado: «Cómprate una vagina, Richard», aunque creo que eso ni siquiera merece la pena mencionarlo.

El taxi nos deja en el local, en Camden; una alfombra roja conduce hasta la puerta.

—¡Dios, Dios! ¡Vamos a posar! —dice Suzanne, eufórica, y nos arrastra a Julia y a mí por la alfombra roja, como Cruella de Vil arrastrando su estola de piel de dálmata en *101 dálmatas*. Está claro que nosotras solo somos «accesorios vivientes».

Como era de esperar, Julia no tiene ningunas ganas de montar el numerito en la alfombra roja. Lleva un mono de trabajo plateado con las perneras cortadas, leggins y botas de peón y, colgado del hombro, un bolso lleno de botellas de sidra. «El champán me produce gases —nos ha explicado cuando las metía en el bolso, antes de salir—. Y además, seamos sinceras: sabe a pis.»

La veo muy angustiada en la alfombra roja. Mientras nos hacen fotos, Julia saca su primera lata de sidra y bebe un trago mientras los fotógrafos disparan sin parar.

—A tomar por culo —dice al cabo de un momento, mientras Suzanne sigue posando, feliz—. No me pagan por quedarme aquí plantada poniendo cara de sorpresa.

Se suelta de Suzanne y me suelta a mí; Suzanne se alegra, porque así puede empezar a hacer posturas raras con los brazos.

—Vamos adentro —dice Julia dirigiéndose ya hacia la entrada—. Me he equivocado de leggins. El tiro se me baja todo el rato, necesito subírmelos.

Se da la vuelta y, justo entonces, oigo una voz que grita:

—¡Eh! ¡Dolly!

Me doy la vuelta y veo a alguien a quien reconozco vagamente de *Loaded*, la serie de televisión. Empiezo a saludarlo con la mano y, entonces, él, con malicia, dice:

—¿Dónde está Jerry?

Horrorizada, miro a Julia.

—¿Todavía te folla por detrás? —continúa con un falso tonito informal. Por primera vez en la vida, me cuesta respirar. La brutalidad de la pregunta, a plena luz del día, sobria, es espantosa. Me ha visto con mis amigas, sonriente, con mi elegante vestido (una chica normal y corriente pasándoselo en grande), me ha imaginado follando y le han entrado ganas de hacerme daño. De aplastarme. De cubrirme del pegajoso alquitrán de la vergüenza. Así funciona su mente. Así es como me ha procesado. Esto es lo que ha necesitado hacerme cuando me ha visto pasar a su lado. El odio es crudo, inexplicable y brutal.

—¡Está muy ocupado chingando con tu puta madre, cabrón! —le grita Suzanne sin dejar de posar—. Vámonos. Ni puto caso.

Todavía estoy temblando cuando me rodea con un brazo y me lleva hacia la puerta.

Es una ceremonia de entrega de premios estándar: mesas, sillas, un escenario. Y, ahora, yo,

que irrumpo como un vendaval.

—Estoy bien —digo cuando Julia y Suzanne se apiñan a mi alrededor, como animales del bosque alrededor de otro animal del bosque al que acaban de disparar en la cara—. Solo es un chisme, ya se olvidarán. No me importa lo que piense la gente.

—Lo que los demás piensan de ti no es asunto tuyo —aporta Julia—. Eso me lo dijo una *drag queen* que se llama Sarah Coño.

Me siento, muy tiesa y muy seria, a nuestra mesa y Julia me da una lata de sidra. Estoy ardiendo de nobleza. Soy la vela que le enciendes a una mártir. Estoy dispuesta a ser mejor que todas las personas que están en este local.

—En circunstancias normales, jamás compartiría mi sidra —dice Julia—, pero tú... tú te lo has ganado.

La ceremonia de hoy la presenta otro cómico del rock 'n' roll, de los que actualmente hay exceso en Londres: Tim Brazier, que también tienen mucho material sobre lo que le gustan los grupos musicales guays y sobre sus fracasos con las novias.

—¿Qué pasa, que hay una fábrica donde hacen mamones de estos? —pregunta Suzanne en cuanto Tim inicia su monólogo, en el que explica que hace poco quedó con una chica sexy y guapa, pero a la que le gustaba Madonna y que, además, creía que Black Francis de los Pixies se llamaba «Fat Francis», así que tuvo que dejarla.

—No confíes nunca en un hombre al que no le gusta la música pop —dice Julia antes de encenderse un cigarrillo—. Porque seguro que es un muermo.

Hay un ambiente muy machirulo y farlopero.

—De cada dos, uno no está tan mal —dice Suzanne de los chistes de Tim. Acaba de hacerse otra raya debajo de la mesa, después de anunciarnos a todos: «¡Creo que ya toca drogarse otra vez!»

Intenta persuadirme para que esnife un poco.

—Tienes que pensar que es como priva en polvo —dice pasándome una papela—. Como en la guerra, ¿sabes? Huevos en polvo, priva en polvo. La diferencia es que no tienes que ir a mear cada media hora.

—Es una recomendación interesante —le digo antes de devolverle la papela— y estoy segura de que, según eso que dices, podrías vendérsela a los ancianos, a los incontinentes y seguramente a los militares, pero a mí no me va.

—¿Qué es lo que a ti no te va, nena? —pregunta una voz detrás de mí.

Me doy la vuelta. Es John.

—¡Pero si estás aquí! —grito. Me levanto y lo abrazo.

Lo miro de arriba abajo esperando ver a la piltrafa triste de ojos hinchados de la que me despedí en Eastbourne, pero es evidente que estar encerrado en un estudio de Gales, grabando, le ha sentado bien. Ya no tiene los ojos de Sauron, ha adelgazado unos seis kilos y ya no adopta la postura propia de una víctima, sino de alguien que está a punto de ponerse a bailar.

—Has vuelto —le digo, emocionada e impresionada de lo buenorro que está. Esta noche está nominado para los premios al mejor Álbum del Año, mejor Single del Año y mejor Artista solitario del Año. Mañana inicia la gira por Estados Unidos.

—Llevo un rato practicando mi cara de perdedor elegante, para cuando me ganen Blur, Oasis y

Paul Weller —dice antes de encenderse un cigarrillo—. Me han chivado que Kurt Cobain gana en una categoría.

—¿En cuál? —le pregunto.

—Putada del Año.

—¿Han descrito el suicidio de Kurt Cobain como la «Putada del Año»? —le pregunto—. ¿Que se volara los sesos con una escopeta fue... una putada?

—Al final, será esto lo que acabará con el britpop —dice Suzanne, pesimista—. La incapacidad de procesar ni expresar ninguna emoción más compleja que un «¡Hola, caracola! ¡Qué tetas más monas! ¡Putada!».

—Creo recordar —dice John— que en 1989, en la Encuesta de Fin de Año del Reading Festival, la caída del muro de Berlín se coló en el puesto número uno.

Se encoge de hombros.

—En muchos sentidos, estamos metidos en una batalla de tontos. Esto no es Avalón, sino una canallada.

Me gustaría decir que Suzanne está exagerando tremendamente el ambiente machista, triunfal, emocionalmente reduccionista que impera en Londres en la primavera de 1995, pero no es así. A medida que avanza la velada, cada vez resulta más evidente que esta ciudad, y más la industria que está representada en esta sala, está sumida en un delirio de degeneración. Lo que el verano pasado había sido una alegre excursión cultural a épocas más simples e infantiles (mucho sol, bicis Chopper, bocadillos de beicon, chicos muy majos y chicas estupendas) se había transformado, nueve meses más tarde, en una regresión más terca y chillona. Supongo que los niños no pueden ponerse ciegos de caramelos y acostarse tarde eternamente; al final crecen y se convierten en adolescentes ceñudos que les tienen miedo a las chicas y, por lo visto, esos adolescentes son los que dirigen el acto de esta noche.

En el escenario hay dos modelos «sexys» (una lleva un body muy ajustado de PVC; la otra, unos mini shorts de PVC) que se encargan de entregar los premios. Nos aseguran que su presencia es «irónica», pero, como señala Suzanne: «Una vagina metida en unos provocativos shorts de PVC no puede ser irónica. O está o no está, pero no va entre comillas, joder.»

Hay muy pocas mujeres en la sala y por esa razón la presencia de las modelos aún resulta más perturbadora; unos hombres en vaqueros, o con anorak, suben el escenario, uno por uno, a recoger su premio. Y pensar que hace solo dos años los recogían PJ Harvey, Björk, Alanis Morissette, Courtney Love y Riot grrrl, mujeres guerreras, inteligentes y divertidas, mucho más listas, atrevidas y rápidas que ninguno de los hombres que están hoy en esta sala. Este repugnante y silencioso regreso a las «modelos sexys» da mucho que pensar. De entrada porque, a medida que avanza la velada, cada vez está más claro que la única mujer que ha recibido un premio esta noche es Kylie Minogue, el premio a la «Persona más Deseable del Mundo» y que, por tanto, ella será la única mujer que hablará.

—Esta sala es un como un *testicularium* gigantesco —dice Suzanne, boquiabierta, cuando Kylie sube a recoger su premio en medio de silbidos y gritos de «¿Necesitas algo, monada? ¡Te hago lo que quieras!»). Me mira y añade—: Solo podemos hacer una cosa: vamos a los lavabos a drogarnos.

En los lavabos, yo hago pis mientras Suzanne y, algo nada habitual, Julia esnifan coca en el compartimento contiguo.

Cuando salimos las tres, nos topamos con una mujer borracha que nos mira fijamente.

—Lo siento, no nos queda nada —dice Suzanne automáticamente mostrándole una papela vacía—. Si quieres, puedes... lamerla.

—Sois Suzanne Banks y Dolly Wilde, ¿no? —dice la mujer con cautela. En voz baja. Me fijo más y entonces la reconozco: es una relaciones públicas de Polydor. La conozco de vista, de coincidir con ella en fiestas, la tenía archivada en la categoría de «chicas alegres».

—La mayor parte del tiempo, sí —contesta Suzanne, tambaleándose un poco.

—Jerry Sharp —dice la relaciones públicas. Isla: ahora me acuerdo de que se llama Isla. Suelta un suspiro entrecortado y, con un hilo de voz, dice—: Yo también.

—¿Lo grabó? —le pregunto.

—Sí. Y ahora que me he enterado de lo que te ha pasado a ti, estoy acojonada.

La abrazo, paro y la vuelvo a abrazar. De pronto me reconforta abrazar a una mujer que ha vivido la misma experiencia espantosa que yo. El simple hecho de constatar que ambas seguimos aquí. De momento.

—¿Qué podemos hacer? —me pregunta.

—Lo siento mucho —le digo—, pero creo que no podemos hacer nada.

Ella asiente, como si ya hubiese anticipado mi respuesta; cuadra los hombros y sale de los lavabos.

Cuando salgo yo, suceden dos cosas a la vez. La primera es que tropiezo con John Kite, que está junto a la puerta, muy nervioso. Es evidente que lleva un rato ahí fuera.

—Necesito hablar contigo en privado, nena —me dice llevándome ya a un rincón oscuro—. En otras circunstancias, no te contaría esto, pero un gilipollas arrogante como él solo de mi compañía de discos, con pinta de violador, nos acaba de contar a todos los de mi mesa, a voz en grito, que Jerry Sharp te consiguió un empleo en *The Face* porque te lo follaste.

Tuerzo el gesto y empiezo a decir:

—Pero si eso habría sido impos...

—Nena, a mí no tienes que explicarme nada. Nunca. Nada de nada. Solo quería asegurarme de que no me he equivocado cuando le he dicho que, si volvía a oírle calumniar a mi amiga, si le oía hablar así de ella con quien sea, le partiría uno a uno todos los dedos de las dos manos y que lo mejor que podía hacer era ir a darle por culo a Jerry Sharp y pedirle un empleo en otra compañía de discos, porque mañana voy a llamar a su jefe de Warner y le voy a decir que lo despida.

Me abraza.

—¿Estás bien, nena? Esta noche he oído cosas muy raras. Hay muy mala onda.

Cuando voy a contestarle, el maestro de ceremonias empieza a presentar el siguiente galardón.

—Ahora le ha llegado el turno al Vídeo del Año. Mujeres del público, vosotras ya sabéis quiénes sois... Circula el rumor de que este premio podríais ganarlo varias de vosotras.

Hay una breve pausa y un grito ahogado; luego, esa clase de risa que yo creía que solo existía como efecto de sonido cuando los duendes malos se reían en *Laberinto*. Tiene un tono muy peculiar, como cuando los hombres saben que se están riendo de algo de lo que no deberían reírse; suena un poco a risa de lobos. No es un sonido agradable. Y sé que se están riendo de mí. Unos cuantos, muchos, se han dado la vuelta y me miran fijamente.

Hundo la cara en la chaqueta de John (para esconderme, para refugiarme en un lugar seguro) y, de pronto, oigo que la risa cambia y se convierte en un aullido de sorpresa: «¡Ooooooooooh!»

En las primeras filas se arma mucho follón. Levanto la cabeza y veo que Suzanne, furiosa, sube con gran esfuerzo al escenario. Se le ven las bragas, pero es evidente que eso a ella le trae sin cuidado.

—Ah, veo que Suzanne Banks no ha recibido suficiente atención esta noche. ¡Vamos a dedicarle un fuerte aplauso a Suzanne Banks! —grita el maestro de ceremonias.

Suzanne consigue llegar al escenario, se baja el vestido con un contoneo muy sensual, enciende un cigarrillo y camina tan campante hasta el micrófono.

—¿Quieres que te ajuste el micrófono, Suzanne? —le pregunta el maestro de ceremonias con aires de superioridad.

—Pues mira, sí, porque por lo visto te lo han puesto a la altura del pene para que oigamos lo que está pensando —le contesta Suzanne y, con destreza, lo ajusta ella misma en medio de fuertes risas. Luego se queda mirando al público—. Bueno, chicos. Literalmente: chicos y chicos —empieza, se oyen algunos gritos—. Me ha parecido buena idea subir aquí, por si se os había olvidado que las mujeres también sabemos hablar.

Risas un tanto nerviosas.

—Soy un recordatorio de carne y hueso de que todavía existimos, ¿vale? ¡De que somos el cincuenta y dos por ciento de la población! ¡El cincuenta y dos por ciento de vuestra clientela, industria musical! —continúa, escudriñando las caras de la gente—. Hace un momento le he preguntado a un empleado del local cuántas personas hay aquí esta noche. Por lo visto hay doscientas cincuenta y ocho. De las cuales aproximadamente cuarenta somos mujeres. O sesenta, si incluimos a las camareras. A ver, todas las chicas con delantal a las que los hombres llaman chasqueando los dedos, gritad conmigo: ¡Que os den por saco, gilipollas!

La sala permanece en silencio. A ninguna camarera del mundo se le ocurriría gritar «¡Que os den por saco, gilipollas!» hasta que hubiese cobrado el cheque de la paga. Las camareras no son estúpidas.

—Vaya, son duras de pelar. Pero claro, ese es el problema, ¿no? En una sala llena de hombres poderosos, las mujeres tienden a guardar silencio. Mirad, estoy demasiado colocada para que esto me importe. Acabo de hacerme unas rayas con una papela en la que salía mi cara, así que ahora mismo estoy bastante enchufada y eso mola. A pesar de que veo al director de mi sello diciéndome «¡No digas eso, Suzanne!». ¡Eh, hola, Zee!

Saluda con la mano a Zee, que ha llegado hace cinco minutos, justo a tiempo para ver cómo su artista clave pone a parir a toda la industria musical desde el escenario. Se ha llevado las manos a la cabeza.

—No os droguéis, chicos —dice Suzanne. Se oyen más risas—. Y hay otra cosa que tampoco debéis hacer: no seáis capullos, ¿vale? —Vuelve a producirse un largo silencio—. ¿Os hacéis una idea de lo agotador que es ser mujer? Todas las mujeres que estamos hoy aquí hemos tenido que esforzarnos cuatro veces más que vosotros, los hombres, para conseguir lo que hemos conseguido. Hemos tardado cinco veces más que vosotros en vestirnos. Ya nos duelen los pies por culpa de los putos zapatos. —Se quita uno y se lo lanza al público—. Y cuando por fin entramos en la sala donde están los ganadores, en la sala donde se cuecen los negocios, nos enteramos de que, por lo visto, en lo único que destacamos las mujeres es en ganar un premio a la «Artista que ha inspirado más pajas». No te ofendas, Kylie; yo también me he masturbado pensando en ti, cielo. O en dejar que los rumores nos arruinen la vida, como a Hester Prynne. Este es el típico entorno de trabajo hostil. Tú —dice volviéndose hacia el maestro de ceremonias, que parece sinceramente turbado—

has creado un entorno de trabajo típicamente hostil. Porque cuando hablas del «Video del Año» no te estás refiriendo con desfachatez a «eso en lo que todos estáis pensando pero de lo que nadie habla». No, señor. El tema lo has sacado tú. Eres un capullo.

Bebe un trago y se tambalea un poco. Está completamente mamada. Corro hasta Zee, que, en voz baja, gimotea:

—¿Qué hago? Soy su amigo y, como amigo, debería bajarla de ahí. ¡Pero un hombre no puede sacar a una mujer del escenario cuando ella está hablando del patriarcado!

Julia suspira y va hacia el escenario.

—¡Suzanne! —grita.

—Mi colega quiere hablar conmigo. Esperad un momento. Seguid siendo unos cabronazos vosotros solitos —dice Suzanne por el micrófono. Entonces se agacha y escucha a Julia. Julia le habla durante treinta segundos y, entonces, Suzanne vuelve a coger el micro—. Julia quiere recordaros a todos que nuestro primer álbum, *Dios es una chica*, sale el mes que viene en Jubilee Records y dice que ella también opina que sois unos cabronazos. Soy Suzanne Banks. Que os den a todos mucho por el culo. ¡Buenas noches!

Suzanne baja con cuidado del escenario; el maestro de ceremonias vuelve a acercarse al micrófono y dice:

—¡Qué mal lo pasa uno cuando su madre se le presenta borracha en la oficina! —El público ríe a carcajadas y aplaude, aliviado.

Suzanne se quita el otro zapato de una patada, lo atrapa al vuelo, se da la vuelta, se lo lanza a la cara al maestro de ceremonias y sigue andando, a la vez que grita: «¡TENGO VEINTICINCO AÑOS!»

Suzanne abandona la sala (nosotros corremos tras ella) y la mitad de los fotógrafos le hace fotos; la otra mitad le hace fotos al presentador, que está de pie en el escenario sangrando muchísimo por la nariz, mientras las modelos lo contemplan con gesto inexpresivo.

Nos quedamos un minuto en la acera, fuera del local (Suzanne, Zee, Julia, John y yo) sin saber qué hacer. Me zumban los oídos, como cuando te das un golpe en la cabeza. Los otros también parecen un poco aturdidos. Excepto Suzanne: ella enciende un cigarrillo y se queda allí de pie, descalza e impertérrita.

—Bueno, creo que ha ido todo bien —dice apoyándose en la pared.

No sé qué decir. Por una parte, mi amiga, a la que quiero, se ha levantado en una sala abarrotada de gente y ha salido a defenderme (y por el camino ha perdido dos zapatos muy bonitos), así que me siento muy querida.

Pero, por otra parte, al defenderme de un par de gilipollas ha conseguido que, ahora, todos los que están en esa sala estén hablando de mí. Seguro.

El chismorreo es un virus para el que no hay tratamiento y se contagia por contacto. Si en esa sala había alguien que no sabía qué era eso que estaba insinuando el maestro de ceremonias, ahora ya debe de estar preguntándole al de al lado: «¿Video? ¿Qué video? ¿De qué mujeres habla? ¿Dolly Wilde? ¡No!», y luego se lo contará a otro y ese otro a otro y a otro y así sucesivamente.

Imagino que Londres se ilumina a medida que se difunde esta historia: los circuitos informáticos trabajan horas extras, las impresoras se ponen en marcha, porque no tengo ninguna duda de que se va a escribir mucho sobre esto. Con esto se van a llenar muchas crónicas

nocturnas.

—Suzanne —le digo a mi amiga—. Lo que has hecho ha sido una pasada, no me interpretes mal... Pero creo que hablar de ello no era lo más conveniente.

—Soy una ENTJ. El objetivo principal de mi tipo de personalidad es realizar tareas. ¡Hay que coger el toro por los cuernos!

—Me parece que el tipo de personalidad de Dolly se corresponde más con «No te quejes y no des explicaciones» —dice Julia—. Ella es más de sufrir en silencio, como Jesús.

—Tú sabes cuánto te quiero, ¿verdad, cielo? —me dice Suzanne ignorando a Julia—. Había que hacer algo. Ya sabes lo que dice Audre Lorde.

No tengo ni idea de qué dice Audre Lorde.

—«Tu silencio no te protegerá» —dice antes de darme un beso.

—Mira, me parece que ahora mismo Suzanne está muy pasada de vueltas —interviene Julia con pragmatismo—, así que me la voy a llevar a la Zona Fantasma, como a Zod, a que reflexione un poco sobre lo que ha hecho.

Levanta un brazo para parar un taxi y mete a Suzanne dentro.

—Tú, ven —le dice a Zee, que sigue plantado en la acera con cara de no saber qué hacer ni dónde meterse—. Va a empezar a llamarnos la prensa, tenemos que preparar una estrategia. John: tú ocúpate de Dolly.

El taxi sube por Parkway. Suzanne saca la cabeza por la ventanilla y grita: «¡ESTA CIUDAD LA DIRIGEN UNOS DELINCIENTES SEXUALES!», hasta que se pierde de vista.

Ya lo veis, tengo un problema irresoluble.

Acabo de darme cuenta, con horror, de que no importa lo noble que sea, ni que yo sepa que soy una buena persona, porque ahora tengo que moverme por una ciudad donde para cientos, quizá miles de personas, no lo sé, soy el remate de un chiste. Que no me vengan con el cuento ese de que no importa lo que los demás piensen de ti, porque la cruda verdad es que sí que importa. La categoría humana donde acaban de ponerme es la siguiente: «Objetos que se pueden señalar y sobre los que se pueden hacer comentarios y tener opiniones.»

Cuando eres pequeña, siempre te preguntas en qué destacarás, por qué se te recordará, qué simbolizarás. Vives la vida, trabajas y te esfuerzas y te preguntas... ¿será este mi momento decisivo? ¿Será esto lo primero que alguien diría sobre mí? «Era muy bondadosa», «Era muy divertida», «Era una gran escritora», «Era muy buena amiga».

Y ahora todo eso se ha ido al garete, porque mientras yo me esforzaba y procuraba ser una persona decente, Jerry estaba esperando entre bastidores para robar ese concepto de mí. Para la mayoría de la gente, yo ya no soy «yo». Solo soy una cosa que ocurrió en la vida de Jerry. Soy una nota a pie de página guarra. Soy lo que da pie a la típica frase procaz: «¿Te has enterado?»

Y eso es terrible, porque lo único que tengo soy yo. No tengo dinero, ni amigos poderosos, ni una familia con buenos contactos, ni estatus. Lo único que tenía era mi concepto de mí. Era lo único con lo que podía invertir. Lo único de lo que podía vivir. Mi creación de mí misma ha sido tan concienzuda, me ha costado tanto. ¡Me he esforzado mucho para ser buena! Y ahora Jerry... me lo ha robado todo.

Ahora entiendo lo que hizo Jerry aquella noche, cuando Suzanne y yo le plantamos cara en el concierto de John Kite. Lo dejé plantado y me largué, pero él se subió a mi espalda y no piensa

bajarse. Tendré que llevarlo a cuestras eternamente. Me ha secuestrado.

Eso es lo que intento explicarle a John, entre sollozos, mientras él me ofrece ideas cada vez más violentas para solucionar el problema: «Daré una entrevista y contaré la verdad. Entraré en su casa, le robaré el vídeo y lo destrozaré. Le pegaré una paliza, Dutch. Le partiré el puto cuello. Iré a la cárcel por ti.»

Y, sin parar de reír y llorar ante su cólera, cada vez más desmedida, le explico que él no puede hacer nada, porque el problema es que la historia ya se está extendiendo, como una plaga, y la única forma de pararla sería quemar la ciudad, entera, y matar a todos sus habitantes.

John saca inmediatamente su encendedor.

—Dime que lo haga, nena, y lo haré. Quemaré esta puta ciudad. No quedará nada.

—¡Mierda, no podré volver a salir de casa! —me lamento, histérica—. Ahí fuera está lleno de gente puntuando mi actuación en la cama. Soy como Follaslovaquia en el Festival de Eurovisión. Tendré que convertirme en ermitaña y comunicarme solo por teléfono y por carta. Nunca volveré a mirar a nadie a los ojos, por si, al mirarlos, me doy cuenta de que lo saben.

—Bueno —dice John sujetándome por los hombros—. Puedes hacer eso o... venir conmigo.

—¿Cómo? ¿A tu casa?

—No. A Estados Unidos —dice—. Cojo un avión dentro de siete horas y me voy a un país donde nadie sabe quién eres. Ven conmigo. Será maravilloso tenerte a mi lado. Quiero que vengas. A veces, la mejor solución, la única, es huir.

—No puedo irme a Estados Unidos —digo, pero solo de pensarlo me invade un júbilo absoluto.

—¡Claro que puedes, joder! ¡Andy! ¡ANDY!

El relaciones públicas de John, Andy Wolf, sale de la oscuridad, donde estaba semiescondido.

—Andy, tú puedes ocuparte, ¿no? ¿Puedes arreglarlo para que Duquesa venga a Estados Unidos conmigo?

—Será un gran placer para mí —dice Andy, pero pone cara de querer exterminar a la humanidad, empezando por mí.

—En primera clase, ¿vale? —añade John—. Nada de asientos estrechos. No nos van los asientos estrechos —dice antes de abrazarme—. Si hay que evacuar una vida en llamas, hay que hacerlo con estilo.

CUARTA PARTE

29

Es increíble lo rápido que el dinero hace que sucedan las cosas. Siete horas más tarde, estoy en un avión camino de Nueva York: maleta en el compartimento superior, mochila debajo del asiento delantero y Kite a mi lado, en un asiento enorme.

Lo miro. Lleva el abrigo gastado de siempre y el anillo de sello de oro barato brilla en su dedo. Todavía tiene el pelo mojado de la ducha y las marcas del peine parecen los pulcros surcos de un campo recién labrado. No es una persona: es un sitio adonde viajas. Todo cambia cuando estás con él. Es el alcalde de los buenos tiempos.

Me acuerdo de una cita que leí: «No era un hombre lo que querías, créeme: era un mundo.» Ya sé que no tiene ni pies ni cabeza, pero siempre he querido todo un mundo. Y aquí está él.

En cuanto embarcamos en el avión, nos ofrecen champán con zumo de naranja. Nunca había visto tal cosa.

—¿Qué es? —le pregunto a John.

—Buck's Fizz. Alcohol de desayuno —dice mientras se bebe uno—. Los que lo inventaron eran unos putos genios.

—Pues me encantaría probarlo, sí.

Me bebo mi champán de desayuno mientras observo a los pasajeros de primera clase que van acomodándose en sus asientos. Todos son hombres blancos con traje. Hombres de negocios. Primera clase es una simple representación de quién tiene el dinero en el mundo: lo tienen unos tíos que se parecen mucho a estos. Cuando John me dijo cuánto costaba este vuelo (cuatro mil libras), no me lo podía creer.

—¿Solo para sentarte en una silla durante diez horas? Por diez de los grandes podrías comprar nuestra casa de Wólvo. ¿Quién puede permitirse un gasto así?

—Bueno, ellos —dice John, e inclina la cabeza hacia los ejecutivos—. Y... yo. La industria musical es la tercera más grande del Reino Unido, cariño.

—¿Ah, sí? —No tenía ni idea.

—Sí. Solo hay dos formas de viajar en primera clase: quemar la selva amazónica o cantar canciones tristes. Los demás viajan detrás, en el Armario de los Perdedores. —Y señala los asientos de clase turista con un pulgar con anillo.

En el aire, me tomo la segunda copa de champán de desayuno que me ofrecen y luego una tercera. John, que aún se está bebiendo la primera copa, me mira de reojo.

—Nena, estás bebiendo como si pensaras que te hará algún bien —dice, perplejo.

—A lo mejor sí —digo con bravuconería.

Anoche me quedé hecha polvo. Siento una necesidad imperiosa de alterar la química de mi cuerpo, que está envenenado por la hidrocortisona, pero no puedo subir una cuesta, ni zambullirme en un lago, para quemarla. El alcohol es la única sustancia a la que tengo acceso. Le explico esto a John.

—Te entiendo. Tengo una alternativa —dice John, buscando en su mochila—. Aquí tienes.

Y me pasa un walkman, un walkman amarillo, macizo y aparatoso, con rasguños en un lado.

—¿Has tenido alguna vez uno de estos? —me pregunta.

Nunca.

—Esto también puede cambiar tu química. Es un crisol portátil para el corazón. —Mira el casete que hay dentro—. Ah, Joni. ¿Conoces a Joni Mitchell?

Hago un gesto negativo.

—Perfecto. Dolly Wilde, te presento a Joni Mitchell. Joni Mitchell, te presento a Dolly Wilde. Creo que os llevaréis bien.

Me pone los cascos en la cabeza (primero me aparta el pelo con delicadeza) y asiente con la cabeza.

—Dale —dice.

Pulso el botón de *play*. Se oyen los ruiditos del comienzo de la cinta y, a continuación, mientras dejamos atrás Gran Bretaña y nos dirigimos hacia Irlanda, mi cabeza se llena de los espirales plateados del villancico de Joni Mitchell, que, cantando, me cuenta que quiere un río para patinar en él.

Es perfectamente bonito y doloroso, como sacarse una espina larga y negra de la palma de la mano con solo un movimiento y tener un pincho brillante en una mano y un agujero pequeño y vacío en la otra. Este es el momento adecuado para llorar, así que me enrolla la bufanda alrededor de la cabeza para esconderme y lloro.

John asiente.

—Joni te arreglará —me susurra.

Al cabo de un par de minutos, bajo la copa de Buck's Fizz, apoyo la cabeza en el hombro de John y sigo llorando en silencio. John inclina nuestros asientos y me tapa con una manta y, al cabo de un rato, me duermo, acurrucada contra él, sobrevolando el Atlántico, con la voz de Joni en la cabeza. Si hubiese podido quedarme allí arriba para siempre, habría sido perfectamente feliz. Había encontrado un río donde patinar.

De pequeña, cuando veía Nueva York en la tele o en el cine, daba por hecho que solo era un plató, una ciudad imaginaria. Nadie vivía en un sitio así. La ciudad de los Cazafantasmas, de los Sharks y los Jets, de *Fama*.

Pero aquí está. Aterrizamos y veo las torres de agua, iguales que las de las películas: las bocas de incendio, el vapor que sale de los conductos, los rascacielos (el Empire State, el edificio Chrysler, el World Trade Centre) tan altos, bellos y famosos como un cóctel en el que coinciden Cary Grant, James Stewart y Humphrey Bogart.

Mientras pasamos el control de aduanas y nos metemos en el taxi (John se las ingenia para fumarse tres cigarrillos en el trayecto) no puedo parar de exclamar ante tantas americanadas: las banderas, los *pretzels*, los acentos de Nueva Jersey, las ejecutivas con sus trajes de chaqueta impecables y zapatillas de deporte... ¡Igual que en *Armas de mujer*!

Aquí no existe el britpop: no hay Adidas, ni chaquetas de chándal, ni anoraks. De repente Londres (Camden) parece un sueño muy pequeño y limitado que solo existe en la cabeza de seis o siete personas. Aquí, en cambio, sientes que estás en el borde de un gran continente lleno de niños del Medio Oeste a los que les gusta el metal, y el country y Michael Jackson y que no te entenderían si les gritaras «¡PARKLIFE!».

Aquí a nadie le importa quién soy, ni qué he hecho. He huido de una persecución terrible en el Viejo Continente para empezar de nuevo aquí, como los Padres Peregrinos, pero con una cinta sexual. En el taxi (con la nariz pegada al cristal de la ventanilla, para no perderme ni un segundo de Estados Unidos) pienso que todo dios sabe que Nueva York es uno de los mejores sitios del mundo y que está a la altura del ajetreo progre de Berlín, los adoquines de Praga y la potente energía de Bombay. Ya se sabe que es uno de los mejores sitios que hay.

Pero ellos lo entienden. Es obvio que Nueva York, me digo, es la hija favorita de la humanidad. Es la mejor. Todos los padres dicen que no tienen un hijo favorito, pero mienten, y todos fingen que otras ciudades tienen la oportunidad de ser tan guays como Nueva York, pero no.

Solo tardo treinta segundos en darme cuenta de esto; el taxi pasa por el puente de Brooklyn (cada uno de los cables metálicos de su estructura brilla bajo el sol) y nos lleva directamente a Manhattan, a la altura del pecho de los rascacielos. John le ha dado cincuenta dólares de propina al taxista a cambio de confiscar el equipo de música del coche y ha puesto «Double Vegetation» de Julian Cope a todo volumen y el bajo hace temblar los finos marcos metálicos de las ventanillas.

Hay cinco acordes enormes oscilando en el medio de esa canción (los toca una guitarra que suena como un 747 haciendo un despegue en vertical) y John lo ha cronometrado todo perfectamente para que esos sean los acordes que suenan cuando cruzamos el puente.

Entramos en Manhattan y siento que mi pelo ondea detrás de mí, porque hacemos una entrada realmente triunfal.

—¿Lo has hecho a propósito? —pregunto, impresionada.

—Un poco sí —confiesa John—. Jo, es que me encanta enseñarte cosas nuevas.

En el avión, John me preguntó dos cosas:

—¿Quieres hablar de ello?

A lo que respondí:

—No. Todavía no.

Y:

—¿Cómo te apetece enfocar este viaje, nena?

A lo que respondí:

—Dos amigos que disfrutan de un interludio y se lo pasan en grande.

—Dos amigos. Hecho —dijo alegremente.

—¿Hasta cuándo me puedo quedar? —le pregunté yo con un hilo de voz.

—¿Hasta cuándo te puedes quedar? —repitió él con incredulidad—. Hasta cuando tú quieras.

Nos registramos en el hotel (habitaciones contiguas); dejamos las maletas y nos duchamos para quitarnos el sudor misterioso del avión, y luego volvemos a encontrarnos en el vestíbulo.

—Nena, son las tres de la tarde y estás en Nueva York. Tengo que irme y hacer el papel de estrella del rock gilipollas un rato. He cogido esto para ti.

Me da un mapa turístico que le han dado en la recepción. Ha marcado varias cosas.

—Un paseo por Central Park siempre es impresionante. También puedes coger un taxi e ir a Greenwich Village y empaparte del rollo Dylan. También está el Empire State, claro, pero he pensado que eso podrías reservártelo y así podríamos ir luego, juntos, ¿no?

Lo dice dudando, como si no quisiera darlo por hecho.

—¡Me quedo contigo, tonto! —le digo riendo—. ¿Qué tienes que hacer?

—Las típicas tonterías. De verdad, me aburro a mí mismo. Vete, mujer, ¡pásatelo bien!

—No pienso ir a ver Nueva York yo sola —le digo, y voy con él hacia la puerta—. Va, pidamos un taxi. Quiero ver cómo trabajas.

En el taxi, John está inquieto, lo que no es muy habitual en él; parece nervioso por algo que fuese a hacer. Nunca lo he visto nervioso por el trabajo. Bueno, en realidad nunca lo he visto trabajar sobrio. Es obvio que algo ha cambiado.

Cuando llegamos al local, rodea el taxi, va al maletero, saca su guitarra con una mano, coge mi mano con la otra y echa a andar hacia la entrada. Y de repente se para.

—¿Te acuerdas de aquello que...? —dice mirándome—. ¿Que escribiste para mí? ¿Sobre las fans? ¿Las adolescentes? Ha hecho que cambien las cosas.

Empieza a andar de nuevo.

—Esta vez espero hacerlo bien.

Debe de haber doscientas cincuenta o trescientas personas aquí, son todos muy jóvenes y, cosa rara en un concierto, más de la mitad son chicas. El tipo de chicas que no ves en la televisión ni en las revistas.

Chicas gordas, raras, bajitas, altas, con sombrero, con los pies grandes; chicas de cara redonda y ojos que revelan astucia. Chicas que llevan ropa confeccionada por ellas mismas; ropa de sus padres; de sus abuelos. Chicas con el pelo rojo cereza y con el pelo verde; chicas que llevan sus discos favoritos en la mano. Chicas con gafas de culo de botella que revelan que leen por la noche, con luz tenue. Y todas son jóvenes. No hay ninguna de más de veinte años. Son casi niñas, con toda la efervescencia, el potencial y el caos que eso implica. Chicas como yo.

Emiten una leve vibración cuando John se acerca a la puerta. Él las saluda y ellas lo saludan a él; algunas dan saltitos de emoción. Luego un empleado acompaña a John adentro.

—Aquí, las leyes de admisión de los locales son muy estrictas —me explica John mientras atravesamos la sala y el escenario, que está al fondo—. Si tienes menos de veintiún años, en muchos sitios no te dejan entrar, así que haremos lo que mi agente, cariñosamente, llama «un Tea Party infantil» y dejaremos que los más jóvenes vengan a las pruebas de sonido, antes de que abra el bar.

Sube al escenario y rápidamente empieza a afinar su guitarra.

—También los llama «conciertos de rock para crías» —añade mientras toca repetidamente un sol—. Es un poco sarcástico. ¡Vale! Como decía Paul McCartney, ¡que entren!

Los empleados del local abren las puertas y entran las chicas. Algunas corren para coger un buen sitio delante y otras se quedan detrás, esperando a sus amigas; instantes antes de que empiece a sonar la música, todas vibran con esa emoción que te domina la víspera de tu cumpleaños.

Mientras todos buscan un sitio, John se inclina hacia el micrófono.

—¡Buenas tardes, Joven América! —grita y sigue tocando la guitarra—. Como sabéis, Nueva York no os deja entrar en los conciertos por la noche, así que en honor a Judy Garland y Mickey Rooney, ¡vamos a empezar el concierto ya mismo!

El público aplaude.

—Solo se nos permite tocar durante treinta y cinco minutos —(abucheos)—, así que he escogido la lista de canciones por un sencillo método democrático. He estudiado cuáles son mis canciones más populares, en función de su puesto en la lista de éxitos y las voy a tocar por orden ascendente de éxito. ¿Preparados?

Gritos.

—¡Vamos allá!

No es el mejor concierto de John; ha habido noches en que le he visto perderse de tal manera en una canción que era como si estuviese cantando con un coro invisible en la sala. Armonizando con cosas que no existían.

Pero es el más entrañable de todos en los que he estado. Con el público tan joven y sobrio (sin grupos de hombres borrachos empujando para llegar a las primeras filas), el baile es muy relajado y, francamente, absurdo. Hay chicas que giran sobre sí mismas; otras forman parejas de amigas y bailan cogidas como si sonara un vals.

El primero en tirarse desde el escenario es un chico larguirucho de unos catorce años. Antes de lanzarse, cuando sube al escenario, hace una reverencia y luego baila como la rana Gustavo.

John sonríe, radiante, durante todo el concierto. Cuando el primer chico se lanza al público, grita: «¿Alguien más quiere subir?», y de repente el escenario se llena de adolescentes que escalan, saltan, besan a John y se tiran al público.

El concierto se acaba cuando John, a quien apenas se ve entre la multitud, le da su guitarra a una chica gordita y le dice: «¡Toda tuya, cariño! ¡ARRASA!»

Lo hace fatal (parece salida de la escuela Suzanne Banks de «las cuerdas delante»), pero al cabo de un rato se abre de piernas imitando la pose de Slash, de Guns N' Roses, y John ríe tan fuerte que lo único que puede hacer es abrazarla.

—Muchas gracias, Nueva York —dice, con un brazo alrededor de los hombros de la chica, y el público estalla—. Me encontraréis firmando discos ahí abajo, en esa mesa, por si os interesa maravillaros de hasta qué punto la palabra «John» puede ser ilegible. ¡Buenas noches!

Baja del escenario y se dirige directamente a la mesa preparada al fondo de la sala. El público forma una cola ordenada y empiezan las firmas.

Las dos primeras fans son totalmente directas y solo piden una firma. «¡Me encanta el disco! ¡Es precioso, tío!», dicen, y se van.

La tercera chica, sin embargo, se acerca temblorosa a John y, cuando llega ante él, rompe a llorar. No es mucho mayor que yo (y lleva el mismo pelo mal teñido que yo y las mismas botas Doc Martens), pero tiene piercings por todo el cuerpo: oreja, nariz, lengua; parecen alfileres clavados en un mapa de guerra: cada uno marca una batalla luchada. Se nota que tiene un pasado complicado.

En cuanto empieza a llorar, John sale de detrás de la mesa la abraza y la consuela:

—No llores, cielo. ¡No llores! ¡Me harás llorar a mí!

—¡Es que no me creo que te haya conocido! —dice ella, emocionada—. Tenía tantas cosas pensadas para decirte y ahora no me acuerdo de ninguna. Te quiero mucho.

Sigue llorando y temblando, inconsolable.

—Y ahora estoy llorando delante de toda esta gente —dice, avergonzada.

John la abraza fuertemente contra su pecho.

—Todos pensáis que llorar es guay, ¿a que sí? —le pregunta al público, que le contesta con gritos y aplausos.

»¿Lo ves? —le dice con ternura a la chica—. Llorar es guay. Has empezado una moda. Mira, voy a escribir eso en tu disco, para que sea oficial.

Garabatea «LLORAR ES GUAY — OFICIAL» con un rotulador en el cedé, y lo firma, con una floritura.

—Me has ayudado en los días malos —dice la chica, aturullada, mientras John le enjuga las lágrimas de la cara con la manga—. Mis padres se divorciaron el año pasado y me deprimí mucho. Me encerraba en mi habitación y te escuchaba en bucle.

—A veces, eso es precisamente lo que hay que hacer, chica —dice John—. Escondernos en nuestra habitación y esperar a que llegue el verano, como las crisálidas.

Hay una cola de unas doscientas personas y sé, por el horario de John, que solo puede quedarse una hora aquí.

Pero, de alguna manera, se las ingenia para dedicarle un ratito a cada uno de los chicos abrumados por los problemas que se le acercan y firma discos, brazos y diarios; habla con ellos, les dice a las chicas que están buenas, y a los chicos, que son guapos; a una pareja, un chico y una chica que desprenden una energía especial, les dice: «¿Sabéis qué, queridos? Intuyo que tenéis un gran futuro por delante.»

En cuanto una persona se aparta de la mesa, otra ocupa su lugar, de tal manera que John no ve cómo reaccionan los chicos que acaban de conocerlo, pero yo sí.

La mayoría se van sonriendo, aferrados a sus discos como si fueran un tesoro. Muchos se lanzan a los brazos de sus amigos, que los esperan, como si acabasen de marcar un gol o de conocer a Dios. Algunos dan un puñetazo al aire. Uno corre dando vueltas, incapaz de controlar el subidón de adrenalina. Una va corriendo hacia sus padres, que la esperan, y se derrumba. «¡Lo quiero tanto!», lloriquea, y sus padres la rodean como una pareja de ciervos protegiendo a un Bambi triste.

Pienso en lo valiente que hay que ser para hacer esto: ponerte en la cola y conocer a tu héroe. Hay algo muy íntimo en leer, escuchar o mirar la obra de un artista. Si te conmueve realmente (si gritas cuando Prince grita en «Purple Rain» o lloras cuando Bastian llora en *La historia interminable*), es como si, durante unos momentos, hubieses sido ellos. Te has metido dentro de ellos, has estado en su piel, respirando su aliento. Te ha impulsado su pulso. Llevas grabados dentro, para siempre, a sus fantasmas, y reaccionan cuando los ves, como si se reconocieran en un espejo.

Y por eso conocer a un artista al que admiras es siempre tan injusto y desequilibrado. Porque ellos no te reconocen a ti. Les das la mano, sientes que vuelves a ver a un viejo amigo al que quieres, recuerdas todos los momentos que habéis compartido... y ellos te miran como si fueras un extraño e, inquisitivamente, dicen «¿Qué nombre pongo?». Y entonces te acuerdas: no han compartido ninguno de esos momentos contigo. Tú estabas allí, pero ellos no.

No puedes conocer a tus héroes porque, en el fondo, solo son una idea que vive dentro de ti.

Por eso siento tanto amor por John cuando veo cómo trata a sus fans: porque ellos no están

conociéndolo, sino que John está conociéndolos a ellos. Los mira a los ojos con complicidad; los abraza como ellos soñaban con abrazarlo a él. Ha completado el círculo de la creación artística: envió esas canciones al mundo sin saber quién las recibiría y, ahora, uno a uno, sus fans van viniendo y le dicen: «Lo encontré. Ahora lo entiendo. Funcionó. Era una pieza que faltaba dentro de mí.»

Y él les dice: «Y se nota, porque estás espectacular. Gracias. Eso era justo lo que se suponía que debía hacer.»

Cuando volvemos al camerino, después de las firmas, los brazos de John están llenos de regalos que le han llevado sus fans. Un libro, un póster, chapas, un paquete de cigarrillos, un botellín de whisky que han entrado escondido. Un muñeco de fieltro y lana.

—Espero que no se haya usado para hacer vudú —dice John, dándole vueltas con las manos—. Aunque estaría bien saber que mis resacas no eran por culpa de una intoxicación etílica, sino porque me hacían brujería.

—Ha sido... precioso —le digo señalando el auditorio, que ya está vacío—. Los has hecho muy felices.

—Bueno, me han dado buenos consejos —dice John. Va hacia el estuche de su guitarra y saca seis folios A4 muy arrugados y con manchas.

Es la carta que le escribí y dejé en su habitación del hotel, en Eastbourne.

—La he leído muchas, muchísimas veces —dice—. Tengo que admitir que al principio me molestó bastante. ¡Soy una estrella del rock!, pensé. ¡Sé hacer mi trabajo! ¡He ganado premios! ¡He tenido mucho éxito! ¡He ido de copas con Richard Madeley! ¡He ido de invitado a *Steve Wright in the Afternoon*! No necesito consejos. Una estrella del rock no acepta consejos, a menos que estén relacionados con los paraísos fiscales.

»Pero luego la leí hasta el final y la releí y otra vez al día siguiente. Y pensé que, a lo mejor, las estrellas del rock también necesitan que se les den algún consejo. Quizá es por eso por lo que tantos músicos enloquecen, mueren o se convierten en monstruos. En general, todos son niños descarriados, cuyos padres no han sabido educarlos, víctimas del *bullying*, sin amigos. Cuando alcanzan la fama y empiezan a hablar, ya no pueden parar.

»De repente se convierten en figuras de autoridad (pobrecillos) para gente solo un par de años más joven que ellos. Les preguntan constantemente su opinión, y les piden consejo; cuando solo son unos niños, unos niños importantes. La gente deja de decirles cosas. Ellos dejan de aprender. No se les cuestiona nada.

Señala las hojas.

—Pero tú... tú me dijiste muchas cosas. Me cuestionaste.

Me abraza.

—Una vez leí que el principal problema es que, cuando te haces famoso, detienes tu desarrollo —digo, con la cabeza enterrada en su abrigo—. Es muy interesante.

Es verdad, lo encuentro interesante, pero, desafortunadamente, llegados a este punto, como si quisiera desmentir mi afirmación, empiezo a bostezar. Estoy agotada. Las últimas cuarenta y ocho horas parecen años. John evalúa la situación.

—Estás hechas unos zorros, Dutch —me dice con ternura—. ¿Cuándo fue la última vez que dormiste?

Estoy tan cansada que no puedo calcularlo.

—Voy a pedirte un taxi, cariño. Necesitas irte al hotel a dormir.

—Sí, necesito dormir un ratito para recuperarme —digo con voz débil.

—Un ratito largo, cariño —dice y asoma la cabeza al pasillo y llama a su mánager—. Voy a ocuparme de unos asuntos de negocios y hacia las once volveré al hotel. Nos vemos por la mañana. No te mueras esta noche, por favor. El desayuno es una de las mejores cosas de Estados Unidos.

Me da un beso en la coronilla. Camino hacia el taxi bajo la lluvia, borracha de cansancio, con su brazo alrededor de mi cintura.

John le dice al taxista a qué hotel me tiene que llevar y le da treinta dólares.

—Es un cargamento muy valioso —dice—. El mundo depende de que sobreviva. Conduzca con cuidado.

Se quita el abrigo de piel y me lo pone encima, como una manta.

La cabeza ya empieza a colgarme cuando el taxi hace un cambio de sentido y enfila la calle. John, en mangas de camisa bajo la lluvia, me dice adiós con la mano.

30

Carta a John Kite, 7 de marzo de 1995

John, he pensado mucho en lo que debes de sentir cuando sales a un escenario y en cómo te afecta saber que hay gente que ni conoces y que te adora. Y he escrito esto para ti. D xxxx

Si, de manera graciosa y con desaprobación, te defines como artista pero alcanzas la fama, te amenaza una terrible debilidad. Existe el peligro de que sufras una gran decepción si te aman millones de personas y te tomas en serio tu trabajo. Se trata de que algunas de esas personas, de esos millones que te conocen y te aman, sean chicas adolescentes.

No hay nada más vergonzoso que ser amado por chicas adolescentes. El amor de las adolescentes no solo es de inferior calidad, no solo carece de valor, sino que, para un artista, supone una humillación activa. Nuestro lenguaje está lleno de ejemplos de lo poco que valoramos a los artistas venerados por chicas adolescentes: hablamos de «locas», de «quinceañeras» y de «crías que mojan las bragas».

Sí, puedes quedarte el dinero de esas chicas y dejar que te ensalce su devoción y alegrarte de que te pongan en el Número Uno; puedes hacer todas esas cosas, ningún grupo las ha rechazado jamás, pero tú no respetas a esas chicas. No quieres hablar con ellas, ni mirarlas a los ojos, ni salir con ellas, ni quererlas tú a ellas. Nunca hablas de ellas, salvo cuando te diriges a tus fans «guays» (los hombres) y les dices: «Lo siento. Estas locas se han colado en la fiesta. Qué bochorno. Ellas no lo entienden, claro. Solo lo entendéis vosotros.» Los fans que molan son hombres.

Por esto el rock es más enrollado que el pop; el acid house, más enrollado que la música disco; el rock progresivo, más enrollado que los grupos de chicos. Las cosas que les gustan a los tíos molan más que las cosas que les gustan a las tías. Es así de simple. A los chicos les gustan las cosas inteligentes, porque son inteligentes. A las chicas les gustan las tonterías, porque son tontas. Sería tremendo que te gustaran los grupos que les gustan a las chicas adolescentes. Sería tremendo ser la clase de fan equivocada: una chica. Qué espantoso sería ser una adolescente boba, histérica y chillona.

Es fabuloso ser una adolescente boba, histérica y chillona. Es fabuloso ir a un concierto sin pensar en nada más que en lo fuerte que vas a gritar; en el entusiasmo con que vas a bailar; en lo mucho que vas a sudar; en lo fuerte que vas a abrazar a tus amigas mientras suena tu canción favorita. Es fabuloso reaccionar a la música como la música quiere que reacciones: convirtiéndote en un animal eufórico. Murmurar, en masa, por una constelación de ciudades,

llamándoos unas a otras, miles de millones de chicas que van camino de un concierto, exultantes.

Es estupendo gritar a pleno pulmón y ver que el grupo responde a tus gritos: tocan más deprisa, tocan más fuerte, parecen más sexys, miran al público y sonríen. Es estupendo entregarte por completo y no esperar nada a cambio.

Quizá después, en el camerino o durante una entrevista, esos artistas se disculpen ante sus colegas varones por esas chicas chillonas: «¡Se ha armado un poco de follón!» «¡Joder, esta noche las supercañeras de St. Trinian's se han vuelto locas!»

Pero ellos saben, y tú sabes, que para ellos, esta noche, esos gritos eran lo más importante del mundo. Era la energía que los alimentaba. Era el vórtice sobre el que levitaban. Sin esas chicas, no habrían podido ser tan estupendos. Ellas los han bendecido con su magia. Los han hecho sagrados, infinitos y sexys y, a cambio, ellos han tocado con un frenesí que jamás habrían podido alcanzar ante un público de hombres inmóviles que murmuran: «Bonito pasaje de conexión. Buena referencia.»

Los grupos necesitan que les griten. En el fondo, lo saben. Saben que existe un poder que no alcanzarán hasta que se hayan encontrado ante el ruido atronador de un auditorio rebosante de devoción y hasta que hayan visto a las chicas de la primera fila romper a llorar de felicidad.

Y esto es así incluso cuando se trata del grito más salvaje del mundo. Incluso cuando la leyenda cuenta que el grito es lo que mató a tu grupo. Cuando los Beatles tocaron en el Shea Stadium, tenían delante un inmenso caldero de chicas absolutamente entregadas, salvajes, que no paraban de dar alaridos, tanto gritaban que, para lo que se oía, habrían podido mover solo los labios. Entonces fue cuando decidieron no ir más de gira, se encerraron en el estudio y grabaron *Sgt. Pepper*. Estaban tan hartos de que les gritaran, de que los persiguieran por la calle, que se transformaron en otro grupo: todos engalanados con su uniforme militar fosforito. Se alistaron en el ejército para huir de aquellas chicas.

Pero cuando veo el concierto de los Beatles en el Shea Stadium, después de suspirar por el cuerpo blandito de John, por la barriguita que tensa los botones de su chaqueta, que está suplicando que la desabrochen y, cuando paro de extasiarme ante las increíbles pestañas de vaca de Paul y su piel lechosa, miro a las chicas. Miro al público, a esos miles de chicas que visten como sus madres, como las mujeres de *The Far Side*, con gafas y falda de tubo y moño tieso. Miro a esas chicas de décadas rígidas, anteriores a los anticonceptivos; de antes del feminismo; de antes de que a las mujeres se las considerase personas, y las veo enloquecer. Al principio, porque están viendo a los Beatles (¿Quién no va a enloquecer viendo a los Beatles? ¡Con lo blanditos que son! ¡Con esa piel tan lechosa que tienen!), pero, al cabo de un rato, enloquecen porque son las chicas. Cincuenta y siete mil chicas: ¿alguna vez habían visto a tantas juntas?, ¿alguna vez ha habido tantas chicas unidas en un sitio? Unidas haciendo precisamente eso que se supone que las chicas no tienen que hacer: perder los papeles y olvidarse de todo y de todos; con el poder sin precedentes de chillar, llorar, aullar, desbordando a los encargados de seguridad, intocables hasta para sus padres.

Son una red eléctrica, el amor divide sus átomos y explotan una y otra vez.

Ellas no oyen a los Beatles: el grupo toca y suena por los altavoces, distante y diminuto como el camión de los helados que está a cinco calles, de modo que esas chicas hacen su propia música. Gritan. Lo único que oyen es su coro descomunal, su euforia. Cada una grita con su tono y su nota particular, cada una sube o baja por las escalas como hará la orquesta en «A Day in the Life» unos meses más tarde, cuando los Beatles graben esa canción. Las chicas les cantan sus cantos de

gaviota, salvajes y agudos, a los Beatles, y los Beatles los incrustan en sus temas y luego se los devuelven. Aquello era una composición en común.

Una y otra vez, nos preguntamos cómo podría explicarse el milagro de los Beatles. ¿Cómo puede ser que un grupo, cuatro hombres, hiciera lo que hicieron ellos, a semejante velocidad, con semejante densidad y con una complejidad tan intensa y elástica que parece lo más sencillo y más obvio del mundo... hasta que intentas hacerlo tú? Hasta que, en medio de una habitación en silencio, sientes durante un minuto lo imposible que sería bajar «Strawberry Fields Forever» (esa misteriosa, burbujeante y espesa cascada de sentimiento) del mismísimo y vacío cielo inglés donde la encontró John Lennon.

Cuando hablamos de «genialidad», de «capturar el momento», estamos utilizando las palabras que usan quienes no se atreven a hablar de «magia» o «brujería». Nos da miedo nombrar lo que no podemos ver. Tememos encontrar a Dios al final de esa frase, una pasión galáctica que elige sus naves y les regala los placeres más totémicos del universo.

Pero esa es la magia que tenían los Beatles, el torrente de energía sin precedentes que apagó todos los circuitos culturales del mundo. Tenían a las chicas. Tenían el amor de las adolescentes, de un público abandonado, menospreciado y hambriento. Les hablaron a esas chicas y desataron un poder capaz de transformar el mundo.

¿Y por qué las chicas los querían tanto? Porque los Beatles querían a las chicas. Los Beatles estaban saturados de la cultura de esas chicas, les encantaban los grupos de chicas afroamericanas; llevaban atuendos elegantes e incómodos zapatos puntiagudos, igual que las chicas. En sus canciones, hacían lo que fuese para escribir sobre las chicas (en «She Loves You», los Beatles apoyan a una chica enamorada y hacen de intermediarios para ella). Se dejaron el pelo largo: un acto de solidaridad en una época en que la feminidad se consideraba implícitamente inferior. Fueron objeto de burlas, causaron gran indignación, pero se empeñaron en llevar el pelo como las chicas.

En una época en que la diferencia entre los géneros estaba impuesta con mayor rigidez que nunca, ellos se rebelaron exhibiendo una feminidad amable, solidaria, alegre y traviesa. Su actitud nunca era combativa, como suele ser la de los grupos masculinos: sus armas eran las armas de las chicas, es decir, el humor, la sensualidad, la astucia y la seducción.

Se ha escrito mucho sobre eso de que todos los chicos quieren ser como su padre y, luego, matarlo: Freud nos ha regalado décadas de Luke contra Darth. Pero lo mejor de los Beatles, como grupo, es que, en lugar de convertirse en hombres matando a su padre, se convirtieron en hombres convirtiéndose en su difunta madre. John y Paul (ambos huérfanos de madre desde pequeños) se casaron con madres solteras; escribieron canciones sobre madres muertas y sobre sus madres-esposas vivas; dejaron que el torbellino de los Beatles viviera la vida de las mujeres: comprar granjas, hacer pan, criar hijos. Se amotinaron en su feminidad. Alteraron la polaridad. Vivieron la mitad oculta de la vida.

¿Cómo se puede ser tan extraordinario como los Beatles? ¿Cómo se pueden cambiar tantas cosas, en un periodo tan breve, sin tener, aparentemente, nada que te respalde: ni capital, ni contactos, ni estudios? Pues introduciéndose en el intacto capital cultural de la humanidad: las chicas. Estando en el bando de las chicas. Mirando a las chicas a los ojos y declarando que vas con su equipo. Copiando a las chicas. Reconociendo a las chicas. Aprendiendo de las chicas. Aceptando lo que te dan (gritos, amor, canciones, bailes) y dejando que todo eso te libere.

Lo más lamentable de la época que me ha tocado vivir es que nadie se da cuenta, todavía, de

que eso es lo que pasa. Las chicas son invisibles. La fuente de alimentación sigue sin tener el reconocimiento que merece.

Pero no sucede así entre las chicas. Yo os veo, chicas. Os veo a lo largo de la historia. Y lo único que hay que hacer para conservar nuestra increíble energía y nuestro amor, ese amor que damos con gusto, es decir: «Yo también te veo.»

Besos,
Duquesa

31

Durante unos días tengo la sensación de estar empezando una nueva vida, de ser otra persona. Hasta ahora, los únicos viajes que había hecho habían sido de trabajo (veinticuatro horas en una ciudad europea: avión / hotel / entrevista de una hora con el grupo / concierto / hotel / avión) o con mi familia (peleas en autocaravanas y en tiendas de campaña, en Gales).

Nunca me había ido de viaje con alguien alegre, sin complicaciones y divertidísimo, alguien que, en el desayuno, dice: «Bueno, creo que ya va siendo hora de ir a hacerle una visita a *La noche estrellada* de Van Gogh, ¿no?» y me lleva al MOMA; que sube conmigo al Empire State Building y deja que le cante canciones de *Un día en Nueva York*, o me lleva a un cine donde te llevan margaritas a la butaca, desde donde se vuelve y, en voz baja, reprimiendo a duras penas su rabia galesa, le dice al tipo que no para de hacer ruido con la bolsa de patatas fritas: «Creo que harías menos ruido si te comieras una tuba.»

Pero lo mejor es que hablamos. Hablamos por los codos todos los días. A la hora del desayuno ya liquidamos dos capítulos de nuestro libro particular. John me cuenta cómo ha clasificado a sus *roadies* a lo largo de los años: «Las lesbianas están en el puesto número dos: son más rápidas que los anarquistas, pero más lentas que los tíos.»

Yo le cuento mi historia de escritores favorita: que a Henry James le pidieron que escribiera una reseña de dos mil palabras de un libro y él entregó treinta mil palabras. Cuando el editor le comentó que quizá fuese un pelín larga, James quitó una frase y volvió a enviarla con una nota furibunda que rezaba: «Aquí tiene, los restos mutilados.»

John se ríe hasta que casi no puede respirar y sus ojos son solo tres rayitas (como cuando se ríen los personajes de los libros de Mr. Men). Es su mejor risa. Me encanta hacerlo sonreír. Tengo la sensación de ir recogiendo todo lo que decimos, también cada una de sus carcajadas, en una serie de volúmenes encuadernados en piel, y poniéndolos en una estantería de mi cabeza, bajo la etiqueta «Diversión sin límites», y de que esta es la biblioteca que consultaré, nostálgica, cuando esté enferma, en mi lecho de muerte. Son la clase de recuerdos en los que podrías vivir.

En Filadelfia, la tercera noche (en un hotel maravilloso con una Campana de la Libertad enorme, de fibra de vidrio, en el vestíbulo), John me toca canciones de su nuevo álbum. Tumbado en la cama, con la guitarra encima de la barriga, sus gruesos dedos brincan por las cuerdas como las gotas de lluvia sobre un tejado de zinc.

—Después de leer tu carta —me dice sin parar de tocar—, me fui al estudio. Llevaba tiempo evitando hacerlo, porque temía haberme quedado sin canciones.

Toca mal un acorde, sacude la cabeza, rectifica, sonrío y continúa:

—Y descubrí que me había equivocado. Que, de hecho, tenía muchísimas canciones. Solo

que... creía que no servían y por eso las ignoraba.

Deja de hablar durante un minuto para tocar una serie de acordes especialmente difíciles. Una vez terminada la tarea, continúa:

—Me avergonzaba de las canciones que se me ocurrían, porque todas eran alegres y optimistas. ¡Ja, ja, ja! Eran muy comerciales, Dutch. Eran absolutamente pop. Al final de cada una de ellas creía oír la canción publicitaria de Radio One. Y lo odiaba. Me imaginaba lo que diría de ellas tu Tony Rich en *D&ME*.

Aquí, el nombre «Tony Rich» suena tan fuera de lugar y tan lejano en el tiempo... Y tan superfluo. Es como si John acabase de mencionar la práctica medieval de prenderle fuego a un saco lleno de gatos.

—Pero entonces leí tu carta —dice al tiempo que compone una sonrisa preciosa, una sonrisa que parece un rayo de sol que me ilumina los brazos, la cara y las calles— y me di cuenta de que era un cabronazo. ¡En serio! ¿Por qué me importa más la opinión de media docena de periodistas viejos y desgraciados que la opinión de miles de chicas alegres y optimistas? ¿Qué estaba haciendo? ¿De qué huía? ¿A quién se le ocurre rechazar el amor que le ofrecen?

Sus dedos se deslizan por el cuello de la guitarra y la mano con la que rasguea se mueve muy deprisa.

—¡Esto es el estribillo! —grita mientras toca seis compases llenos de júbilo. Sonríe mientras toca—. ¿A que es fabuloso? Esta te la debo a ti, nena. Te la dedico.

Normalmente, llegados a este punto (en este tipo de conversación), nos abrazaríamos y yo le diría «¡Gracias, te odio! Y ahora escribe una canción sobre mí, por favor». Y nos besaríamos como hermanos, en la mejilla, o lanzaríamos besos al aire: nos daríamos esos besos de hermano y hermana que me mantienen viva desde hace dos años.

Pero esta vez no me muevo: me quedo sentada junto a la ventana, fumando. Y John se queda en la cama y me observa con recelo.

Aquí me siento segura. No puedo acercarme más a él.

Porque desde que llegamos a Estados Unidos las cosas han cambiado. Hemos llegado al mutuo acuerdo de que no debemos estar... demasiado cerca el uno del otro. De que, si uno da un paso adelante, el otro debe dar un paso atrás. Cuando nos tocamos sin querer (en el ascensor o apretujados en un taxi), los dos contenemos la respiración un segundo, hasta que nos apartamos y volvemos a sentirnos a salvo y, entonces, volvemos a respirar.

A lo largo de los años, nos hemos pasado la noche en vela en un montón de hoteles, tumbados en la cama, hablando hasta el amanecer.

Pero aquí no nos tumbamos en la cama: la evitamos, como si fuese inestable o estuviese electrificada.

Hemos huido los dos a Estados Unidos. Sabemos lo que podría pasar a continuación. Muchas veces pillo a John mirándome más tiempo del necesario, quizá con un punto de sensualidad. Sé que me mira cuando me cepillo el pelo, cuando me tomo una copa de vino, cuando entro en la habitación con las botas de ante verdes con botones que me he comprado en Greenwich Village.

—Esas botas son de las que les provocan mareo a los tíos —me dice cuando le sonrío y luego me siento a la mesa, lo más lejos que puedo de él.

Sé que John ya no piensa en mí como antes. Lo miro y sé que está esperando. Espera y me observa por si detecta la más mínima señal en mí, una mirada, una palabra, porque entonces dará

ese paso hacia mí y ya estará. Toda esta electricidad estática encontrará un camino para llegar al suelo y empezaremos a besarnos y ya no pararemos.

Pero no puedo acercarme a él. De momento, parece desaconsejable.

Y no sé por qué. Supongo que es por Jerry.

John sabe que ha pasado algo chungo, evidentemente, pero no sabe toda la historia; los dos primeros días que pasamos en Estados Unidos yo sentía demasiada vergüenza como para poder contársela. No me gusta contar historias penosas y tristes sobre mí misma. No sé cómo acabarlas. ¿Cómo acabas una historia que no puede desembocar en un chiste triunfal? Esta noche se lo cuento, por fin, y acabo la historia de golpe: «Bueno, pues lo grabó y ahora se lo enseña a la gente en las fiestas. Ahora ya sabes de qué va la historia de mi vídeo sexual.»

Agacho la cabeza y veo que he dejado el menú del servicio de habitaciones hecho trescientos trocitos en los que pone «urguesa» o «ayones». Tengo el regazo lleno de confeti.

Mi historia enfurece y turba tanto a John («¿Cómo pudo hacer una cosa así?») que creo que se va a poner a berrear, como si se hubiese lastimado.

—Cuando le llegue el karma, espero que sea un karma doloroso y testicular —dice para rematar una perorata enardecida—. Yo ni siquiera me molestaría en enterrarlo después de matarlo. Lo dejaría colgado en las ramas de un árbol para que se lo comieran los pájaros. ¿Qué puedo hacer, cariño mío? Haré lo que sea.

—No lo sé —le digo con la vista en mi regazo cubierto de pedacitos de papel—. No sé qué se puede hacer. No paro de darle vueltas. Al principio, tuve una fase de negación, después me enfadé y ahora... ahora estoy en una fase muy rara, entre diferentes emociones. Me siento... como si estuviese esperando a que ocurriese algo. ¿Te acuerdas de *Los chicos del ferrocarril*, cuando un día Bobbie se despierta y sabe que va a pasar algo? Todo parece irreal, como si estuviera en un sueño, y, de pronto, en la estación, aparece su padre.

—«¡Papá! ¡Es mi papá!» —exclama John—. Por Dios, qué manera de llorar.

—Pues así me siento yo —le digo—. Como si estuviese a punto de suceder algo. Como si estuviese esperando.

John hace un gesto afirmativo, pero no se mueve de la cama. Yo no me muevo de la silla. Esperando.

El miércoles vamos a Washington D.C., donde John tiene compromisos con la prensa durante todo el día.

—Lo siento, nena —dice en el desayuno. Tenía razón cuando me hablaba de los desayunos de Estados Unidos. Son alucinantes. Nunca había probado el picadillo de patata.

—Es como una orgía de patatas fritas —digo, sorprendida, cuando el camarero me lo pone delante—. Pero no te preocupes por abandonarme. Tengo un plan.

—¿Bar? ¿Club de stripteis? ¿Concierto de bongos? ¿Fumadero de crack? América es muy generosa, ofrece infinidad de distracciones a la gente con problemas. —John se termina los huevos y enciende un cigarrillo.

—No, no —le digo, sonriente—. El Instituto Smithsonian. Siempre he querido ir a verlo.

—Veo que sigues con tu peregrinaje de empollona —dice John con cariño antes de dejar una generosa propina de diez dólares.

Me besa la mano y se mete en el taxi.

—Quedamos aquí a las cuatro en punto. Y tendremos todo el resto del día para nosotros solos.

La verdad es que, cuando estoy de viaje y sola, siempre voy a museos y galerías de arte. Los museos y las galerías de arte conforman una especie de red mundial de sitios a los que puede ir una adolescente cuando le sobra tiempo y no tiene amigos con los que hablar, y donde puede estar segura y, al mismo tiempo, pasarlo bien. Sitios donde puede pensar. Donde le enseñan cosas que, sin ninguna duda, le resultarán útiles. Y en los museos siempre hay unas cafeterías fabulosas. Es una de las cosas que admiro de la clase media liberal: cuando crean un centro cultural, es impensable que no ofrezca, también, una excelente selección de sopas, tartas y bocadillos. Está muy claro que el mensaje que quieren transmitir es el siguiente: «La historia nos ha enseñado que el almuerzo es muy importante.»

Después de recorrer a pie una distancia de diez manzanas (sopla un viento lo bastante fuerte como para hacer ondear elegantemente todas las banderas de Estados Unidos en sus mástiles y el cielo está tan azul como el azul de esas banderas), me dirijo adonde Krissi y yo siempre vamos cuando entramos en un museo: a la sala de Geología, Gemas y Minerales.

Al principio lo hacíamos porque queríamos ver los diamantes, evidentemente. Diamantes y esmeraldas; zafiros, amatistas y rubíes. ¿Cómo no íbamos a querer unos niños pobres ver las piedras preciosas más brillantes y más caras del mundo, encerradas en una vitrina, a escasos centímetros de la oportunidad de cambiar por completo nuestra vida si rompíamos el cristal y echábamos a correr? Nos paseábamos y decidíamos qué nos llevaríamos en el supuesto caso de que el museo decidiera regalarnos una sola piedra de sus vitrinas.

Pensábamos que era muy importante que supiéramos qué nos íbamos a llevar, por si algún día nos lo preguntaban. Queríamos estar preparados por si aparecía Daddy Warbucks y se sentía generoso. No queríamos que nos pillara desprevenidos y volver a casa con... unos granates. Los granates son una mierda. Son rubíes sucios para los tristes acuarios.

Pero para llegar hasta donde estaban las piedras preciosas tenías que pasar por los «minerales inferiores»: los más marrones, los más mates. Es como comerte los pudines de Yorkshire antes del asado. Con los años, con todas las horas que hemos pasado en esas salas, al final hemos acabado prefiriendo estos últimos. Si te paras y los miras, compruebas que son los mejores. Si dejas de valorar el fulgor y empiezas a codiciar los misterios.

Mis ojos y mi cerebro tardan un minuto en adaptarse a la sala (silencio de museo, oscuridad; las vitrinas iluminadas parecen estrellas en un escenario), pero después, enseguida, se produce la magia de siempre: piedras con forma de estrellas, de Budas, de templos, de dagas. Piedras finas como un pelo o que relucen en la oscuridad. Piedras que parecen burbujas, corazones o trozos de nave espacial derretida.

Voy hasta la pared donde están los mapas, donde se especifica de dónde proviene cada hallazgo. Y, perpleja, me doy cuenta de que todos los objetos que hay en esta sala, todo lo que es precioso o brillante, todo lo que reluce, todo lo que destaca proviene de algún lugar horrible. Terrible. Aterrador. Sitios donde las placas tectónicas han rozado unas con otras o donde han explotado cosas. Sitios donde hay caos o una tensión insostenible. Volcanes y deslizamientos de tierras. Terremotos e inundaciones. Sitios de la Tierra donde se han estrellado asteroides. Todas las cosas maravillosas, sin excepción, se han generado a partir de un trauma.

La tensión y las explosiones, pienso (lo pienso despacio y empiezo a emocionarme, como si estuviese generándose un pensamiento muy útil) producen las cosas más extraordinarias.

Y lo mismo que sucede con estos minerales que hay en el suelo sucede con los minerales que

hay en nuestro interior. Segurísimo. Al fin y al cabo, si estamos hechos de la misma materia que la Tierra, es lógico que también nos transformemos cuando nos someten a presión o cuando explotan cosas.

Por eso hay sitios del mundo (Nashville, Nueva York, Liverpool, Berlín, Londres, Detroit, Viena) de donde siguen saliendo voces y genios, narradores y cantantes. Son sitios donde han explotado cosas, política, económica o socialmente hablando. Ha habido incendios, han explotado bombas, ha habido inundaciones o plagas... y eso ha ido modificando la composición química de sus habitantes. En eso consiste la geología de la creatividad. La presión y el calor producen personas asombrosas.

Y a veces los cataclismos son más pequeños, aunque igual de dolorosos. Se producen cataclismos terribles y transformadores de todo tipo de dimensiones, que afectan a un continente entero o a una sola casa o un solo corazón.

Pienso en la infancia de Suzanne, en las horas que pasaba sola en aquellas habitaciones de hotel. O en la infancia de John y en la enfermedad y la muerte de su madre.

Llego a la vitrina donde está expuesto un diamante presuntamente maldito y pienso, por fin, en qué me está pasando. Lo observo: ese diamante está iluminado por los cuatro costados. Hubo un tiempo en que este diamante solo era carbono. Fue sometido a una presión casi intolerable (lo aplastó el mundo, literalmente) y ahora contiene intocables fuegos de un azul rojizo, diminutos cometas rosa y verdes que atraviesan su centro. Toda una galaxia, solo que del tamaño del puño de un bebé.

Esto es lo que ocurre cuando sientes que te aplasta todo el peso del mundo.

Temes que eso te cambie para siempre. Y tienes razón: te cambia.

Te convierte en algo hermoso y, al mismo tiempo, en la cosa más indestructible del planeta.

Me enterece y me divierte ver que tiene un nombre idóneo: Esperanza.

—Me identifico mucho contigo —le digo al Diamante Esperanza, y me quedo contemplándolo—. Entiendo lo que me quieres decir. Eres la metáfora más reluciente que jamás he visto.

—Si quieres, podemos quedarnos aquí para siempre —dice John al cabo de una semana. Estamos sentados en el balcón de su habitación del hotel, en Savannah, Georgia.

John habla con un tono despreocupado, pero, cuando levanto la vista de mis huevos pasados por agua, servidos en vajilla de plata, acompañados de esas extrañas, ligeras e insípidas tostadas donde Estados Unidos, inexplicablemente, la caga, veo ansiedad en su mirada.

—¿Cómo dices?

—Si no quieres volver —dice, todavía con tono relajado—. No tenemos ninguna obligación de volver, si no queremos. Bastaría con que hiciera una llamada y esta misma noche ya me tendrían preparada una gira de un año. Podrías ir adonde quisieras. Canadá. Nueva Zelanda. Japón.

—¿Y a la India? —pregunto—. ¡Siempre he querido visitar los palacios de los últimos marajás!

—Bueno, la India no es uno de mis territorios diana... No —dice Kite, muy compungido—. Allí no vendo ni un disco.

—¿Y México? Es un país precioso.

—No, no, allí tampoco me como un rosco.

—Supongo que en Nepal tampoco tienes muchos fans, ¿verdad?

—No.

Enciende un cigarrillo.

—Pero entiendes el principio general, ¿no? (Un fondo que tú te estás pasando por el forro con tus misteriosas preferencias por visitar países que, en general, tienen entre poco y ningún interés por los cantautores galeses blancos atormentados.) Podríamos pasar completamente de Gran Bretaña. Se acabó. No tenemos por qué volver allí. Podemos largarnos y lanzarle una bomba atómica desde el espacio. Si no quieres volver, podemos irnos para siempre.

Me acabo los huevos. Me bebo el café. Las tazas son blancas y grandotas, me gustan. Con mi albornoz y mis pantuflas, también blancos, me siento como si estuviera en un anuncio de una vida nueva y satisfactoria.

La posibilidad de viajar por el mundo con John durante un año o más es, evidentemente, lo que Willy Wonka habría puesto en una chocolatina especial para mí de haber sabido lo mal que se me iban a dar las tareas cotidianas de dirección de una fábrica de chocolate, pero, aun así, hubiese querido recompensarme.

Y, a pesar de ello, yo sabía que no podía.

—A ver. El caso es que... todo esto... no es... real, ¿no? —empiezo a explicarle, con aire pensativo. Esta conversación es un experimento, porque todavía estoy intentando averiguar dónde está el problema, exactamente. Y la única forma de averiguarlo, como ya he explicado antes, es hablando. Por eso me pone tan nerviosa la gente que no sabe escuchar.

—Te toca pagar multa, nena. —John sacude una lata y la deja encima de la mesa.

Tenemos una «lata de los clichés» donde ponemos una moneda cada vez que uno de los dos utiliza un cliché del rock 'n' roll.

Pongo un dólar en la lata y, de repente, me doy cuenta de por qué me muestro tan reservada. Por fin encaja todo: ya sé por qué no puedo tocar a John y por qué no puedo quedarme con él.

Lo que quiere hacer John es rescatarme.

—¡Tú me quieres rescatar! —grito, porque estoy muy contenta de haber resuelto el problema—. Por eso no puedo hacerlo.

—¿Qué quieres decir? —me pregunta.

—Si me fugo y me voy contigo de gira, lo que sería extraordinario, la cosa más maravillosa y más perfecta que podría sucederme, en rigor, si lo piensas bien, me habrías rescatado. Y a mí no me puedes rescatar.

—Bah, tampoco estás tan mal —dice John alborotándome el pelo—. Seguramente ya no se acuer...

—No, no. No me has entendido. No me puedes rescatar porque yo no puedo permitir que me rescates. Eso... no va conmigo.

John parece dolido. Yo no quiero que se sienta dolido. Pero estoy tan impresionada por haber solucionado la insistente preocupación que me retorcía las tripas que necesito compartir mi emoción con él. Me siento como un profesor que comparte un nuevo teorema con su colega. Espero que esté orgulloso de mí. Siempre se enorgullece de mí cuando resuelvo algo.

—Jerry hizo una cosa que me entristeció y me hizo vulnerable. Ahora tú has hecho una cosa que me hace sentir segura y feliz, pero ¿y si dejases de hacer eso que me hace sentir segura y feliz?

John me mira, absolutamente perplejo.

—¿Te has vuelto loca? ¡Yo jamás haría eso! A menos que fuese divertido. Y aun así, solo durante dos minutos, como máximo. Yo soy tú. Tú eres yo. ¿Cómo voy a dejar de querer hacerte feliz?

—Podrías morirte.

—¡Anda ya! Yo no me voy a morir nunca.

—Tarde o temprano te morirás.

—Imposible. ¿Tú crees que me voy a morir?

Se ríe, enciende otro cigarrillo y tose con fuerza.

—Me cago en todo. ¿Toser se considera ejercicio? Lo parece, desde luego.

Se bebe el zumo de naranja de un solo trago.

—Ya está. Ya vuelvo a estar sano. ¿Has visto qué fácil?

Enciendo un cigarrillo y me recuesto en la silla. La luz del sol calienta como el agua de la bañera, se está tan bien en este balcón con John... y, por si fuera poco, nunca ha estado tan guapo: el pelo despeinado, la barriguita, sus ágiles y diestros dedos manipulando el encendedor. Su mirada, llena de amor y humor. Todo es perfecto.

Y, de alguna manera, es la belleza de la mañana lo que hace más fácil decir: «Es una larga historia, pero he visto un diamante y soy yo. Tengo que volver a Londres de inmediato.»

Desde que nos conocimos, no hemos discutido ni una sola vez y esto de ahora tampoco es ninguna discusión. Solo es John desconcertado (sigue desconcertado cuando llama a su gerente para arreglar los billetes de avión) y yo incapaz de decir otra cosa que no sea «Sé que tengo que irme ya mismo. Lo siento mucho. Gracias por todo».

—No puedes darle las gracias a alguien por algo que lo ha hecho tremendamente feliz —dice John, contrito, mientras me ve hacer la maleta—. Si estoy contigo es por razones absolutamente egoístas.

Dos horas más tarde, salgo para el aeropuerto.

32

De regreso en Londres, nada más entrar en mi apartamento, me doy cuenta de dos cosas, en rápida sucesión. La primera es que la perra viene corriendo hacia mí. La segunda, que la casa huele a curri. Delicioso curri de canela.

Ambas cosas me confunden, ya que dejé a la perra en casa de Suzanne para que me la cuidara hasta que volviera y, que yo sepa, la perra no sabe preparar curri. Por eso la combinación de perra y curri resulta de lo más desconcertante.

Por un momento, me pregunto si me habré equivocado de casa, pero entonces Julia sale de la cocina, secándose las manos con un trapo.

—Has vuelto —dice, implacable. No se sorprende por nada. Coge el teléfono y marca un número—. Dolly está aquí. Ven —dice. Hay una pausa y, entonces, con paciencia—: Están debajo de tus medias. No: DEBAJO de tus MEDIAS. Mira bien. No, no hagas eso. ¿Por qué? Porque la última vez que lo hiciste, te pasaste dieciséis horas inconsciente. Vale. Nos vemos dentro de diez minutos. Adiós.

Cuelga el teléfono.

—Bienvenida —me dice—. ¿Té?

Dejo caer mi maleta al suelo y, perpleja, la sigo hasta la cocina.

—Creía que la perra estaba en tu casa —le digo.

—Ah, sí —dice Julia encendiendo el hervidor—. Pero es que no salió muy bien. Nuestro piso no está preparado para tener perros. No dejaba de comerse cosas: un cepillo, un sombrero de piel... Así que pensé que podría instalarme aquí con ella. Tu padre le ha hecho una cesta.

Señala un palé de fruta con uno de mis abrigo dentro en lugar de manta.

—¿Mi padre? —El nivel de surrealismo de la mañana aumenta por momentos—. ¿Está aquí?

—No —dice Julia antes de ponerme el té delante—. Estuvimos hablando y, al final, acordamos que lo mejor era que volviese a casa de tu madre y le pidiese perdón.

Apoyo la cabeza en la mesa. Nada tiene sentido y mi cuerpo todavía cree que está en Georgia. Julia se compadece de mí.

—Total, que me vine aquí con la perra. Luego apareció tu padre, me dijo que tu hermano le había dicho que atravesabas un mal momento y que tal vez te iría bien el amor de un padre.

¡Krissi! ¡Ha usado mi escándalo sexual para deshacerse de papá! Ya sé que cuando tienes limones, tienes que hacer limonada, ¡pero Krissi me ha robado mis limones para hacer su limonada! ¡El muy desgraciado!

—Estuvimos charlando la mar de bien tu padre y yo. Bueno, después de que él comprendiera

que no era ningún ladrón y dejara el bate de críquet en el suelo, claro.

—¡No tengo ningún bate de críquet! —protesto.

—Ah, siempre llevo uno conmigo —dice Julia, señalando el bate que hay en un rincón.

Me bebo el té. Lo necesito.

—Bueno, nos pusimos a hablar y, al final, me contó que las cosas están un poco... tensas con tu madre.

Asiento con la cabeza.

—Es un hombre fascinante, tu padre —dice, pensativa—. Listo, carismático, divertido, aficionado a las drogas, egoísta, loco. Me recordó a alguien.

Justo en ese momento, suena el timbre.

—Es Suzanne —dice Julia y se levanta para abrir la puerta.

Suzanne, con un camisón y un abrigo de piel encima, entra fumando un cigarrillo.

—Precisamente estábamos hablando de ti —dice Julia y, después de ofrecerle una taza de té a Suzanne, se sienta—. Comentábamos que el padre de Dolly se parece mucho a ti.

—¿Pat? Ya. Es un amor —dice Suzanne, sonriente.

—Y por todo lo que me ha contado sobre tu madre... pesimista, sensata, responsable... creo que ella...

—Bueno, tú eres ella, Julia —la interrumpe Suzanne—. Es totalmente como tú. Ya lo sabemos.

—Pues le conté a tu padre qué era lo que nos había mantenido unidas a Suzanne y a mí.

—¿Amor y respeto mutuo? —pregunto.

—No exactamente —dice Julia—. El dinero. El amor y el respeto son mucho más fáciles si los dos miembros de la pareja tienen la misma cantidad de dinero. Si tienes el mismo poderío para comprar zapatos, puedes aguantar cantidades enormes de mierda.

Suzanne asiente.

—Así que le dije que o bien vendía ese estúpido coche y se repartía las ganancias con tu madre, o bien la dejaba pedir un crédito a ella también y la dejaba despilfarrar ese dinero como ella quisiera.

Por lo visto, la reacción de mi padre ante esa sugerencia fue echar humos sobre el importe de las cuotas, a lo que Julia respondió: «Bueno, ahora ya conoces la TAE de la igualdad, Pat. Son las matemáticas del matrimonio.» Mi padre se avino a vender el coche y repartirse el dinero y luego se marchó a su casa.

—¿Y ya está? —pregunto, cohibida—. ¿Le has solucionado la vida a mi padre? ¿Por eso estás aquí?

—Ah, no —dice Suzanne—. Eso solo es una parte.

—¿Alguien quiere curri? —pregunta Julia, acercándose a la olla. Suzanne responde agitando su bote de pastillas.

—¡Estaban debajo de las medias! ¡Tenías razón! —dice antes de acercarme un plato que acepto de buen grado.

—He venido por otro asunto, el realmente importante —dice Suzanne, poniendo los pies encima de la mesa. Julia se los aparta inmediatamente.

Durante la siguiente media hora, me cuentan todo lo que ha pasado desde que me fui.

A la prensa, como es lógico, le interesó mucho la historia, pero no fueron capaces, por razones

legales, de publicar que estuviera relacionada conmigo.

—Así que se han dedicado a lanzar indirectas —dice Julia—. A publicar cosas sin dar nombres. Zee se ha portado genial: emitió unos comunicados de prensa en los que explicaba que el discurso de Suzanne «abordaba la misoginia general y los casos de abusos en la industria». Ha sido un tema importante.

—Mi frase «Esta ciudad la dirigen unos delincuentes sexuales» saltó a los titulares del *Evening Standard* —dice Suzanne con orgullo—. Y al final hacían publicidad de mi álbum.

—Me alegro por ti —digo con voz débil—. Y... ¿ya ha pasado todo?

—Ah, no —dice Suzanne, contrita—. Lo siento mucho, cariño. Todo el mundo de la industria habla de ti. Es repugnante, la verdad. Lo siento mucho.

Noto una sensación muy rara en el corazón y, durante un maravilloso minuto, creo que el problema se resolverá por sí solo.

—¡Pero no nos hemos quedado de brazos cruzados! —dice Suzanne—. Desde aquella noche, después de todo lo que ha salido publicado, muchas mujeres se han puesto en contacto conmigo. Muchísimas, Dolly.

Se estremece.

—Jerry ha abusado de muchas mujeres. Podríamos decir que es un abusador a tiempo completo y un comediante a media jornada. La verdad, no sé cómo se gana la vida. Y, después de gestionar durante un tiempo una línea directa no oficial donde denunciar las agresiones sexuales que se producen en Londres, he conseguido esto.

Suzanne pone una bolsa enorme encima de la mesa.

—Venga, ábrela —dice acercándomela.

Abro la bolsa con recelo. Dentro hay media docena de cintas de vídeo, con etiquetas garabateadas: «SH», «IB», «VR», «DW».

—Una de las «novias» actuales de Jerry me llamó. Bueno, ya no es su novia. Dejó de serlo cuando encontré esto.

Suzanne se inclina sobre la colección de cintas y empuja una hacia mí.

—Había un cajón entero lleno. «DW» eres tú —dice.

Miro la cinta. Dios, qué sensación más rara. Una caja de plástico negra que contiene solo media hora de mi vida, pero una media hora que ha amenazado con comerse mi nombre, mi trabajo, mi vida, como el ácido, hasta que no quede nada.

—¿Es la única copia? —pregunto tocándola con las yemas de los dedos, como si estuviese sucia.

Suzanne asiente y pone el vídeo en el suelo. Julia me pasa el bate de críquet.

—Bueno, ahora puedes deshacerte de ella —dice con regocijo—. Puedes hacerla pedazos.

Cojo el bate. La idea de destrozar la cinta me seduce enormemente, pero también tengo la sensación de que, si pudiese seguir hablando un rato más, se me ocurriría alguna idea mejor. Sé que estoy al borde de dar con algo... diferente.

—Chicas, ¿me dejáis que os hable yo a vosotras? —Dejo el bate en el suelo—. Lo único que necesito es hablar. Lo único.

33

La fiesta de lanzamiento del álbum de The Branks se celebra en el Astoria. Van a tocar el disco en directo, de cabo a rabo, y luego, el plan consiste en «pillar un pedo monumental», según palabras textuales de Suzanne.

Voy al camerino, donde está Zee colocando los platos de queso y de fiambre. Cuando entro, oigo a Suzanne exclamar:

—¡Es monísima!

Me acerco para ver qué tiene en la mano. Es una papela de cocaína de color rosa.

—¿Monísima? —pregunto.

—¡Acaba de llegar de Los Ángeles! —grita—. Es lo que toman ahora todas las ricas herederas de Los Ángeles. —Nombra a unas cuantas—. No les gustaba el sabor de la Coca Original y algún puto genio ha empezado a cortarla con Nesquik de fresa. Me parece adorable.

Zee se acerca y le quita la papela de la mano.

—¿Qué te parece si la reservamos para el postre? —propone antes de guardarse la papela en el bolsillo, como si fuese su padre.

Suzanne me mira y me pregunta:

—¿Cómo lo llevas?

Julia y Zee me ponen una mano en cada hombro.

—Sí, ¿qué tal? ¿Todo bien? —dice Zee.

—Creo que ya no puedo hacer nada —les digo demostrando valor—. Y tengo mis notas.

Les enseño mis folios A4.

Llevo toda la semana escribiendo. Siempre había confiado en que escribiendo, si te esforzabas lo suficiente, podías llegar adonde quisieras. Para mí, es una creencia fundamental. Esa fe me sacó de Wolverhampton, me trajo a Londres, hizo que John dejara de tener ideas suicidas por escribir canciones comercialmente viables. Es mi consuelo, mi arma, mi tesoro y lo mejor de mí. Es lo único que tengo, francamente.

Como era de esperar, justo ahora llego a ese punto del proceso en que creo que lo que he escrito en estos folios A4 es una caca y que he cometido un error increíble, pero ya es demasiado tarde para cambiar de idea.

Suzanne se levanta y me abraza.

—Sigue enfadada —me susurra—. La ira hace que tus ojos se pongan muy azules.

A las nueve y veinte de la noche estoy entre bastidores con Suzanne, levitando de pánico,

cuando la música de la sala se detiene. No me había dado cuenta de que Suzanne me tiene cogida de la mano hasta que me la aprieta, luego la suelta y sale al escenario.

—¡Buenas noches, Londres! —saluda y recibe vítores y aplausos—. ¡Soy Suzanne Banks!

Más gritos y aplausos.

—¡Os presento a mi grupo, The Branks! ¡Gracias por venir!

Más vítores.

—¡Bienvenidos a la fiesta de lanzamiento de nuestro álbum, que este domingo saldrá en el Top Ten! ¡Me alegra muchísimo veros aquí, dispuestos a pasarlo en grande!

Más gritos.

—Pero, antes de empezar, tenemos que resolver un tema —dice antes de desenganchar el micrófono del pie y empezar a pasearse por el escenario—. Nosotras formamos un grupo, tenemos nuestra manada. Espero que, esta noche, algunas de vosotras también hayáis venido con vuestra manada.

Más gritos, de chicas.

—Bueno, yo también tengo mi manada. Y cuando a una de tu manada le hacen una putada, tienes que parar un momento y ayudar a esa miembro de la manada a recuperarse. Y por eso, damas y caballeros, quiero que recibáis con un gran aplauso al ser más increíblemente brillante, para que os cuente un par de cosas. Quiero que lo deis todo por mi amiga Dolly Wilde. —El público aplaude y, cuando salgo al escenario, bajo la intensa luz de los focos y Suzanne me abraza, vuelve a sorprenderme que el simple hecho de golpear una palma de la mano contra la otra pueda tener matices emocionales. Este aplauso suena... a confusión.

Sin embargo, hay un hombre que no está nada confuso.

—¡Chúpame la polla! —grita desde la primera fila, como si fuese lo más normal que un hombre le grite eso a una mujer que sale al escenario.

—Chúpatela tú, gilipollas. Ella no tiene tiempo —le suelta Suzanne.

El público ríe.

—Bien, Dolly ha venido a hablarnos... —Y entonces, quizá por primera vez en la vida, Suzanne se queda sin saber qué decir.

—De mi vergonzoso vídeo sexual —digo para sacarla del apuro—. Que levanten la mano los que hayan oído hablar de él.

Hay una pausa de bochorno y perplejidad y, entonces, prácticamente todo el público levanta la mano. Es un momento horrible. Es la prueba absolutamente irrefutable de que mi vergüenza es descomunal. Y real.

Durante el tiempo que mi corazón tarda en latir diez veces, siento verdadero pánico. Miro a Suzanne con expresión de impotencia. Ella se inclina hacia mí y me dice al oído, apartando el micrófono:

—Haz tu trabajo, tía.

Era lo mejor que podía decirme, porque yo nunca le he tenido miedo al trabajo.

Cojo el micrófono.

—Bueno. Como acabáis de confirmarme, soy famosa por haber tenido relaciones sexuales. Una vez.

El público me aplaude.

—Dado el éxito, por llamarlo de alguna forma, que ha tenido mi vídeo sexual, he pensado que

lo mejor que podía hacer era sacarle partido a ese éxito, como se suele hacer con cualquier espectáculo popular —continúo—. Así pues, esta noche os voy a ofrecer la oportunidad de oír un «Comentario de la directora» de las secuencias originales. ¿Preparados?

El público me aplaude otra vez y vuelvo a detectar confusión. La gente no entiende qué está pasando.

Le hago una señal al *tour manager* de Suzanne y las primeras secuencias de «El peor polvo del mundo» empiezan a proyectarse en la pantalla que tengo detrás.

Miro un momento las imágenes. Allí estoy, con todo mi optimismo sexual, tumbada en la cama de Jerry Sharp. Y un poco más allá, alejándose de la cámara que acaba de encender, está Jerry.

—Bueno, bueno, Dolly Wilde. Vamos a ver ese lado oscuro tuyo —dice Jerry desde la pantalla.

—Estas —le digo al público— son las imágenes de aquella noche. Nos las ha facilitado una amiga del colectivo feminista radical. En ellas podéis ver a Jerry Sharp follando.

Un alboroto total se desata entre el público. No pueden creer que les esté mostrando mi vídeo sexual en una pantalla gigante. Y, si he de ser sincera, yo tampoco.

Oímos a Jerry decir: «Bueno, ¿vamos a ver cuánto aguantas, so zorra?», cuando vuelve a la cama. No es algo que a nadie le haga mucha gracia que le digan. Me quedo paralizada otra vez.

Suzanne se da cuenta de que estoy aterrorizada y acude a socorrerme. Con aire desenvuelto, se apoya en el pie del micrófono y me pregunta:

—A ver, chica, cuéntame. ¿Aquí qué está pasando?

Me quedo mirándola fijamente.

—Venga, cuéntame. ¿Qué hace el tipo ese?

Me señala en la pantalla.

—Cuéntame lo que ves. Enséñame lo que te hizo haciéndoselo a la muñeca.

Me pone una botella de whisky en la mano y yo bebo un sorbo.

—A ver, ¿podemos detener la cinta aquí un momento? —le digo al *tour manager* y él para el vídeo.

Me quedo congelada en la pantalla, mirando con la boca abierta a la cámara. Jerry se cierne sobre mí. La cámara de vídeo que ha colocado encima de su cómoda captura toda la escena: su cama, las lámparas de las mesillas de noche encendidas y Jerry colocándose sin miramientos en la posición más conveniente, para poderme mostrar entera ante futuros públicos. Parece un concursante de Crufts, el concurso canino, colocando a su perro en su mejor postura para que lo evalúen los jueces. Yo soy ese perro. Soy un cocker spaniel. Un golden retriever. Un labrador.

No es una escena bonita.

Me quedo mirando la pantalla fijamente un instante. Creo que hay una razón por la que la mayoría de la gente tiene relaciones sexuales a oscuras. Es porque todos quedan igual de mal que yo. Miro a Suzanne, que me pasa un cigarrillo encendido. Doy una calada.

—Vale. Muy bien. Por si alguien no lo sabe, os voy a explicar cómo follan las mujeres con los hombres. Las normas que no están escritas en ningún sitio. Vale. Allá va: él folla y tú haces lo que puedes.

Paro un momento y miro al público. Le doy tiempo para que piense en lo que acabo de decir y luego continúo:

—Los hombres son los que tienen el *copyright* del sexo. Es una cosa que inventaron ellos para

hacerla con las mujeres y, si vas a casa de un tío y te desnudas, estás obligada por contrato a llegar hasta el final.

»Bueno, sí, tienes permiso para decir “¡PARA!” si el tío te hace mucho daño o te asusta. ¡Eh, que estamos en 1995! Pero, por lo demás, has comprado el tique de la atracción y no puedes apearte antes de que termine. En una situación así, una mujer adulta tiene que llegar hasta el final, es como una soldado sexual con una misión. Te metes en la cama, recibes tus órdenes sexuales y debes cumplirlas. Ya no puedes parar.

Miro al público. La gente está intrigada. El vídeo se reanuda.

—Bueno, pues aquí me tenéis, viendo cómo folla Jerry y haciendo lo que puedo, porque eso era lo que significaba ir a su casa.

En la pantalla, se ve la boca ligeramente desenfocada de Jerry sobre una teta mía, también ligeramente desenfocada.

—Vale, empezamos con las tetas. Francamente, nunca he entendido a qué viene tanto follón. Para mí, un tío jugueteando con mis pezones viene a ser como un solo de batería: da la impresión de que él se lo está pasando mucho mejor que el resto de la gente que está en la sala.

En la pantalla, Jerry se mueve atropelladamente y se coloca detrás de mí.

—Pero, tranquilos, no me voy a aburrir mucho rato, porque, como podéis ver, los preliminares ya han terminado... Sí, han durado algo menos de un minuto, por si alguien está tomando notas. Jerry ha decidido pasar a la acción. ¡Empieza el sexo propiamente dicho!

Dejo que el vídeo avance un poco. Jerry bombea detrás de mí, mientras yo contemplo la pared con cara de... estoica resignación. Parezco una pastora del siglo xviii buscando sus ovejas por la montaña en medio de una tormenta.

El público pasa de las risas a la perplejidad.

—Bueno, aquí vemos unas escenas de sexo tradicional —continúo. Suzanne me acerca un puntero.

—Como todos sabemos, la zona erógena principal de la mujer está aquí.

Señalo mi zona clitorica.

—Lo más probable es que la presión sobre esta zona me desencadene un orgasmo. Como Jerry no la está tocando, podemos deducir que no quiere que yo tenga un orgasmo. Él lo que hace es follar como ha visto follar en las películas porno.

Jerry, que sigue bombeando con ganas, me da un cachete en el trasero. En la pantalla, pongo cara de sorpresa. El público exclama.

—En las películas porno abundan los cachetes. Yo, personalmente, nunca lo he entendido. A lo mejor es que los hombres confían en haber encontrado a un bicho raro maravilloso que tiene el clítoris en una nalga. Como el argumento de *Garganta profunda*, pero con el trasero. *Trasero profundo*. Pues mira, no: yo no tengo el clítoris en el trasero. Cuando me pega en el culo, lo que noto es que me está pegando en el culo. Me explico, ¿no? Como cuando los padres te dan un azote. En mi caso, es la primera vez que me pegan en el culo desde que tenía nueve años, cuando, sin querer, grabé algo encima de la cinta de *Yentl* de mi madre, de modo que, para mí, no es nada terriblemente sexual, la verdad.

Jerry bombea con más energía y me azota otra vez. Mi cara apenas expresa nada, solo se advierte alguna que otra mueca.

—Esa mueca —comento— se debe a que ahora estoy pensando en mi madre. ¡Mamá! ¡Ahora

no te metas en mi cabeza, por favor! Voy a pensar en Barbra Streisand, a ver si mejora un poco la cosa.

En la pantalla, se aprecia un esbozo de sonrisa en mi cara.

—Eso es mi «sonrisa Barbra» —aclaró—. Me la imagino con un vestido de lamé dorado en *Hello, Dolly!* Y ahora me estoy viendo a mí misma con un vestido de lamé dorado. Son distracciones agradables. Eso es en lo que pienso mientras se desarrolla toda esa actividad sexual.

El público se ríe. Continúo.

—Pues bien, dado que Jerry ni siquiera intenta hacer que esto me resulte agradable y que yo hago como si no estuviera allí, quizá deberíamos preguntarnos, damas y caballeros, ¿acaso esto es tener relaciones sexuales?

Señalo las penosas imágenes que se desarrollan detrás de mí, y entonces, abro el diccionario que me he llevado al escenario.

—Lamentablemente, según este diccionario, sí: «Coito: contacto sexual entre individuos que incluye penetración y, especialmente, la inserción del pene erecto del hombre en la vagina de la mujer, que suele culminar con la eyacuación de semen.» Como veréis, no se mencionan ni la excitación ni el orgasmo femeninos. No es de extrañar que Jerry no se plantee mi placer sexual, cuando ni siquiera aparece en el diccionario. ¡Señoras, nuestro sexo ni se menciona en el diccionario!

Las mujeres del público silban y abuchean. Señalo la pantalla, donde Jerry y yo seguimos dale que te pego. Yo estoy a gatas; Jerry, detrás de mí, sigue dándome cachetes en las nalgas. Parece un *jockey* calenturiento que intenta ganar el Grand National.

—Así pues, la descripción de lo que está pasando aquí depende de quién seas. Los hombres, sin ninguna duda, estáis viendo una relación sexual. Para vosotros esto es una cinta de vídeo sexual. Las mujeres, en cambio, estamos viendo a un hombre que se masturba dentro de una mujer. En estas imágenes, yo no estoy follando, sino que un hombre está follando en mí. Ahora lo sé. Desde que tuvo lugar ese polvo, he «descubierto mi propio cuerpo», si me permitís ser un poco cursi. Ahora sé qué le hace feliz a mi cuerpo. Sé, por ejemplo, que mi cuerpo estaría muchísimo más contento paseando bajo la lluvia, zambulléndose en un lago o simplemente tumbado en la cama con un amigo. Si mi cuerpo pudiese hablar, me diría que no quiere estar en esta sala, haciendo este monólogo. Mi cuerpo no gana nada con esto. ¡Ay, cuerpo! ¡Lo siento! ¡Siento haberte puesto aquí!

En la pantalla, Jerry me embiste con tanto frenesí que se ve casi borroso; entonces, estira un brazo, me agarra por el pelo y tira de él. Echo la cabeza hacia atrás con una sacudida y se me ve todo el cuello. Mientras veo esas imágenes, hago una mueca de dolor. Me produce una gran tristeza verlo hacerme lo que me hace. Y que ese penoso encuentro haya quedado registrado.

—¡No os preocupéis, chicas! —digo—. Ya sé que, en cualquier otra película, si vieseis esto sería justo antes de que a alguien lo degollaran, en una escena bélica. ¡Pero aquí no va a pasar eso! ¡Esto no es *Conan el Bárbaro!* Esto solo es «sexo a lo bruto». Con la salvedad de que, si la chica no tiene la sensación de estar teniendo relaciones sexuales, lo único que nos queda es el... «bruto». Y lo que estoy haciendo yo en esa cinta es pasarlo mal.

En la pantalla, Jerry tira tan fuerte de mi pelo que resbalo por la cama. El volumen está bajo, pero se me oye decir: «Fóllame más fuerte.»

—¿Podemos parar el vídeo un segundo?

La imagen se congela.

—Quiero dejar muy clara una cosa: esto es sexo consentido. Totalmente. Como habéis oído, acabo de pedirle a Jerry que me folle más fuerte. Por tanto, estoy dando mi consentimiento. Creo que lo que más comenta mucha gente es eso que digo, «Fóllame más fuerte», con acento de Wolvo, y no de Birmingham, so ignorantes. Cuando digo eso es cuando más se ríe la gente. Cuando pido que me follen. Que una mujer pida que la follen resulta gracioso. Horrible y gracioso. No sé por qué.

Doy otra calada.

—Pero os voy a revelar un secreto: no digo «Fóllame más fuerte» porque me lo esté pasando bien, sino porque quiero que esto acabe cuanto antes. Y decir «Fóllame más fuerte» es la única forma que se me ocurre de hacer que se acabe. ¿Alguien más lo ha hecho alguna vez?

Unas trescientas mujeres levantan la mano con timidez.

—¿Lo veis? Es una táctica muy corriente. No, no estaba muriéndome de gusto con las atenciones de Jerry. Estaba deseando largarme de allí.

Lanzo un suspiro.

—Mirad, no quiero robaros más tiempo. Solo quiero daros las gracias por haberme dejado enseñaros esta película, porque... ahora que ya no es ningún secreto, ahora que la ha visto todo el Astoria, ahora que me he subido aquí y os he explicado cada secuencia, ya nadie tiene nada que pueda utilizar contra mí. Ahora ya lo sabéis todo de mí y eso me hace libre. Si eres un hombre y vas a presentar la gala de una entrega de premios y tienes un chiste sobre mi polvo con Jerry Sharp que supera el chiste del *Trasero profundo*, adelante. Y si no, creo que ya podemos ir archivando este tema. Cargar con el peso de esta vergüenza me dejó destrozada. Antes de convertirme en algo más duro, porque ahora soy más dura, estuvo a punto de aplastarme.

Y aquí rompo a llorar. No son sollozos, sino solo unos lagrimones enormes y calientes.

—¡Pero entonces me di cuenta de que no tendría que haber sentido vergüenza! Ninguna mujer a la que le haya pasado eso debería cargar con ese peso. La idea de que las mujeres carguen con la vergüenza de las cosas vergonzosas que les han hecho es más antigua que la Biblia. Esta vergüenza es tuya, Jerry Sharp. Puedes quedártela. No es mía ahora ni mía fue nunca.

Apago el cigarrillo y salgo del escenario.

En la pantalla, el vídeo llega a su fin cuando Jerry me da la vuelta, me pone boca arriba y dice: «Abre la boca», no se oye lo que intento decir y él se corre.

No tengo ni idea de cómo reacciona el público, porque vuelvo a tener un fuerte zumbido en la cabeza. Por lo visto, el trauma me ha dejado sorda.

Me tambaleo entre bastidores hasta que Zee me sujeta.

—Quiero irme a casa —le digo. De pronto me siento supercansada. Las piernas casi no me sostienen.

Me doy cuenta de que Zee me está hablando. «Dolly. Jo. Ha sido increíble», pero es como cuando el profesor le habla a Charlie Brown, yo lo único que oigo es el sonido grave de un trombón.

—Necesito irme a casa —insisto.

El suelo tiembla, deduzco que The Branks han empezado su actuación.

—Quiero irme a casa ahora mismo —le digo cinco veces, hasta que él asiente y me lleva afuera, me mete en un taxi y me dice:

—¿Estás bien? Iré a verte más tarde.

Le digo que sí con la cabeza, porque necesito que el taxi arranque. Necesito irme a casa inmediatamente. He quemado toda una vida en el escenario. Si era la mía o la de Jerry, todavía no lo sé.

Me acurruco en el asiento trasero. El taxista se asusta.

—Eh, no irás a vomitar, ¿verdad? —me pregunta.

—No —le contesto—. La catarsis de esta noche ha sido emocional, no emética.

Al taxista no le gusta mi respuesta.

—¿Seguro que no vas a vomitar? —insiste, esta vez con más apremio.

—No. Lo único que he devuelto ha sido mi vergüenza —le digo, como si estuviese atrapada en el siglo XVIII—. Mi pescuezo no arrojará nada.

Creo que el taxista da por hecho que soy extranjera.

—HAZLO. POR. LA. VENTANA. —me grita—. POR. LA. VENTANA.

Agito una mano.

—Vale, vale. Tranquilo —le digo.

Recorremos el trayecto de Kentish Town a Camden; el taxista no para de quejarse de un pesado que lleva pegado detrás. Llegamos a mi casa y me bajo despacio del taxi.

Me siento muy mayor y muy frágil cuando le pago con un billete de diez libras.

—Joder, otra vez ese payaso. Perdón, ¿eh? —dice el taxista cuando otro taxi se para de golpe detrás de nosotros.

Y del taxi, corriendo, sale John.

34

Estoy sentada en el sofá del salón de mi casa, temblando y muda, todavía, después de lo ocurrido hace un rato.

Sin decir palabra, John me echa una manta sobre los hombros, le ordena a la perra que se siente a mi lado y me ofrece un trago de whisky.

—Espero que no te moleste mi presencia forzosa —me dice con ternura—. He pensado que a lo mejor querías compañía.

No puedo contestarle. Siento que no me quedan palabras.

Al verme tan conmocionada, John enciende el televisor, me pone un cojín detrás de la cabeza, se sienta a mi lado y guarda silencio.

Es el billar. Nunca he entendido el billar, pero es bonito: un hombre vestido para ir a un salón de baile que empuja suavemente unas bolas de colores con un palo. Los discretos aplausos. Los débiles murmullos de expectación cuando la bola azul rebota en la banda y rueda hacia la tronera. Es reconfortante.

—La azul es mi favorita —digo con tono relajado y apoyo la cabeza en el pecho de John. Ahora sí que puedo estar cerca de él. Ahora sí que puedo tocarlo. John me acaricia el pelo.

—A mí también me gusta mucho la azul, nena.

Nos pasamos unos diez o quince minutos así. Es como si hubiese salido despedida de un avión que ha explotado y hubiese ido a parar a un prado, en Francia: estoy aturdida y me falta el aire.

Seguimos sentados en el sofá y el teléfono no para de sonar. Al final, John estira un brazo y lo descuelga. Me acurruco más contra él y suspiro.

Pasados otros diez minutos especialmente silenciosos y relajantes, durante los cuales los jugadores de billar no han conseguido meter ninguna bola, digo en voz baja:

—¿Crees que he hecho la cosa más descabellada del mundo, John?

—Por supuesto —me contesta, acariciándome la cabeza—. Es evidente que estás completamente loca. En estas situaciones, lo que tienes que hacer es quedarte callado, hacer una bola tóxica con tus emociones, guardártela en el fondo del estómago durante veinte años y morirte de un cáncer inoperable. ¿No podías ser normal, como todo el mundo?

—No. —Seguimos viendo la televisión en un ambiente muy tranquilo.

—¿Por qué lo has hecho? —me pregunta al cabo de un rato, intrigado.

Es una gran pregunta. Podría contestar un millón de cosas. Podría explicarle lo furiosa que estoy, que siento que me han robado algo. Que me parece terriblemente injusto que otras personas me juzguen. Lo horrible que es darse cuenta de que a la gente le fastidian las mujeres. Que quería

arrastrar a Jerry por mi miseria. Que tengo la sospecha de que ahí fuera hay otras chicas que no deberían pensar que es aceptable que pase eso. Abro la boca con la intención de empezar a soltar esta atropellada y acalorada perorata, pero, en lugar de eso, digo:

—La idea me pareció divertida.

Esa era la principal razón. Destapar secretos me da risa. Enseñarle a todo el mundo ese polvo tan lamentable hace que, a fin de cuentas, todo sea más llevadero.

—Ahora ya me encuentro mejor.

Es verdad. Es como si acabara de salir de una oscuridad insondable y se hubiese hecho la luz.

Empiezo a reírme, porque ha terminado todo y estoy contenta. Y, como no hay nada que dé más ganas de reír que ver a otra persona riendo, John también empieza a reírse. Reímos a carcajadas un buen rato, nos revolcamos de risa, como pasa a veces después de un suceso dramático. Se nos saltan las lágrimas y nos cuesta respirar, pero al final conseguimos parar, agotados.

—Cariño —dice John cogiéndome una mano—, jamás he pensado que no fueses la mujer más increíble, divertida, original y decidida que he conocido en la vida. Es un dato empírico. Lo vería hasta un ciego.

Hace una pausa de un minuto. Es evidente que quiere decir algo pero no está seguro de si debe decirlo.

Cambia de postura: todavía me sostiene la mano, pero ahora está de cara hacia mí.

—Pero verte esta noche en el escenario, completamente sola, analizando el caso con la precisión de un juez del Tribunal Supremo, me ha hecho darme cuenta de algo más. Eres la nueva religión. Eres la nueva moda. Eres la siguiente etapa en la evolución. Eres tan palmariamente superior a mí, en todos los sentidos, que tiemblo como un niño en tu presencia. Haces que todo me dé vueltas. Haces que me estalle el corazón. Haces que mi alma explote, cada minuto que estoy contigo. A lo que me dirige ineludiblemente este monólogo, que podría ser lo último que diga, es a esto: Dutch, estoy enamorado de ti.

Me mira fascinado, con el gesto transparente del niño que contempla la nieve por primera vez.

—Te quiero, Jo.

A veces pienso que un beso no lo provoca una persona ni la otra. Un beso es un tercero que flota por la habitación, si se da el ambiente correcto, e involucra a quien sea que encuentre por allí cerca en sus alocados planes para besar.

Hace un segundo no nos estábamos besando. Estábamos en el universo preoscular.

Un segundo más tarde, toda mi vida anterior llega a su fin y, como siempre he sospechado, compruebo que besar a John Kite es el mayor lujo que existe.

—Tienes una boca tan suave —me dice al final del primer beso, antes de que empiece el segundo.

Nos damos unos besos inteligentes e intensos, acabamos de encontrar una nueva forma de hablar. Él hace... esto y yo, a cambio, hago... esto y ambos estamos encantados. Y entonces se nos ocurre otra cosa que podemos hacer.

—¡Oh, cielo mío! ¡Cielo mío! —John hunde la cara en mi pelo.

—¡Eres tan precioso! ¡Tan precioso! —le digo yo, una y otra vez, porque a los hombres nunca les dicen que son «preciosos», ¿no? Y él lo es. Porque la «guapura» no mira con ternura cuando besa; la «guapura» no te besa la palma de las manos. John no es guapo: es precioso.

Nos trasladamos a la cama y volvemos a empezar. De repente, hay demasiada ropa por medio en este beso. Le hago acostarse mientras le desabrocho la camisa. John se queda tumbado y me mira fijamente, sonriendo.

—¿Por qué sonríes? —le pregunto. Nunca había visto a nadie sonreír mientras lo besan.

—Estoy contento —responde—. Siempre sonrío cuando estoy contento. —Sonríe como un delfín con un colocón de hachís.

—A ver, ¿qué quieres que haga? —le pregunto.

Me dispongo a averiguar qué quiere hacer en la cama. Estoy impaciente por saberlo. Le quito la camisa. Lo beso en el pecho. Me siento como el papa besando la pista de aterrizaje del aeropuerto. ¡Gracias, Dios! ¡Muchas gracias por esto!

—Quiero... que me hables —dice.

—¿Que te hable? ¿Que te diga... guarradas?

—No, no. Que me hables. Quiero que me digas todo lo que piensas.

Sigo sin entenderlo.

John empieza a desabrocharme el vestido. ¡Oh! ¡Sus dedos en mis clavículas! Sus dedos en mis clavículas son la cosa más maravillosa del mundo. Doy un respingo tan exagerado que John se ríe.

—Cariño, hemos hablado sin parar desde el día en que nos conocimos. Eres la persona más fascinante con la que me he cruzado. ¿Por qué, cuando finalmente te tengo en la cama, cuando finalmente puedo quitarte la ropa y hacerte dar estos respingos, iba a querer, de repente, que dejaras de contarme lo que te pasa por la cabeza?

Lo miro. Él me mira con tanta intensidad que siento que, por fin, ahora puedo revelarle qué es eso que, durante años, me aterraba del sexo.

—Dime lo que piensas —insiste, persuasivo.

—Vale. —Lo miro a los ojos—. Esto es lo que hay. Esto es lo que realmente pienso sobre el sexo. Ningún hombre me ha hecho correrme, eso ya lo sabes, pero es que me da mucho miedo dejar que alguien intente que me corra.

—¿Por qué? —me pregunta John, extrañado.

Suelto un doloroso suspiro.

—Por si tardo demasiado. Tanto que se te cansa la mano y te dan unos calambres terribles y te detienes, porque te duele, y piensas que tengo una vagina insaciable y me abandonas. Me preocupa necesitar demasiado. Me preocupa ser demasiado.

John me mira. A lo largo de mi discurso, me ha sonreído con gesto perezoso y feliz, pero al mismo tiempo muy concentrado.

—¿Y ya está? —me pregunta—. ¿Eso es lo único que te preocupa?

Pienso un momento.

—Sí. Ahora mismo, esos son todos mis miedos.

Sin dejar de mirarme a los ojos, John desliza una mano por dentro de mis medias.

—¿Puedo? —me pregunta, muy educado.

—Sí, puedes. —Me quedo boquiabierta en cuanto empieza a tocarme. Va justo adonde tiene que ir. Y yo estoy supermojada.

—Resulta —me dice, con una seguridad lenta y absolutamente seductora— que yo podría pasarme todo el día haciendo esto, tesoro. Nunca se me cansará la mano.

Empieza a mover los dedos.

De repente caigo en la cuenta de por qué siempre me han gustado los chicos que tocan la guitarra. Todas esas delicadas repeticiones. Todo ese sincronismo. Miro hacia abajo y observo la mano de John, que se mueve con una precisión asombrosa. Lleva menos de un minuto tocándome y, como siga así, muy pronto voy a estar chillando su nombre.

Y entonces para. Tengo un agujerito en las medias y a John le ha llamado la atención. Besa el trocito de piel de mi muslo que asoma por el agujero y, de repente, lo succiona y se lo mete todo en la boca. Con eso consigue trastornar el veinte por ciento de cerebro que me quedaba. Es la cosa más excitante que me ha pasado jamás. ¡Jo, qué bien se le da succionar un trocito de mi piel! Entonces me mira como diciendo: «Sabes por qué hago esto, ¿verdad?»

—Mis miedos están menguando a toda velocidad —digo con voz débil

—Me alegro. Porque soy fan del «demasiado» de toda la vida —dice John. Mete los dedos en el agujero y lo ensancha, hasta que le cabe toda la mano.

—¡Eh, que estas medias me costaron tres noventa y nueve en Boots! —protesto.

—Mira, cielo, si crees que lo que viene después no vale la pena, al final de la noche, te devuelvo el dinero —replica él. Me desgarras las medias del todo, hasta la ingle, y mete la cabeza entre mis piernas.

La razón por la que las ocho horas de sexo que vienen a continuación son tan maravillosas es que no paramos de hablar ni un momento. A John se le ocurren un montón de ideas geniales sobre lo que podemos hacer para corrernos cuantas más veces mejor, pero en realidad es un trabajo de colaboración. Los dos nos describimos el uno al otro lo que está pasando a medida que lo hacemos, una técnica que, tratándose de dos personas muy locuaces, hace que todo sea vertiginosamente intenso, es como si el planeta estuviera ardiendo y nosotros intentáramos llegar a otro planeta follando.

—Tengo la polla dentro de ti y los dedos dentro de tu boca y es como si me estuvieses comiendo vivo —me dice en determinado momento, mientras yo le chupo un nudillo y casi lloro de placer.

Veinte minutos más tarde estoy encima de él; tengo las manos entrelazadas con las suyas y se las aprieto contra la almohada mientras grito: «¡No pares, no pares, no pares, no pares!», y él, con solemnidad, me garantiza: «Te prometo, te juro que te voy a follar todo el tiempo que haga falta.»

Resulta que miente, porque dos minutos más tarde va y se corre («Lo siento, nena, me pones demasiado caliente»), pero me compensa lamiendo hasta la última gota de mi cuerpo y luego sigue devorándome muy despacio y con tanta precisión (parando en el momento exacto y volviendo a empezar) que ya no puedo seguir hablando.

—Ahora voy a hablar yo —me dice—. Te voy a contar todo lo que pasa. Estás caliente y mojada y dilatada y es de lo bien que te he follado, porque hacía mucho, muchísimo tiempo que quería follarte así.

Sus palabras me hacen levitar de felicidad.

—Dilo otra vez, por favor —le suplico.

—Estás caliente y mojada y dilatada y es de lo bien que te he follado, porque hacía mucho, muchísimo tiempo que quería follarte así...

¡Cómo me gusta oírlo! ¡No necesito que me diga nada más!

—Y ahora —dice antes de ponerse otra vez encima de mí y meterse dentro— te voy a volver a follar.

De repente entiendo lo que quiere decir la gente cuando dice: «Tienes que follar siempre como si fuese la primera vez.»

Resulta que yo lo interpretaba mal. Creía que se referían a que tenías que follar como si fueses virgen: un poco asustada e ignorante.

Pero lo que querían decir es que tienes que follar como si fuese la primera vez que alguien folla en el mundo. Como si te estuvieses inventando el sexo y, cuando terminaras, te dieran ganas de salir a la calle y contarle a todo el mundo lo que acabas de descubrir.

—¿Qué te gusta, cielo mío? —me ha susurrado al principio, con la cara hundida en mi pelo, mientras me desabrochaba el vestido de terciopelo—. ¿Qué quieres que hagamos?

—Todavía no lo sé. Creo que todo.

Es increíble lo fácil que es practicar buen sexo cuando lo haces con alguien con quien realmente quieres follar. Mientras me aferro a los muslos de John y le beso la parte inferior del vientre, suavemente redondeada, como Silbury Hill, me doy cuenta de que no deseaba a ninguna de las personas con las que me había acostado hasta ahora. No de esta manera. No como si cada minuto significara algo, como si cada milímetro de ellos fuese un premio, no deseando beberte el sudor de sus sienes y ponerlos al revés para hacerlos correrse. Para conducirlos como si los hubieras robado.

—Esto es el sexo más fabuloso del mundo, ¿a que sí? —digo, embelesada, durante una pausa. John ha traído una taza de vino tinto y un poco de queso y hemos montado un pícnic en la cama—. ¿Cómo es posible que no tengamos que pagar por esto? ¿Que sea totalmente gratis? Si tuviésemos que pagar, seguramente nos costaría cincuenta libras como mínimo. Qué divertido.

—Eres la gran mejora de la humanidad —dice John, acariciándome la cara. Me froto la mejilla contra su mano, como un gato cuando lo acaricia un ser querido.

Me recuesto en la almohada y pongo la taza de vino encima de mi barriga. Siempre había pensado que me daría mucha vergüenza estar desnuda delante de John, que querría envolverme recatadamente con una sábana, como hacen las actrices en las películas, pero me ha parecido ridículo hacer eso con alguien que, hace veinte minutos, tenía la cara metida entre mis nalgas. Estaba tan claro que a John le gustaban mis carnes (me las ha bamboleado, me las ha agarrado y se ha enterrado en ellas) que esconderle ahora mis poderosos muslos sería como rechazar sus valores. Además, me deben de quedar seis o siete neuronas en funcionamiento, así que me costaría mucho preocuparme por algo. John me ha dejado lela. Ha sido impresionante. Estoy superfeliz.

—Así... ¿cuánto tiempo hacía que querías hacer esto? —le pregunto mientras alargo una mano y le acaricio el pelo.

Hago un ademán como abarcando todo el sexo que ha tenido lugar aquí en las cuatro horas pasadas.

—Pues desde el momento en que te vi —dice, acostado a mi lado y besándome en la coronilla—. En aquel bar de Dublín. Levanté la cabeza y te vi, con tu pelo de color cereza y tu chistera robada a un duque y tus ojos, tan azules. En serio, deberías dejar de tener esos ojos del color del cielo, chica, porque eso significa que te veo en todas partes. He recorrido todo el mundo tratando de concentrarme en el trabajo, pero allá donde voy, cuando miro hacia arriba te veo a ti

mirándome. Tienes unos ojos como el cielo. Cuando conoces a una chica con los ojos del color del cielo, estás perdido.

—¿Y por qué te gusté? —le pregunto. Tengo una mano sobre su pecho, sobre su corazón, y él me dice que siempre me ha querido. Nada podría hacerme más feliz.

—Porque hablabas como una cotorra —dice John con un amor infinito.

—¡Vete a la mierda!

—No parabas de hablar —insiste, risueño—. No conocía a nadie, ni hombre ni mujer, capaz de hablar, hablar y hablar como tú, sin parar. Soy un tipo que se aburre fácilmente y que lleva zapatos incómodos y lo que más me apetece es sentarme y charlar de lo que sea con personas interesantes. Y tú eres una de esas personas interesantes.

—¡Pues yo no sabía que te gustaba! —me lamento—. ¡No tanto! ¡Nunca coqueteabas conmigo! ¡Yo sí coqueteaba! Te guiñé el ojo varias veces, pero tú nunca reaccionaste, así que dejé de hacerlo.

—Cielo mío —dice John con dulzura. Por lo visto, desde que nos hemos besado, me he convertido en «cielo mío». Cuando te conocí, todavía no habías probado el alcohol. No habías empezado a fumar. Era la primera noche que pasabas lejos de tu casa. Era la primera vez que cogías un avión. Era la primera vez que dormías en un hotel. Era la primera vez que entrevistabas a alguien, lo que, seguramente, explica por qué lo hiciste tan mal. Y creo que no me equivoco —dice con ternura— si afirmo que nunca te habías acostado con nadie.

—Uy, si ni siquiera me había morreado con nadie —digo alegremente—. A menos que cuente morrear con la propia mano. Morreos de esos sí que había hecho muchos. Con lengua.

—Pues bien, hay una palabra para referirse a los hombres que se le insinúan de esa manera a una chica de dieciséis años, por increíble, original y sui géneris que ella sea —dice John mientras enrosca un mechón de mi pelo alrededor de su dedo—. Especialmente si es de esos hombres que pasan la mayor parte del tiempo recorriendo el mundo en aviones y autobuses y sus buenos ratos emborrachándose y sintiéndose desgraciados. Eras algo que yo no quería lastimar ni cambiar de ninguna manera. Esos hombres que quieren estar con una chica joven y cambiarla son terriblemente narcisistas. Yo quería que fueras tú misma. Quería que continuaras haciéndote a ti misma.

»¿Sabes por qué nunca escribí ninguna canción sobre ti, a pesar de me lo suplicaste un millón de veces? Porque los compositores mienten y roban, Johanna. Tú también escribes y no debes permitir que ningún capullo te robe lo tuyo. Es lo único que tienes. Hasta tu respiración es materia. Yo respetaba... —dice riendo— tu *copyright*. Creo que nunca diré nada más romántico. Te respetaba como artista. Por eso esta noche ya no he podido esperar más. Estaba en esa sala, viéndote en el escenario, y he pensado: «Estoy ante un verdadero genio.» Y eso es lo más excitante del mundo.

»Evidentemente, tal como lo explico ahora parece todo mucho más razonado y más noble de como era en su momento —dice antes de estirar un brazo por encima de mí para coger el paquete de cigarrillos de la mesilla de noche y, de paso, besarme—. En su momento, yo solo pensaba: «Ni se te ocurra tirarte a esta niña chiflada que bebe Coca-Cola.» Lo demás... lo fui pensando después. Tenía mucho tiempo para pensar en ello. Sí, sí, he pensado mucho en ti. Has estado conmigo en un montón de países. No paro de imaginarte. Cada siete segundos.

Y como ahora estamos en la cama y como aquí, por fin, podemos decírnoslo todo, le pregunto:

—¿Y qué piensas?

Y me lo cuenta. Y entonces entiendo por qué no me lo contó cuando yo era más joven.

Porque cuando alguien te explica por qué te ama (alguien cuyo amor deseas, alguien cuyo amor sientes como la mirada más sabia y más codiciada), en cierto modo es como si asistieras a tu propio velatorio y escucharas tu panegírico.

Cuando te explica por qué te ama, te revela todos tus secretos: cómo caminas cuando entras en un sitio; lo bonita que es tu risa; que tienes unas salidas muy originales; que nunca te rindes; que, cuando te recoges el pelo en un moño alto, le dan ganas de besarte el cuello. Te describe la cara que pones cuando te concentras, con la punta de la lengua entre los dientes, y tu forma de exclamar «¡Hooooola!» cuando te presentan a alguien y tu forma de mirar y sonreír a esa persona, como si te entusiasmara descubrir que existe. Oyes los elogios de ti misma. Lees las reseñas que hacen de ti.

Y, por supuesto, a partir de entonces y para siempre (en los minutos, días y años venideros), ya no vuelves a ser inocente, porque sabes por qué eres maravillosa. Conoces lo mejor de ti. Has visto los aspectos más destacados de tu carta de ajuste. Conoces el valor de tu presencia. Te enteras de las cosas que haces y que funcionan. Te vuelves, inconsciente pero irremediamente, un poco calculadora.

Eres como un intérprete que, una noche, espontáneamente (eufórica, feliz y nerviosa), se lanza al público y nada por un mar de brazos extendidos, y que, al día siguiente, sale en las noticias, en la página cuatro, por haberlo hecho. «¡Fue lo más emocionante que he visto en mi vida!» «¡Ese fue su momento decisivo!»

Y al día siguiente, en el escenario, sabes que todos están esperando que vuelvas a hacerlo. Sonríes al público (aplausos), abres los brazos (más aplausos) y te lanzas a ese mar de manos, pero esta vez ya no es espontáneo. No es un momento loco, improvisado, instintivo. No es puro. Está pensado para complacer al público. Lo haces porque quieres complacer al público, porque ¿por qué no ibas a querer hacer lo mejor para toda esta gente que te quiere tanto? Tu forma de actuar cambia.

Me entero de que tengo un vestido («Se abrocha por detrás, con botones») que es el favorito de John (¡Voy a comprarme más vestidos como ese!); que le encanta mi «nube» de pelo (¡No volveré a cortármelo!); que se lo pasa bomba cuando me bebo dos copas y me lanzo a explicar una larga y apasionada teoría sobre los Beatles, sobre el sexo o sobre Nabokov (¡Lo haré más a menudo! ¡Prepararé mil peroratas más como esas!).

Parte de una declaración de amor supone que desde ese momento trabajas en un equipo. No eres el único arquitecto de la persona que estás construyendo. Hay alguien más examinando tus planos, alguien que asiente con la cabeza para expresar su aprobación sobre esta torrecilla, así que... ¡construyes una torrecilla más grande!, y permanece diplomáticamente en silencio mientras contempla una fuente ostentosa, que eliminas de inmediato y sin hacer comentarios. Has entrado en un mundo nuevo, un mundo donde hay dos opiniones sobre cómo llegar a la mejor versión de ti.

Y si tu socio es listo y bueno y tiene los mismos gustos que tú, haréis cosas maravillosas juntos.

Y si tu socio está depre, impaciente o tiene necesidades turbias (intenta darte la forma, sin saberlo, de otra mujer a la que conoció en el pasado y a la que perdió, o intenta apoyarse en tus cimientos para fortalecer los suyos), construirás un edificio con las paredes enfermas y con ángulos torcidos que, en el futuro, se derrumbará.

Pero todo eso forma parte del proceso de hacerse adulto. Esa es la diferencia entre las niñas y

las mujeres: que las mujeres están listas para escuchar el secreto de lo que las hace ser quienes son. Que son lo suficientemente fuertes, para bien y para mal, para formularle a alguien la pregunta más aterradora y reveladora de la Tierra, una pregunta cuya respuesta hay que ser valiente y estar preparado para escuchar: «¿Por qué me amas?»

35

Todo eso no me lo dijo esa noche, claro. Esa noche nos distraemos varias veces al darnos cuenta de lo desnudos que estamos y, luego, a las tres de la madrugada, llaman al timbre y son Suzanne, Zee y Julia, que empiezan: «¿Ves cómo eres?», y Suzanne me mira de arriba abajo y dice: «Ay, Dios, por favor. ¿Serás zorra? ¡Acabas de echar un polvo! ¿Con qué?», y entonces John aparece detrás de mí, y Suzanne dice: «Ah, con eso», y John le hace una reverencia.

Y acabo celebrando la segunda fiesta de mi vida: Zee encarga *pizzas* y John me sonríe como un faro mientras les sirvo a todos el «champán de celebración» de Suzanne.

Al cabo de un rato, la sala de estar es una nube de humo de cigarrillos, música y conversación. Zee desliza un cheque por la mesa hacia mí y me dice: «No lo cobres hasta dentro de un par de meses. Esto solo lo hago para ser dramático y simbólico. Estos son los primeros beneficios que te corresponden por el álbum de The Branks.» Y con eso pago mis vacaciones con John, volvemos a fugarnos, pero esta vez podemos tocarnos.

Así que, donde por fin me dice por qué me ama es en un hotel con vistas a un lago escocés y, después, en un apartamento de Cardigan Bay y, luego, en un B & B de Worcestershire, mientras la flor del manzano se derramaba por el valle, sobre un amargo mar de ortigas de color azul verdoso.

—Y espero que te des cuenta de que esto solo es el principio —me previene mientras estamos sentados en la cama, mirando por la ventana—. Me temo muchísimo que no he hecho más que empezar a explicarte por qué te quiero. Sospecho que la misión podría llevarme semanas. Meses. Años. Hasta es probable que una vida entera. No tengo ninguna intención de controlar tu calendario, pero creo que tengo una historia importante entre manos y me gustaría ir de gira contigo un tiempo e ir informando de tus fenómenos. Eres la última moda. Eres la tormenta de Venus que lleva viva un millón de años. Eres mi palabra segura. Eres mi cura enrollado. Contigo me saturo de amor. Haces que mi corazón florezca.

—Pareces una fan, una adolescente furibunda, enloquecida y chillona —le digo antes de subirme encima de él—. Y no se puede ser nada mejor que eso.